

María Arenas

OPERACIÓN CARONTE



Operación Caronte

MARÍA ARENAS

OPERACIÓN CARONTE

Copyright © 2019 Guadalupe Herreros Cano

Portada: Cristina Granda

Todos los derechos reservados.

Contenido

[Página del título](#)

[Dedicatoria](#)

[ADVERTENCIA AL LECTOR](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

*A Sofía, mi hija,
porque esto demuestra que puedes
conseguir cualquier cosa
que se te pase por la cabeza,
incluso publicar una novela.*

ADVERTENCIA AL LECTOR

Querido lector:

Antes de que te adentres en el mundo de *Operación Caronte*, me veo en la obligación de advertirte sobre su contenido. Todo lo escrito en esta novela es ficción. Los personajes, los lugares, las tramas y los delitos no son reales. Lo único que no me he inventado es la protagonista, aunque por motivos de seguridad, he cambiado su verdadero nombre.

La conocí una noche de farra en Malasaña. Como la mujer de una canción de Sabina, llevaba una minifalda que cortaba el aire a su paso y en la mano una botella de tequila Don Julio 70, porque decía que los españoles no sabemos lo que es el tequila y bebemos cualquier cosa. Es una tía más bien alta, de metro setenta, de paso altivo y mirada profunda, de las que te sacan la verdad sí o sí. Tiene el pelo negro rizado y algo fosco, aunque se nota el toque de peluquería de a doscientos euros el *lavar y peinar*. Aquella noche llevaba un escote de infarto para lucir unas tetas operadas, por supuesto, y la ropa ajustada, para mostrar los músculos labrados en el gimnasio, minuto a minuto.

Entré en un bar, de esos que cuando entras ya sabes que le queda poco tiempo de vida o que es una tapadera para blanqueo de dinero. Ella estaba apoyada en la barra, intentando convencer al camarero de que le pusiera un vaso vacío para su tequila. El barman se negaba, exigiéndole que pidiese una copa, que no podía beber nada de lo que trajera. Ella le ofrecía pagar la consumición, aunque solo quería el vaso para su tequila. Esgrimía una sonrisa y un billete de cien euros, pero el camarero era inflexible. La acompañaba un inglés formido de metro noventa que no entendía ni papa.

Me entró la curiosidad. Pregunté qué pasaba y acabamos los tres en otro bar cercano de un amigo, que sirve un mezcal decente para los carnales. Mi ligue, cuando previó el curso de la noche, se marchó al rato casi sin despedirse. Ni falta que hacía.

Lola, James y yo congeniamos pronto. Después del tercer chupito, ya éramos amigos del alma. Fruto sin duda del alcohol, se nos soltó la lengua y hablamos hasta el alba. Acabamos en San Ginés, desayunando chocolate con churros, por aquello de enseñarle a James lo castizo de Madrid.

Desde entonces, no hemos dejado de hablar. Estemos donde estemos, una vez al mes sacamos unos minutos para contarnos las novedades. Y cuando coincidimos en Madrid, la cena hasta el amanecer es obligada.

No sé si va armada cuando está conmigo, tampoco le pregunto. No quiero saberlo.

Hace dos años, le dije que iba a escribir esta novela, que tenía que poner sobre el papel las cosas que le pasan, que tendría que ponerle maquillaje, claro, y literatura e imaginación. Y se echó al reír.

Cuando terminó de leer el primer borrador, me llamó.

—No te ha salido muy bien —me dijo muerta de risa—. Has escrito más sobre ti, que sobre mí.

—Querida, ya lo he pensado, pero no podía rellenar doscientas páginas de tiros.

Quedamos en 50-50, la mitad para cada una.

Querido lector, espero que recibas esta novela como lo que es, un cuento sin pretensiones, y

que al final, cierres el libro (o el *ebook*) con la sensación de que Lola y yo te hemos abierto las puertas de nuestra propia historia.

Bienvenido.

CAPÍTULO 1

18 de octubre de 2015. Culiacán (Sinaloa, México).

La luz se apagó. No podía ser. Andrés, de pie, en medio de la habitación, apretó los dientes y cerró los puños. Era la señal. Oyó carreras en el pasillo. Dos, tal vez tres de sus hombres corrían hacia la puerta de entrada. El apagón era la señal para huir. ¿Por qué ahora? ¡Maldita sea!

Palpó en la oscuridad la mesilla de noche y agarró la escuadra que había dejado antes. A tientas, abrió el armario y presionó la palanca del interior. La trasera del mueble se desplazó descubriendo la entrada de un túnel. La luz era débil, pero suficiente. Un hedor a podrido salió de dentro y Andrés apartó la cabeza. Oyó una ráfaga de disparos procedentes del pasillo. Sin esperar más, entró en el túnel y comenzó a correr. Ya dentro, oyó detrás una explosión y las voces de los marines. Tras avanzar unos cientos de metros, tenía la camisa empapada de sudor. El túnel discurría en línea recta por debajo de casas y calles y en algunos sitios atravesaba las cloacas de Culiacán.

Corrió durante varios minutos hasta el final. Una escalera metálica anclada a la pared ascendía hasta la tapa de una alcantarilla por la que se salía a la calle. Andrés se agarró a uno de los peldaños cilíndricos y paró unos segundos. Respiró. Ningún sonido sobre su cabeza. Perfecto. Subió y levantó la tapa. El aire fresco entró por fin en sus pulmones.

Las pisadas de los marines se acercaban. Salió del túnel y miró a su alrededor. Buscó el coche, pero no estaba. Era una calle residencial, vacía, sin carros aparcados. ¿Por qué no estaba? Solo había una respuesta: traición. El que lo hubiera hecho lo pagaría caro. No era momento de eso. Necesitaba un coche. Corrió hacia el norte, los dientes apretados y el arma en la mano.

Llegó al aparcamiento de un hotel modesto. Había varios. Caminó deprisa entre los carros hasta que vio movimiento en una berlina blanca, suficiente para salir de la ciudad. Pegó la cara a la ventanilla y vio dentro una pareja manoseándose. Golpeó el cristal con la culata del revólver.

—¡Bájense! ¡Ahora mismo!

La chica lo miró aterrorizada, pero no gritó, menos mal, la hubiera tenido que golpear. Andrés abrió la puerta del conductor sin dejar de apuntarlos con su arma.

—¡Bájense ya! ¡Vamos!

El tipo abrió la puerta y puso un pie fuera del carro demasiado despacio. Andrés lo agarró por la chaqueta y tiró de él. Cayó al suelo. La chica empezó a lloriquear y se aferró al bolso, aun así, fue más rápida en bajar.

Andrés se subió, tiró la escuadra en el asiento del copiloto y arrancó. Pisó el acelerador y salió del aparcamiento marcha atrás. El dueño del coche era casi un enano. Las rodillas le rozaban el volante con las piernas encogidas. Echó el asiento hacia atrás y colocó el retrovisor a su altura. Miró el indicador de gasolina y maldijo al puto enano. Golpeó el volante. Llevaba el depósito en la reserva. La pista de aterrizaje de avionetas distaba cuarenta kilómetros al sur.

A varias manzanas de donde estaba, tenía una casa segura y un coche nuevo en el garaje. Llegar y cambiarlo, eso era todo. Aunque, después del fiasco a la salida del túnel... Pero era su única opción. Se secó el sudor con el revés de la mano y parpadeó. Respiró hondo.

Aparcó un par de calles antes de llegar a la casa. Todo estaba tranquilo, sin policía, sin marines. Oscuridad y silencio. Era un chalé individual en una colonia elegante. Agarró las llaves ocultas tras un ladrillo suelto de la valla, encubierto por un aligustre frondoso y abrió la puerta.

No quiso encender la luz. La claridad que llegaba de las farolas le era suficiente. Todo estaba en su sitio y no había nadie.

Abrió la nevera y tomó una cerveza. Contaba con unos minutos para respirar y planear el siguiente paso: continuar con el plan de huida o improvisar. Se cambió de ropa y se sentó en el salón a terminar la cerveza. Decidió llamar a Héctor, su jefe de seguridad. Encontró el teléfono de prepago en el cajón de la cocina, al lado del fregadero. Era la manera más rápida y segura de hacer una llamada. Solo una.

—Héctor, no había carro... ¿Que no te lo crees? Estoy en la casa Cinco... No, no me mandes a nadie. No me fio. Ven tú, solo... ¿Sabemos algo ya del barco? ¡De acuerdo! Hasta mañana.

Sacó la tarjeta SIM y la puso bajo el grifo, la mojó bien y la tiró al cubo de la basura. Un coche pasó por la calle muy despacio. Sin hacer ruido, se acercó a la ventana y, sin mover las cortinas, se asomó. Pasó otro. Camionetas atestadas de marines con las caras ocultas por pasamontañas y bien armados. Otra más. Lo estaban buscando. Habían encontrado el carro robado dos casas más allá.

«¡Qué chingada! ¿Qué creen, que están en la guerra del Golfo?», pensó.

La manera en que lo perseguían le resultaba estafalaria y desmedida. Su gente no andaba por ahí con el rostro tapado, con trajes de camuflaje ni con las armas a la vista. No era una guerra. No, señor. Siempre pensó que los mexicanos veían demasiadas películas yanquis.

No le preocupaba mucho que lo buscaran o que la Marina estuviera tan cerca. Ya se había encontrado en situaciones así y siempre había logrado escapar. Después de tantos años era un juego para él. Su pasatiempo favorito había consistido en armar una red de casas seguras diseminadas por todo el territorio del Triángulo de Oro: Sinaloa, Durango y Chihuahua. Fue ideando un complejo entramado de empresas que compraban y vendían los inmuebles. Al principio, eran solo un lugar donde esconderse, pero con el tiempo, las transformó en verdaderos búnkeres de abastecimiento con comida, armas, munición, ropa, teléfonos y casi cualquier cosa que se pudiera necesitar en una fuga. Él mismo y sus lugartenientes conocían la ubicación de las casas y otros pocos sabían cómo conseguirla. Burlar a las autoridades era su prioridad, aparte del trasiego de mercancías por la frontera.

El nuevo presidente, Federico Alarcón, se había tomado el narcotráfico muy a pecho, aunque le reportaba no pocos beneficios. Andrés iba a tener que soltar unos cuantos millones de dólares más para aflojar la persecución que le asfixiaba en las últimas semanas.

Tenía demasiados asuntos que atender como para jugar al ratón y al gato. Por una parte, tenía entre manos ganar territorio para su mercancía en el este y norte de Estados Unidos. Se convertiría en el mayor traficante mexicano de todos los tiempos. Y por otro lado, estaba el problema de la frontera terrestre. Era urgente buscar la manera de abrir de nuevo los pasos para sus transportes.

En los últimos meses unos guerrilleros descarados operaban por el norte, del Atlántico al Pacífico. No eran gringos, tampoco eran todos mexicanos. Atacaban los convoyes de mercancía que los cárteles mandaban a los Estados Unidos, no solo los suyos. Quién sabe qué hacían, cuál era su objetivo ni para quién trabajaban, o si lo hacían por cuenta propia, qué beneficio sacaban o quién les pagaba. Una cosa era clara: estaban bien organizados. Habían conseguido bloquear la frontera y Andrés decidió abandonar el transporte terrestre y aumentar el envío de barcos. Era mucho más caro y el producto en destino también.

Hacía semanas que se había propuesto descubrir quiénes eran y había estado moviendo hilos a ambos lados de la frontera. El atrevimiento de estos militares estaba entorpeciendo su proyecto de expansión.

También atacaban a grupos de migrantes que intentaban cruzar, ilegales o legales, poco les importaba, así que disminuyó la afluencia de personas encaminadas a la frontera. Se hacinaban en campamentos improvisados a unos veinte o treinta kilómetros de los pasos, pero ni siquiera ahí estaban seguros. Habían asaltado ya dos refugios matando a los que encontraron. Eran violentos y sanguinarios. No dejaban nada vivo, ni hombre, mujer, niño o animal.

Andrés quiso saber a qué se enfrentaba, porque no podía dar crédito a los cuentos que le traían sus propios hombres, así que fue a ver por sí mismo el resultado de un ataque. Sangre, mucha sangre, cuerpos desnudos, mutilados y desparramados por la tierra. Un montón de cabezas calcinadas era una masa deforme ennegrecida. En otro montón, como piezas huérfanas de maniquís, se apelotonaban numerosos pies y manos. Por todas partes había torsos, piernas, brazos; mezclados, desprendidos de sus cuerpos originales.

Caminó entre los escombros de personas con los ojos muy abiertos, mirando en todas direcciones. Caminaba por el borde de una pesadilla. El sol estaba en lo más alto del cielo y los trozos de carne no proyectaban ninguna sombra, parecía que flotaban en el aire. Las moscas revoloteaban en los charcos de sangre. El hedor de los cuerpos le subió de la nariz al cerebro. ¿Y el silencio? Aguzó el oído, se empeñó en oír algo, lo que fuese, pero solo respondían sus pisadas contra la tierra dura, que le llegaban como ecos de otra realidad.

Como estaban las cosas, debía aprovechar la debilidad del resto de cárteles para ampliar su zona de influencia en los Estados Unidos, hacia el este. Sus rivales tampoco conseguían pasar un puto cargamento por tierra. Primer objetivo: Houston, desabastecida y con el gramo de coca cortado por encima de los cien dólares. Controlar el narcotráfico de la costa del Pacífico ya no era suficiente. Debía colocar la mercancía en Houston, para empezar, o los colombianos la llevarían por mar hasta Nueva Orleans o Miami, y después por carretera en cargas repartidas y escalonadas. El negocio de los narcos mexicanos peligraba. Pasarían años hasta recuperarlo.

Andrés enviaba el género por mar desde Baja California a Los Ángeles, así que el plan consistía en prolongar del transporte terrestre hasta Houston. Él mismo supervisaba cada detalle: el barco, la tripulación, los papeles del atraque, todo. También, las rutas de los autos. Unos viajarían por el norte, desde Los Ángeles hasta Denver, Oklahoma y Dallas, y otros, más al sur, por Las Vegas, Albuquerque y Austin.

Houston sería el primer paso, después Atlanta, Columbia... y, con el tiempo, Nueva York. Deseaba el control de la plaza como nunca y volcó toda su voluntad y empeño en la empresa.

Esta vez, el barco era un gran yate de lujo. La descarga se haría en alta mar, a unas cuantas millas de la costa californiana, y se repartiría en lanchas rápidas que alcanzarían distintos puntos de la playa. Una vez en tierra firme, lo habitual: se carga en camionetas, cada una con destino a un almacén diferente, y se divide de nuevo en varios turismos que cruzan el país. Era improbable que todos los paquetes llegaran al objetivo, pero cuanto más dividida estuviese la carga, menos riesgos.

Terminó su cerveza. Abrió otra. Estaba a punto de amanecer. Quedaba poco para que los vecinos salieran camino del trabajo.

Hacía un rato que no pasaban los marines. Habían desistido de la búsqueda en la colonia y ampliaron el cerco. La Marina puso controles en las carreteras de salida del municipio, pero Andrés pensaba salir campo a través, nada de carreteras, hasta la pista de aterrizaje donde le esperaba la avioneta que le llevaría en vuelo bajo hasta Chihuahua.

No durmió nada. Apenas se recostó unos instantes en el sofá, demasiado nuevo y duro.

Héctor llegó a media mañana, solo, como le había pedido, en un todoterreno azul. Cuando Andrés abrió la puerta del carro, un voluminoso sobre de color sepia quedó a la vista en el asiento del copiloto.

—Patrón, me lo entregaron a su nombre y pensé que tal vez era importante. No fue un mensajero, sino un tipo bien vestido, en la calle. No lo he abierto —explicó.

Andrés lo levantó, se sentó e hizo un ademán para que se largaran de allí cuanto antes.

Dentro había un dossier, una carpeta marrón, y en la parte inferior, manuscrito, rezaba: *Operación Caronte*. Las indagaciones sobre el ejército que bloqueaba la frontera daban su fruto. Ojeó la documentación que había, las fotografías, sobadas, los planos con garabatos en rojo... Se enfureció, pero no dijo nada.

Héctor permaneció callado, concentrado en la carretera, que concluía en un camino de tierra intransitable. Si el Águila no le contaba nada sobre el contenido, sabía que no le incumbía.

—Nos la han jugado. ¡Vamos, deprisa! En cuanto lleguemos a Chihuahua hay que avisar a Lola.

Andrés nunca había contactado con ella para nada. La había visto tres o cuatro veces en los últimos seis años, pero siempre fue ella la que llamó. El contenido del sobre era un asunto de vida o muerte.

El carro azul iba a demasiada velocidad para la pista de tierra y levantaba a su paso una gran nube de polvo. Aún quedaban dos kilómetros para llegar al objetivo. El sonido de un helicóptero hizo que los hombres miraran al cielo. Un disparo impactó en la luna delantera, abrió un boquete y fue a parar cerca de la palanca de cambios.

Andrés retiró con el codo los cristales pegados a la carrocería y comprobó que no había ningún otro vehículo al acecho. Solo el helicóptero, aunque ya habría llamado a los refuerzos.

—¡Písale, Teto! ¡Tenemos que llegar a la avioneta ya! —gritó Andrés.

Desde el cielo les caían balas que atravesaban el techo y el capó como si fueran mantequilla. Andrés rezaba para que ninguna les diera ni parase el motor. Pensaba en Lola. En salir de esa para avisarla.

Aunque registraba el cielo que se abría delante y detrás del carro, no conseguía ver el puto helicóptero. Pensó en algún momento en sacar su arma, pero era demasiado pequeña. El aparato se mantenía por encima de ellos, sin entrar nunca en su campo de visión. Mientras, el coche botaba y rebotaba por los surcos secos que habían dejado los tractores. Apuntar era improbable y atinar el blanco, imposible.

—¡Apúrate!

Pasados tres o cuatro minutos de tiroteo, llegaron a la pista de aterrizaje donde, esta vez sí, les esperaba la avioneta. Al verlos, el piloto encendió los motores. Héctor pisó el pedal para detenerse, pero no respondió. Llevaban quinientos metros perdiendo líquido de frenos. Tiró de la palanca del freno de mano y derraparon por la arena lisa. Antes de parar por completo, Andrés abrió su puerta y salió.

—Héctor, lleva el sobre a Las Rosas y escóndelo, huye, que no te agarren.

Héctor asintió y se marchó desandando el camino. Entretanto, Andrés corrió hacia la avioneta y entró. Las ruedas comenzaron a moverse. Cerró la puerta.

Llegó al puesto del copiloto justo cuando despegaban. El helicóptero, por un momento, dudó si seguir al coche o a la avioneta.

—Buenos días, capitán. ¿Este chisme no tiene para disparar?

—Buenos días, patrón. ¡Vaya madre! ¡Y bien que nos vendría! —gritó.

El helicóptero les disparó un misil. El piloto intentó esquivarlo y giró a la derecha en un

ángulo imposible, pero impactó en el ala izquierda. La destrozó. La avioneta cayó describiendo círculos de humo negro en el aire. No había alcanzado mucha altura, pero el golpe fue terrible. Andrés pudo salir a rastras del aparato. Quedó inconsciente a pocos metros.

Al menos veinte soldados aparecieron para detener a tan insigne fugitivo. Se tomaron no pocas precauciones para conducirlo a un hospital cercano, donde le escayolaron el brazo izquierdo. Fractura limpia de radio, sin necesidad de intervención quirúrgica

CAPÍTULO 2

1 de septiembre de 2017. Canisbay (Escocia).

Lola no se encontraba bien esa mañana. Había pasado la noche sin dormir, enferma, y con la cabeza llena de recuerdos oscuros. Vomitó otra vez inclinada sobre el inodoro, mientras se agarraba la tripa con las manos. Ya no le quedaba nada sólido en el estómago, así que escupió un moco inconsistente, verde y amargo, que le quemó la garganta. Estaba mareada. La cabeza le palpitaba con un latido ensordecedor. Extendió el brazo y apoyó la mano temblorosa sobre los azulejos intentando concentrarse en las florecillas de un rosa desvaído, herencia de los setenta, pero no fue capaz de fijar la vista en ningún punto.

Tuvo otro espasmo en el estómago y cayó de rodillas. Una náusea seca le cortó la respiración. Se le saltaron las lágrimas. Se quedó quieta, sentada sobre los talones y lloró. Lloró mucho y no porque le doliera el estómago y la garganta le ardiera, sino por no tener quien le sujetase la frente cada vez que le sobrevenía una arcada, nadie que la consolase.

Cinco meses atrás había alquilado una cabaña cerca del lago en Canisbay, en Escocia, a ocho mil kilómetros de casa, porque necesitaba estar sola para pensar, ordenar ideas lejos del mundo, de sus amigos, de México y de Miami. Pero no fue buena idea. El pasado la perseguía como un chicle pegado en la suela del zapato.

El día anterior, James le había pedido, o más bien exigido, que le contara cosas sobre ella, pero eran cosas que aún le dolían demasiado.

«¿Me has investigado?», la recriminó. Estaba confuso y miraba a su alrededor como si no reconociera la realidad. «Yo no sé nada de ti, pero tú lo sabes todo de mí». Clavó los ojos en Lola. «Merezco una explicación. ¿Quién eres? ¿Qué son esas cicatrices? ¿Por qué guardas un arma? ¿Qué haces aquí? Ya no sé si fiarme de lo que veo o de lo que siento».

Lola no supo qué decir. Estaba dispuesta a contarle, pero no sabía por dónde empezar, así que permaneció callada. Quiso abrazarlo, pero la apartó.

Abrió la puerta y se quedó mirando al suelo antes de salir de la cabaña. «No me llames si no es para darme una buena explicación». Salió sin mirar atrás.

Le partió el alma. Cerró la puerta tras él y se quedó el silencio. Lola caminó por el salón como una fiera enjaulada. Tenía la cabeza abarrotada de pensamientos que iban y venían de la oscuridad a la luz, de las tinieblas a la claridad.

En primer lugar, no sabía si la OII le permitiría hablar de su existencia a James. También estaba el tema de la *Operación Caronte*, un asunto espinoso si se hiciera público. Y, sobre todo, cómo explicar su propia conducta, porque una cosa es tener un arma y otra bien distinta, usarla.

No encontraba solución al acertijo por más vueltas que le daba. La había cagado con James. Aunque, por otra parte, era algo que él le exigiría tarde o temprano.

Le atormentaba pensar que tal situación no tenía que haberse dado nunca. Si vino a Canisbay a estar sola, James ni siquiera debía estar tan cerca, pero se había convertido en una necesidad tenerlo ahí.

Si no le contaba nada, lo perdería para siempre. Pero hablar de sus recuerdos le daba pánico. Revivir el pasado y tener que describir con palabras las escenas que la atormentaban de noche y la violentaban de día. Y además, tener que explicar sus decisiones y actos, cuando muchas veces no obedecían a razonamiento alguno ni eran consecuencia lógica de nada, sino provocadas por un

ardor visceral que la vencía.

Le aterrizzaba la reacción de James. ¿Qué pensaría de ella? El miedo la ahogaba y le estrujaba el estómago.

Después de la vomitona, se lavó los dientes y volvió a la cama. Dio varias vueltas sin encontrar postura para dormir. Era inútil.

Se incorporó y abrió el cajón de la mesilla. Tomó su Beretta Storm y le puso el cargador. Tenía ganas de apretar el gatillo, porque sí. Saldría fuera a pegar unos tiros sobre cualquier objetivo. Nadie la oiría. La casa más próxima estaba a varias millas.

Dejó la escuadra sobre la mesilla y se levantó. Hacía mucho frío como para salir en pijama. Se vistió, se calzó las botas y cogió el anorak.

Salió con el arma en la mano sin pudor. En el pronóstico del tiempo habían anunciado lluvias para la tarde. El aire estaba cargado de humedad y de sal. Se paró en la puerta y miró a lo lejos, ni un árbol ni una construcción hasta dónde le alcanzaba la vista. Sólo suelo verde y cielo gris.

Agarró una tabla vieja que estaba apoyada en la fachada y caminó unos treinta metros en dirección contraria al lago. La hierba fresca crujía bajo las suelas. Colocó la tabla de pie sujetándola con algunas piedras y deshizo el camino andado.

Repartió el peso del cuerpo entre ambas piernas, un poco abiertas y sujetó el arma con firmeza. Apuntó al mismo centro. Quitó el seguro y volvió a apuntar. ¡Bang! La tabla saltó de la cama de piedras que la sostenía. Se guardó la Beretta en el bolsillo.

Caminó despacio hasta el objetivo. Levantó la tabla para observar el resultado. Casi en el centro, un poco desviado a la izquierda.

Puso de nuevo la tabla vertical y regresó a la posición de tiro.

Sacó el arma. Apuntó.

«¡Qué fácil sería disparar siempre así!».

Apretó el gatillo y el percutor hizo su trabajo. La bala volvió a perforar la madera.

En el mismo instante de la detonación, decidió llamar a Morales para preguntarle qué hacer con James. Ella tenía un sexto sentido para saber qué era lo correcto. No en vano era su supervisora en la OII.

Una vez más se acercó a la tabla y la observó tirada en el suelo. El agujero estaba más cerca del centro, pero todavía ligeramente desviado a la izquierda. «Hay cosas que no se pueden cambiar».

Entró en la cabaña y dejó la pistola en la encimera de la cocina. Abrió el cajón de los cubiertos y cogió el teléfono móvil. Lo encendió y pulsó el nombre de Morales en la agenda.

Escuchó un tono, luego otro y otro. Ignoró adrede la hora que sería en Nueva York. Al cuarto toque, la voz de Morales soñolienta respondió al otro lado de la línea.

—¿Podría contarle a James qué es la OII? —Lola fue directa al grano.

—¿Sabes qué hora es aquí? —dijo molesta Morales.

—¿Dónde estás? —se hizo la loca y sonrió. De sobra sabía que en Nueva York no había amanecido.

—¡Bah! —Estaba acostumbrada a sus impertinencias—. Casi seguro que James sabe de la existencia de la OII. No creo que haya ningún inconveniente...

—¿Y le puedo hablar de *Operación Caronte*? —interrumpió Lola.

—¿Qué...? —Morales guardó silencio unos segundos—. ¿Qué te está pasando por la cabeza? ¿Qué sucede?

—Nada. Solo quiere saber quién soy.

—¿Y es necesario contarle todo?

—¡Buf! —resopló—. ¿Cómo narices le explico una parte sí y otra no? ¿Qué le cuento y qué no? ¡Es absurdo!

—Déjame consultarlo. No te precipites. No...

—¡Que sí! Venga. Adiós —atajó y colgó.

Morales nunca daba una respuesta a la primera, siempre había que mirarlo, había que pensarlo o había que consultar-lo. Se arrepintió de haberla llamado. Ahora no le quedaba otra que aguantar a que Morales tomara una decisión.

Dejó el teléfono en la encimera y guardó la Beretta en el cajón de la mesilla. Resolvió darse una ducha e intentar comer algo.

El día trascurrió lento, como si las manecillas del reloj pesaran doble y se resistieran a avanzar por la esfera. Apenas pudo con un poco de pan tostado y un puñado de arroz cocido. La tarde pasó en silencio. El cielo se ennegreció. Las nubes cargadas de agua se acumularon hasta robar la luz y el sol sucumbió. Comenzó a llover. Al principio, poco, luego, con fuerza.

Se fue temprano a la cama. Apagó la lamparita de noche y se tapó con el edredón. Las sábanas estaban frías y húmedas. La oscuridad era absoluta. No había luna. ¿Y si se había quedado ciega? Abrió mucho los ojos, pero nada, ni un átomo de luz. El agua y el viento azotaban con fuerza los cristales.

Echaba de menos a James. Notó su falta como una herida abierta y dolorosa. Su cama sin él era enorme. Le crecía por momentos a cada lado del cuerpo, aunque tal vez era ella la que encogía, reduciéndose más y más. Se acurrucó y se pasó los brazos por encima de la cabeza. Las sábanas crujieron al rozarse con la tela del pijama. Tan oscuro todo y tan minúscula ella.

Esa noche tampoco encontraría el sueño. Intentó escuchar los latidos de su propio corazón, pero fue inútil. Oyó el rechinar de los cristales, el repiqueteo de las gotas en el tejado, la fricción de los tablones de madera de la cabaña y un trueno que retumbó en los cimientos, pero no encontró el latido consolador.

Detestaba sentirse tan insignificante. Por un momento pensó que se haría tan pequeña tan pequeña que acabaría desapareciendo. Sus músculos temblaron. Se sentía sola porque estaba sola. Apretó los párpados con tanta fuerza que asomaron chispitas de colores en medio de la oscuridad. Tenía ganas de llorar, pero solo se mordió el labio. Lola Suárez no llora nunca, ¿verdad? Y tenía miedo, pero no de que alguien apareciera de repente ni de que la cabaña se le viniera encima ni de nada visible o palpable, sino de la soledad y de lo que debía hacer. Era lo justo: no podía pedir a James que obviara los últimos diez años de su vida.

El llanto reprimido le arrugaba el corazón. Cogió una bocanada de aire para estirarlo, pero no pudo: los suspiros se convirtieron en sollozos sonoros y desesperados. ¿Por qué no iba a llorar Lola Suárez si no había nadie en varios kilómetros a la redonda? Podía llorar como le diese la gana. Nadie vería sus ojos hinchados al día siguiente. Y ese pensamiento le dolió tanto que se le escapó un grito de rabia. Las lágrimas le fueron mojando las mangas del pijama, pero ni podía parar ni quería. «Pucheros de colores», le decía su madre cuando era pequeña y le secaba la cara con la mano. «¿Ya estás llorando? Pucheritos de colores». Y si el asunto no era grave, que casi nunca lo era, la madre reía y Lola se tranquilizaba. Echaba de menos sus manos. Y se sintió más sola aún sin James, sin mamá...

En una ocasión, su padre le dijo que por un hombre no se lloraba, que ninguno lo merecía, pero ella no lloraba por James, lloraba por sí misma. «Pobrecita Lola». Se dejó llevar por la angustia. Estaba atrapada en un remolino. Sabía que no podría parar de llorar. Es la válvula de la olla exprés, que no para de echar vapor hasta que lo escupe todo.

El recuerdo de su madre la partió en dos, como un fogonazo urgente, un relámpago que le dejó una picazón insoportable. Sin importarle lo que había dicho Morales, le contaría todo a James en ese mismo momento. No estaba todo curado, ni sabía cómo poner en palabras lo pasado en los últimos años. Era una revelación, un mandato divino. Si esperaba un minuto más, lo perdería.

Se levantó y se vistió. Cogió el chubasquero azul y la botella de tequila que estaba empezada. «Suficiente». Iba dispuesta a abrirse las venas por él, una apuesta a rojo o negro. Le contaría la clase de monstruo que había sido. Si no la aceptaba, haría las maletas y se marcharía de Canisbay.

Era noche cerrada y la lluvia caía persistente. Al salir, resbaló en el barro. «Mierda». Se había calzado unas deportivas sencillas en lugar de las botas. Pero no iba a volver atrás.

El coche derrapó en algunas curvas y se vio obligada a poner la tracción a las cuatro ruedas. Poco a poco, el todoterreno se fue tragando el camino embarrado. Al llegar a la casa, vio luz en la ventana del salón. Apagó el motor y al salir, pisó un charco, se mojó los pies, pero corrió hasta la puerta. Tocó el timbre, pero recordó que estaba roto. Golpeó la madera con los nudillos. Estaba helada.

James abrió sin preguntar. Solo podía ser Lola.

—¿Puedo entrar? —dijo mostrándole la botella.

No contestó. Estaba muy serio. La miró de arriba abajo y se apartó para dejarla pasar.

Lola restregó los pies en el felpudo y se quitó el chubasquero empapado. Cerró la puerta tras de sí y siguió a James hasta el salón.

—¿Te ibas a la cama? Si quieres, me marcho —dijo Lola.

James llevaba el pijama puesto y olía a gel y champú.

—¿Has cenado? Puedo hacerte algo. ¿Un sándwich?

Lola habría querido salir corriendo y no haber parado hasta Miami. Se acababa de transformar en una adolescente antes de un examen, pero se obligó. Fuera cual fuese el resultado, se lo debía.

—Déjalo. He estado vomitando —susurró mientras colgaba el chubasquero en una percha.

James se quedó mirando la botella de tequila que Lola sostenía en la mano.

—Entonces te prepararé un té. Quitate esas zapatillas.

—También me he mojado los pies. ¿Puedes dejarme unos calcetines?

James hablaba en un tono neutro, gris, como el enfermero de una clínica abortista. Lo mismo hubiera dicho «quítese la ropa de cintura para abajo y tumbese en la camilla».

A pesar del calor que desprendía la chimenea de leña, Lola seguía helada. Los ojos que la observaban, de un gris azulado, derramaban esquirlas de hielo sobre ella. Tal vez se lo merecía. Tal vez, había estirado demasiado el silencio. Pero ¿era tanto pedir que la hubiera recibido con un abrazo, con un beso, que le dijera que no tenía que contarle nada y que sobraban las explicaciones? Ilusa. Eso solo pasaba en las comedias románticas de los viernes por la noche.

Se sentó en el sofá y dejó la botella en la mesa de salón. Se descalzó y se quitó los calcetines mojados. Colocó las zapatillas cerca del fuego y se recostó. El calor le fue subiendo por las piernas confortándola. Movié los dedos de los pies, enrojecidos por la luz del hogar.

James le ofreció el té y un par de calcetines blancos, demasiado grandes. Cuando agarró la taza, Lola aprovechó para acariciar su mano, pero James no se inmutó. Fue a sentarse en una silla alejada. Acababa de alzarse un iceberg completo entre ellos. Dejó el té sobre la mesa y comenzó a ponerse los calcetines.

—Gracias —susurró sin mirarlo.

Tomó la taza con ambas manos y se concentró en el baile de las llamas que abrasaban un leño

en la chimenea. Resopló, tosió, se aclaró la voz:

—Joder. No sé por dónde empezar. —Hizo una pausa y se miró los pies enfundados en algodón—. Me preguntaste quién soy. Eso sí lo sé: soy Dolores Suárez de Tejada. No puedo cambiar mi pasado y he hecho cosas de las que no me puedo redimir, aunque me convirtiese en Santa Teresa de Calcuta durante lo que me queda de vida. No sé cómo me he metido en este lío. — Se miró las manos, que se calentaban en contacto con la taza de té—. Cuando llegué a Canisbay solo quería descansar, no pensé en ningún momento que tuviera que contarle mi vida a nadie. Estaba agotada. Lo único que quería era perder el tiempo mirando el cielo de noche y ver estrellas o recrearme en cosas cotidianas que no solía hacer porque no tenía tiempo o porque no estaba donde se suelen hacer esas cosas.

James callaba, miraba a Lola, sentada en su sofá, y comprendió que le hacía el regalo más grande que le podía hacer. Se notaba que era una mujer acostumbrada a conseguirlo todo porque sí, sin necesidad de dar explicaciones o de pedirlo por favor. El pasado de Lola era un interrogante tan grande que era de verdad un obstáculo. Se lo preguntaba todo de ella. ¿De dónde había salido? ¿De dentro de una col? Sabía que había nacido en Madrid, que tenía bastante dinero y bastante miedo también, pero desconocía las razones.

—Intentaré ordenar mis recuerdos para ti, no para justificarme, sino para que te quede todo bien claro.

»Creo que he tomado decisiones equivocadas y me arrepiento de casi todo lo que he hecho, aunque actué desde el corazón. De verdad... Arrastro mi pasado como una losa. A ratos, puedo apartarlo, dejarlo al margen, pero forma parte de lo que soy.

»¿Sabes? Sería muy fácil echarle la culpa al destino o a las circunstancias, poner excusas del tipo: «pero ayudé a mucha gente», «pero gané mucho dinero», y ni siquiera justifican los crímenes que he cometido.

»Tienes una imagen incorrecta de mí, aunque también soy culpable de ello: he dejado que creas que soy lo que no soy. Dejé que vieras mis cicatrices y que sintieras lástima. Después dejaste que te cuidara. Dejaste que te consolara, que te acompañara en las noches en blanco que sufrimos los dos.

»Lo que peor llevo es saber que volvería a hacerlo todo igual. No puedo cambiar cómo soy. Lo he intentado, pero no puedo, por eso sé que repetiría cada paso equivocado y cada decisión incorrecta.

»Llegué aquí como un náufrago a la deriva, aferrado a un tablón que puede soltar al llegar a la playa, así que llegué vacía, sin nada. Y apareciste tú y me prestaste atención. Me cuidabas. Poco a poco tu presencia se me hizo no solo agradable, sino deseable. Penetraste en mí como las raíces de los árboles en la tierra, llenándola de raicillas menudas y numerosas.

»A veces, he pensado que podría mentirte. Podría hacerlo, pero no te lo mereces.

»He recibido de ti mucho, muchísimo más de lo que yo te he dado mil veces, así que ahora te daré toda la verdad.

CAPÍTULO 3

1 de septiembre de 2017. Canisbay (Escocia).

—Un día, estabas fuera de la cabaña y tratabas de arreglar el generador de emergencia. ¿Te acuerdas? Hubo una gran tormenta, que se cargó buena parte de la red eléctrica. Tú viniste al día siguiente a repararlo. Todo brillaba como nuevo después de la lluvia y hacía mucho calor. Luchabas por ponerlo en marcha y te quitaste la camiseta. El condenado chisme no quería arrancar. Yo fregaba los platos con agua fría y las manos se me adormecieron. Levanté la cabeza y te vi por entre las cortinas de la ventana. Vi tu cicatriz y sentí curiosidad. ¿Qué historia escondía? Así que investigué en internet, Facebook, Twitter, y encontré fotos. Mi intuición fue buena. Supe que eras de los míos, que podría hablar contigo, que tal vez, hasta podría ser tu amiga. Y te investigué. Lo siento.

»Siempre estabas a mi lado. Si te llamaba, contestabas al teléfono, fuese la hora que fuese. Si necesitaba algo, me lo traías. Te has hecho imprescindible. Cuanto más sabía de ti, más cerca te encontraba.

»Tuve acceso a tu expediente militar de los SAS. Lo pedí en cuanto me enteré que eras militar.

»No debí dejar que te acercaras tanto, pero lo hecho, hecho está, ¿no? Quizás esto también sea algo de lo que me tenga que arrepentir.

Lola agarró la botella.

—¿Tienes un vaso?

—¿No te sentará mal? —preguntó James.

—Vamos a verlo. ¿Quieres uno también?

Negó con la cabeza.

—Dicen que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, pues ahí vamos —se dio ánimos.

James se levantó y desapareció por el pasillo. Lo oyó trastear en los muebles de la cocina y regresó con un vaso sin estrenar.

—No tengo vasos de tequila. —Le mostró el que llevaba en la mano.

—Sirve cualquiera. Trae.

Se lo entregó y se sentó de nuevo en la silla, alejado de Lola. Siguió castigándola por su desconfianza.

Ella dejó la taza de té en la mesa y se sirvió un poco de alcohol, apenas un dedo que le cayó en el estómago como una bomba caliente. Le sobrevino una arcada ácida que le hizo apretar los ojos y contener el aire. Tal vez brindaba por el fin de su relación, otro fracaso más.

—Ahora, a mis veintinueve años puedo decir que fui una niña alegre. Nací y me crié en Madrid, en una familia acomodada; rica, vaya. Tuve todo lo que quise. Mis únicas preocupaciones eran qué vestido ponerme al día siguiente o qué carrera estudiar. Una existencia fácil, sin complicaciones. No había visto nunca morir a nadie y no sabía disparar un arma.

»Al poco de cumplir los diecinueve mis padres murieron en un accidente de tráfico y me incliné, digamos, al otro lado de la ley. Su muerte no fue el motivo, pero contribuyó en la medida en que me quedé sola. Mi hermano estudiaba en Estados Unidos y yo no supe qué hacer con mi vida. No pude asimilar mi nueva situación.

»Cuatro años después, fui rescatada, y desde hace ocho soy agente secreta de la Organización Internacional de Intervención.

—¡Venga ya! —interrumpió James incrédulo.

—¿La conoces?

—No directamente. Siempre creí que la OII era un bulo, que no existía en realidad. ¿Quién iba a creer que Naciones Unidas tuviera su propio servicio secreto?

—Antes de que me reclutaran ni siquiera sabía que hubiera más servicios secretos aparte de la CIA —dijo Lola—. Al parecer, se creó después de la Crisis de los misiles de Cuba, como una sección operativa para misiones encubiertas. Los gobiernos piden el auxilio de la OII cuando no pueden participar de forma abierta en un conflicto interno, por motivos políticos, ya sabes, de legitimidad o de legalidad. Yo dependo de la Sección II: secuestros. Negociamos, mentimos o matamos, no importa. Si hay una persona secuestrada, hay que liberarla como sea. A veces se consigue y otras no. La OII solo interviene cuando lo solicita el país interesado y lo aprueba el Consejo por mayoría.

—¿Y ahora qué? ¿Me vas a eliminar o algo así, por con-tarme esto?

—¿No guardas tú mismo secretos de tu gobierno? Es uno más. Gran Bretaña también forma parte del Consejo de la OII. Hay hechos confidenciales que sobrepasan la propia existencia de la OII y que seguro pondrían en riesgo las democracias occidentales, si se hicieran públicos.

Lola, que aún sostenía el vaso vacío entre las manos, lo miró a los ojos. El asunto era grave.

—Si te lo cuento es porque confío en ti.

James se irguió en la silla.

* * *

Hace dos años, tras una misión exitosa, el gobierno de México me prestó una casita de veraneo en Los Cabos. Fui allí a tomar el sol, a relajarme, como una turista cualquiera. Por la mañana temprano salía a correr, me echaba la siesta por la tarde y daba una vuelta por la noche. A tomar una copa.

Me gustaba correr por la playa, la suavidad de la arena en los pies descalzos y el azul eléctrico del Pacífico. A la derecha, el rumor constante del mar y a la izquierda, una hilera de casas como la mía, donde se alojaban otros turistas. Los veía de lejos, desayunar en los porches o tomar el sol en la arena.

Tres o cuatro días después, un tipo comenzó a correr a mi lado y me habló. Dijo alguna gilipollez que ni recuerdo, pero tenía unos ojos alegres y unos dientes blanquísimos. Sonreía todo el tiempo. Me invitó a desayunar y acepté.

Era Ian Rivera, un cantante portorriqueño que intentaba ligar conmigo como un adolescente. Me dejé. Lo que al principio iba a ser un desayuno se convirtió en unas vacaciones compartidas en su casa. A los pocos días me había enamorado. Al principio no me quise hacer ilusiones, pero él me daba esperanzas. Y, como estúpidos, después de una semana, hicimos planes para el futuro.

Conocer a Ian supuso abrir una puerta que ya no se volvería a cerrar.

Soñaba que me despertaba cada día en mi cama, no en la de un hotel o en un camastro en la selva. Imaginaba que Ian estaba a mi lado, que tenía un hijo o dos o tres, que me ocupaba de mi casa, que iba a hacer la compra al súper, que volvía a tener amigas y vida social, que los sábados salíamos a cenar fuera o al cine... Me replanteé muchas cosas y decidí no continuar en la OII.

Al terminar las vacaciones, Ian viajó a Los Ángeles, con la promesa de verme en Miami en cuanto pudiese escapar de sus compromisos.

Yo volví a casa con la idea fija de comunicar a la OII mi renuncia. Les envié un mail, pero no contestaron. Les llamé por teléfono y ni siquiera descolgaban. Envié más mails, pero sin respuesta.

A la semana, recibí un correo, en el que me encomendaban una nueva misión. De lo mío, nada de nada.

Había que rescatar a una chica estadounidense, muy joven, apenas veinte años. Se había enamorado de un patán mexicano que se dedicaba al narcomenudeo, guapo, pero violento e irritable. La chica no estaba secuestrada. Al parecer, se había escapado de casa para ir a México por propia voluntad, pero la familia llevaba un par de semanas sin poder contactar con ella. Se habían puesto en lo peor. El padre era un alto funcionario de la Casa Blanca y pidió ayuda al gobierno mexicano, pero se la negaron.

Cada año hay miles de secuestros de sus propios conciudadanos y no pueden investigar por falta de medios. ¿Cómo iban a gastar un solo peso en la desaparición de una gringa rica? Al final, el padre forzó la intervención de la OII a costa de su bolsillo.

Pensé cómo eludir el encargo, pero no encontré la manera. No sabía cuál sería la reacción de la OII si me negaba a cumplir órdenes. ¿Me matarían, me encerrarían? No me dejarían en paz sin más.

Desde que puse los pies en Culiacán no me aguantaba las ganas de correr de vuelta. La escuadra que llevaba en la sobaquera me pesaba como cien. No quería estar allí.

Y qué difícil todo. No fui capaz de negociar de forma coherente con el gilipollas del novio y ni siquiera conseguí hablar con la chica a solas. Qué inútil. Era como si me hubieran reseteado y puesto a cero. No nos quedó otra que actuar por la fuerza.

La operación de extracción la dirigió William Flórez, un mercenario de una empresa privada de seguridad internacional, amigo mío y mi guardián desde hacía muchos años. Éramos seis hombres, Willy y yo.

Nos preparamos en una casa de campo a las afueras de la ciudad. Una furgoneta nos llevaría hasta el objetivo.

¡Cómo pesaba todo, las botas, el casco, el chaleco antibalas! Willy me caló y me preguntó sin rodeos.

—Estoy agotada. Vamos a acabar pronto, ¿vale? No sé por qué tenemos que sacar a la gringa esa de aquí si ella no quiere.

Willy tenía ya el casco puesto y solo se le veían los ojos. Una mole de un metro ochenta y cinco centímetros. Parecía un jugador de rugby vestido de ninja. Se encogió de hombros y dijo:

—Nos pagan para esto.

—Cada día estoy más harta. —Me tapé la cara—. ¡Va-mos!

—Sí, pero quédate la última.

Willy tenía razón. En otro tiempo le hubiera callado la boca y hubiera entrado la primera, pero entonces, no tenía ninguna motivación. Menos estar allí, cualquier cosa.

Irrumpimos como perros salvajes, a golpe de ariete, y comprobamos habitación por habitación. Los hombres inmovilizaron a un par de tipos que no se resistieron.

«Por aquí, limpio». «Limpio, también». Por un instante pensé que los tortolitos habían huido ya. Me tocó entrar en la última habitación. Abrí la puerta y me refugié en el pasillo con la espalda pegada a la pared. Alguien disparó desde dentro. Me asomé un instante y la vi. La chica estaba echada bocarriba sobre una cama, en bragas, y con un revolver entre las manos, más grande que ella. Tenía la cara desencajada y ojos alucinados. Temblaba. Ni pensé en que la pistola tuviese más balas. No suelen tirotearme personas a las que trato de rescatar.

En el acto de estupidez más grande de mi vida, me abalancé sobre ella para abofetearla y sacarla de la casa por los pelos, te lo juro. Pero antes de que pudiera tocarla, me disparó el novio. Estaba escondido detrás de la puerta. Me acertó en el muslo y caí al suelo como un saco de cemento.

Willy, alertado por las detonaciones, entró y disparó a tan poca distancia que le acertó en la cabeza y la sangre nos salpicó a todos. La chica tiró el arma al suelo. Empezó a gritar histérica y a frotarse las piernas. Le había alcanzado la sangre de su novio.

No había manera de calmarla. Cuando dejó de gritar, comenzó a llorar y cuando consiguieron que se vistiera, se quedó callada y no debió hablar hasta que tuvo a su padre delante, días después.

Me contaron que a los tres meses de estar con su familia, limpió sus cuentas bancarias y desapareció.

A mí me mandaron a Madrid a recuperarme de la herida. Mucho tiempo para pensar.

No hicimos lo correcto. La casa estaba limpia y ordenada. En la cocina había hasta un bol con fruta de verdad. Era un hogar, James. No era un escondite provisional ni un antro donde se vendiera droga. Era su casa de verdad.

Yo creía que la OII salvaba a los buenos de los malos, pero allí no vi ningún malo, solo nosotros: ocho tipos vestidos de negro y armados hasta los dientes entrando de noche en una casa normal. ¿Que los dueños vendían droga? ¿Y qué? De algo hay que vivir.

Esa noche en Culiacán hice todo lo que no se debe hacer en un asalto: entré en una habitación sola, perdí el control, dejé que me dispararan. Creo que ni siquiera tenían intención de matarme.

Lo único bueno que saqué es que la OII me licenció. Sin honores, sin medallas y sin despedidas. Me dejaron marchar, sin más. A las tres semanas de estar en Madrid, entré en mi correo electrónico y ahí estaba el mail de la OII en la bandeja de entrada. Asunto: «Renuncia». Me daban unas gracias escasas por los servicios y *out*. Me permití el lujo de contestar: «¡Adiós, compañeros!», decía. «Estoy cansada de mi vida y sobre todo de que esta sea fruto de vuestros deseos». Igual no tenía que haberlo hecho, pero me di el gusto. Estaba aliviada y eufórica. Abrí una botella de Vega Sicilia después de cenar. Creí que era el comienzo de mi libertad.

* * *

CAPÍTULO 4

Lola dejó el vaso en la mesa y se sirvió otro dedo de tequila. El líquido dorado brillaba a la luz de la chimenea como hecho de fuego. Lo apuró de un trago rápido, que le quemó otra vez el estómago, pero no le dieron arcadas. Se acostumbraba al calor. Echó la cabeza hacia atrás y miró el techo. Intentaba ignorar la presencia de James para continuar su relato. Si lo miraba, no le diría toda la verdad.

* * *

Era veinticuatro de octubre de 2015, el día siguiente de recibir la confirmación de mi baja. Estaba feliz, como si hubiera sido el día de mi boda. Comenzaba una nueva vida. Tenía planeado hacer unas compras y viajar a Miami para reunirme con Ian.

Desperté en mi apartamento de Madrid antes de que saliera el sol y saboreé cada minuto desde que abrí los ojos, tumbada aún en la cama. Estaba más lúcida que nunca. Me estiré bajo las sábanas y suspiré. Todavía me picaba la cicatriz tierna del muslo, pero ya no me dolía. Tenía hambre o los nervios agarrados en la boca del estómago. Después tomé el mejor desayuno del mundo, el mejor que había tomado en mucho tiempo. Café con mucha leche y un croissant de La Mallorquina, zumo de naranja y media manzana. Me di una larguísima ducha con agua bien caliente y me vestí. Salí a la calle dispuesta para las compras, tan feliz que mis pies no tocaban el suelo.

Anduve un rato. Algo no iba bien. El cielo estaba cargado de nubes y amenazaba lluvia. Los coches ocupaban la calzada en filas interminables y la gente caminaba demasiado rápido por la acera. Tuve vértigo. Un hormigueo insidioso me bajó del estómago a las piernas. Mi cuerpo entró en alerta. Se me despertaron los sentidos como los de un perro cuando va de caza. Examiné todos los detalles que me rodeaban: las personas, sus gestos, si hablaban o caminaban en silencio, los coches que pasaban, la marca, el color, cuántos sujetos iban dentro. Oí la persiana metálica de un comercio que se abría al final de la calle, el claxon del tercer vehículo que esperaba en un semáforo cuyo conductor se impacientaba porque estaba la luz en verde...

Mi cerebro se empeñó en analizar la vorágine que me rodeaba como habría hecho el ordenador más potente y encontró una constante: el taconear de unos zapatos sobre el pavimento de la acera muy cerca de mí, detrás de mí. Pensé que estaba paranoica, pero aceleré el paso, y mi perseguidor, también. Paré, me giré y vi mi reflejo en las gafas de sol de García.

García era mi supervisor o jefe en la OII. Era español, tenía formación militar y siempre iba armado, según me consta. Cuando le vi, me quedé aterrorizada. Todavía existía la posibilidad de que me matasen, como el que deshecha unos zapatos viejos que ya no le gustan.

Era un tipo algo mayor que yo, de unos cuarenta años, que siempre vestía traje oscuro con corbata y gabardina beis en invierno. En la calle, siempre llevaba gafas de sol. Yo las odiaba, porque no podía verle los ojos ni reconocer la expresión de su cara. Es difícil hablar con alguien si no puedes leer su reacción a tus palabras. Conseguía que me comportara como una niña malcriada. Me sacaba de mis casillas. Me exasperaban su frialdad y hermetismo.

—Vamos a tu casa —dijo sin mirarme ni girar la cabeza.

Me sujetó por el brazo y caminamos en silencio, de regreso.

—¿Qué mierda es esta? —me quejé cuando entramos en el apartamento y sacudí el brazo para soltarme de su garra.

Se quitó la gabardina con parsimonia y la dejó en un sillón. Agarró una silla en silencio y la arrastró. Para molestarme, claro.

—Siéntate y escucha —me ordenó.

—Siéntate tú. ¿También quieres que tomemos un café con pastas? —Sonreí con ironía.

Se arrancó las gafas de un manotazo y comenzó un dis-urso en tono paternal. ¿Qué puñetas quería? Me habían dejado renunciar. Si hubieran querido matarme, ya lo habrían hecho.

—Te entiendo. Entiendo que estés cansada. Eres la que más tiempo ha trabajado para nosotros. Has tenido... ¿Cuántas? ¿Dos o tres misiones al año durante estos seis años? Es agotador. Recuerda que yo te he acompañado en todas. Comprendo que te sientas utilizada. Las tareas no han sido agradables ni fáciles... —No era sincero. Repetía las palabras como un autómatas, como si saliera una grabación de sus labios.

—¿Agradables? ¡Qué mierda estás diciendo! Soy la más antigua porque los demás se han muerto o están inválidos. No quiero terminar así. Quiero recuperar mi vida.

—Lo sé, lo sé... y la OII ya ha aceptado tu jubilación, pero se han precipitado. Te necesitamos una última vez. A lo mejor te interesa este trabajo, porque se trata de Andrés «el Águila» Cifuentes.

Al oír ese nombre se me hizo un vacío en el corazón y se me heló la sangre.

—Le ha detenido la Marina mexicana. Le seguían muy de cerca y al final lo acorralaron y cayó. Mataron a seis de sus hombres. Lo tienen preso y lo están interrogando, pero dice que solo hablará contigo. Estados Unidos ha pedido la extradición y el Ministerio del Interior mexicano ha solicitado tu presencia. Quieren que negocies la no extradición a cambio de algunos datos relevantes sobre el cártel.

—¡Qué estupidez! Andrés no hablará jamás. ¿Qué gana con quedarse si lo consideraran un chivato? Sería hombre muerto. Nunca delataría a sus amigos, son su sangre.

—Creo que tiene algo importante que contar y por eso quiere hablar contigo —dijo García—. A nosotros nos interesa porque puede tener información útil acerca de lo que está pasando en la frontera. De momento está a salvo, pero ya conoces las cárceles mexicanas —dijo las últimas palabras con malicia.

—¿Lo has visto? —pregunté.

—Sí.

Me dejé caer en el sofá y me tapé la cara con las manos. García se sentó a horcajadas en la silla con el respaldo frente a él. Habría jurado que disfrutaba de mi turbación.

Aunque Andrés pertenecía a mi pasado, era una herida abierta que todavía supuraba. Había estado muy enamorada de él. Parece un tópico, pero yo era muy joven cuando lo conocí, apenas tenía diecinueve años, y a esa edad todo es más grande y más intenso. El amor, el dolor, la muerte, la traición. Sentimientos que ya son colosales de por sí, cuando eres tan joven, te colapsan hasta sobrepasar los límites de tu propia piel.

Fui su novia durante cuatro años y nunca he llegado a reponerme de lo que viví con él.

Pero quien anda con narcos, acaba en la cárcel o muerto. Yo terminé presa y sola. Andrés me abandonó. No me hizo llegar ropa ni dinero. No pedí nunca que viniera a verme, porque sabía que era imposible, pero me podía haber ayudado de cualquier manera.

A los tres meses de estar en el penal, se presentó un abogado y, tonta de mí, pensé que lo mandaba Andrés. En realidad, era un intermediario de la OII. Me ofreció la libertad a cambio de colaboración y acepté. La cárcel es un lugar duro y, cuando apareció aquel tipo, llevaba ya la

nariz y tres costillas rotas. Creo que no hubiera llegado viva a la celebración del juicio.

Así que cuando García me propuso ir a ver a Andrés, el corazón me empujaba a México. Tenía curiosidad por verle en la misma situación en la que él me dejó, pero también sentí una pizca de nostalgia.

No debía hacerlo. Era cuestión de sentido común. Ian me esperaba en Miami y Andrés pertenecía al pasado que quería olvidar.

—No quiero verle, no voy a ir a México y no quiero saber nada más de la OII —contesté al fin.

García se levantó furioso y tiró la silla al suelo. Comenzó a gritar como un energúmeno, como no lo había visto antes.

—¡Vas a ir y vas a hablar con el Águila y te dirá lo que sepa! —bramó mientras me señalaba con el dedo.

Ya no hablaba en tono paternal, sino rojo de ira. Arrojava las palabras como escupitajos. Tenía el ceño fruncido y las arrugas le marcaban una extraña «v» entre los ojos.

—Ese imbécil solo quiere hablar contigo y tú nos debes eso y mucho más. Nos lo debes todo. —Su aliento me quemaba la cara—. Nos debes tu vida y todo lo que tienes. ¿O ya no te acuerdas de la cárcel, del agujero de donde te libramos de la muerte?

Se paseaba por el salón como una fiera enjaulada. Enmudecí. Era la primera vez que me negaba a hacer algo. Me asusté. Me levanté, desenfundé mi Beretta y lo encañoné.

—¿Qué dices? No entiendo nada. —Me levanté del sofá sin perderlo de vista—. Andrés no hablará.

Lo pillé desprevenido. García cambió de cara y levantó las manos. Comprendió que así no cedería a sus órdenes. Como se dice: por las buenas soy muy buena, pero por las malas... Suspiró, se retiró el flequillo de la cara, me miró a los ojos y sonrió. No se inmutó al verse encañonado. Sonrió con todos los dientes y con expresión estúpida.

—Perdona. No te lo pediría si no fuese tan importante. Te necesitamos. Haznos este último favor. ¿La última misión? Baja eso y escúchame. —Intentó que me relajara.

La sorpresa no le duró. El tipo era un carámbano. No lo amedrentaba el arma que le miraba a la cara. Sabía que no sería capaz de dispararle. Y tenía razón. Solo quería que parase. Me venció y bajé el arma.

—Así que eso me pedís: un pago por sacarme de la cárcel —dije sin apartar los ojos de él. ¿Eso ha sido todo este tiempo? Pues será el último pago. Si queréis, devolvedme adonde estaba. No os necesitaba entonces y tampoco ahora. Iré a ver a Andrés... Cogeré el primer avión para Miami. ¡Vete!

García era un cabrón. Escuchó mi respuesta, pero no se movió. Cogí su gabardina y se la tiré a la cara.

—¡Vete!

La recogió del suelo, la sacudió y se marchó en silencio, dándome la espalda.

Decidí ir primero a Miami, desde allí a México, vería al Águila, que no me diría nada que les interesara, y después, de regreso para estar con Ian.

* * *

—¿Sueles ir por ahí con un arma encima? —preguntó James.

Lola se giró para mirarlo.

—Antes sí, hasta convertirse en una obsesión que trato de superar como puedo. —Sonrió con

amargura.

* * *

A las horas, salía por una de las puertas Vip del aeropuerto de Miami. Como siempre, me había saltado el papeleo y la aduana con el pasaporte diplomático. En el aparcamiento me esperaba Carlos, mi chófer y guardaespaldas.

Cuando le vi sonreír desde lejos, me pareció la mejor bienvenida del mundo. Era la agradable sensación de volver a casa después de una estancia solitaria en Madrid.

Llegó hasta mí y me quitó la maleta de las manos. Es un encanto, te gustaría. Estaba tan feliz, que lo abracé y le di dos besos.

—¡Qué alegría verte de nuevo! Esta vez se me ha hecho eterno.

Juntos y alegres, caminamos hasta el coche y emprendimos camino a Miami Beach. Me daba el sol en la cara y la sal del mar se me pegaba a la piel. Fue agradable dejar atrás el frío de Madrid. La brisa que entraba por la ventanilla del Cherokee me alborotaba el pelo.

Al llegar a casa, el olor a salitre del mar se mezclaba con el de los *liliums* del jardín. Ya podía respirar tranquila. Esa casa es lo más parecido que tengo a un hogar.

Salí del coche y cerré los ojos para saborear aquel perfume, sentir la piel húmeda y la ropa pegada al cuerpo. Un manotazo de viento me despertó. Anocheceía y unas nubes negras cerraban el cielo. Carlos se había adelantado y entraba en la casa con la maleta. Tal vez me dijera algo, pero si lo hizo no lo oí. Era un gusto regresar a casa.

Cayó la primera gota, que más bien fue un chorretón frío, y corrí. María se había asomado a la puerta y gritaba: «¡venga, señora, se va a mojar!». Cuando llegué a cubierto, caía agua como en la ducha.

—Buenas noches, señora. ¿Cuánto tiempo se va a quedar esta vez? —preguntó mientras avanzábamos por el hall.

—Un par de noches, pero dentro de poco vendré para quedarme: no más viajes, no más balazos, no más secretos.

—¡Virgen Santa! Con lo que he rezado —exclamó la mujer. Juntó las manos y miró hacia el techo.

María es mi ama de llaves. Vive en la casa todo el año con Carlos. Es hija de emigrantes cubanos y cuando habla español tiene un acento cálido: el de los cubanos que nunca han pisado la isla. Es mi ángel de la guarda.

Mi casa está en Miami Beach, en Indian Creek Island. Es una isla superexclusiva, que tiene un campo de golf en el centro y las propiedades están alrededor, con vistas a la laguna y embarcadero propio, todo muy *art decó*. Casi todas son segundas residencias, por lo que casi nunca tengo vecinos.

Tiene dos plantas y, a veces, se me hace inmensa: seis habitaciones, cuatro baños, dos salones y un despacho, piscina con vestuarios y gimnasio, cocina, despensa, garaje para cuatro coches y un aseo. La mayor parte del tiempo lo paso entre mi dormitorio, la cocina y el jardín. El resto de habitaciones permanecen cerradas y sin apenas muebles.

En las paredes del despacho había colgadas fotografías de las personas que he salvado o que han muerto muy a mi pesar. Tuvieron que pasar muchas cosas para que me armase de valor y las quitara. Las que siguen allí son las de mis padres fallecidos y mi hermano, que ahora vive en Bruselas. No hay imágenes de amigos ni de viajes ni de familia ni de hijos.

El día siguiente amaneció brillante. María había preparado la mesa del desayuno en el jardín,

en el porche frente a la piscina, como me gusta, con un mantel blanquísimo y flores.

Mientras tomaba el café con mucha leche, Carlos dejó el correo sobre la mesa. Ojeé las cartas y encontré un sobre sepia del Gran Hotel. Era la invitación para una fiesta de gala que se celebraría esa misma noche. Había hablado con Ian antes de salir de Madrid y le emocionó la idea de reunirnos en Miami. Le habían invitado a cantar en la fiesta y aceptó. Llegaría en un vuelo desde Los Ángeles con el tiempo justo para cambiarse de ropa y propuso que quedásemos en el aeropuerto, pero me pareció precipitado. Tampoco le prometí que acudiría a la fiesta, porque no me gustan ese tipo de saraos. Le convencí para encontrarnos al día siguiente en mi casa. No tuve valor para decirle que no sería un reencuentro definitivo y que tendría que viajar a México después.

He tenido que ir a eventos parecidos, casi siempre por obligación, y no son lo que yo llamaría «una fiesta». Sin embargo, la idea de ver a Ian me ganó y decidí darle una sorpresa.

—María, ¿está listo el vestido de Armani? —le dije cuando recogía los restos del desayuno.

—¿El de noche negro? —preguntó incrédula.

—Sí, prepáralo, por favor, lo necesito esta noche.

María corrió por el pasillo con una sonrisa de oreja a oreja, como cómplice de una broma a punto de troncharse de risa. La mujer entendió mi propósito. No estaba acostumbrada a que saliera de fiesta.

Después me tumbé un rato en una hamaca cerca de la piscina. Era agradable sentir el sol en la piel y me relajé hasta que me quedé adormecida.

El timbrado del teléfono de la cocina me sobresaltó. María apareció con el inalámbrico en la mano, el rostro serio y la boca torcida:

—Señora, la llaman de la oficina —dijo entre dientes, con enfado.

Casi lo había olvidado: la última misión.

—¿Bueno? —dije cuando lo pegué a la oreja.

—Andrés está en Altamira —dijo García.

—Altamira no es su territorio. Lo van a matar. Lo han metido en la boca del lobo.

—No hemos sido nosotros. Creo que está aislado del resto de presos. Ve a verle pronto.

—Mañana saldré para allá. Prepara mi visita, porque no quiero sorpresas —le advertí tajante.

—Ya está todo listo.

Levanté la vista y encontré la mirada interrogante de María.

—Viajaré a México, pero es la última vez, lo juro. No quiero caras tristes. Estaré de vuelta en unos días. Ya lo verás.

Sonreí.

CAPÍTULO 5

26 de octubre de 2015. Miami (Florida. Estados Unidos).

Por la noche, el Gran Hotel lucía sus mejores galas. Iluminaron la fachada hasta la azotea y colocaron farolillos entre la vegetación que invitaban a entrar. Dentro, el lobby estaba adornado con globos negros, dorados y plateados. Había arreglos de flores blancas por todas partes y en las paredes de color crudo, espejos grandes de marcos dorados y barrocos que reflejaban la luz y los destellos de las lámparas de lágrimas de cristal.

La fiesta se celebraba en los jardines interiores. Era el escenario de una película. Cada cosa y persona estaban en el sitio perfecto: las damas con elegantes vestidos de noche, los caballeros con trajes chaqueta, los camareros con camisa negra que ofrecían copas de *champagne* y canapés, la barra de cócteles al fondo; la piscina, en un lateral, destacando lo justo, el bufé con fuentes espectaculares de mariscos y carnes asadas; la *jet set* de Miami, concentrada. Las joyas y el lujo, mezclándose con más joyas y más lujo.

Caminé hacia la fiesta con paso indeciso, aferrada a mi bolso de satén negro. El bullicio me impresionó. Hacía mucho que no tenía tanta gente alrededor. El intenso olor de las flores y el perfume dulzón de las señoras me dieron náuseas. Tal vez ese no era mi sitio, aunque lo hubiera sido alguna vez.

Un grupo de personas se acercó a mí. Tenía las manos húmedas y un goterón me resbalaba por el centro de la espalda hasta la rabadilla. Me entró pánico, un miedo irracional que me paralizó. Sé controlar el miedo. Lo sé aprovechar para que mi cuerpo y mi mente trabajen al unísono y al cien por cien, pero el pánico, no. Me aferré con más fuerza a la cartera y esperé a ver qué sucedía. Un señor de unos cincuenta y tantos y la piel naranja de rayos UVA se dirigió a mí sonriente:

—Buenas noches, querida, nos preguntamos si vive usted en Indian Creeck Island.

Apenas pude afirmar con la cabeza cuando una señora que parecía aún más mayor, cargada con un montón de bisutería cara, continuó:

—Verá, conozco a los invitados, excepto a una persona, por lo que he supuesto que es usted Dolores Suárez de Tejada, ¿me equivoco?

Volví a asentir. Aquellas personas me habían rodeado casi por completo. Otra mujer que llevaba un vestido abarrotado de flores dio un codazo al caballero:

—¿Ves? Te lo dije. Tenía que ser ella. No puede colarse nadie. Nunca ha sucedido.

Después se dirigió a mí.

—Perdona que no nos hayamos presentado. Yo soy Katherine Keegan. Conocí a sus padres cuando aún estaban en el consulado de Los Ángeles. ¡Una tragedia su muerte! ¿Verdad?

Y me estrechó la mano.

El caballero de los rayos UVA era su marido, entrenador de béisbol retirado y dueño del hotel. La de las alhajas era una íntima amiga de abuelo alemán del I Reich. El resto, que se fueron presentando por turno, eran amigos y vecinos de la singular pareja. A la mitad de la ronda de saludos, conseguí agarrar una copa de *champagne* a un camarero que pasaba. Intenté no parecer estúpida.

El lugar, la gente, el ambiente me trasladaron a otros momentos y otras fiestas, en la embajada, cuando mi papá me presentaba a sus invitados como su logro máspreciado y me

pellizcaba la mejilla. Tenía ya dieciséis años y sus gestos cariñosos me avergonzaban tanto como a él le hacían sentirse orgulloso. En el Gran Hotel, en lugar de relajarme al reconocer aquella situación familiar, la tensión me agarró la espalda y se me entumecieron los brazos.

Los camareros fueron retirándose con discreción y la luz se atenuó hasta dejar el jardín en penumbra.

La señora Keegan me explicó:

—Hemos invitado a Ian Rivera y ha querido cantar unos temas para nosotros. —Se encendieron los focos de un escenario que había permanecido oculto hasta entonces—. Creo que pronto se va a mudar a su isla. Por lo visto ha comprado la casa que se vendía al norte, la que está pintada de amarillo.

—¿Le conoce, querida? —me preguntó el caballero—. Quiero decir, en persona.

—Pues claro. Es amigo mío.

No lo pude negar.

En el escenario había una docena de músicos, trombones, trompetas, percusionistas y pianista incluido. El agua de la piscina se reflejaba en los instrumentos de latón brillante. La música comenzó.

Ian subió al escenario mientras la gente aplaudía. Le vi de nuevo con los mismos ojos de la primera vez. Sonreí al recordar los besos y sus manos. Ian caminaba de un lado a otro desenvuelto y sonriente, saludando a los espectadores desde el atrio, con pose de quinceañero atrevido. Desconocedor aún de mi presencia, comenzó a cantar.

La canción era una salsa dura y antigua, como las de Blades o Lavoe. La letra hablaba de su alma rota por un adiós imprevisto y de playas desiertas y de soles que no salen porque ella no está, de enloquecer y de no olvidar. Llegó el momento de la descarga furiosa de los metales y la conga, y el cantante se movía cadencioso por el escenario. Parte del público se había puesto a bailar.

Y de pronto, paró. Me había visto. Me miró sorprendido. Después continuó el espectáculo con una sonrisa traviesa.

La fiesta se animaba al ritmo del cuatro por cuatro contagioso del montuno. El cantante, el coro y la orquesta se contestaban en contrapunto con un alarde vocal. La canción terminó y los invitados estallaron de nuevo en aplausos. Yo, también.

Bajó del escenario como un lobo, rápido y silencioso, con la misma sonrisa blanquísima y demoledora que recordaba de Los Cabos. La gente se le acercaba para felicitarle, pero no quiso pararse con nadie. Acaso un «gracias» leve y un movimiento de cabeza le bastaban. Esquivó a la multitud hasta cruzar el jardín y colocarse frente a mí. Me ruboricé y desvié la mirada hacia la señora Keegan, que continuaba a mi lado y me sonreía curiosa.

Los aplausos cesaron y el murmullo creció a nuestro alrededor como una marea implacable. Todos nos miraban y se preguntaban qué sucedía. Ninguno de los dos decía nada. Sin pretenderlo, Ian había provocado una situación incómoda y extraña. Nos había convertido en el centro de atención. No soporto ser el mono de feria de un montón de desconocidos. En ese momento, quise matarlo.

—Hola, amor —dijo y me abrazó—. ¿Cómo no me dijiste que vendrías?

Redescubrí el brillo de todas las estrellas entre sus pestañas oscurísimas, a pesar de lo cual no pude ignorar los cientos de ojos que nos observaban.

Le dije que no me encontraba bien y que me marchaba a casa, que me llamase al día siguiente, y me zafé de sus brazos. Me giré y, todo lo digna que pude, levanté la cabeza, apreté los labios, estrujé la cartera entre las manos y crucé el jardín hasta el lobby.

Todo el mundo vio cómo abandonaba la fiesta. Las miradas se clavaban en mi cuerpo como baba pegajosa.

Llegué al parking jadeando. Inspiré todo el aire que pude y traté de recuperar el control. La cartera de raso había quedado hecha un burujo sin forma.

Cuando vi lo que había hecho con el bolso, pensé en volver a la fiesta y darle tres bofetadas bien sonoras. Si no lo hice fue más por vergüenza que por falta de ganas. Me había expuesto a un espectáculo bochornoso sin necesidad.

Caminaba aturdida por el aparcamiento. No recordaba dónde había dejado el coche. Un empleado del hotel me seguía y decía algo a mi espalda, pero no lo atendí. Caminaba errática entre las filas de deportivos y descapotables.

—Señora, tengo su llave. Señora. Señora. Su coche está a la derecha.

Me giré y vi que extendía el brazo con mi llavero en la mano.

—Su coche está ahí, a la derecha —dijo señalando el Cherokee.

—Oh, sí, claro.

Fui a agarrar las llaves y se cayeron al suelo.

—¿Vino sola? ¿Necesita que la lleven a casa? Puedo llamar a alguien. —Se agachó y las recogió.

Suspiré. Me pareció que había estado horas aguantando la respiración.

—No es necesario. Muchas gracias.

—¿Quiere que le saque el coche hasta la carretera? —preguntó—. Si se entera mi jefe de que no hice mi trabajo, me va a despedir.

—No se lo diré a nadie. No se preocupe.

Debió pensar que estaba borracha. Le di la propina, entré en el coche y me marché.

Llegué a casa enfadada y molesta con Ian y conmigo misma. Lo que había pasado no era tan horrible, pero no podía soportar las miradas de la gente ni los susurros a mi alrededor.

Dejé los zapatos de tacón a los pies de la escalera y subí descalza a la habitación. Era una noche calurosa. Di muchas vueltas en la cama sin poder dormir. Tenía el camisón pegado al cuerpo, arrugado en la cintura, y la nuca mojada. Cada vez que cerraba los ojos veía a Ian, sorprendido por mi reacción, tal vez desproporcionada. La angustia me oprimía el pecho. Cómo podría haber salido de aquella encerrona en la fiesta. Si hubiera pasado lo mismo mil veces, hubiera reaccionado mil veces igual. Volvía la ansiedad al recordar las miradas fijas en mí como agujas en la piel. Otra vuelta en la cama. Al día siguiente tenía que viajar a México y ver a Andrés. Los rostros de los dos hombres aparecieron de nuevo unidos a mí como con una goma elástica. Otra vuelta. Inútil seguir en la cama.

Tiempo después me diagnosticaron escopofobia, un miedo horrible a que te miren. Fue por un trauma mucho antes de conocer a Ian.

Bajé a la cocina y cogí una botella de tequila que había a medias, un vaso y el paquete de tabaco. A veces el alcohol me ayuda a dormir. Salí al jardín y me tumbé en una hamaca cerca de la piscina. Saboreaba el licor que me recorría la garganta, como hoy.

¿Qué pasaría con Andrés? Lo extraditarían a Estados Unidos y allí estaría más seguro, pero ¿y si no? No merecía morir. Tenerle en Altamira era una sentencia de muerte. En cualquier caso, no iba a intervenir. Haría como había hecho él conmigo, cuando me dejó atrás y huyó, abandonándome en la cárcel y... ahí se separaron nuestros caminos. La traición del Águila me costó la libertad y fui apresada como la novia de un narcote.

Tras el arresto, la Marina me exhibió como un trofeo ante la prensa junto a unos akás y unos cuantos fardos que se guardaban por error, o por traición, en la casa donde estábamos. Me

estremece aún revivir la vergüenza que pasé ante las cámaras y los micros. Eso sí que fue pánico. Me mostraron como una mercancía. Pasen y vean: las armas del narco, la droga del narco, la casa del narco y la novia del narco. Podríamos haber escapado juntos, como otras veces. Pero me dejó igual que el que abandona un perro en la autopista y sabe que lo van a atropellar.

Los recuerdos se encadenaron unos con otros aquella noche en mi contra. Escuchaba las palabras de García: «Nos lo debes todo, ¿ya no te acuerdas de la cárcel?». ¿Qué les debía yo? Nada. Las cicatrices de mi piel demostraban que había pagado cualquier deuda con creces. La rabia me volvía a las venas. La OII era como un amante celoso. No quería darle más vueltas al asunto, pero venía una y otra vez, igual que Ian y Andrés y la fiesta y los ojos de la gente y los flashes de las cámaras de los periodistas. Si hubiera agarrado a García en ese momento, le hubiera destrozado con mis propias manos.

Bebí tequila hasta que me quedé dormida con los recuerdos y los sentimientos revueltos.

Cuando me desperté, el cielo clareaba. Amanecería pronto. Carlos o María me habían tapado con una manta y en el suelo estaban la botella vacía y el cenicero lleno de colillas.

Tenía frío y los músculos entumecidos. Las cicatrices se me clavaban en la carne y me dolían: la del hombro, el corte del muslo, la de la pantorrilla. Me estiré poco a poco, hasta que pude ponerme de pie y subí a mi cuarto. Me puse un vestido largo de algodón y una chaqueta de punto. Me lavé la cara con agua muy caliente y me peiné a medias. Intenté desenredarme el pelo, pero el cepillo se resistía a entrar en los rizos y abandoné. Vi la cama apenas deshecha la noche anterior y pensé en volver después del desayuno.

Al bajar las escaleras, un timbrazo me alertó. Llamaban a la puerta. Era demasiado temprano; ni siquiera había salido el sol. Corrí al hall, agarré el bolso y saqué el revólver. Le quité el seguro y me acerqué al intercomunicador. Por una puerta apareció María en bata. Le enseñé el arma y le hice un gesto con la mano para que se marchara y volviera a la cama. Ya estaba acostumbrada a esas cosas. Después, presioné el botón del videoportero y vi a Ian en la pantalla, de pie, en la puerta de la valla exterior. No dejaba de moverse inquieto frente a la cámara con el ceño fruncido, medio oculto por las gafas de sol.

—Pasa. —Le abrí la puerta exterior y regresé la Beretta al bolso.

¡Qué güey! Le vi recorrer el sendero de la entrada entre los macizos de *liliums* blancos cabizbajo, con paso decidido, y se me olvidó el bochorno que me había hecho pasar.

Me arrepentí de no haberme duchado antes, porque olía a tequila, a tabaco y a sudor. No tenía que haber llegado tan pronto. No eran horas de visitas. Le abrí la puerta cuando estaba ya en el umbral. Llevaba la misma ropa de la noche anterior. Ninguno de los dos había dormido mucho.

—¿Buenos días? —dijo, mientras que se quitaba las gafas de sol con una sonrisa.

—Pasa, no te quedes ahí parado. —Le sonreí. No era el culpable de mis bloqueos y paranoias.

Se lanzó a besarme, me abrazó, me apretó contra él hasta notar el latido de su corazón acelerado. Un abrazo era justo lo que necesitaba para pasar por alto la vergüenza de la fiesta y la resaca. Sus brazos eran como un ancla pesada que me sujetaba en medio de la tormenta de tequila e imágenes revueltas. Deseé que el momento no terminara nunca o al menos, que durase lo suficiente para poder memorizarlo centímetro a centímetro y recordarlo cada vez que lo necesitara.

La situación era perfecta, pero como un relámpago, apareció el recuerdo de los abrazos de mi madre y pensé en lo diferentes que eran de ese.

—Te he echado mucho de menos —susurró en mi oído y aflojó el abrazo para mirarme a los ojos.

—¡María! —Alcé la voz y giré la cabeza hacia el pasillo. Debía estar cerca—. ¿Puedes preparar el desayuno para nuestro invitado?

—Sí, señora —contestó y se marchó zapateando. Ian me agarró las manos y se apartó un paso.

—¿Qué diablos sucedió en la fiesta? —dijo con una pizca de reproche—. Pensé que te había perdido para siempre.

—No me gusta ser el centro de atención. Nos miraba todo el mundo y me agobié. Nada más. Volvió a abrazarme.

—Perdóname. Fue mi culpa.

—No estoy acostumbrada. ¿Vamos al jardín? —le pregunté para cambiar de tema.

Cualquier mujer se hubiera sentido orgullosa de tener el reconocimiento público como pareja de Ian. Pero yo...

Cruzamos el hall y salimos fuera cogidos de la mano, ya había amanecido del todo y el sol brillaba fuerte. María tenía la mesa dispuesta como solía, el mantel blanco, las flores, el servicio de porcelana, y nos sentamos uno frente al otro.

—Te he echado mucho de menos. —Ian me sujetaba la mano sobre el mantel y me la besó—. Cuando te vi en la fiesta, no me lo podía creer, *so* casi no podía cantar. —Y río.

—No te rías —me quejé—. Lo pasé mal.

No podía creer que le tuviera delante. Le miraba las manos que sostenían la mía con mimo. Ian era muy moreno. Sus manos se distinguían sobre el mantel como pájaros oscuros. Eran suaves, con manicura, mejor cuidadas que las mías. Las recordaba bien, tersas para acariciar, y sus brazos fuertes, que me elevaban al cielo y me sujetarían para que no cayera nunca. Un escalofrío me recorrió entera y me erizó el vello de los brazos. Frente a mí tenía otra vez un pecho donde apoyar la cabeza y escuchar el latir en cuatro por cuatro de su corazón.

—Me comencé a sentir solo, a saber qué significaba sentir soledad de verdad, la que se tiene dentro, aunque estés rodeado de gente —confesó.

Sus labios gruesos dejaban entrever unos dientes blanquísimos mientras hablaba, aunque la sonrisa escondía síntomas de tristeza. ¿Cómo explicarle que, cuando nos despedimos en el aeropuerto, me pegaron un tiro y estuve convaleciente en Madrid?

—Lola, te necesito.

Las aletas de la nariz se le movían aceleradas y su corazón me palpitaba entre los dedos, veloz. Entonces, la sorprendida fui yo. Ningún loco me había dicho semejante cosa.

—Mañana tengo que regresar a Los Ángeles. Vente conmigo —dijo.

Anhelé ser libre para acompañarle. Me arrepentí de haber cedido a las presiones de García. Tenía que haberlo mandado todo a la mierda en ese momento y haberme ido con Ian, pero Andrés me esperaba. Tenía que solucionar ese asunto para empezar una nueva vida de verdad.

—No puedo —tartamudeé—. Tengo que hacer un último viaje a México antes. Mi vida es un poco complicada en este momento.

Ian miraba la mesa, como un niño al que le riñera la profesora.

—Vaya —susurró decepcionado—. Pensé que... Bueno...

—Necesito una semana más. Te debo una explicación. Lo sé. Voy contigo. Lo he decidido. Pero tengo que terminar algunas cosas y no dejar cabos sueltos. —Le acaricié el pelo, duro y negro de indio taíno.

—¿Cuándo volverás? —preguntó.

—Dame una semana. Prometo que en siete días estaré contigo en Los Ángeles o donde quieras.

Se levantó y rodeó la mesa, solemne. Se arrodilló frente a mí y me abrazó las piernas. Me incliné y se acercaron el par de labios hasta rozarse y hacer saltar por los aires todos los muros que nos frenaban. Fue un beso duro, apasionado, en el que las lenguas luchaban por ganar terreno. Interrumpió el beso.

—Oh, Lola, te he echado tanto de menos...

—Sólo una semana más. Lo juro.

Me puse de pie, le cogí la mano mientras se levantaba con agilidad y lo llevé hasta mi cuarto en la primera planta. Teníamos un par de horas para recordar por qué queríamos estar juntos.

Por la tarde, Ian quiso acompañarme al aeropuerto, pero temí no subir al avión. Me impuse terminar lo que había empezado. Ir a México, hablar con Andrés y regresar. Era fácil.

Me despedí de él en jardín de casa. Carlos tenía el coche preparado y sujetaba la puerta abierta.

—¿Qué hay en México? ¿Un novio? —insistió Ian riendo.

—No. Un negocio. —¿Qué, si no?—. Regreso pronto.

—Te olvidarás de mí.

Se quitó un anillo de plata que llevaba en la mano derecha y me lo puso en el dedo anular, pero me quedaba grande y se salía. Luego probó en otros dedos y entre risas, el anillo encajó más o menos en el índice.

—Cuando regrese, te regalaré uno de tu talla, pero de brillantes.

Reía como un niño que apenas empieza a vivir y todo le hace gracia. Tenía una risa transparente y clara como la luz del sol, como una fiesta. Así era Ian.

CAPÍTULO 6

27 de octubre de 2015. Tampico (Tamaulipas. México).

En esa ocasión, el viaje se me hizo más largo de lo habitual. El vuelo salía de Miami con escalas en México, D.F. y Veracruz con destino a Tampico. Me tomé la misión como la única manera de resolver el pasado con la OII y con Andrés.

Regresaría libre para estar con Ian, amar, ser amada, tal vez formar una familia, tener hijos y sentirme parte de algo creado por mí misma. Pero no quise obsesionarme con eso. Debía concentrarme en lo que tenía por delante. Andrés... Era un choque de trenes, un montón de sentimientos enfrentados. En lugar de haber odio o despecho, aún quedaban briznas de amor y mucha nostalgia.

El camino de nuestra historia juntos era de no retorno. Nunca podríamos volver a ser amantes, pero tampoco dejaría de amarlo. Una traición es una traición. Después nos vimos por trabajo dos o tres veces y, la verdad, me facilitó las cosas.

Cuando salí del aeropuerto de Tampico, paré un taxi y me dirigí al hotel Hampton Inn, en la Avenida Hidalgo, donde había reservado una habitación por dos noches.

Mis planes para el día siguiente eran reunirme con Alejandro Ramírez, un funcionario de la Procuraduría General en la prisión de Altamira a las 10:30 de la mañana; ver a Andrés «el Águila» Cifuentes; cenar en el hotel y no dejarme ver por la ciudad. Después, regresaría en el primer vuelo disponible a Los Ángeles, sin levantar la curiosidad de los jefes locales. Planeé una despedida silenciosa.

Conocía bien al mandamás de la plaza de Tampico, Al-tamira y Maderos. Se llamaba José Carlos Rodríguez Santana. No había cumplido aún los cuarenta. Era un hombre atractivo, bien proporcionado, aunque apenas medía 1,60 de estatura. A diferencia de otros capos, no era ostentoso, no usaba joyas ni llevaba camisas bordadas. Sus gestos eran tranquilos y cadenciosos y nunca alzaba la voz. Las veces que lo había visto, iba rodeado de guardaespaldas con gafas oscuras y armados hasta los dientes, incluso a la vista de todos. A pesar de la impresión que quería transmitir de paz y tranquilidad, no era así: fumaba un cigarrillo tras otro y las ojeras negras bajo sus ojos delataban la falta de sueño.

No se le conocía mujer fija ni hijos (legítimos o bastar-dos) ni familia. Se había criado en un orfanato hasta que, con seis o siete años, comenzó a trabajar: llevar y traer paquetes por la ciudad de Veracruz. Lo demás, como en las historias de los narcocorridos: nervios de acero, mandados peligrosos y difíciles y ganarse poco a poco la confianza de los grandes hasta llegar a manejar kilos y kilos de cocaína colombiana o de marihuana; al principio, de otros y, luego, propios; y, a la vez, mantener el orden en su plaza para bien del negocio.

Con mano dura impartía justicia entre los suyos como un gobernador o un juez. Ordenaba asaltos, ejecuciones o escarmientos sin pararse demasiado y sin remordimientos. Por eso, de vez en cuando, aparecían ocho o diez muertos esparcidos por la ciudad. La maña tiene sus propias reglas que jamás hay que romper.

Una vez, Santana me explicó su visión de las normas del narco y del mundo. Él se consideraba el centro del sistema, el sol de la galaxia, donde cada planeta, estrella, meteorito, cometa o satélite se mueve conforme a unas reglas científicas fijas e inmutables. Ay del que no lo hiciera, porque él estaba para que fueran respetadas. Todos deben cumplir la ley de la maña.

—Fíjese, Lola —decía—, si cada planeta girase hacia el lado que le diese la gana. ¡Sería el mero caos! Los planetas chocarían unos con otros y sería la destrucción total del universo.

Aquella explicación fue un aviso. En cierto modo, yo era para él como un satélite artificial insertado adrede en medio de aquel sistema que él mantenía en perfecto orden y debía seguir las mismas reglas que todos los demás. Si me comportaba de manera errática o prefería trazar mi propio movimiento, Santana actuaría con mano de hierro.

Se creía Dios. Todos los jefes en algún momento se creen Dios Todopoderoso y Eterno. Creen que lo pueden todo y que será así para siempre. Este error los lleva a la cárcel o a la tumba, a todos.

No pienso que haya diferencia entre los grandes narcos y los directivos de cualquier multinacional. Lo único que los distingue es dónde nacieron, en qué familia crecieron o en qué estrato social. ¿Qué diferencia dirás que hay entre el presidente de los Estados Unidos y Andrés? Que uno nació en una familia millonaria y el otro en una familia pobre de Los Mochis. Como no pudo llegar a presidente, llegó a ser el narcotraficante más grande de Latinoamérica.

Era de noche cuando llegué al hotel. Estaba decorado con calaveras y flores de colores. Quedaban pocos días para el Día de Muertos y el país entero se preparaba para la fiesta. Aunque en el norte no hay tanta tradición como en el centro y sur, también se celebra.

En la puerta había otro coche aparcado y mi taxi paró detrás. Era un Nissan Sentra negro con las lunas tintadas. Tal vez esperaba a alguien que saliera del hotel. Tras pagar, abrí la puerta, pero no bajé, me demoré en colocar el monedero en el bolso para ver si salía alguien del Sentra. Mujer precavida vale por dos. Mientras el taxista sacaba mi maleta de la caja, se abrió la puerta del copiloto del Sentra y salió quien parecía un guardaespaldas: traje, corbata y gafas de sol. Menudo macarra. El guarura abrió la puerta trasera y bajó con dificultad un hombre gordo, calvo y enrojecido por el esfuerzo. Lo reconocí. Era el alcalde de Tampico. Entonces salí también del coche. El personaje no era una amenaza directa y quizás su presencia no tuviera nada que ver conmigo. Agarré mi maleta y le di las gracias al taxista.

Cuando me dirigía a la entrada, el guardaespaldas me cortó el paso a la vez que detrás de mí, oí la voz del alcalde:

—Espere, señorita Suárez, quería hablar con usted, si me lo permite.

Me giré hacia la voz y abrí mi chaqueta adrede, para que el alcalde pudiera ver la pistola de mi sobaquera. Los ojos de ambos se fijaron en el arma.

—Sí, señor alcalde... —le dije con mi mejor sonrisa de fastidio.

Les dejé ver mi escuadra como advertencia: mejor ir por delante, que vean que estás lista para lo que haga falta. El gallo de pelea levanta la cresta y saca los espolones, hincha el pecho y ahueca las alas. Le demuestras al contrincante que estás preparada, que no te encuentra desprevenida.

—Le traigo un mensaje de un amigo común. Seré breve —me dijo.

—He venido a ver a alguien a Altamira, que no tema su amigo.

El alcalde hablaba de Santana. Eran estrechos colaboradores. Supuse que algo importante le preocupaba para enviar a tan insigne mensajero.

—Quería decirle que nosotros no tenemos nada que ver —dijo.

—No busco culpables. Solo vengo de visita.

—También quería decirle que nuestro amigo común ha dado orden de que nadie toque al Águila. Es... una atención con usted. Ya sabe: enemigos en la cancha pero hombres de negocios, al fin.

—Dele las gracias a nuestro amigo de mi parte —le tendí la mano para despedirme y me la

estrechó.

Se metió en el coche con lentitud exasperante.

—Una cosa más, alcalde, ¿por qué le mandaron a usted?

Se asomó por la ventanilla bajada y se encogió de hombros.

—Tal vez, de otra persona, no se creería el mensaje.

También me encogí de hombros.

Al llegar a la habitación abrí la maleta y colgué la ropa en el armario, no quería que se me arrugara demasiado. El hotel tenía servicio de habitaciones, por lo que no bajé a cenar al restaurante. Pedí algo ligero: ensalada y pollo. Después, me puse el pijama y me metí en la cama. Las sábanas estaban húmedas y frías. No podía dormir, otra vez. Había sido un día largo e intenso.

A la mañana siguiente, llegué temprano a la cárcel. Al bajar del taxi, me estremecí. Ya había estado en un lugar parecido a aquel, pero no fuera, sino dentro. Era una verdadera ciudad, pero al margen del mundo, un paréntesis inmenso en la realidad.

Recordé mi paso por la prisión con verdadero pavor. El primer mes, el resto de presas me respetaba por quien era yo, la novia de Andrés nada menos, la señora de Sinaloa, pero cuando se dieron cuenta de que nadie se ocupaba de mí, de que estaba sola y había sido abandonada por el cártel, comenzaron los abusos.

Era una guerra constante. Ni siquiera podía dormir de seguido por las noches. Me robaban lo poco que había podido conseguir, me agredían y abusaban de mi lastimosa situación. Pasados dos meses, estaba derrotada y deprimida. En mi cabeza rondaba de forma obsesiva la idea de que pasaría allí los siguientes quince o veinte años. Me quería morir y me volví peligrosa y violenta.

Aprovechaba cualquier reyerta con otra presa o cuidadora para descargar con golpes toda mi ira. Las peleas eran diarias. Después me encerraban en una celda de castigo, en una especie de zulo sin ventanas de apenas metro y medio de largo por uno de ancho. Al tarado que ideó tal castigo debían colgarlo por las pelotas. Cuando me dejaban salir, estaba aún más embrutecida y agresiva. No me reconocía a mí misma.

Pero lo que más me dolía no eran los golpes, sino el abandono de Andrés. ¿Dónde estaban sus besos y sus promesas de amor eterno? ¡Qué estafa!

Éramos miles de mujeres hacinadas en estrechas celdas, pegados unos cuerpos a los otros, tanto que no había espacio para las almas. Cuerpos que caminaban, comían, dormían o incluso hablaban, mientras las almas andaban por ahí, lejos. Algunas presas habían abandonado toda esperanza en brazos de las drogas o la locura y yacían tiradas por cualquier parte, hasta la extenuación y la muerte. Otras se aferraban a la vida con crueldad. No nos importaba pelear o matar por un poco más de comida o ropa o un pedazo de jabón.

La noche que me apresaron, había discutido con Andrés. Yo quería tener un hijo y él se negaba. Tal vez pienses que para una mujer puede ser fácil. Dejas de tomar anticonceptivos y ya se enterará el padre. Dices que es un accidente y ya está. Pero yo no soy así. Eso hubiera sido lo más desleal y cruel que le hubiera podido hacer. Antes cualquier cosa que traidora.

La cena fue muy tensa. Estábamos solos en la cocina en nuestra casa de Oso Viejo, sentados uno frente al otro. Andrés no me miraba. No levantó la cabeza del plato ni cuando me pidió que le acercara una servilleta.

Fuera estaba el campo, muy oscuro, no había luna y ni los grillos se escuchaban. Dentro, la luz metálica de los fluorescentes impregnaba todo de un gusto a quirófano estéril. El chocar de los cubiertos contra los platos, la respiración precipitada de Andrés y algún suspiro resignado de cualquiera de los dos apenas rompían el silencio.

Yo le miraba con la esperanza de que sus ojos se cruzasen con los míos. Observaba sus manos crispadas que agarraban el cuchillo y el tenedor como garras duras y ásperas. Hacía movimientos cortos y contenidos sobre la mesa. Era un animal acorralado, que esperaba el susto para correr o para sacar pecho y enfrentarse al enemigo. Un par de veces, se pasó la mano por el pelo. Era un tic que tenía y que a mí me irritaba, sobre todo, cuando estábamos comiendo.

Me dolía más su desprecio que su negativa a tener hijos.

Cuando terminé de cenar, me levanté y cogí mi plato. Rodeé la mesa para llevarlo al lavavajillas y le vi de espaldas inclinado sobre la mesa, con la cabeza gacha y los hombros tensos. Tuve ganas de tirárselo a la nuca, lo juro, pero lo estampé contra la pila. El plato explotó en mil pedazos al chocar contra el acero. Levantó la cabeza y se giró para mirarme a la cara. Por fin. Sé que mi expresión fue desafiante y ofensiva y eso era algo que él no soportaba. «Me miras como si fuera una cucaracha asquerosa que vas a pisar. No me mires así nunca más», me dijo una vez. No era algo que yo hiciese a menudo o sin motivos, pero el tema del hijo me destrozaba y quería que sintiera lo mismo que yo: dolor, odio, rencor y vacío.

Se levantó tan deprisa que casi tira la silla y aún con comida en la boca, sin perderme de vista gritó:

—¡Estás loca!

Era terrible cuando se ponía así. Le ardía la cara y entrecerraba los ojos.

Le di la espalda y salí de la cocina, no corriendo, pero casi, y subí las escaleras más deprisa aún.

—Lola, no seas cabezota. Te lo he dicho cien veces y estoy cansado del tema —decía mientras me seguía a zancadas.

Llegué a la habitación furiosa. Esperaba que él se quedara abajo viendo la tele y me dejara llorar un rato en la cama, sola, pero supongo que los hombres nunca hacéis lo que nos gustaría a las mujeres. Mientras me desvestía para ponerme el pijama, él andaba de un lado a otro de la habitación como un loco, sin parar de hablarme.

—No me puedo permitir un hijo en este momento —repetía.

—Ni en este ni en ninguno —le contesté sin pasión.

—No, de momento, no. ¿Qué vida es esta que llevamos nosotros para un niño? De un lado a otro, siempre huyendo, cuidando nuestros pasos. ¿Qué haríamos? ¿Enseñarle a disparar antes que a montar en bici? Un niño necesita otra cosa...

—Ya te he dicho que yo me iría a vivir a Dallas o a Los Ángeles o a donde tú quisieras y podría cuidarlo —dije repitiendo lo que le había dicho tantas veces.

Dejó de pasear y se quedó de pie al otro lado de la cama.

—Me estás diciendo que me abandonarías.

—Existe el teléfono, el internet y podría venir a verte a menudo. —Otra vez lo mismo.

—No podría tenerte ni a ti ni a mi hijo.

—Eres un egoísta. Nunca te he pedido nada, pero ahora necesito un hijo —susurré. Iba a empezar a llorar y no me gusta llorar, de modo que apreté los labios y suspiré hondo.

Estábamos uno frente al otro, nunca mejor dicho, con una cama en medio.

—Si quieres dejarme, dímelo, pero no te puedes marchar con un hijo mío. ¿No lo comprendes, maldita sea? —gritaba.

Me senté en la cama, de espaldas a él, y empecé a sollozar. Sí que le entendía, yo en su lugar tampoco le hubiera dejado ir con mi hijo y hubiera dicho las mismas palabras, pero era frustrante no poder hacer lo que todas las parejas hacen. Las reses tienen hijos, hasta los perros callejeros tienen hijos, las aves del cielo y los peces del mar, pero Lola Suárez, no.

—¡Odio haberte conocido, Andrés Cifuentes! —le grité, pero no me giré para mirarle.

Apreté tanto los puños que me clavé las uñas en las palmas de las manos. Se lanzó sobre la cama y saltó hacia mí como un jaguar cuando ataca. Me agarró de la cintura y me estrechó contra él. No le veía la cara, pero sé que apretaba la mandíbula porque le oía rechinar los dientes.

—¿No entiendes que si te pasara algo a ti o a mi hijo, yo me muero? —Me clavaba los dedos en la carne—. Tendría que matar al responsable, a su familia, a sus conocidos, hasta que no quedara nadie sobre la faz de la Tierra que pudiera recordarlo. ¿Quieres que me convierta en un canalla? ¿Quieres que me vuelva loco? —añadió angustiado.

Me volví cuando aflojó los dedos. Una mezcla de congoja y aflicción le oscurecía aún más los ojos, negros como dos piedras de ónix. Se me ablandó el corazón y le abracé entre sollozos. Él me abrazó un instante. El dolor de pedirle lo único imposible para él era más de lo que podía soportar. «Pídeme la mitad de mi fortuna, pero eso no», me había dicho muchas veces y yo siempre le contestaba: «Ya tengo la mitad de tu fortuna o toda y te la cambio por un hijo». Cuando se apartó, había recuperado la serenidad. Me besó en los labios y en la frente y me dijo:

—Vámonos a dormir. Mañana será otro día.

Cerca de las tres de la madrugada nos sobresaltó una explosión. La Marina había volado con dinamita la puerta de hierro de la finca y unos cincuenta hombres rodeaban la casa y otros seis trataban de tirar la puerta con un ariete. Acerté a ponerme unas zapatillas y a coger la escuadra. Teníamos un plan de escape: llegar a un todoterreno preparado detrás de la casa y huir campo a través. En la planta baja había seis u ocho hombres armados para defender nuestra huida con sus propias vidas si era preciso. Y así fue.

Entraron con estruendo y echaron botes de humo gritando:

—¡Alto, la policía!

Luego oí disparos, muchos. Oí el tableteo de nuestros akás y los zumbidos de las armas del ejército. Se distinguían unos de otros como se diferencian los motores de los coches. Hubo una carnicería. Murieron seis de los nuestros y diez militares, aunque no dieron nunca la cifra oficial.

Andrés y yo bajamos por una escalera auxiliar hasta el exterior de la casa. Él iba delante. Después, fue todo muy rápido. Se metió en el coche y me dejó tirada. Lo inesperado de sus actos me impidió reaccionar. Me quedé petrificada mientras veía cómo se alejaba.

—¡Alto! ¡Tire el arma! ¡Levante los brazos! —Eso es lo que oí a mi espalda y ya no me quedó otra que obedecer.

Ni me volví a ver cuántos hombres tenía detrás. El mundo se desvaneció a mi alrededor. Cuatro años de mi vida se me marchaban en el coche que yo misma había preparado y lo que sentía era culpa. Se había ido por mi culpa. Le había presionado tanto que la única manera que encontró de dejarme fue entregarme a los militares. Yo jamás le hubiera hecho algo así.

—¡Puto traidor! —grité mientras lanzaba el arma tan lejos como pude. Se me desgarró el alma. Poco antes había dicho que se moriría si me pasaba algo y al minuto siguiente me abandonaba para que me metieran presa. Era incomprensible.

Yo misma había diseñado la casa con una vía de escape hacia el coche desde cualquier habitación, pero nunca pensé que el chófer se fuera a largar sin mí. De haberlo sabido, hubiera dejado allí dos carros.

El suelo se hundió bajo mis pies. Me temblaban las piernas y caí de rodillas. Quería llorar y me ardían los ojos, pero no me permití el lujo. Ya tendría tiempo de hacerlo en la cárcel. Me rodearon y encañonaron al menos seis hombres.

—¡Tumbese en el suelo con las manos en la espalda! —gritó uno detrás de mí.

Cobardes. Ahí estaban con las caras tapadas y los ojos llenos de odio. Alguno me empujó

por la espalda y caí al suelo. Qué importaba ya. Me esposaron y grité de pura rabia. Me levantaron entre dos y me metieron en un coche.

Pasé la noche en un calabozo de mierda que olía a humedad, custodiada por los mismos tipos u otros, armados hasta los dientes. Sola. No me dejaron llamar a nadie ni ver al juez, nada. Al día siguiente, me llevaron a una sala de interrogatorios. Me dejaron sola otra vez. Nadie me hablaba ni acudió en todo ese tiempo ningún abogado ni de la Procuraduría. Nadie. Recuerdo el silencio sobre mí como una losa pesada. Los guardias que me habían llevado hasta allí tampoco se dignaron a mirarme. Parecía que me acompañaban al patíbulo. Y el silencio...

CAPÍTULO 7

En la sala de interrogatorios, me esposaron las manos y los pies a una silla y me colocaron frente a una gran mesa de formica gris. La sala no era muy grande, de unos treinta metros cuadrados. La habían pintado de blanco hacía poco. Imaginé que lo habían hecho para borrar las manchas de sangre de algún otro infeliz. Estaba segura de que me agredirían de alguna manera. Estaba segura.

En el techo, de placas de escayola, había fluorescentes empotrados como para iluminar un auditorio entero. La luz, intensa y blanca, rebotaba en las paredes y hería la vista.

En uno de los rincones del techo había una cámara. No creo que estuviera conectada o tal vez, colocaron solo la carcasa, como esas cámaras disuasorias que hay en algunos centros comerciales. Desde luego que, quienes entrasen en la sala a interrogarme se ocuparían de que no funcionase en los momentos precisos.

El primero que apareció fue García. Ahí le conocí. Me extrañó que no fuese mexicano, pero qué más daba. Ahí estábamos los dos, en una sala de interrogatorios, cara a cara. Él, ojeando una carpeta, ya no se molestó en mirarme.

—Buenas tardes. Dolores Suárez de Tejada, ¿verdad? No nos hemos equivocado —dijo sin levantar la vista de los papeles.

Estaba más que dispuesta a no hablar y así hice. Lo sabía todo de Andrés y del cártel, de las rutas del tráfico, del lavado de dinero, de sus socios, pero no iban a sacarme una palabra. A pesar de que la traición de Andrés era una punzada demasiado dolorosa y la venganza me rondaba por la cabeza, delatarle hubiera supuesto condenar a mucha gente sin culpa de nada. Tengo sangre para hacer muchas cosas, pero nunca para traicionar a nadie. Ya encontraría la manera de hacerle pagar.

Sacó fotografías de la carpeta, las puso encima de la mesa y las giró para que pudiera verlas. Eran muertos que llenaron mi vista de horror. Por último, sacó una foto de Andrés y la colocó en el centro.

—¿Dolores o Lola? —dijo cuando alzó la cabeza y me miró a los ojos.

Las imágenes absorbieron mi curiosidad como un imán. Ante mí estaba el resultado de las órdenes de Andrés: lo único que me había ocultado, aquello de lo que me había protegido con tanto celo. Nunca negó las muertes, pero siempre se cuidó de alejarme de la sangre, de la visión de los cadáveres. Había decenas, al menos cuarenta, y me pareció espeluznante, sobre todo la cantidad.

—¿Qué? ¿Te parecen muchos? Tengo más en el archivo —señaló la puerta del cuarto—. ¿Reconoces a alguien?

Dejé de mirar las fotos y fijé la vista en la pared de enfrente. No quise bajar la cabeza ni mirarle. Agarró la silla vacía y se sentó frente a mí, pero yo me empeñé en ignorarle.

—Bueno, Lola, ¿este es tu novio? —dijo señalando la foto del centro—. ¿Desde cuándo le conoces?

No contesté.

—Todo esto que ves aquí es lo que ha hecho tu novio —García hablaba con sarcasmo y media sonrisa a floraba en sus labios—. ¿Te parece bonito? Las drogas y el blanqueo de dinero son lo de menos, ¿verdad? Es solo un negocio, pero esto es sangre, Lola, esto es serio. Andrés «el Águila» Cifuentes es el responsable directo de todas estas muertes y muchas más. —Hizo una

pausa y suspiró—. Hay que pararlo. Tienes que ayudarnos. Ayúdanos a encontrarlo.

Antes muerta que vender a Andrés. Hacerlo hubiera sido como traicionarme a mí misma. Si caía, lo harían con él muchos amigos y familias enteras que necesitaban el negocio que nosotros habíamos construido.

—Tengo sed —le dije—. ¿Puede traerme un vaso de agua?

Su rostro cambió de color, pero no dijo nada. Se levantó y salió del cuarto en silencio.

Inocente de mí, me quedé esperando el agua. Al principio me pareció raro, pero al rato me di cuenta de la jugada y de que el muy cabrón estaba dispuesto a desesperarme. Los minutos se me hicieron horas. No sé cuánto pasó antes de que reapareciese. El muy cerdo había dormido y acababa de ducharse. Toda la habitación quedó impregnada de olor a aftershave.

—Quiero un abogado —le dije antes de que cerrara la puerta tras él.

—No hay abogado —dijo—. Todavía no te hemos acusado de nada, porque tú no has hecho nada, ¿verdad? Piénsalo. Nunca has disparado a nadie ni hemos encontrado en la casa nada que te relacione con los negocios de Andrés... todavía.

Hablaba muy tranquilo. Estaba convencido de que iba a acabar contándoles todo para salir de allí. Se sentó de nuevo.

—Lola, ayúdanos y podrás regresar a España o vivir en Bélgica con tu hermano, donde no puede llegar Andrés.

—Tengo sed. ¿Me trae otro vaso de agua? —Se me escapó media sonrisa.

Sé que mi gesto fue altivo. Salió sin mediar palabra y entendí que el interrogatorio iba a ser muy largo. No iba a contar nada. García se me antojó un desafío: resistir con más fuerza y tozudez. Seguro que yo fui lo mismo para él.

Las siguientes horas volvieron a ser eternas. Tenía hambre, pero la sed era mi obsesión. Intenté racionalizar lo que me estaba pasando, porque nadie muere deshidratada en unas horas. El ser humano puede resistir tres días sin beber, lo leí en algún sitio. Ese era mi plazo. Supuse que no serían tan estúpidos como para dejarme morir. Aguantar el tiempo suficiente para que me sacaran. Eso era todo: aguantar la presión del pecho, el dolor de estómago y la angustia del corazón. Además, estaba atada y no podía moverme, por lo que me hormigueaban las plantas de los pies y las palmas de las manos. De pronto me picaba la espalda o cualquier parte del cuerpo que no podía alcanzar. La cantidad de sangre se me había reducido y afectaba al sistema circulatorio sin remedio. Mi corazón debía soportarlo.

Entró García de nuevo y se heló la habitación. Apartó la silla con desidia y se sentó perpendicular a la mesa. Apoyó el codo y me habló sarcástico.

—¿Estás bien, Lola? Te veo un poco pálida —aseveró frunciendo el ceño, pero sin preocupación creíble.

—Un vaso de agua —le dije con dificultad, la boca pas-tosa y la lengua gorda.

—Háblanos de Andrés y tendrás toda el agua que quieras.

—Pues va a ser que no —contesté.

No debió gustarle mi respuesta. Apretó los labios, resopló y se marchó.

Me quedé otra vez sola con mi sed y mi hambre. Llegó el sueño, un dulce sopor a oleadas intensas. Al principio, no sé por qué, me resistí a quedarme dormida, pero sucumbí. El cuerpo se me aflojó, los músculos se me descolgaron y al final mis párpados cayeron. Un portazo brusco me sobresaltó. Una vez más tuve a García delante, de pie junto a la puerta.

—Ah, no. Ni pienses que vas a dormir. No vas a beber ni a comer ni a dormir hasta que nos digas algo: proveedores, tapaderas... ¡Algo! —gritó.

Se abalanzó hacia mí y acercó su cara a la mía.

—¿Acaso pueden hacerlo estos muertos que tienes delante de los ojos? —señaló las fotografías que seguían esparcidas sobre la mesa como un tribunal acusador.

Aparté la mirada con asco, no hacia las víctimas, sino hacia él, que se empeñaba en torturarme para nada.

—Ya veo... —escupió y se marchó.

Cada vez que cerraba los ojos, sonaba un portazo o García golpeaba mi silla o algo caía al suelo con estruendo.

—No vas a dormir hasta que nos ayudes —dijo—. Es muy fácil, Lola, di que nos ayudarás y te dejaré dormir, hasta te dejaré una cama y te daré las buenas noches.

Los músculos me pesaban como si me corriera plomo por las venas y era incapaz de fijar la vista en ningún punto concreto. Me lloraban los ojos y la luz me hería las retinas con una punzada constante.

Luchaba por no quedarme dormida. El hambre y la sed no eran nada comparadas con la privación de sueño. Tenía el cerebro como metido en una botella. Pensamientos y recuerdos de todo tipo pasaban como flashes y rebotaban, venían y se iban, volvían. Pasaba Andrés por mi cabeza, su rostro de enfado durante la cena y pasaba mi madre, los ojos sonrientes y limpios. Por un momento, oí su voz llamándome. Me preocupaban cosas banales y sin solución, como si por fin me darían ropa limpia, porque aún llevaba el pijama manchado de tierra, o qué habrían hecho con mi arma, si la podría recuperar en el futuro.

Al final, ni los golpes ni los ruidos me despertaban y empezó a pincharme con una aguja o algo parecido en el brazo. Eran como puñales. Al poco, empecé a sangrar. Luchaba por no dormirme, pero caía una y otra vez. Con cada despertar, temblaba y gritaba tanto como me daban los pulmones.

Supe después que duró cuatro días, al cabo de los cuales, la deshidratación y la desnutrición jugaron a mi favor y quedé inconsciente. Me trasladaron a un calabozo con cama. No sabría decirte si me examinó un médico o no. Nunca lo pregunté ni lo quise saber. Cuando desperté, tenía marcas de agujas en los brazos. Debieron ponerme suero para rehidratarme rápidamente.

Solo después vinieron los formulismos. Se practicó la detención legal, los derechos, el interrogatorio del juez y la burocracia. Y los periodistas, para mi vergüenza.

* * *

Lola dejó el vaso que había sostenido todo el tiempo sobre la mesa y se quitó el grueso jersey de lana. Tenía calor tan cerca de la chimenea, pero no quiso cambiarse de sitio.

Se remangó la camiseta y extendió el brazo izquierdo a James para que pudiera ver las cicatrices blancas como pequeñas larvas que salpicaban su antebrazo.

James intentó cogerle la mano vacilante, pero Lola la apartó y se bajó la manga con disgusto.

—Perdón. Ha sido una estupidez. No quiero que te sientas mal por algo que me pasó hace mil años. Pretendía demostrar que no te miento. No quiero que decidas estar conmigo porque te dé pena o algo así. Olvida esta mierda, ¿vale?

Echó un poco de tequila en el vaso y continuó.

* * *

Así que, después de todo eso, tener que entrar a una cárcel, aunque fuera como invitada, para ver a Andrés, era aterrador.

Al llegar, me quedé parada frente al gran edificio del penal de Altamira. Una ráfaga de viento me escupió a la cara la peste de dentro. Reconocí el olor: una mezcla de humedad y desinfectante. Me sobrevino una arcada tan violenta que me dobló. Tuve que agarrarme la tripa con las manos. No llegué a vomitar de milagro, pero me quedé sin aliento. Fui recobrando el aire a grandes bocanadas con las manos apoyadas en las rodillas, mirando al suelo.

—Señora, ¿está bien? —me preguntó un militar que llevaba un arma larga y la cara cubierta.

—Sí, me mareé un poco.

—Hoy no habrá visitas, señora.

Miré hacia la puerta. No había nadie. No estaba la eterna fila de gente que aguarda para ver a sus familiares, pero sí una docena de militares armados.

—Oh, ya lo veo, sargento, pero tengo cita con el señor Ramírez. Creo que es de la Procuraduría General.

—Perdone, señora —se disculpó—, la esperan dentro.

El sargento me condujo hasta la puerta de la prisión y hasta el primer control. A partir de ahí, un funcionario me acompañó a través de un pasillo ancho de paredes grises y sin ventanas. El tipo parecía que tenía prisa y caminaba a grandes zancadas. Le seguí en silencio, agarrada a mi bolso negro de piel. Los tacones del funcionario resonaban en el pasillo y el golpeteo rebotaba en las paredes y llenaba el vacío aterrador de la estancia. No había cuadros ni adornos, solo unos plafones en el techo protegidos con rejas de acero.

El pasillo desembocaba en una sala no muy grande, también gris, donde había una mesa y algunos hombres de traje fumando y charlando en corrillo en un rincón. No había sillas, solo la mesa en el centro. Cuando llegamos a la puerta, los individuos se giraron hacia nosotros y uno del grupo se adelantó. Al acercarse, se retiró los costados de la americana oscura y dejó ver una cartuchera, demasiado grande para un arma pequeña. Llevaba una Colt ACE .22, un calibre demasiado pequeño incluso para la defensa personal.

—Buenos días, señorita Suárez —el tipo me tendió la mano—, le estábamos esperando. Soy Alejandro Ramírez, enviado de la Procuraduría General. Me han ordenado que le informe sobre las circunstancias del encarcelamiento del Águila y sobre lo que queremos que nos platique.

Ramírez era un tipo serio. Tenía unos cincuenta y tantos años, pelo canoso y bigote poblado, también medio blanco. Tenía arrugas profundas en la frente y las mejillas, los ojos inexpresivos, sin brillo, con los párpados un poco caídos que le conferían la severidad de un director de colegio. Vestía un traje oscuro que le quedaba holgado, una camisa blanca y corbata gris. Al estrecharle la mano, la noté caliente, de dedos rechonchos, pero suave, sin callos ni durezas. Sin duda era un funcionario de carrera.

—No necesito muchos detalles, señor Ramírez, puesto que Andrés contará solo lo que quiera, no lo que nosotros queramos.

—De acuerdo. Seré breve. Llevábamos meses tras los pasos del Águila y al fin lo acorraló la Marina Armada en un complejo residencial de lujo en Culiacán. Huyó utilizando un túnel subterráneo que había construido y que llegaba a una calle a casi dos kilómetros de la casa. Al salir, robó un carro...

—¿Robó un carro? —Era extraño en Andrés. Debió haber un coche listo a la salida.

—Sí. Le perdimos la pista. Sin embargo, horas después, un helicóptero que inspeccionaba las afueras de la ciudad lo localizó en un todoterreno azul. Consiguió despegar en una avioneta que fue abatida por el helicóptero. Tiene apenas una fractura limpia en un brazo, nada más. Han pasado diez días desde entonces y le hemos intentado sonsacar información sin éxito. Cualquier cosa que nos diga nos podría valer de mucho. Desde el primer día ha estado reclamando su

presencia, señorita Suárez, y se ha negado a hablar con nadie que no fuera usted. Nos interesa lo que nos pueda decir de lo que sucede en la frontera. Creemos que han impuesto el control grupos ajenos a los cárteles tradicionales, sobre todo en el este, y que el Águila se ha aliado con ellos para mover su mercancía hacia los Estados Unidos, pero no tenemos evidencias de quiénes son. Hable con él, quizás tenga más suerte que nosotros.

—Es imposible que se haya aliado con nadie. En cualquier caso, no hablará. —Suspiré compungida. Había que hacer el paripé. Andrés no contaría nada del cártel ni de sus negocios, nunca, jamás.

Se acercó entonces otro tipo del grupo y me pidió las armas que llevara encima.

—No llevo.

—Comprenda que es por su seguridad. Andrés podría matarla con su propia escuadra o llegar a fugarse. Nadie queremos eso —se excusó Ramírez.

—No se preocupe. No llevo ningún arma.

Era mentira, pero sabía que no se atreverían a registrarme. Creo que me temían como a un perro rabioso. Me miraban con recelo y nunca se acercaron demasiado cuando se dirigían a mí. Intento no separarme de mi Beretta, ni siquiera hoy.

Me pasaron a otra sala sin ventanas, con una mesa y dos sillas, una frente a la otra. El calor era insoportable. Había mucha humedad y la ropa se me pegaba al cuerpo. Me sudaban las manos y me empeñaba en secarlas en los pantalones, sin conseguirlo. Cuando me dejaron sola, me senté a esperar. Quién sabía por cuánto tiempo.

Trajeron a Andrés con grilletes en los tobillos. Llevaba un brazo escayolado. Me dolió verle así, atado, peor que un perro. Arrastraba lastimosamente los pies. Deseé correr a su lado y romper los grilletes con las manos, pero me aguanté las ganas. Los guardias que le custodiaban le sentaron frente a mí. No dejó de mirarme y de sonreír a medias. Le vi envejecido, sucio y derrotado. Estaba resignado, vacío de energía para seguir luchando, y tranquilo, muy tranquilo. En su rostro encontré la calma necesaria para no llorar.

Apoyó con delicadeza la escayola sobre la mesa.

—Me han dicho que querías hablar conmigo —comencé.

Entonces colocó la mano sana sobre la mesa con la palma hacia arriba y alzó una ceja. Después, giró la cabeza hacia una cámara que nos enfocaba desde un rincón del techo.

Andrés y yo teníamos un lenguaje secreto para comunicarnos a través de las manos. Fue una idea suya y se trataba de poder contarnos cosas en público sin que nadie lo supiera. No era para decirnos cursilerías, sino una herramienta para alertarnos si algo no nos cuadraba o no nos gustaba. Andrés era un paranoico de la seguridad. Decía que un hombre precavido, vive el doble. Es muy fácil que la precaución se vuelva paranoia, aunque muchas veces sus chifladuras nos salvaron de la muerte.

Quien nos observase solo vería que nos acariciábamos, pero para nosotros cada movimiento tenía un significado concreto. No me diría nada de palabra, todo quedaría entre los dos.

Extendí mi mano derecha bocarriba encima de la suya y la estreché. Se la acercó a los labios y me besó. Sus manos eran ásperas, siempre lo fueron, duras y callosas, como las de un trabajador del campo, pero no me molestaba. No pude evitar que las lágrimas se me escurrieran por las mejillas. No podía odiarle. Le tenía donde él me había enviado hacía mucho tiempo y no pude pronunciar un reproche ni un insulto ni una queja.

—No me llores, Lola. Ha pasado lo inevitable, lo sabes, era esto o la tumba.

—Pero... Así no —rompí a llorar.

Dejó mi mano bocarriba sobre la mesa y comenzó su mensaje, sin dejar de escrutar mi cara.

Sujetó mi dedo meñique: tú. Acarició mi muñeca: peligro.

Mientras, seguía hablándome:

—¿Cómo te sientes ahora viéndome aquí?

—Mal. Buff—resoplé—. Me muero por un tequila ahora mismo.

Coloqué la otra mano sobre la suya para taparla. No quería que la cámara grabara sus gestos.

—Si pudiera, te invitaba —me dijo.

Agarró mi dedo pulgar: yo. Acarició mi palma en horizontal: cárcel. Acarició mi muñeca: peligro. Pasó su palma por la mía: ayúdame.

—No podría aceptar el trago —le dije.

Puso su dedo índice en el centro de mi mano: casa. Hizo círculos: Las Rosas.

—Sólo quería pedirte perdón. Y decirte que me arrepiento cada día por abandonarte, que lo hice porque no te merecías la pinche vida que te daba. Tú querías tener hi...

—No sigas por ahí —Seguí llorando.

Cerró su mano sobre la mía: te quiero.

—Que te merecías una bonita casa y un marido que se levantase cada mañana para ir a la oficina, dos niños güeros y tiempo para hacer pastel de chocolate.

—Nunca quise eso. Como ves, no lo tengo.

Estaba tan tranquilo que me desesperaba más a cada palabra.

Agachó la cabeza hasta que su frente tocó mis dedos: pienso en ti. Recorrió de nuevo mi palma con la suya: ayúdame.

No podía hacer nada por él, más que acelerar la extradición a los Estados Unidos para sacarle de allí. La protección de Satana no duraría para siempre.

Le agarré la mano entre las mías y la besé.

—No me hagas esto —supliqué—. Quieren saber sobre lo que sucede en la frontera.

—Si te cuento, estoy muerto.

Otra vez agarró mi meñique: tú. Me acarició la muñeca con sus pulgares: peligro.

No entendí nada. ¿Callaba para protegerme? ¿De qué?

Lloré lo que no había llorado cuando me abandonó.

—No me llores más, Lola, no lo aguanto. —Dejó de sonreír.

—Nunca quise hacer pastel de chocolate. Te odio Andrés. No me lo merecía.

—Te he necesitado mucho. He estado muy solo. Ya te he pedido perdón y he pagado mi error con la soledad.

Me tomó el dedo meñique de nuevo: tú. Le siguió el dedo corazón: jefe. La muñeca: cuidado. Hizo círculos en mi palma con el índice: Las Rosas.

—¿Me puedes contar algo que les interese?

—No.

Entonces, vi lágrimas en sus mejillas también. No pude soportar verle hundido. Me abalancé sobre él por encima de la mesa y le abracé. Entraron dos guardias y nos separaron. Se lo llevaron de mi lado. Se lo llevaron a fuerza de golpes mientras le oía gritar mi nombre por el pasillo. Me quedé sola, llorando, de pie, sin taparme la cara y cuando dejé de oírle, me derrumbé en la silla y sollocé sin control.

Al rato entraron los buitres de la Procuraduría, incluido Ramírez.

—No ha servido de nada —dijo con fastidio.

—A ustedes no, a mí sí. Ya le han oído. Dice que si habla, no le podrán proteger, ni siquiera yo. Por mi parte, he terminado aquí. Me marché a casa.

Comenzaron a murmurar entre ellos. «¡Qué se jodan!», pensé. Solo quería marcharme de allí,

de aquella cárcel de mierda. Salí huyendo, casi a trompicones, ciega y mareada, y vomité justo al llegar a la puerta, caída de rodillas.

CAPÍTULO 8

28 de octubre de 2015. Tampico (Tamaulipas, México).

Llegué al hotel agotada, cabizbaja, con la cara hinchada de llorar y sin saber qué hacer: si huir hasta Miami o quedarme. La ayuda que me había pedido Andrés no era la extradición o la protección dentro de la cárcel, que ya le prestaba Santa-*na* sin que lo supiera. Él me pedía que preparara su fuga, que lo sacara de la cárcel como fuera. Pero hacer eso me hubiera convertido en una fugitiva otra vez. Hubiera sido como huir de Ian, escapar de la vida tranquila que tanto anhelaba. De-bo reconocer que en algún momento me dieron ganas de quedarme y romper los muros para sacarle de allí, pero no quería que Andrés volviese a ser mi destino. Mi ayuda se limitaría a acelerar la extradición a los Estados Unidos. Co-nocía al abogado perfecto en Houston.

Dijo que tuviera cuidado con mi jefe, que estaba en peligro. García nunca fue santo de mi devoción, pero nunca me había fallado.

Las Rosas era nuestra casa en Oso Viejo, Sinaloa. Ir me obligaba a cruzar el país. Ni pensé en hacerlo. Era una chorrada sentimental.

Lo peor de todo era ver que Andrés, después de tanto tiempo, me doliera hasta ese punto.

Antes de subir a la habitación, me arrastré hasta el bar del hotel. Necesitaba un trago. Tenía el olor a desinfectante y moho de la cárcel metido en la garganta. Al entrar encontré a García apoyado en la barra, de espaldas a la puerta. Paré un segundo, comprobé que llevaba mi Beretta en la sobaquera y entré. Esta vez, no iba a aguantar cabronadas y García estaba en mi terreno. Allí podía matarlo, aunque el bar estuviera lleno de gente, y mandarlo a Turtle Bay, la sede de la ONU, en cachitos de cien gramos, envasado al vacío. Después de la visita a la cárcel, no le iba a aguantar tonterías fuera de tono.

Me senté en un taburete, a su lado.

—Estás muy lejos de tu casa —le dije—. Un trago de tequila, por favor —pedí al camarero.

—¿El Águila contó algo?

—Como ya sabrás, solo vine a hacer el ridículo y a llorar en público.

El camarero fue diligente y llenó un caballito de tequila que puso delante de mí sobre un posavasos de cartón con un dibujo de una calavera y flores rojas.

—Se acabó la misión, Lola, ya eres libre.

—No volveré jamás, pase lo que pase.

Y me tomé el tequila de un trago a ver si acababa con todas las heridas que tenía por dentro. Me encontraba débil y cansada, derrotada, igual que Andrés. La pesadilla, por fin, había terminado.

—No me busques más.

Me marché del bar y dejé a García en el mismo lugar, con los codos apoyados en la barra, de espaldas a la puerta.

Ya en el ascensor, García había desaparecido de mi cabeza, pero el recuerdo de Andrés me atormentaba. Había reaccionado como una niña llorona, como si no hubiera pasado un solo día después de nuestra discusión en Las Rosas. Me quedaron tantas cosas por decirle, tantas quejas guardadas para nada durante seis años.

Cuando abrí la puerta de la habitación, el teléfono sonaba insistente. Me senté en la cama, mientras me quitaba los zapatos y descolgué.

—¿Señorita Suárez? Soy Alejandro Ramírez. El Águila Cifuentes ha muerto. Creemos que ha sido asesinado.

—¿Qué?! ¿Estaban avisados! ¿Cómo ha podido suceder?

—La esperamos, si quiere venir —dijo Ramírez por toda respuesta.

Se me hizo un nudo en el estómago y el corazón se detuvo. Confirmaba el peor presagio de Andrés. No estaba preparada para su muerte, a pesar de que sabía que podría suceder, desde el día que lo conocí.

Estar con un narco es como andar por las vías del tren. Sabes que hay un tren que se acerca, lo oyes; a veces, más lejos y otras, más cerca, pero lo ignoras y sigues caminando. Ni siquiera te retiras cuando ves acercarse la máquina. Y te arrolla.

Ni me lo pensé. Pedí un taxi y regresé a la cárcel.

De camino, repasaba nuestra entrevista, las personas que había, mis pasos, las palabras de García, de Ramírez, una y otra y otra vez. ¿Qué pude hacer que no hice? Si no hubiera ido a verle... Igual esperaron a que hablara conmigo para matarle. Quizás me tenía que haber quedado más tiempo, pero ¿cuánto? ¿Qué podía haber hecho yo?

Ahora sé que la única manera de salvar a Andrés era haberlo sacado de la cárcel a punta de pistola. Fue un error irme sin él. Nos hubiéramos salvado los dos.

Él tenía asumido que sería asesinado. Era el final natural: si no la Armada, la Policía, los rivales o los suyos. Pisaba terreno minado. Nunca imaginó su vejez ni hizo planes de futuro. ¿Cómo me torturaba! Lo cierto es que lo sabía. No existen narcotraficantes viejos o jubilados.

Regresé a la cárcel. No por dolor o por despedirme de él. Fue por rabia. Dirigí mi odio hacia las personas que debían protegerle, a las que voltearon la cara y bajaron los brazos y permitieron su asesinato.

Entré en la cárcel corriendo, sin esperar la escolta de los militares. Atropellé a un par de tipos de traje que fumaban en la puerta y me precipité adentro con la esperanza de que fuese todo mentira, de encontrar a Andrés al final del pasillo gris que había recorrido hacía menos de una hora. Fue en balde.

Estaba tendido sobre la mesa de la sala sin ventanas donde habíamos estado. La escena era irreal. Su cuerpo estaba ahí, delante de mí, y la sala llena de gente, los mismos que antes le guardaban, Ramírez y algunos soldados. Qué dura debía ser la mesa. Me quedé parada frente al cadáver con los brazos abiertos y el alma rota.

Tenía un agujero de bala en la frente. Una ejecución a sangre fría. Tuvo que ver la cara a su asesino.

—¿Ramírez, exijo una explicación! —le amenacé con el puño cerrado.

—No sabemos mucho, los guardias le dejaron en su celda y al cabo de unos segundos se oyó una detonación y le encontraron muerto, solo, sin armas.

—¿No sea güey! ¿Ha creído lo que le han contado? Tuvo que ser uno de los guardias. Ese cuento no tiene ni pies ni cabeza.

—Cálmese, señorita. Si quiere, platicamos en privado —dijo bajando la voz.

El asesino estaba allí. Dejé a Ramírez y me acerqué al cadáver. No quería mirarle, pero su presencia me atraía como un imán. También él estaba allí, pero no se movía ni hablaba ni me miraba y ya no lo haría más. Tenía los ojos abiertos y la cara manchada de sangre y, a pesar de todo, la expresión tranquila. Estaba preparado para enfrentarse a su propia muerte y en el último aliento, logró mantener la compostura. Andrés no era de librar batallas inútiles.

En esa mesa dura lo vi por primera vez indefenso, desvalido. Antes, con los grilletos, parecía derrotado, como el águila de cetrería que se resigna a vivir encadenada. Muerto, había perdido

toda su altivez y su mirada orgullosa y desafiante. La muerte le había quitado todo lo que era y todo por lo que había luchado tanto. Estaba lejano, con la boca entreabierta, y ya para siempre, en silencio. Ojos de caballo manso, manos reposadas sobre el vientre, más plano que nunca, vacío de aliento, las piernas separadas, la piel morena se había tornado pálida. Me sobrecogió la soledad de la muerte.

Estaba liberada de ayudarle o no o cómo lo haría. Solo quedaba hacerme cargo de su cuerpo y llevarlo a Culiacán con los suyos.

—Me lo llevo —dije sin perder de vista a Andrés—. No se puede quedar aquí más tiempo. A ustedes ya no les sirve de nada.

—No puede ser —respondió el hombre aterrado por mi determinación—. Hay que hacerle la autopsia y el papeleo con el juez, la investigación...

—Deje de tocar los cojones... —Me giré para mirarle a la cara—. ¿No ve de qué murió? Pagaré lo que haga falta, pero me lo llevo a Culiacán. No irá a otro sitio. Llame a la funeraria, que lo preparen, que me lo llevo. Si hace falta, a cuestras o a punta de pistola. Elija.

Notaba mi rostro hinchado y me ardían las mejillas. Ni Ramírez ni nadie se atrevió a contrariarme más y arreglaron la transa como les dije. Alguien me acercó una silla y me senté a fumar en silencio frente a Andrés. El humo me rascaba la garganta. Al cabo de un rato, uno a uno se marcharon los funcionarios y los guardias y me quedé sola, más aún que Andrés.

En la distancia puede parecer hasta ridículo lo que Andrés había dispuesto para su entierro, sin embargo, allí, en México, y más para un narco extravagante y vanidoso, es una cosa muy seria. En el cementerio de Culiacán se mandó construir un panteón al estilo de Sinaloa, de varios pisos de altura, cristales blindados y rejas de hierro labrado. Preparó un hueco para mí y varios más para los carnales que quisieran estar a su lado en la muerte. Tenía muy claro cómo debía ser y me contaba cosas cuando nos quedábamos solos. Se quedaba pensativo, miraba al vacío y me decía: «Lola, no dejes que me hagan la autopsia, no quiero que me abran como a un cerdo. Ocupate de que me entierren vestido y con botas... Flores blancas... Quiero muchas flores, como para una boda».

Y así, a pocos, me contaba cómo había que hacerlo. Quizás nadie más lo sabía y solo yo era responsable de cumplir sus deseos. Y era el único favor que podía hacerle ya.

Andrés era para mí como las montañas o los ríos, algo que estaría ahí por siempre y, aunque hacía mucho tiempo que no tenía relación con él, seguía siendo como el cielo o el mar, fijos y presentes en mi vida, estuviera donde estuviera. Son cosas que no pueden desaparecer. El mar no se puede secar ni el cielo dejar de ser azul. En cambio... Andrés dejaba de existir y perdí las fuerzas. Observé a través del humo de mis cigarrillos que llenaba la habitación cómo poco a poco se ponía gris, como las paredes, como la mesa, como el suelo, hasta que perdió todo el color y su sangre se volvió negra.

Llegaron los de la funeraria en silencio y con movimientos escasos y precisos le lavaron la sangre de la cara. Lo vistieron con una camisa negra bordada, pantalón negro y botas de serpiente. Eso valió. «No dejes que me entierren sin botas, Lola. Para ir donde se vaya, hay que ir pisando fuerte». Lo metieron en una caja sencilla. Ya la cambiarían en Culiacán, esa era suficiente para el traslado. Me quitó la medalla de oro que llevaba de la Virgen de Guadalupe y se la coloqué en el pecho, bajo la camisa. Cerraron el ataúd y se lo llevaron, igual que habían llegado, en silencio.

Contraté una avioneta para cruzar el país, compré los permisos y también la autopsia escrita de prisa y a mano y firmada por el médico de la cárcel. Cualquiera que se hubiera parado a leerla habría visto que era falsa, aunque llevándola yo y siendo el muerto quién era, nadie la pediría.

Era de noche cuando llegué al hotel para recoger la maleta. García ya no merodeaba por allí,

gracias a Dios. Mi ánimo no estaba para hacerle cara de nuevo.

Una vez oí que cierto narco llegó a pagar dos millones de dólares para escapar de una cárcel en un carrito de lavandería. ¿Cuánto crees que pagaron al asesino de Andrés para dejarlo dentro para siempre? Seguro que unos miles de pesos. Siempre es más barato quitar una vida que salvarla.

Trasladaron el cuerpo hasta un hangar privado en el aeropuerto de Tampico, para salir en cuanto amaneciera. Pasé la noche en una nave vacía y oscura frente a un ataúd igual de vacío y oscuro. Andrés no estaba en aquella caja, tan ajena a mí y, sin embargo, era lo único que me quedaba. La noche pasó turbia, grumosa, a trozos. El aire, grueso y frío.

* * *

—Lola —dijo James—, ¿harías todas esas cosas por mí?

James la miraba a los ojos, inclinado hacia delante con los dedos entrelazados.

—¿Preparar tu entierro? —preguntó como si acabase de despertar.

—No, bueno, eso y todo. ¿Harías por mí las mismas cosas que hiciste por Andrés?

—¡Oh! ¿Quieres saber si te quiero más o menos que a Andrés? Por ti... No... Contigo quiero hacer muchas cosas, pero no me pidas que te entierre. No permito que te mueras. Pídeme la mitad de mi fortuna, antes que ir a tu entierro... Andrés y yo no éramos iguales. Aunque nadie le comprendía mejor que yo, él no... ¿Cómo decirlo? Él intentó hacerme a su imagen, pero nunca tuvimos los mismos intereses. Y luego la brecha entre los dos se hizo insalvable. Tú eres como yo, capaz de soportar las cosas sin pegarte un tiro, pero sensible al dolor. No me pidas que prepare tu entierro.

»No sé cómo explicarte cómo era él. Una vez, un campesino se atrevió a vender parte de su cosecha de maría a otro cártel. Le ofrecieron más dinero y vio el negocio. Andrés se enteró y ordenó matarle, a él y a toda su familia. Mandó a un tipo, un sicario cocainómano que le llamaban el Wero Loco. Disparó en plena calle mientras iban dentro del coche el hombre, su mujer y la hijita de cuatro años. Se empotraron contra una farola. El Wero Loco se acercó y los degolló. A los tres. Andrés no podía permitir que sus productores vendieran la hierba a otro cártel más cara, porque él tendría que pagar más para conseguirla o se quedaría desabastecido, así que se aseguró de mandar un mensaje efectivo a todos los agricultores.

»Yo no era insensible a esas cosas ni quiero disculparme por mi juventud o estupidez de aquella época. Soy también responsable de todas esas muertes. Cuando estás dentro del cártel, cuando todo lo que te rodea es muerte, lo ves normal. Lo normal es que todos los días haya alguna muerte o tengas que matar a alguien y que las armas aguarden en la mesilla de noche o en el cajón de la cocina. Ni siquiera concibes que haya otra realidad u otra manera de vivir.

»No quiero atormentarte con las atrocidades de las que fui cómplice por estar junto a quien las ordenaba o las consentía. La verdad es que a mí esas no me torturan tanto como otras que cometí después con mis propias manos. Aquello era lo ordinario, mi día a día. Además, nunca vi la sangre ni la saña de los asesinos. Andrés me protegió de todo eso. No podía evitar que yo me enterara, pero hacía por mantenerme al margen.

»Estaba tan dentro de la mierda que ni siquiera puedo tener remordimientos. Aquella época tiene los velos de una niebla dulce, de una vida fácil. No puedo pensar en los muertos, sino como daños colaterales necesarios para el negocio e inevitables. Si no éramos nosotros, lo hacían otros. Me avergüenza decirte que nunca sentí dolor por las víctimas, que había una justificación para cada muerte y que bastaba para acallar la mala conciencia, si la había en algún momento.

Tampoco hoy tengo arrepentimiento. Fui tan feliz al lado de Andrés que aquello ha quedado suavizado por los filtros del recuerdo. La memoria es selectiva. A menudo solo retiene lo bueno.

»La vida con Andrés es muy difícil de entender. Andrés solo tenía corazón para mí, ya no le quedaba para nadie más.

* * *

Llegué a Culiacán al día siguiente por la tarde, después de dos paradas para repostar. A pie de pista, nos esperaban algunos hombres de Andrés con sus coches. Iban vestidos de luto riguroso. Me emocionó ver la fidelidad y devoción con que esperaban al jefe y sentí alivio porque ya no tendría que soportar sola el peso de su muerte. Te juro que llegué como si hubiera cargado el ataúd yo misma desde el otro extremo del país.

Mientras unos hombres bajaban la caja, se me acercó Héctor muy serio, triste.

—Buenas tardes, jefa.

Me sacó una sonrisa torcida. ¡Qué güey! Hacía mucho que nadie me llamaba así.

—Ya ve, Héctor. Aquí se lo traigo.

En otros tiempos, Héctor había sido mi guardaespaldas, mi guardián, mi sombra y, a veces, mi ángel de la guarda. Más recientemente, nos habíamos visto alguna vez, siempre al lado de Andrés. Me dio la mano y el pésame, como si fuera la viuda, aunque en realidad era yo la que tenía que haberle dado el pésame a él. No supe qué decir.

Oímos un golpe seco y nos giramos a la vez hacia el ataúd. Se les había caído y la parte trasera se había golpeado contra el suelo. Los hombres recuperaron el equilibrio en un instante. Aun así, Héctor corrió hacia ellos y yo le seguí.

—Jefa, ¿se puede abrir? —me preguntó.

—Lo puede abrir. —Le miré extrañada. No entendía lo que quería decir.

—¿No le desfiguró el balazo? —preguntó inclinado sobre el ataúd.

—No. Apenas tiene un agujero en la frente. Debió ser un calibre pequeño. Un .22...

¡Mierda! Las palabras salieron de mi boca a la vez que se me vino Ramírez a la cabeza. Cuando se abrió la chaqueta, me enseñó un Colt ACE .22 corto, demasiado pequeño para la sobaquera que llevaba, un arma de sicarios, de los que matan de cerca, mirando a los ojos. No era el arma de un policía. En la cárcel, estaba tan aturdida que no lo vi. Creo que de haberlo relacionado antes, Ramírez no habría salido vivo.

Héctor abrió la tapa, pero ya no quise ver más y aparté la vista.

Una vez que el ataúd estuvo acomodado en el coche fúnebre, pedí a Héctor que me llevara a Las Rosas. No estábamos muy lejos, así que no lo pensé. Allí, habíamos sido muy felices. ¿Por qué no echar un último vistazo?

En el camino le fui contando mis sospechas sobre Ramírez. Le detallé los hechos y le expliqué que Santana no había sido, que no perdiera el tiempo por ahí, a sabiendas de que Héctor y los demás buscarían venganza. Le conté lo que me había dicho Andrés y le pregunté por la frontera. ¿Qué estaba sucediendo?

—Hay unos asesinos en el norte. Nos están chingando. Nos hacen la vida imposible —dijo.

Según él, eran una banda de mercenarios que habían tomado el control de la frontera y ocupado los pasos legales e ilegales. Conocían los atajos secretos de mercancías y personas, y los hombres de Andrés se andaban a tiros con ellos para cruzar a Estados Unidos. Vestían de militares, armados e instruidos como un pequeño ejército. Se movían en la noche como alimañas con gafas de visión nocturna, no dudaban en disparar y rara vez erraban el tiro. La habían tomado

con el cartel y también con los migrantes que intentaban cruzar.

Me contó también que morían a cientos, hombres, mujeres y niños. Atacaban a los grupos por la espalda, cuando solo esperaban el peligro de frente, de la Policía de inmigración o de los granjeros gringos que baten la frontera para impedirles el paso, sin escrúpulos para disparar. Les acechaban y se les echaban encima como perros salvajes hambrientos. Era un grupo numeroso, aunque no tanto como para cubrir toda la frontera a la vez. Al parecer, se desplazaban de un punto a otro de forma impredecible, sin que se pudiera adivinar dónde asomarían al día siguiente. No habían conseguido saber quiénes eran o quién les mandaba o qué querían o qué conseguían con el bloqueo. Después chismorreó el resto del camino sobre esto y lo otro.

Me preguntó que si iría al entierro... y como le dije que no, casi se alegró, porque Andrés andaba con una vieja del DF que tenía mucho parecido físico conmigo y, claro, podía armarse un follón considerable. Sus amigos y la gente me darían a mí el pésame porque yo era la viuda legítima y no la otra y bla bla bla.

Me encantaba mi casa de Las Rosas. La construimos Andrés y yo desde los cimientos. Tardamos dos años en levantarla y un año en amueblarla. Mezclaba su gusto petulante hasta la ofensa y el mío de elegancia europea. Así, si él quiso poner una gran escalera de mármol desproporcionada como la de Escarlata O'Hara, yo conseguí que la balaustrada fuera de caoba con sobriedad neoclásica. Él, una talla recargada y barroca con pajaritos y flores. ¡Buaj! Pues yo, lámparas de Baccara y sofás de Versace. Más que cosas bonitas, eran cosas caras. Muy caras.

Cuando llegamos, se me encogió el alma. Era la imagen de la desolación. Los rosales que bordeaban la propiedad yacían marchitos, custodiando las paredes desconchadas y los vidrios rotos. La puerta, hecha astillas, ya no guardaba la casona que en otro tiempo fue la envidia de cualquier multimillonario. Se había convertido en un ruina lastimosa y espectral.

Aparcamos en la puerta y salimos del coche. Enmudecí ante la imagen siniestra.

—¿Has estado aquí después de que yo me fuera? —le pregunté.

—Sí, una vez, hace poco.

El escenario dentro era peor que fuera. Los muebles y enseres habían desaparecido y por las ventanas rotas había entrado suciedad. Remolinos de hojas secas se acumulaban en los rincones. La humedad lo había hinchado y destruido todo. Un montón de piedras y astillas dentro de unos muros sucios y balaceados.

—¿Alguien compró la casa? —pregunté y mi voz rebotó en las paredes para volver hecha añicos.

—Pues, ya sabe, jefa, ni siquiera salió a la venta, si no, Andrés la hubiera comprado. La neta que sí.

—¿Tú sabes por qué quería que viniese a Las Rosas?

Héctor asintió y me llevó hasta lo que había sido el jardín trasero. En el suelo de uno de los parterres había escondida una caja fuerte de combinación. Entre los dos quitamos la tierra que cubría la superficie y me hizo un gesto para que abriera la tapa. Aún recordaba la contraseña. Esa caja fue lo único que no habían encontrado la policía ni los curiosos.

Dentro había un dossier, una carpeta marrón llena de papeles y fotografías, y una cajita de joyería, que reconocí. Allí estaba mi anillo, el que me había regalado con tanto amor: una sortija de oro blanco y brillantes con forma de rosa. Me la compró al poco de estar juntos y se quedó en mi mesilla de noche el día que me detuvieron, como un presagio de que debía volver. Me dijo Héctor que el anillo lo incautaron y que el Águila le mandó a la subasta a comprarlo, que casi lo reconocen y no se lo dan... Mi anillo. Por fin estaba de nuevo en mi dedo.

—Vámonos, Héctor, aquí ya no hay nada más que llorar.

CAPÍTULO 9

29 de octubre de 2015. Oso Viejo (Sinaloa, México).

Por fin, había cumplido con todo, con García y con Andrés, así que era el momento de volver a casa. Le pedí a Héctor que me llevase al aeropuerto. Ya en el coche, eché un último vistazo a la fachada y se me escapó un suspiro. Fue un instante, pero añoré los viejos tiempos.

En mi mano brillaban dos anillos: el de la rosa y el de plata, regalo de Ian. Al verlos juntos no pude evitar comparar a los hombres que estaban detrás, tan distintos ambos como sus anillos. Andrés era ostentoso y arrogante hasta la obscenidad, como los diamantes, que hablaban de él sin necesidad de intérpretes; Ian, en cambio, tan espontáneo y alegre como la plata.

De camino a Culiacán, Héctor también parloteó. Apenas habían apresado a Andrés y los problemas para mantener el territorio les sobrepasaban. Ninguno de sus hombres de confianza había tenido ni el carisma ni la fuerza para mantener el control de la red de alianzas que Andrés, y también yo misma, urdimos durante tanto tiempo. Sus enemigos ganaban territorio en el sur. Todos los días se enterraban cadáveres de los fieles al Águila. La sangre cubría las aceras de Tepic, Colima, Guadalajara, Toluca o Acapulco. Otros, sin la protección de un líder fuerte, sucumbían al miedo y se aliaban con cárteles vecinos. El imperio de Andrés se estaba desmoronando.

—¿Qué va a hacer ahora, jefa? —dijo Héctor.

—Jubilarme. Me vuelvo a casa a hacer pastel de chocolate.

—¿Por qué no se queda aquí? —Me miraba de reojo mientras conducía—. Puede volver al negocio, con nosotros, como antes. Creo que muchos nos quedaríamos con usted. Podría continuar donde lo dejó el Águila. Seguro que algunos ponen reparos porque es mujer, pero los que la conocemos, sabemos que es bien capaz.

Cuando más ganas tenía de dejar la guerra, me estaba proponiendo meterme en una bien salvaje.

—Estoy muy vieja para eso. Necesito descansar. Quiero descansar. ¿Sabes cuántas cicatrices tengo de balazos?

—Ninguna mientras estuvo con Andrés —sonrió.

—Bien cierto. Pero no puede ser. Primero, habría que poner orden en lo que quede, luego ganar lo que se haya perdido y luego, lo de la frontera... y como soy mujer, cualquiera se creará con más derecho y superior a mí. Demasiada sangre. Y me he hecho débil. Quiero vivir tranquila y no tener que mirar a mi espalda por si alguien me clava un cuchillo. —Parecía que me estuviera disculpando por rehusar su propuesta—. Déjalo tú también. Te ayudaré a vivir en Estados Unidos o Europa. Vete lejos, antes de que sea demasiado tarde.

—Jefa, viene un carro detrás.

Un todoterreno negro nos seguía de cerca. Las ruedas de nuestro coche levantaban nubes de polvo del camino de tierra y apenas distinguí a dos hombres vestidos de oscuro en la parte delantera. El copiloto se asomó por la ventanilla y comenzó a dispararnos. La luna trasera estalló en mil pedazos.

—¡Acelera, por tu madre!

No era momento de pensar en nada más. Había que actuar. Me deslicé al asiento trasero. La luna rota me permitía disparar sin obstáculos, pero también quedaba expuesta a las balas. Era imposible acertar a dos tipos dentro de un coche en movimiento. Disparé y disparé. Apoyaba la

espalda en la portezuela derecha y me incorporaba cada vez, hasta que un golpe en el hombro izquierdo me tiró al suelo de la ranchera. Se me cayó el arma debajo del asiento de Héctor.

—¡Me han dado, me alcanzaron! —grité—. Frena, frena, golpéalos.

No dejaban de disparar. Me mantuve agachada con la espalda pegada a la puerta. Estaba sangrando y las fuerzas me abandonaban. Tanteé el suelo, pero no encontraba mi escuadra. Héctor frenó y reboté entre los asientos.

—¿Está bien? —gritó sin dejar de mirar al frente.

—Sácanos de aquí, maldita sea.

Con el frenazo, la pistola había resbalado atrás y la pude coger entre mis piernas. El todoterreno nos esquivó y nos adelantó por fuera del camino mientras las balas seguían llegando. Héctor aceleró y giró también fuera de la pista. Se adentró en un campo sembrado.

Afiancé mi espalda contra la puerta para seguir disparando mientras estuviera consciente. Cuando giraron para seguirnos, conseguí apuntar por medio segundo y disparar al conductor. El carro negro saltó un terraplén y volcó. Seguimos campo a través. Por fin habían cesado los disparos.

No sin esfuerzo, volví al asiento delantero en medio de los saltos del coche por el sembrado y sin que Héctor levantara el pie del acelerador. Me desmayé.

Durante el trayecto hasta Culiacán, recuperaba la consciencia por momentos y volvía a perderla. Héctor no aflojó el acelerador ni un solo momento, el perfil tenso, la mandíbula apretada y los ojos entrecerrados, concentrado en el camino.

Siempre nos hemos entendido bien. Teníamos y tenemos algo muy grande: confianza. Ni media duda si tengo que poner mi vida en sus manos.

Llegamos hasta una casa a las afueras, frente a un mercado de flores. Era un edificio pequeño, de una sola planta, viejo y pobre. Al llegar a la puerta salieron dos hombres alertados por el ruido del motor.

Héctor salió del coche, lo rodeó a toda velocidad y me sacó en volandas.

—¡Oh! Te he manchado el asiento... Te lo pagaré. Que le cambien la tapicería —desvariaba.

Los hombres nos condujeron adentro, a una sala donde nomás había una cama de tablas con un colchón de hule espuma y un plástico encima. Entre ellos se llamaban hermano.

Pensaba que Héctor me llevaría a un médico, pero aquello no era una clínica ni clandestina siquiera. Parecía más un matadero, pero estaba tan débil que ni fuerzas tenía para quejarme. La mitad de mi sangre cubría ahora el asiento del copiloto y la luz se me iba y se me volvía.

Entre los tres me quitaron la chaqueta y la blusa para dejar la herida al descubierto y me tumbaron en el camastro. Héctor no dejaba de hablarme. «Aguante, jefa, un poco más, tiene que aguantar un poco más, no se duerma», decía.

Apareció luego una mujer mayor, a la que también llamaban hermana. Recuerdo apenas pequeños detalles. No traía más instrumento para curarme que un cuchillo de monte y una sábana blanca.

—Hermanita linda, ¿qué le hicieron? —me dijo, moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

Me cubrió el cuerpo, pero dejó al descubierto la herida. La sangre manchó la tela blanquísima. Los hermanos me sujetaron los brazos y el cuerpo y la mujer comenzó a hurgar en la herida con el cuchillo hasta rascar el hueso. Creo que mi compañero ya no estaba en el cuarto, porque no recuerdo verlo. Por increíble que parezca, no me dolió lo que hubiera cabido esperar, ni grité ni forcejeé para soltarme. El cuchillo me aliviaba la terrible quemazón de la herida. Cuando terminó de escarbar, metió los dedos. Te juro que vi cómo entraba la mano al completo

dentro de mi cuerpo y sacaba la bala. No sé cómo lo hizo ni si sucedió como te lo cuento. Quizá me drogaron para que pudiera soportar el dolor.

«*Satura* la herida», dijo la mujer. Uno de los hermanos agarró un trozo de algodón impregnado en alcohol y presionó la herida con fuerza. Cuando lo levantó, ya no sangraba. Cogió otro algodón y volvió a hacer lo mismo. Cada vez que lo hacía, me sentía un poco mejor y recuperaba la sensibilidad del brazo y de la mano. Dejé de quemarme por dentro y el dolor remitió del todo.

No podía moverme ni hablar, ni quería. No habría sabido qué decir. Se fue apoderando de mí un sopor dulce, como de una tarde de verano en una sobremesa sin preocupaciones. Me dormí.

Cuando desperté, los hermanos no estaban y Héctor me miraba de pie desde la puerta de la sala con mi maleta en la mano. Debí dormir varias horas, porque era de noche y entraba el olor dulzón de las flores del mercado. La mujer estaba sentada a la cabecera de mi cama en una silla de enea y me pareció mucho más anciana que antes. Me sonreía.

—Hermanita linda, descanse —me dijo.

Pero cómo iba a seguir tumbada. Andrés estaba muerto, me habían disparado y no sabía por qué. Era hora de irse a casa.

Me llevaron una palangana con agua tibia y una esponja y me dejaron sola. Me limpié la sangre lo mejor que pude. Para mi sorpresa, el hombro no me dolía y la herida estaba cerrada sin puntos a la vista.

Héctor había metido el dossier de Las Rosas dentro de mi maleta, así que cuando la abrí para sacar ropa limpia no pude evitar echarle un vistazo. *Operación Caronte*, leí. Dentro había escrituras de creación de empresas, fotocopias de títulos de propiedades, de casas, de coches, hasta de caballos. Reconocí enseguida que los papeles correspondían a los tejemanejes usuales del lavado de dinero, pero no eran de Andrés. No reconocí los nombres de los titulares ni de los testaferros habituales ni la huella del cártel al que había pertenecido. Las empresas tenían nombres que me parecieron cursis, horteras. Eran nombres de la mitología griega y romana, Perseo & Co, Orestes... y cosas así.

Había un mapa del norte de México garabateado con bolígrafo rojo, trazos sin sentido en cualquier caso. Puede que estuvieran relacionados con los problemas de la frontera, pero tanto su procedencia como la mano que estaba detrás de cada marca me resultaban desconocidas. En absoluto era el estilo de Andrés.

También había fotos. Tres grupos diferentes. En unas diez o doce, un preso en una cárcel y lo que parecía una fuga con helicóptero y todo. Espectacular. Parecían fotogramas de una película americana. El helicóptero estaba en el patio de la cárcel rodeado de un buen número de sicarios bien armados y cadáveres por el suelo. Supuse que era la fuga del mismo preso, pero no reconocí el lugar ni las personas. De haber sido suelo mexicano, me habría enterado antes que el guardia de la puerta. Los rostros sí eran latinoamericanos, pero el territorio era desconocido para mí.

En otro grupo aparecían hombres trajeados reunidos en la calle de una gran ciudad y en un restaurante caro. Estos ya no eran latinos, sino blancos, estadounidenses, sin duda.

Y el tercer grupo me revolvió, porque eran fotos mías. Era yo en una calle de Madrid y era yo en la playa en Miami.

Las fotos eran similares, mismo tamaño y mismo papel, zoom, ángulo, revelado, pero sin marcas especiales. Eso sí: del mismo fotógrafo y hechas con la misma cámara.

De haber estado Andrés vivo, habría sido más fácil. Quiso que lo tuviera porque me atañía, pero no encontraba el nexo de los documentos del dossier entre sí y su relación conmigo. Ni me la imaginaba.

Coloqué las fotografías sobre la cama, una a una, desplegadas por grupos, mientras me vestía. Héctor y la chamana entraron en la habitación y miraron las fotos de reojo.

—¿No las habías visto? —pregunté a Héctor mientras me abrochaba el último botón de la camisa.

—Tal como me lo dio el Águila, lo metí en la caja fuerte de Las Rosas, como me pidió. No quise saber más ni me contó nada.

—¿Sabes quién nos disparó?

—Llevo horas intentando averiguarlo, pero nadie sabe decirme.

No dejaba de ojearlas con curiosidad.

—¿Reconoces a alguien? —le dije al fin.

—Cuando Andrés abrió el dossier, se enojó mucho, pero no me dijo nada, solo que había que avisarla a usted en cuanto llegáramos a Chihuahua, pero ya no llegamos. No sé quién le dio estos papeles o si se los pidió a alguien. Si lo hizo, fue en secreto. Lo que fuera se lo llevó a la tumba. Yo pensé que si quería avisarla era porque en algún punto era cosa de usted y que de algo se valdrían...

—Le conozco —interrumpió la chamana con los ojos muy abiertos—. Yo sé quién es ese: la pinche Muerte. —Y señaló al preso.

Levanté la foto para que quedara claro que no había ninguna equivocación.

—¿Este? —dije y afirmó con la cabeza.

Resultó que la chamana no era mexicana, sino salvadoreña y había huido de su país unos cinco años atrás con un hijo de quince, cuando las maras estaban en plena guerra. El preso de las fotos era ni más ni menos que el cabecilla de una sección rebelde que se había escindido de la mara más grande y había iniciado un motín. Se hacía llamar General. Conocido por todos, denunciado por nadie. Un año atrás, le apresaron por casualidad en una redada rutinaria. Por el aspecto, apenas superaba los veinte años, pero era el más temido. Un asesino sanguinario.

Las maras cada vez los reclutan más jóvenes, cuánto más niños, más fáciles de atrapar y de lavarles el cerebro. No tienen ningún arraigo y la mara les ofrece sustento, una familia, una posición social. La mara cuida de ellos, pero a cambio deben ser soldados y esclavos. Orgullosos soldados ignorantes de su esclavitud.

—Pues nos quedamos como estábamos, porque para mí no significa nada. Nunca he estado en El Salvador ni me he cruzado con ese animal. Lo único que me relaciona con él son estas fotos. ¿Crees que el tiroteo tendrá algo que ver con el dossier? —dije.

—No lo sé. No le veo sentido.

Héctor revisó el resto de los papeles y el mapa, pero seguía sonándole a chino, así que lo recogí todo y lo metí de nuevo en la carpeta. Le entregué el dossier completo. Yo tenía que dejar el país y aquella información sin lógica ni orden me espantaba. No iba a investigar lo que no quería y lo que, con seguridad, era algo sórdido y oscuro. Se acabó: ya no era mi cuenta.

—Si consigues descifrar el contenido, os será de gran ayuda. Estoy convencida. Andrés no daba puntada sin hilo.

Mi objetivo era Ian y llegar a Los Ángeles cuanto antes, así que solo pensaba en dejar el país, ponerme a salvo y recuperar la tranquilidad y la alegría. A Ian le esperaba una mentira. ¿Cómo explicarle, si no, que regresaba con un balazo en el hombro? Le contaría que habían intentado secuestrarme y me haría la víctima inocente, con la promesa de no volver jamás a México. Qué remedio.

Pedí a Héctor que me llevase al aeropuerto. Era noche cerrada, pero algún vuelo habría que me cruzara la frontera en pocas horas. A Miami, Houston o Los Ángeles. Qué más daba.

Me moría de hambre, así que paramos en un bar de carretera que permanecía abierto toda la noche. Me contó que había ido al entierro de Andrés, mientras yo dormía. Hubo mucha gente de todas partes del país, muchos amigos y conocidos. La iglesia estaba abarrotada y tuvieron que dejar las puertas abiertas para que todo el mundo pudiera asistir a la ceremonia.

Yo me despedí de él antes que nadie, así que no lamento mi ausencia. Fue un gran entierro, lo sé, como a Andrés le hubiera gustado, a lo grande, con sus flores y su banda de música. Al final, la viuda tuvo su papel y quedó satisfecha. Saludó a los asistentes y recibió las condolencias. Los amigos de Andrés perdieron un gran amigo y un mejor socio.

Héctor fue el que más perdió. Estaba unido a Andrés de una manera íntima, como hermanos. Cuando dos personas pasan tanto tiempo juntas, acaban siendo cada uno un poco parte del otro. Héctor iba con Andrés hasta el fin del mundo. Dependía de él, porque es un adicto a la adrenalina. Es lo que tiene andar con un capo del narco. Le encanta la vida de tiroteos y la tensión constante por los negocios o por su seguridad. Y después del subidón, cuando llegan los escasos momentos de calma, queda lo mejor: la fiesta, las mujeres, el relajo del cuerpo y del alma en una botella de alcohol, mientras todavía te huele la ropa a pólvora. Los días tranquilos los pasa comiendo comida chatarra y viendo la tele hasta que se queda dormido y despierta al mediodía. Sin horarios, con un amor en cada esquina. No dejará nunca esa vida. Tampoco conoce otra.

Cuando nació, su padre ya estaba en el negocio. Era un sicario confiado y fanfarrón al que mataron siendo Héctor un crío. Pero en lugar de aborrecer la vida que llevó al padre a la muerte, la abrazó con auténtico fervor.

Le conocí cuando Andrés empezaba a ser alguien en el cártel. Supongo que reconoció en Andrés la madera del líder, del faro, y andaba a su lado como un perro fiel, el más fiel de todos.

Durante la cena, volvió a insistir en que tomase el relevo de Andrés y siguiera sus negocios. Dale con que nadie mejor que yo para retomar el control y poner a cada uno en su lugar. Él me ayudaría. Todos me recordaban con respeto, dijo. Eso me horrorizó. *Respeto* es miedo. Me asqueó la idea de que hubiera hombres hechos y derechos, de verdad feroces, que me tuvieran *respeto*. Me avergoncé de mi pasado.

Intentó convencerme de todas las maneras que se le ocurrieron. Que si no era como el resto de las mujeres, que si era la heredera legítima de todo, que si nadie me pondría problemas para que me ocupara de los asuntos de Andrés a mi antojo. Estaba entusiasmado por tener un amo de recambio, pero se equivocaba conmigo. Yo quería ser como el resto de las mujeres y luchaba por conseguirlo con toda mi alma. El cártel ya no tenía lugar en mi vida. Sabía lo que era ser libre e independiente, sin tener que huir de la policía ni de nadie. Traté de hacérselo ver, pero él era un yonqui y el narco su vida, su medio, y no entendía que pudiera existir otra realidad mejor.

No llegó a resignarse con mi negativa. Me llevó al aeropuerto y se quejó todo el camino, como un niño malcriado.

Encendí el móvil. Tenía como veinte llamadas perdidas de García. Me alarmé.

—¿Dónde estás? Llevo todo el día llamándote —dijo enfadado.

—Me dispararon esta mañana y estoy viva de milagro —le increpé—. Estoy en Culiacán.

—¿Sí...? —dudó—. Han atentado contra Ramírez y ha muerto. Le pusieron una bomba en el coche y explotó cuando recogía a su hija del colegio esta tarde. La hija también ha muerto.

Alguien quiso cargarse a Ramírez y les dio igual todo lo demás. No me dolió la muerte del padre. La niña era otro asunto. Otra inocente que moría sin razón.

—Quiero que vengas a investigar, a ver si te enterases de algo, de quién es el cabrón que lo ha hecho. Ven a Tampico y hablamos —dijo García.

—Me marchó de México. Acabé. ¿Te acuerdas? No investigo asesinatos. —Y le colgué.

Se le había ido la cabeza. Creí haberle dejado claro que no quería saber nada de él ni de la OII. Ni entonces, cuando Andrés aún vivía, ni después.

Encontré un vuelo a Los Ángeles a las 5:00 a.m., pero quedaban cuatro horas. Héctor se empeñó en acompañarme hasta el embarque, así que nos fuimos a la cafetería a hacer tiempo. Había poca gente a esas horas.

Lo de Ramírez olía a venganza, así que le pregunté si había tenido algo que ver, pero me lo negó.

—Es una lástima. Ese me lo reservaba para mí —dijo el muy bruto.

Le hubiera gustado hacerlo mirándole a los ojos, igual que le habían hecho a su jefe. Hablaba herido y pesaroso de que se le hubieran adelantado, con la misma mirada de sangre y odio que tantas veces reconocí en Andrés. Todos le oyeron, pero nadie volteó la cabeza. Están acostumbrados a la mafia, saben quiénes son, pero no dicen nada. Usan la táctica del avestruz: si lo ignoran, no existe.

Mientras hablábamos, vi pasar un par de tipos vestidos de militares con armas largas a la vista. En realidad, no me parecieron militares auténticos. Tuve que avisar a Héctor que otra vez parloteaba.

—Te voy a pedir que te marches ahora mismo. Ten mucho cuidado. Me voy al control de embarque. Estaré más segura que aquí. Esos tipos no me gustan nada.

CAPÍTULO 10

30 de octubre de 2015. Culiacán (Sinaloa, México).

Héctor no quedó conforme, pero acostumbrado a mis órdenes, no replicó. Nos dimos un beso y un gran abrazo de despedida y salió del aeropuerto sin problemas.

Quedaban dos horas para el vuelo. La advertencia de Andrés no cayó en saco roto y los tipos armados se metieron en mi cabeza como una amenaza directa. Andaban por los pasillos y miraban con detenimiento y hasta con descaro a las pocas personas que se les cruzaban. Estaban buscando a alguien. ¿Tendrían relación con el ataque en Las Rosas? ¿Nos buscaban a Héctor o a mí? No quise comprobarlo. Me escondí un rato en el baño de una cafetería, pero ningún lugar del aeropuerto era seguro. Conseguí esquivarlos, pero cada vez había más. No los evitaría durante mucho más tiempo. Cambié mi billete para el primer vuelo que salía, que era a Monterrey en treinta minutos. Desde allí volaría hasta Estados Unidos.

Pude descansar algo en el avión. Como era de noche, la mitad de los pasajeros dormía y el resto mantenía el silencio protocolario. Aquella mañana, Monterrey se parecía a Madrid: hacía frío y el cielo estaba nublado. Me aseo en el baño del aeropuerto y me cambié de ropa.

Ya en el mostrador, a punto de comprar el billete de regreso a casa, se me acercaron dos policías. Intenté hacerme la loca, pero vinieron directos a mí y me pidieron que les acompañara con la excusa de hacer un control rutinario.

Miré alrededor y no vi más policías ni movimientos extraños ni encontré motivo aparente para salir corriendo. Agarré mi maleta y les seguí. Solo querían ver mi documentación y me condujeron a un despacho. Era un cuarto pequeño pintado de blanco, vacío e impersonal, y allí se quedaron conmigo hasta que un funcionario bajito, moreno y rechoncho entró y me pidió el pasaporte, sin que los polis apartaran la vista de mí ni un segundo. El tipo miraba y remiraba el pasaporte. Le fastidiaba tener que atenderme. Le enseñé mis credenciales diplomáticas, pero no decía nada, miraba y remiraba apurado los papeles sin levantar la cabeza. Le pregunté si había algún problema, pero balbuceaba sin que yo entendiera nada. No era rutinario ni normal.

—Dolores Suárez de Tejada —dijo.

—¡Presente! —le interrumpí.

La situación era irritante y salió mi lado más sarcástico, hiriente y corrosivo. El hombre me miró por primera vez, pero no contestó. Tenía el rostro inexpresivo y unos ojos redondos como los de una vaca. A la vista estaba que no era muy inteligente.

—Siéntese, por favor —me dijo mientras hacía lo propio al otro lado de la mesa.

—¿Para qué vino a México, señorita Suárez?

—De vacaciones. —Le sonreí.

—Tengo registrado que vino hace dos días de Miami a Tampico y ¿va a marcharse ya? ¿Unas vacaciones un poco cortas?

—Los negocios no dan para más. —Insistí con mi sonrisa falsa.

—¿Sabe que ayer en Tampico hubo un atentado contra un funcionario de la Procuraduría General?

—Ayer, estaba en Sinaloa, acabo de llegar hace una hora. Mire, señor, no tengo tiempo para esto, tengo credenciales diplomáticas y me estoy enfureciendo. Devuélvame la documentación y déjeme marchar. Esto sí es un atentado contra mí y una falta de respeto que puede acarrear un

incidente diplomático internacional grave entre México y España. O me deja embarcar o me obliga a informar a las autoridades...

—No siga por ahí, señorita... Las credenciales han sido revocadas por su país y es usted sospechosa de asesinato, así que entrégueme su escuadra y su celular y esperaremos a que llegue la policía. Y que decida el juez.

¿Qué puñetas estaba pasando? Volver a la cárcel no entraba en mis planes. Saqué la Beretta de la sobaquera, despacio, como para entregársela, pero el señor funcionario rechoncho era bastante torpe y le apunté a la cara. Los otros dos que había ni se enteraron y no les dio tiempo ni a quitar el seguro.

—Ahora váyanse los tres hacia el rincón y pongan sus armas en el suelo, despacito. Disparo a matar. No me va a temblar el pulso.

Los policías llevaban dos Colt Ar-9. Los agarré y salí corriendo del cuarto. Eran demasiado pesados para descargarlos con la mano libre, así que los tiré al suelo poco después. Corrí como una loca por las salas del aeropuerto.

Mientras avanzaba, vi un grupo de cuatro o cinco militares falsos, como los de Sinaloa, y, entre ellos, juro que vi al General. Ya lo sé. Corría, me perseguían, por lo que tal vez me fallara la vista. Pero por cosas que supe después, sé que era él y que estaba allí. No paré. Corrí hasta la calle. Miré hacia atrás para comprobar si me seguían y... Comenzaron a disparar. No les importó que aquello estuviera lleno de gente. Acababa de llegar un autobús y los turistas empezaron a correr despavoridos, pero no me volví a mirar si habían herido a alguien. Seguí corriendo.

En el aeropuerto se quedaron mi maleta y mi bolso, mi pasaporte, mis tarjetas, mi dinero, todo, y yo no podía dejar de huir. En algún momento me perdieron. Supongo que dejaron de seguirme a pie para hacerlo en coche y se despistaron.

Después de unos buenos minutos de carrera, llegué al polígono industrial de Apodaca que hay junto al aeropuerto y pude seguir caminando. Las calles eran anchas y despejadas sin un maldito lugar donde parar un momento a recobrar el aliento. Un rato después, encontré un hotel, un Ibis, como los que hay en cualquier parte del mundo.

Mi situación: desamparada, sin dinero, sin identidad y sin amigos en Monterrey a los que poder acudir y me pudieran echar una mano. Héctor estaba en la otra parte del país y en la costa este no había nadie de su confianza. No era territorio del cártel.

Necesitaba ayuda. Pensé en varios nombres, Willy, Roberto, pero al final llamé a Santana. No era su plaza, pero era hora de que me devolviese algún favor.

García no era una alternativa. Volver a verle u oírle me dio asco. Saldría del país por mis propios medios, echándole huevos, que para algo soy Dolores Suárez de Tejada.

Entré en el hotel. El lobby, gracias a Dios, estaba vacío. La recepcionista me miró muy mal y caí en la cuenta de que mi aspecto debía dar miedo. Estaba sudada, con el pelo alborotado por la carrera, no llevaba equipaje ni había llegado en coche. Además, se me había olvidado guardar el arma, así que, digamos que le di *lástima* y me dejó llamar por teléfono.

Puso sobre el mostrador el aparato y llamé a Santana.

—¿Qué quiere? ¿Para qué...? —dijo susurrando.

—No le llamaría, si no le necesitara.

—La está buscando todo el país. ¿A quién se le ocurre matar a un funcionario de la Procuraduría General! ¿Qué le pasa! ¿Se volvió loca?

—¿Qué? Yo no he sido. ¡Me han cargado el muerto, hombre!

No sé cómo me relacionaron con ese asesinato. Todos los que estaban en la cárcel sabían que viajé con el cadáver de Andrés hasta Sinaloa. Ni siquiera recuerdo a qué hora vi por última vez a

Ramírez.

Convencí a Santana de que me ayudase. Quedó en enviar a alguien. Conocía a un conseguidor, un amigo sabelotodo y bien relacionado con la maña. Santana me pagó una noche de hotel para que pudiera esconderme allí hasta que llegara su amigo. La verdad es que me salvó la vida.

La recepcionista me entregó una llave y me indicó la habitación. Me tranquilicé al verme un poco más cerca de casa.

Al cruzar el lobby me fijé en que el hotel estaba decorado con los colores de la bandera de México. Había sillones rojos y verdes con mesitas blancas y no había otros colores. Lo encontré divertido.

Ya en la habitación, aquello continuaba. El cabecero era verde, la colcha roja y había un pequeño sofá blanco. Si en España hicieran algo así, ¡Dios mío!, saldría hasta en las noticias.

Al poco, aquello dejó de ser gracioso. Pasé un siglo encerrada allí con las cortinas echadas. Cada pocos minutos, circulaban por la calle todoterrenos negros, como el que nos había seguido en Culiacán. Tuve tiempo de desesperarme: paseé, me tumbé en la cama, me senté, me levanté, me duché, aunque no pude cambiarme de ropa, y aún paseé más. Y pensé mucho.

En la carpeta del dossier se leía *Operación Caronte*. ¿Quién es Caronte? Un demonio que transporta a los muertos en su barca a través de la laguna Estigia hacia el Averno, el inframundo. Los muertos que no cruzan se quedan vagando por toda la eternidad en las orillas de la laguna, sin encontrar la paz de la muerte verdadera.

El contenido del dossier debía tener relación con los asesinos de la frontera, así que, de alguna forma retorcida, los sicarios eran Caronte, solo que en vez de cruzar a los muertos al Averno, transportaban a los vivos hacia la muerte. Pensándolo, me di asco por llegar a tan horrenda imagen de la realidad. Recordé la ilustración del libro de texto del instituto en el que había un grabado en blanco y negro de Caronte, en su barca, transportando pobres almas que lloraban, gritaban, se lamentaban. Los fantasmas sobrevolaban las aguas estancadas y frías del Estige y los cadáveres flotaban mientras Caronte iba y volvía con su barca, desde la tierra de los vivos hasta la de los muertos.

El que había montado todo el asunto era forfofo o, al menos, conocedor de la mitología griega y romana. Debía ser por eso que las empresas de lavado de dinero se llamaban Afrodita, Poseidón y cursilerías por el estilo.

Y mientras mi mente se ocupaba a ratos en cosas así, al menor ruido en el pasillo, me sobresaltaba y me escondía detrás de la puerta con la Beretta en la mano. Intenté ver la tele, pero fue imposible, hasta el sonido era insoportable. Ni pensé en comer. Cómo separarme de aquel no saber quién me atacaba, por qué o para qué. Estoy acostumbrada a que los malos vengan de frente. ¿Por qué a mí? Tal vez querían el dossier. Pero no. Eran solo fotocopias y fotografías. ¿Qué cojones hacía yo allí? Repasé mis pasos desde Culiacán, pero lo único que podía provocar la situación en la que me encontraba era el dichoso dossier.

Los sicarios que bloqueaban la frontera mataban gente porque sí, porque no hacían movimientos de drogas ni ayudaban a ningún cártel y nadie que yo supiera les pagaba. Pero disponían de dinero y mucho. Mucha pasta que debía estar oculta.

Andrés debió descubrir algo sobre ellos que nos ponía a todos en peligro, empezando por él mismo, pero ¿por qué yo? Ya no tenía relación con el narcotráfico y me importaba un carajo lo que sucediera en la frontera y, sin embargo, mi foto aparecía dentro del dossier.

Para colmo, empezó a llover como si al cielo le hubieran abierto las compuertas, con un ruido ensordecedor.

Las ideas me daban vueltas y volvían y revolvían una y otra vez. Estaba en medio de algo muy importante y había pulsado algún interruptor que iniciaba un movimiento impredecible, pero gigante. No sabía el qué.

Era injusto. En ese mismo instante debía estar ya en Los Ángeles, con Ian, así que me juré que la próxima vez que deseara algo con tanta intensidad, nada ni nadie se interpondría. Tú lo sabes bien, James: no hay que perder nunca de vista el objetivo. Ese error lo estoy pagando aún hoy. La necesidad me impuso cambiar de meta: salir de México como fuese. Estaba atrapada como Dorothy en el Reino de Oz y te juro que hubiera dado cualquier cosa por tener unos zapatos mágicos que me plantaran en mi puñetera casa.

No quise pensar mucho en el asunto de Ramírez. Era tan inconsistente que podría resolverlo con una sola llamada desde Miami. Nada de calabozos. Nunca más.

Luego tuve fiebre. El hombro me dolía horrores y me costaba estar en pie. Me tumbé en la cama, el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Me quedé dormida. Soñé que volvía a estar en mi cama blanca de Miami, al lado de Ian, y que por la ventana entraba la cálida humedad del océano. Pero al incorporarme y poner los pies en el suelo, estaba en el Estige con el agua por la cintura y los cadáveres putrefactos e hinchados flotando a mi alrededor. Caronte pasó a mi lado y en su barca iba García, con su traje impecable y sus gafas de sol y me hacía gestos para que subiera a la barca. Yo le decía: «no puedo», pero él insistía en que tenía que llegar. «Estoy herida», le decía. Y me contestaba que no pasaba nada, que había una chica huida que teníamos que encontrar. «Estoy herida», repetía. Ramírez y su hijita muerta también pasaron flotando a mi lado, sonreían. Me desperté sobresaltada. Estaba en la habitación sosa del hotel de Apodaca. Y débil, muy débil.

Llamaron a la puerta.

Cogí la pistola. La herida sangraba y tenía la camisa empapada de sudor y sangre tibia escurriéndose por el torso.

—¿Quién es? —suspiré.

—Soy Willy. Abre.

—¿Vienes solo? —Apenas podía sostener mi propio cuerpo.

—Sí, abre —insistió impaciente.

Podía haber sido el mismísimo papa de Roma. Le abrí la puerta y se me cayó el arma al suelo. Me recogió en sus brazos.

—¿Y Camila? —le pregunté por su novia y compañera de trabajo.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Sabes que te busca todo el mundo? ¿Qué has hecho?

—Me han disparado —dije—. Yo no he hecho nada. Te lo juro.

—Ponte mi chaqueta, así no se verá la sangre. Hace frío y llueve.

—No para de llover.

—Estás ardiendo.

Willy tenía debilidad por mí. Me trataba como a una hermana pequeña y yo me dejaba hacer, porque me pasaba lo mismo con él y con su novia. Eran mis hermanos. O mis papás postizos.

Camila nos esperaba con un coche en la puerta del hotel. Willy me llevaba bien sujeta por la cintura y yo desfallecía por momentos.

—Hola, Cami —dije al llegar al coche y me aparté la chaqueta para enseñarle la sangre.

—¡Vaya, cariño! Dos veces en tres meses, ¿te vas a apuntar al Guinness de los Récords?

Camí siempre me hacía reír.

—Esta es la última. Lo juro.

Cuando subimos al coche, pisó el acelerador y nos alejamos. No me importaba mucho donde

me llevasen. Me quedé dormida de nuevo. Desperté cuando Cami paró el motor frente a una casona enorme en el campo. Era de noche y ya no llovía.

Willy me ayudó a salir, y me cargó en brazos. Alcé la vista. Jamás había visto el cielo como ese día. Había millones y millones de estrellas y era como si me lloviesen encima, como si pudiera tocarlas alargando la mano. Pero me dolía tanto el hombro que no lo podía mover. No hubiera podido cogerlas ni aunque hubieran caído sobre mí.

Me llevaron a un cuarto y poco más recuerdo de aquella noche. Sé que estuvo un médico, que me pusieron una vía intravenosa en el brazo, mucho anti de todo y calmantes. Cami me quitó la ropa y me echó la bronca.

—¡Qué manera de sangrar, amiga! Has echado a perder una camisa preciosa. Intentaré salvarla, pero va a ser difícil...

Parece mentira que una mujer que dijera semejantes cosas fuera una experta en explosivos o siquiera supiera quitarle el seguro a una pistola, pero así era ella. Era su manera de sobrevivir y no convertirse en una marimacho, rodeada como vivía de hombres y armas. Una vez, estando en la selva, lloviendo y con barro hasta en las bragas, me dijo: «Amiga, vamos a tener que pasar un mes en un spa para sacarnos toda esta mierda de debajo de la piel». Yo le contesté: «Amiga, si salimos de esta mierda, te lo pago yo».

Los medicamentos hicieron su trabajo: me remitió la fiebre y conseguí descansar, dormir de verdad. Por la mañana, mi ánimo era otro. Me quitaron la vía intravenosa y me trajeron el desayuno.

En ello estaba cuando Willy llamó a la puerta.

—¿Tú eres el amigo consigue-cosas de Santana? —le dije sonriendo.

—¡Uf, Dios me libre! No, yo no. Es Ken, el dueño de la casa.

Me habían llevado para desayunar café con leche y bizcocho. El bizcocho era blandito y dulce y sabía a limón y a canela. Tenía hambre y lo comía a dos carrillos.

—¿Ken?

—En realidad se llama José Luis, pero no le ofendas —dijo en voz baja—. Luego le conocerás. Esto... Cami y yo hemos hablado y pensamos que lo mejor para sacarte del país es llamar a García.

—Joder, qué directo eres. No, no y no. Eso significa que o no te fías de Ken o no te fías de mí.

—Ya le dije a Cami que si no lo habías llamado tú, era por algo...

Le conté a Willy todo lo que había pasado desde que había entrado en México, pero aun así no entendió mi oposición a llamarle.

—Se terminó, Willy, no quiero deberle nada más. Puede que me haya metido yo sola en esta encerrona o puede que García tenga algo que ver. No lo sé. Tal vez pretende que no lo deje y mantenerme dentro de la OII. Si García me saca de aquí, le daré motivos para deberle algo de nuevo. Estoy fuera. Ni siquiera deberías ayudarme tú.

Fuera de la OII es fuera. Presentía que había sido García el que me había echado encima a la policía, que él mismo había fabricado las pruebas o auspiciado las sospechas de la Procuraduría contra mí en el asesinato de Ramírez. No iba a caer en sus manos por mi propia voluntad.

—No seas terca. Te estás comportando como una niña pequeña —dijo al salir de la habitación.

—Si le llamas, no volveré a trabajar contigo. ¡Nunca! ¡¿Me oyes?! —le grité.

Así quedó el asunto. En realidad, no pensaba volver a trabajar con Willy jamás.

Por la tarde, después de una larga ducha y un buen almuerzo, pude salir de la habitación y

conocer al dueño de la casa. Ken era de verdad un tipo peculiar. ¿Cómo decirlo? La pluma le salía por la piel. Superdivino de la muerte y reina de la noche. Conozco hombres gays y mujeres, pero nunca me había encontrado con uno que reuniese todos los estereotipos y en su grado máximo, hasta lo histriónico.

Rondaba los cincuenta años y llevaba, así para estar por casa, un pantalón blanco con un suéter rosa chicle y un pañuelo al cuello naranja, de fantasía. Estaba sentado en un sofá color crudo con las piernas cruzadas y los brazos extendidos en una postura forzada. Pero el salón de la casa no era ni rosa chicle ni estridente, sino todo lo contrario. Las paredes estaban pintadas en tonos neutros, tierras, que se veían tostados o crudos dependiendo de la luz de los ventanales que llegaban del suelo al techo, tapados por cortinas vaporosas de color blanco. No había adornos superfluos en los muebles, tan oscuros como el suelo, y, aun así, no lo encontré impersonal o vacío. Cada cosa estaba en su lugar. El sofá estaba colocado perpendicular a las ventanas, puesto a propósito para que la luz incidiera sobre la mesa de té y a su vez no llegara del todo a una chaise longue que estaba más allá, junto a una lámpara de lectura. Ningún elemento sobresalía por encima de otro. Lo único estrafalario era Ken. Tal vez su apariencia de locaza era solo eso, apariencia.

Se levantó cuando entré en la habitación y avanzó hasta mí.

—Bienvenida a mi casa, querida. Es para mí un honor tenerla de invitada. ¡Ni más ni menos que Lola Suárez de Tejada! —me dijo con una amplísima sonrisa alargándome la mano para estrecharla.

A pesar de la voz chillona, hablaba en un tono bajo, casi agradable o con intención de agradar.

—¿Esta es su casa? Me refiero a si usted suele vivir aquí todo el año —le pregunté.

Me miró a la cara con los ojos muy abiertos, sorprendido.

—¡Oh! Perdón, soy muy indiscreta —continué—. Ni siquiera sé dónde estoy. La casa es magnífica. Tiene usted un gusto muy sereno para vivir en México.

—Gracias. Paso aquí menos tiempo del que me gustaría. La compré hace como once años y la he decorado yo mismo, aunque creo que aún no he terminado. He traído muebles de todas las partes del mundo —dijo mientras me invitaba con un gesto de la mano a sentarme en el sofá.

El amaneramiento de Ken era su coartada. Me lo imaginé, así, vestido de rosa chicle rodeado de narcotes pesados como Santana o Andrés. Su afectación le daría un aspecto de bicho raro, inofensivo e insignificante, desde luego una buena imagen para un seguidor, proxeneta, fabricante de coartadas o lo que fuera. Chica para todo. A fin de cuentas, cada uno se elabora la imagen que más le conviene o que más le sirve, ¿verdad? Tienes que llevar una máscara que te oculte, aunque a veces se vuelva tan pesada que la llesves a rastras, plomiza como la propia existencia.

Ken hizo que nos trajeran café y le conté lo que me pasaba.

—Salir del país le costará un millón de dólares —dijo mientras me ofrecía una taza.

—¿No le parece un poco excesivo? —suspiré indignada por el precio.

—Cada uno debe pagar conforme a sus posibilidades. Está bueno este café —dijo tras sorber un poco—. Me lo ha regalado un buen amigo colombiano. De cultivo ecológico.

«Y abonado con cadáveres de campesinos coccaleros», pensé.

—Sí, es delicioso —le adulé y sonreí.

—Señorita Suárez, la busca la policía, me consta que no tiene documentación ni nada más que la ropa que trajo puesta y una Beretta con tres balas. ¿No le parece justo el precio?

—Es tan excesivo como mi problema.

Estaba a su merced, así que no me pude oponer ni negociar. Mi vida para él valía un millón, por lo que igual me podría vender a cualquiera que le ofreciera un millón y un dólar. Hay mucha gente que tiene ese dinero y no era difícil pensar que alguien quisiera malgastarlo en matarme.

—Lo mejor va a ser que cruce por el puente de Reinosá. Le conseguiré documentación nueva. Irán tres coches. Usted en uno con un chófer, Willy y Camila en otro delante para evitar los controles, y otro detrás, comunicados por radio. Directo, rápido y limpio. El pago, por transferencia a una cuenta de Houston. Medio millón ahora y medio cuando esté al otro lado. Como verá, soy justo. Si no cruza, no paga.

—Que lo ordene todo Willy. Discúlpeme, pero no le veo como hombre de campo y solo confío en Willy. Usted póngale los medios. Llamaré a mi administrador para que le haga la transferencia ya.

Sorbió otro poco.

—Tengo que decirle a mi amigo que me regale más café —susurró—. Puede utilizar mi teléfono, señorita Suárez.

—Lola, por favor, llámeme Lola. Ya somos socios —le sonreí.

Río con afección exagerada.

—Parece que sí —dijo—.

Yo también reí, por acompañar.

—Tengo que hacer un par de llamadas. —Esperaba que no me las cobrase aparte.

—Prohibido contar los planes —dijo mientras se ponía de pie para dejarme sola.

—No me fío de nadie. No se preocupe.

En cuanto me dejó sola con su número de cuenta, llamé a Héctor. Primero, para decirle que estaba bien después de la abrupta despedida y, segundo, para saber si había averiguado algo sobre el dossier. La curiosidad mató al gato y, al fin y al cabo, algo relativo a mí se estaba cocinando y quería saberlo. Tener información es tener ventaja.

Se alegró de oírme y de saber que estaba bien. Le hizo mucha gracia que me buscara la policía por la muerte de Ramírez, que mi foto saliera en televisión, dijo. ¡Qué mamada!

—La neta, jefa. Le estamos guardando un sitio para cuando quiera volver —dijo riendo—. No le va a quedar más remedio.

Averiguó quiénes eran los gringos de las fotos. Ni más ni menos que Jim Mitchell, director de la DEA, y George Crow, director de la Agencia de Inmigración de Estados Unidos.

—Lo que no llegamos a entender es la relación entre las fotografías. Es evidente que alguien estuvo presente en todas las escenas, cuando menos, el fotógrafo. Y ahí estamos, jefa. De momento, nos hemos puesto con el mapa, a ver si le sacamos sentido.

Al final de la conversación, el dossier me resultó más frustrante aún. Cada rayo de luz que lo alumbraba, arrojaba más sombras al puzle y más confusión al asunto, así que pensé en dejarlo por imposible. Estaba bien como pasatiempo, pero no me ayudaba nada en mi situación. Tenía asuntos más urgentes que atender.

CAPÍTULO 11

1 de noviembre de 2015. Algún lugar de Nuevo León (México).

Descansé todo el día siguiente, mientras Ken me conseguía documentación, armas, coches y hombres. El tipo era muy bueno en lo suyo, porque no me dio documentación falsa, sino que se agenció en tiempo récord un pasaporte mexicano auténtico y un visado para entrar en los Estados Unidos.

Con dinero se logra cualquier cosa, hasta una nacionalidad. Créeme, James, que te daría miedo saber lo que se puede comprar con la cifra suficiente. Incluso una persona... o un trozo de persona.

Bañarme, ponerme ropa limpia, comer lo que me diera la gana y descansar me devolvió lo que era. Las cosas pequeñas solo se aprecian cuando se pierden.

Willy y Camila pasaron el tiempo preparando el viaje. Buscaron la ruta mejor, los coches y todos los detalles. No quise entrometerme. Ya había dado muestras suficientes de inutilidad fuera de mi territorio y no iba a cagarla. Me puse en sus manos con confianza o, tal vez, con temeridad. El caso es que lo aprovecharon para ocultarme que el viaje podía ser más difícil de lo que Ken había apuntado. Los sicarios de la frontera merodeaban desde Reinos a Matamoros y les preocupaban de verdad.

El día anterior a mi llegada habían secuestrado un autobús entero que se dirigía a los Estados Unidos. Cincuenta y cinco personas, incluido el vehículo, desaparecidos, sin más. Después, el camión apareció a cincuenta kilómetros de donde le habían perdido el rastro, pero no las personas. Cuando lo encontraron era un antro fantasma. Estaban las maletas de los pasajeros, su documentación, todo, como si les hubiera abducido una nave extraterrestre. Quedaba el conductor, muerto, con dos balazos en la cabeza.

La noche del segundo día, todo estaba listo para que saliéramos bien pronto en la mañana. Ken se había marchado después del almuerzo al DF, por asuntos de negocios, dijo, y nos dejó la casa para nosotros solos. Era una noche fría y despejada y las estrellas titilaban igual que cuando llegué, como si fueran a caer sobre mí en cualquier momento. Fue una velada agradable. Tres viejos amigos unidos por una circunstancia lamentable. La única pega fue que no me dejaron beber, por si el alcohol interfería con los medicamentos. Y antes de las diez me endiñaron una pastilla que me dejó KO.

—Sé buena chica y tómate esto —me dijo Willy—. Te ayudará a dormir.

—¿Es legal o ilegal? —bromeé—. Ya tengo ganas de llegar a casa.

—¿Por qué no te quedas unos días con nosotros y esperas a que todo se tranquilice? Tenemos una casa en Cuernavaca... No es gran cosa, pero es un sitio tranquilo que...

—No mames. Me largo de aquí como sea. Por primera vez en mucho tiempo hay alguien que me espera al otro lado.

—Entonces, tómate la pastilla y descansa.

Era un gran tipo. Era mi hermano y mi compa de antes de que apareciera Camila. Le conozco desde que entré en la OII, desde la primera misión. Era un macarra, de apariencia despreocupada y superficial, pero siempre cuidó de mí y se tomó mi protección como algo personal.

La primera misión fue bastante sencilla, la verdad. Tres delincuentes habían secuestrado a un chico joven, hijo de un médico muy conocido en Ciudad de México, para pedir rescate. Los

secuestradores eran unos novatos buscavidas y la cagaron desde el primer momento. Intentaron que el secuestro fuese muy rápido, un secuestro exprés. Asaltaron al chico en la calle, lo agarraron y lo metieron en una furgoneta. Su intención era dar vueltas por la ciudad sin dejar de circular, mientras conseguían que el papá les pagase dos o tres millones de pesos. Pero el asunto se les complicó porque tardaron dos horas en localizar al padre, que se encontraba fuera de la ciudad. Además, el chico resultó ser diabético y tuvieron que darle comida a una hora determinada para que no entrara en coma. Después de darle de comer, se quedaron sin combustible. Todo lo que les podía salir mal, les salió mal. Al final, se les hizo de noche y decidieron buscar un lugar para pernoctar.

Recién salida de la cárcel, me costó encontrar contactos suficientes para que me avisaran si aparecía la furgoneta en alguna parte. Mis antiguos amigos aún no sabían en qué bando situarme. Los secuestradores encontraron refugio en un garaje de la periferia que le pidieron a un camello y los míos me dieron el soplo.

Nuestra intención desde el principio era pagar, pero con pruebas de vida. Pagar el rescate sin más nunca te garantiza que liberen al rehén vivo. Es más común que te devuelvan un cadáver o trocitos de un cadáver. Primero había que averiguar si el chico seguía vivo y, luego, asegurar una liberación limpia, sin trucos y sin sorpresas. Contacté con el camello y le pedí que fuese mi interlocutor. Me tendría que introducir. El tipo no quería meterse en fregados, pero le pagué lo suficiente para que les diera un teléfono con el que poder hablar con ellos.

Todo fue como la seda. La inexperiencia de los secuestradores hizo que se pusieran en mis manos. Llegados a ese punto hubieran aceptado cualquier solución. Estaban desesperados. Quedamos en que yo iría a la nave donde escondían la furgoneta, les llevaría un millón de pesos y ellos me entregarían al chico. Eran unos infelices que se habían metido en un negocio más grande que ellos. Iría armada, pero a pie, para que pudieran huir sin problemas y García me endiñó a Willy para protegerme, como guardaespaldas.

Willy y yo acudimos a la nave y todo salió según lo planeado, gracias a Dios, porque el chico estaba al borde de la muerte.

Cuando aquello terminó, continuamos la noche de farra y Willy resultó ser más divertido de lo que me pareció en principio.

—Acostúmbrate a él, porque va a ser tu sombra —me dijo García cuando me lo presentó.

Aquello era demasiado. ¿Es que no era capaz yo sola de resolver el asunto? Me gusta tener el control y Willy respondió como debía: no intervino en ningún momento, sino para cargar con el chico que estaba inconsciente. Resultó ser lo que García había dicho: un guardaespaldas para mí y, con el tiempo, un compañero.

Willy era mexicano nacido en Houston. Fue un chico rabioso y un adolescente problemático. Un día, él y otros muchachos atracaron una gasolinera. Acordaron llevar armas de imitación, pero uno de ellos se presentó con una Glock de verdad y acabó disparando a uno de los empleados. Huyeron, pero la policía los identificó y acusaron a Willy de asesinato. Su madre lo refugió y lo mandó a México para resolverle el problema por la vía rápida. Desde entonces vivía en total clandestinidad. Ni podía volver a Estados Unidos ni podía llevar una vida corriente, por la orden de busca y captura internacional. Consiguió tirar y no le fue mal del todo, pero no por el camino legal. Ganó mucho dinero, pero también gastó mucho. Tenía vicios muy caros.

El día en que por fin saldría del país era el Día de los Muertos, un día de fiesta.

Cuando salí de la casa, tres coches aguardaban preparados en la puerta. Para Willy y Cami, el primero. Un conductor y yo íbamos a ocupar el segundo y un tercer coche, detrás, con dos

hombres más, escoltando el convoy. Todo como dijo Ken. Nos comunicábamos por radio y Willy era el encargado de avisar en caso de que hubiera que desviar la ruta. Él no podía cruzar la frontera, así que nos dejaría en Reinosá antes de llegar al puente.

Me dio el pasaporte mexicano y 500 dólares, pero no mi Beretta. Debía ir limpia. Me tocó un Nissan Versa corriente, de poco uso, sin pegatinas ni marcas, de color rojo. Un trayecto de poco más de dos horas por la general 40D, sin paradas, y nos plantábamos en la aduana.

—Si te preguntan: vas a ver a tu hermana Laura y a ir de compras. El tipo guapo —señaló a mi conductor— es tu novio, etcétera. Invéntate lo que quieras. Háblalo con él. Lola, ayer me llamaron de la OII...

—¿García? —le interrumpí.

—No. Me preguntaron si sabía dónde estaba García y les dije que creía que en Tampico. ¿Te han preguntado a ti?

—No. ¿Por? Perdí mi teléfono en el aeropuerto. Llevo dos días incomunicada.

—Por nada. Curiosidad. Mucha suerte —dijo y me dio un beso en la mejilla.

—Mucha suerte —le dije mientras se alejaba hacia su coche—. Dile a Cami que la próxima vez que venga a Miami nos lo vamos a pasar padrísimo.

Cuando me incliné para sentarme, los anillos que llevaba al cuello con un cordón tintinearón al chocar entre sí. Los apreté en la mano y me los guardé debajo de la camisa.

Emprendimos la marcha. Menos mal que mi chófer no era muy parlanchín. Se llamaba José, poco más recuerdo. Estaba contenta y tranquila, a dos pasos de llegar a los Estados Unidos, pero me quedaban piezas sin encajar. Era como tener que armar un puzle de mil piezas solo con el dibujo de tres o cuatro. No tenía sentido que me persiguieran unos militares armados y me buscara la policía.

Quizás no hubiera sido malo dejarme arrestar y haber explicado que yo me encontraba a miles de kilómetros cuando ocurrió el atentado, pero no. Pisar una cárcel, ni siquiera un calabozo, era y es superior a lo que estaba dispuesta a admitir. Por aquel entonces, tenía el convencimiento de que los militares del aeropuerto eran los mismos que bloqueaban la frontera. ¿Qué hacía, si no, el General con ellos? Sin embargo, esto no desentrañaba el porqué de su afán por liquidarme.

Pasé la primera hora de viaje dándole vueltas al asunto, para concluir que lo mejor era llegar a Estados Unidos, contactar con la OII y contarles lo que sabía. Y ya. En un par de días lo solucionaba y me iba para Los Ángeles. Con Ian.

—Señora —interrumpió José—, ¿se fijó en ese carro negro?

—¿Eh? No. Iba con la cabeza en otras cosas...

—Lleva todo el camino adelantándonos y quedándose y así, desde hace como cinco kilómetros.

—Aviso por radio.

Me giré para mirar por la luna trasera y vi que era un todoterreno igual que el que nos había perseguido en Las Rosas. Se me puso la carne de gallina. Todo aquello empezaba a ser siniestro.

La radio sonó antes de que yo pudiera decir nada.

«Hay un control. Hay militares parando todos los carriles», dijo Willy.

¡Pinche suerte! ¿Es que no había manera de salir del país estando tan cerca? Tomamos la primera salida para continuar por la 40, una carretera secundaria. El coche que nos escoltaba debía adelantarnos para colocarse primero, pero no tuvo tiempo. De la nada, surgió un todoterreno negro de frente, en dirección contraria, y se cruzó delante de nosotros. Nos obligó a frenar.

—Estamos jodidos. Ya solo me queda el barco para salir del país —bromeé mientras me quitaba el cabestrillo y recuperaba la movilidad del brazo.

El coche de detrás se detuvo en paralelo a nosotros, se abrió la puerta y los compañeros nos pasaron unas armas. Me dieron una Glock 25 y un cargador lleno. Al echarle un vistazo me sonreí al leer «S.D.N. MEXICO, D.F.» grabado en la corredera. Era una pistola de la policía. ¿De dónde habría salido? «¡Este Willy! ¡Qué cabrón!»

Ahora iban a ver quién era Lola Suárez. Me dolía el hombro, pero daba igual. Las ganas de vaciar el cargador entero contra lo que fuese que me impedía llegar a casa eran superiores.

Salimos de los carros y nos apostamos detrás de las puertas. En un momento todo fue silencio. Ni nos disparaban ni hacían ningún movimiento.

—¡Salgan de ahí, que les vea las caras! —les grité. Solo el polvo del desierto se levantaba entre los coches, arrastrado por la brisa.

El motor de otro coche se acercaba a toda velocidad por detrás de nosotros y en ese instante, empezaron a llovernos balas desde el coche atravesado.

—¡Entren en los carros! —gritó José.

Estábamos acorralados. Teníamos un coche frente a nosotros y otro detrás, quemando gasolina. Agachada en el asiento del copiloto, escuchaba ráfagas que impactaban en la chapa y mecían el vehículo. Las lunas saltaron hechas miguitas, los neumáticos se deshincharon. Más ráfagas. Me alegré de que Willy y Cami no estuviesen metidos en la balacera. No íbamos a salir vivos de allí. No podíamos ni asomar el hocico.

El coche que se acercaba frenó con brusquedad detrás y empezó a vomitar balas también. Era cuestión de tiempo que los tiradores bajaran de los coches y nos acribillasen allí mismo. Un tipo abriría la puerta de mi coche y me mataría sin darme oportunidad a defenderme. Y me vi a mí misma, floja, sangrando, con los ojos muy abiertos, vidriosos y fríos para siempre. Bien muerta. Y no me gustó.

Después de lo que me parecieron diez mil balas, pararon en seco. Mi presagio se hizo realidad. El silencio rugía por dentro y me pitaba en los oídos. Oí abrirse las puertas del coche de los sicarios que teníamos detrás y cerrarse después. Nos iban a matar como a ratas. Si había que acabar así, en una carretera en medio de la nada, mejor disparando, ¿no?

—José, ¿estás bien?

—Sí —me contestó en un susurro.

—Prepárate, vienen por nosotros. Nos asomamos y disparamos.

Saqué medio cuerpo por la ventanilla rota y vi al tipo que se acercaba por mi lado. Iba vestido de militar, con la cara tapada y caminando despacio. No llevaba su arma en alto. Disparé y cayó abatido. Me agaché otra vez. Uno menos. El otro estaba fuera de nuestro campo de tiro y José no lo pudo parar. Se dirigió al otro coche y disparó a quemarropa a los compañeros.

Salí como una suicida y aún miraba al interior del vehículo cuando lo maté. Otro menos. José salió detrás de mí. Volvieron a caer balas desde el coche que teníamos delante. Nos resguardamos en las puertas abiertas como al principio y respondimos, pero José cayó.

—No mames... —susurré.

Le habían alcanzado en la cabeza y estaba tendido en un charco rojísimo. Me había quedado sola. La sangre me horrorizó. No podía permitir que me mataran así. Intenté buscar una salida, pero no veía cómo. Si trataba de alejarme, quedaría al descubierto. Ni siquiera podía usar el coche, bloqueado como estaba y con las ruedas pinchadas.

¿Sabes en lo que pensé por un instante? En mi medio millón de dólares tirado a la basura. Ya arreglaría cuentas con el meco de Ken.

El coche negro de detrás conservaba las llantas intactas y tenía que arrancar, pero no podía correr hasta él, me matarían seguro. Vi mi cadáver tirado en la carretera en medio de ninguna parte

y con un tiro en la espalda. No.

Supongo que no se puede elegir la forma en que uno muere, pero yo quería hacerlo cuando fuera muy viejecita, en una cama blanca, rodeada de mi familia y mis amigos. En cambio, andaba metida en tiroteos y con gente del infierno.

Mi hombro volvía a sangrar, pero no sentía dolor. Ni me acordaba de él. Quité el freno de mano y empujé mi coche marcha atrás, bajo una nueva granizada de balas, hasta golpear el de los sicarios. Estaba enloquecida y furiosa.

—¡Cobardes! —gritaba mientras lo movía—. ¿Le tienen miedo a una mujer? ¡Salgan! ¡Vengan! Me van a conocer. ¡¿Me oyen?!

Asomados por las ventanillas no soltaban el dedo del gatillo automático, como en el escenario de un videojuego con balas infinitas. Apenas paraban un segundo para recargar.

Cerré un instante los ojos y me giré. No necesitaba ver ni pensar, sino correr hasta el coche de detrás y confiar en que no les mejorara la puntería de pronto.

Gracias a Dios, las puertas estaban abiertas y las llaves en el contacto.

Arranqué el motor. Los sicarios dejaron de disparar y bajaron del coche. Corrieron hacia mí, pero tarde. Metí marcha atrás y pisé a fondo el pedal del acelerador.

Seguí la carretera pisándole a tope y conseguí llegar, no sé ni cómo, a un pueblo llamado General Bravo. Me había quedado sin contacto con Willy y Cami y sin plan de escape. Me sangraba el hombro y estaba otra vez hecha un asco, aunque al menos ahora conservaba el pasaporte legal a nombre de Dolores Castro, quinientos dólares y una Glock de la policía de México.

Abandoné el coche en el arcén de la carretera a la entrada del pueblo, porque supuse que llevaría GPS o algún otro sistema localizador. La adrenalina me pone paranoica, como le pasaba a Andrés. Cosas de narcos.

Caminé un buen rato por las calles anchas de General Bravo sin rumbo, para pensar sobre lo que había pasado. Tenía frío a pesar del anorak. Me dejé llevar cabizbaja, con los puños apretados dentro de los bolsillos, el cuerpo flojo y la mente turbia. Miraba las casas pintadas de colores en parcelas individuales con cercas de ladrillo, los árboles plantados adrede en fila y el cielo azul y limpio de nubes. ¿Por qué no podía ser yo como la gente que vivía en esas casas? Los observé ir y venir atareados como los pájaros en primavera cuando hacen los nidos. Recogen los niños del cole, preparan la comida, ríen y charlan entre ellos. Sus conversaciones a veces son tan banales... Pierden el tiempo tratando de si ponerse chaqueta o abrigo. Y no tienen pesadillas. Pueden dormir estúpidamente porque en sus cabezas no hay sangre de muertos asesinados con sus propias manos.

Las piernas me transportaban solas, un pie delante del otro, mientras pensaba cómo puñetas hacer para llegar a casa.

La adrenalina del tiroteo desaparecía y volvía a dolerme el hombro. A pesar de llevar el anorak abrochado hasta la barbilla, mi ropa olía a sangre salada, metálica y caliente.

Había salido airosa de situaciones peores. ¿Por qué no iba a poder llegar a mi casa esta vez? Tenía que pensar con frialdad en las opciones que se me presentaban para salir de allí.

Ken había demostrado no ser tan eficaz como parecía. Santana no me volvería a ayudar, tal como me habló por teléfono. Y Héctor estaba demasiado lejos. De haber estado más cerca del territorio de Andrés, habría llegado a Nogales o Altar y desde allí pasar la frontera y cruzar el desierto de Arizona. Me hubieran escoltado los hombres de Andrés, los que en otro tiempo fueron mis propios hombres. Hubiera entrado en los Estados Unidos como una señora.

El brazo empezó a entumecerse, como si se congelara. Un frío doloroso me agarrotaba dedos,

antebrazo y músculos hasta el hombro y el cuello. Jadeaba. Iba a perder el conocimiento. A cada paso, un calambre se me proyectaba al resto del cuerpo y me atravesaba como un rayo asolador. Y aquel frío...

La culpa era de García. Me había arrastrado a México. No me arrepiento de haber hablado con Andrés ni de llevar su cadáver a Culiacán, porque me sirvió para reconciliarme con una parte de mi pasado. Pero eso no le libraba de la culpa. Le arrancaría la piel a tiras si no me daba una buena razón.

Se me nublaba la vista y me mareaba, pero seguía poniendo un pie delante del otro para avanzar por las calles del pueblo.

Oí música. Debían ser alucinaciones. Pero no, era música y bullicio de gente de verdad. En la calle principal había desfile de carrozas y todo el pueblo celebraba la fiesta del Día de los Muertos.

Llegué hasta el origen del festejo, con la calle abarrotada. Había familias con niños, hombres tomando y comiendo arremolinados en las mesas que los restaurantes habían sacado a la acera, jóvenes disfrazados con vestidos de brillantes colores y flores en el pelo, muchos de ellos con calaveras pintadas en la cara. La Santa Muerte estaba en todas partes. Se respiraba la fiesta. Se mezclaba el olor de las flores cortadas con el del pollo asado y la cerveza derramada que se secaba en el suelo. Habían adornado las carrozas con flores de papel de todos los colores, posibles e imposibles, y avanzaban despacio por la avenida de Bernardo Reyes. Seguían las bandas de música tocando canciones alegres y pachangueras.

Me rodeaba un delicioso caos multicolor y una algarabía violenta que me atontaba más aún. El anorak negro ocultaba la sangre, pero el reguero bajaba desde el hombro hasta la muñeca.

Extraña y pálida y con paso vacilante, marchaba entre la gente, que me miraba apartándose un poco. No encajaba en el paisaje de la fiesta: la ropa negra, la mirada perdida, el pelo rizado sujeto en una coleta descolocada. Una extranjera fuera del lugar y del tiempo.

Llamaba la atención, así que hui del gentío y me apoyé en la esquina de la barra de un asador de pollos. Algunos clientes aguardaban para pedir el almuerzo.

—¿Amigo! —le hice gestos a uno de los camareros. Había mucho ruido a mi alrededor.

Se acercó.

—¿Dónde puedo hacer una llamada? He perdido mi celular. ¿Hay algún teléfono público por aquí?

Sostenía un trapo grasiento en la mano con el que intentaba limpiarse la grasa de pollo que debía tener incrustada hasta debajo la piel. El pelo, también grasiento, le brillaba aplastado contra el cráneo. Lo normal después de estar en el asador de sol a sol.

—Hoy está todo cerrado. Es fiesta. No sé...

—¿Me prestaría su celular? Es un asunto importante —le interrumpí—. Se me averió el carro y necesito llamar para que vengan a buscarme.

—Es que... —dijo mirando al infinito para evitar mi mirada.

—No voy a llamar al extranjero, amigo —le sonreí—, ande, préstemelo un minuto, por favor. Saqué 50 dólares y los puse sobre la barra.

Tuvo que ver mi urgencia, la necesidad y los dólares, porque del bolsillo trasero de su pantalón sacó un teléfono también grasiento y anticuado. Suficiente. No era momento de ponerse tiquismiquis.

—Muchas gracias, señor, gracias.

Dejó el aparato sobre la barra y me miró de arriba abajo, mientras agarraba el billete.

Marqué con el primer impulso el número que se me pasó por la cabeza.

—¿Quién es? —oí al otro lado de la línea.

—García, eeehhh, menos mal que me atiendes la llamada, se me estropeó la furgoneta... —El tipo de los pollos no dejaba de mirarme, aunque se había retirado un par de pasos e intentaba tomar la comanda a una mujer gruesa que le gritaba cerca de mí.

—¿Estás bien? Menudo lío se ha formado —dijo con tono preocupado.

—Necesito que vengas a buscarme. Estoy en General Bravo, cerca de Monterrey.

—Puedo mandar a alguien...

—No —le corté—. Si no vienes tú, no me muevo. Esperaré lo que haga falta.

—¿Eh? —dudó—. Está bien. Dame dos horas.

—En la entrada por el oeste hay una gasolinera. —Corté.

Le devolví el móvil al camarero y, no sin esfuerzo, abandoné la barra del restaurante haciendo equilibrios para no desplomarme.

CAPÍTULO 12

2 de noviembre de 2015. General Bravo (Nuevo León. México).

¡Qué ganas de llorar! Cabizbaja, me miraba los pies para no tropezar ni tener que ver a nadie. La realidad me sobrepasaba. El final de la historia parecía no llegar nunca. Era como si llevase horas empujando una puerta que no se abría. Apenas conseguía moverla y entrever la luz del otro lado, se cerraba más fuerte aún. Demasiado cansada para llorar, para pensar o para morir.

Caminé hasta la gasolinera. Al otro lado de la calle, encontré un lugar seguro para ocultarme. Me tumbé en la cuneta, detrás de unos arbustos crecidos que me tapaban del vaivén de los coches y me permitían ver la gasolinera. Me resistí al cansancio y al desmayo. «Por Ian». Cualquier cosa por volver a verle.

Después de lo que me pareció una eternidad, aparecieron un par de todoterrenos negros, igual que el que había conducido hasta General Bravo. Entraron en la gasolinera y aparcaron en la puerta del autoservicio.

De uno de ellos bajó García, con su gabardina beis y sus gafas de sol. Detrás, ocho sicarios más, vestidos de campaña y bien armados. También el General. Hablaba con el otro subiendo y bajando las manos, con aspavientos de enfado.

García me había traicionado. Acababa de perder la única esperanza de una salida rápida. El General y García, juntos.

Todo era muy confuso. ¿Por qué estaban juntos? ¿Para qué? La tierra se abrió debajo de mí y había empezado a engullirme sin piedad. Me acurrugué en mi escondite y perdí el conocimiento.

A partir de ahí, tengo imágenes inconexas, fogonazos de luz entre tinieblas.

Ya de noche, alguien debió recogerme del suelo. Recuerdo que grité de dolor y que las estrellas caían sobre mí como pavesas de una lumbre. Oigo palabras: «¡Y toda esta sangre!». Luego veo una esponja suave y mojada en agua tibia que me recorre el brazo y el olor a jabón de glicerina y una cama blanca y fresca. «Esta herida. ¿Es de bala, padre?». «No lo sé. Mañana nos contará, si quiere».

Desperté tumbada en una cama. La luz del sol manchaba el aire con un resplandor infantil, como en un primer día de vacaciones escolares. Estaba sola en una habitación blanca y cómoda a pesar del olor a desinfectante y, de momento, a salvo. No había más muebles que una mesilla de noche sin cajones, la cama y una silla con la pintura descolorida. Era un buen sitio para calcular qué paso dar y cómo salir de México, fijar el objetivo y empujar de nuevo la puerta que se resistía. La frontera estaba tan cerca que hubiera podido ir a pie. Ian era mi objetivo. Llegar hasta él como fuese. Dejar atrás lo que pasó en la gasolinera, aunque la imagen de García bajando del coche negro se me colaba una y otra vez ante los ojos. Al fin y al cabo, ¿qué había visto? ¿Eran los mismos soldados que me perseguían o eran otros? Quise convencerme de que García no tenía nada que ver con los sicarios, pero era tan obvio...

Quise mover el brazo, pero lo tenía sujeto al torso, vendado, inmovilizado. Me incorporé con esfuerzo. Estaba desnuda. Solo llevaba las bragas. No vi mi ropa ni nada que ponerme. Tiré de la sábana y me la enrollé alrededor del cuerpo como pude, pero no me servía para salir de allí. Tampoco estaban la escuadra, el pasaporte ni el dinero. Intenté levantarme, pero me mareé. Me volví a tumbar. Alguien vendría tarde o temprano.

Miraba el techo y recordé una oración que me enseñó Andrés:

Piadosa Muerte Santa.

Eres mi fortaleza de Protección.
Eres mi reina, mi Madre.
Esta noche vengo delante de ti
Rota, golpeada, traicionada.
Te imploro me mires con misericordia
Y te pido me protejas de todos los peligros ocultos.
Protégeme con tu guadaña
Y elimina todas las barreras y obstáculos
Que estén en mi camino.
Con tu poderosa mano derecha abre todas las puertas.
Amada Santa Muerte,
Te ruego que acabes con la mala suerte y la desgracia
Y, en cambio, traigas buena suerte, salud y dinero,
Mí Madre, te ofrezco esta oración,
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Entró una chica joven. Llevaba vaqueros y una camisa de cuadros roja. El pelo muy negro le caía sobre los hombros. Una vez más quise incorporarme deprisa, pero el hombro herido me dio una punzada y caí de nuevo en la cama.

—No se levante. Ni lo intente. Está herida —dijo con gesto nervioso. No me esperaba despierta.

—Ya lo sé —contesté enfadada—. ¿Dónde estoy? ¿Y mis cosas?

La chica se quedó parada con los ojos muy abiertos.

—Es... Está en un refugio de migrantes.

Giró sobre sus talones y se marchó.

«Mierda. Habrán llamado a la policía». Era lo lógico. Me senté en la cama y forcejeé con el vendaje, pero no pude quitármelo. Demasiado ajustado. No iba a poder defenderme con el brazo inmóvil.

Se abrió de nuevo la puerta. Me puse en pie, sujetando la sábana que aún tenía enrollada. Entró de nuevo la chica acompañada por un sacerdote.

—No se acerquen. ¿Dónde está mi ropa? —grité.

—No se mueva, por favor, vuelva a la cama. El médico ha dicho que sangrará otra vez si se mueve y entonces tendrá que ir al hospital. No podremos hacer nada por usted —dijo el sacerdote con los brazos extendidos hacia mí, como si me quisiera empujar sin tocarme.

—¿Han llamado a la policía?

—No. Aquí no solemos necesitar a la policía. ¿O sí?

—No, padre —contestó Ana.

Me senté. Aunque hubieran llamado a la policía, no hubiera llegado lejos en mi estado. Estaba bien jodida.

Se acercaron cuando vieron que me tambaleaba y me ayudaron a tumbarme.

—Quiero mis cosas, mi ropa y mi pasaporte —insistí.

—¿Y su escuadra? —dijo el cura.

Ana miró al padre, pero no dijo nada.

—No. Quédese con ella, si la quiere o la necesita. Y querrán una explicación —dije más para mí que para ellos.

—No, Dolores. Ahora no. ¿No se llama así? Lo dice su pasaporte: Dolores Castro.

No respondí.

—Ahora vendrá el médico a verle esa herida y luego, si quiere, platicamos.

—¿Podría beber agua?

—Ana, tráigale agua, por favor.

—Gracias —sujeté la mano del hombre—. Gracias, de verdad.

El padre Manuel lleva siempre camisa gris con alzacuellos y pantalones de mezclilla. Es un hombre joven, alrededor de los treinta, alto y delgado como un ciprés, moreno, con ojos almendrados de color miel, que transmite tranquilidad con su voz grave y cadenciosa. Cuando habla, te mira a los ojos y no puedes desviar su mirada, quizás por el equilibrio de sus facciones, la mandíbula cuadrada y la frente despejada. Es difícil mentir a un hombre así.

Vinieron el médico y Ana con una botella de agua y un vaso. Me quitaron el vendaje y me curaron. La herida estaba infectada e inflamada y la piel enrojecida alrededor de una costra oscura de sangre seca. Me atiborró de pastillas y comí algo. Pasé la tarde durmiendo.

La luz de la luna iluminaba la estancia cuando desperté. En la silla aguardaba mi ropa, el pasaporte y el dinero. La Glock se la habían quedado. El hombro me dolía menos, pero seguía con el vendaje unido al cuerpo. Conseguí ponerme la camiseta haciendo contorsiones y me subí el pantalón a duras penas, pero no me lo pude abrochar.

Al ver luz, Ana se acercó a la habitación y me ayudó. La coleta se me había desecho y parecía una leona.

—¿Eres voluntaria aquí o religiosa?

—Soy voluntaria, pero estoy de paso. Hace ya quince días que llegué. Voy a los Estados Unidos, como todos.

Salimos a un pasillo que daba a más habitaciones como la mía y un cuarto de baño al fondo.

—¿Aquí suele dormir la gente antes de pasar la frontera?

—En estos cuartos, solo los enfermos o heridos. Hay dormitorios comunes para los que quieren hacerlo. No todos quieren.

Ana era de Guatemala. En su pueblo se malganaba la vida recolectando café en la montaña. Dejó a un hermanito de nueve años y a su mamá. Su padre había muerto dos años atrás y su madre estaba enferma. El hermano también iba a la montaña a trabajar. Quería ir a los Estados Unidos para mantener a su familia. Lo necesitaba. Esa chica tenía un puñal en el cuello. Piénsalo. Había tardado dos meses en cruzar México y estaba a hora y media de la frontera ¡Qué cerca estábamos las dos de nuestro objetivo común!

Fuimos juntas hasta el comedor colectivo. Era una sala grande llena de mesas largas con bancos a los lados y muchas personas, algunas en grupos de tres o cuatro y otras solitarias. Repartían comida en un mostrador al fondo y una fila de gente pegada a una pared esperaba su turno, hombres, mujeres y muchos niños, demasiados. Casi todos eran de Guatemala y El Salvador y solo unos pocos, mexicanos. Se respiraba una tranquilidad tensa, susurros aquí y allá y, de fondo, un silencio espeso que manchaba el aire.

—El padre Manuel se va a enfadar conmigo porque le ayudé a vestirse en lugar de impedirselo.

—Dile que soy terca. ¿Se suele enojar mucho?

—No, no es eso. Solo parece que está enfadado. Es su forma de ser. No es una persona

alegre. Mire, está en aquella mesa —dijo señalando al final del pasillo.

El sacerdote cenaba con otros voluntarios del refugio. Me miró, pero no dijo nada. Frunció el ceño.

—Ana, vamos a la fila.

—No, usted está herida. Siéntese por aquí —dijo indicándome una mesa que tenía libres los puestos del extremo.

Frijoles con arroz, con escasos pedazos de carne es una comida pobre que a mí me supo a gloria. Llevaba muchas horas sin comer nada caliente. Nunca he vuelto a comer nada tan rico. Te lo juro.

—¿Hay mucha gente en el refugio?

—Estos días, más que nunca. Hay gente que duerme en el patio, en la entrada y hasta en la plaza de fuera, pero no es lo normal, dicen. La gente suele pasar unas horas y se marcha hacia Reinoso o Nuevo Laredo, pero estos días, no. Se quedan. Hay gente como yo, que llevamos semanas.

Los sicarios estaban haciendo estragos, como me había dicho Héctor.

—¿Por qué no te vas ya?

—Hay diablos en la frontera —dijo en susurros—. Hay miedo, mucho. Hace cinco días secuestraron un autobús y ya van muchos muertos en toda la frontera, desde Tijuana a Matamoros. Cuentan cosas horribles.

—Quiero cruzar también —le confesé.

—Mi idea es ir en autobús hasta Reinoso y cruzar. Luego quiero llegar a Houston, allí tengo una amiga que me ayudará.

—¿Tienes documentación suficiente? —le pregunté.

—Sí, tengo la carta verde, luego ya...

—Espero que tengas suerte.

Noté un leve toque en mi hombro bueno. El padre Manuel, inclinado hacia mí, llamaba mi atención.

—Lola, ¿me acompaña?

Teníamos una conversación pendiente. Me ayudó a levantarme y le seguí. Caminamos despacio entre personas que le saludaban o le daban las gracias. Él abría paso para que no me golpeará el hombro y de vez en cuando se giraba para ver si le seguía bien. Llegamos al patio de la entrada. Filas de gente esperando delante de las mesas de los voluntarios para registrar su paso por el refugio. En caso de desaparición, las familias podrían saber hasta donde llegaron.

En la calle había más migrantes aún, sentados o tumbados, que hablaban en grupos y miraban a los que llegaban nuevos.

Caminamos dos calles más hasta que llegamos a una casa pequeña con desconchones en la pintura de la fachada. Tenía una ventana grande a cada lado de una puerta con rejas negras. Era su casa. No quería que nadie escuchase nuestra conversación.

—¿Le apetece un café? —me ofreció al entrar.

Atravesamos un pasillo ancho con habitaciones pequeñas a los lados. La de la izquierda era un dormitorio, la de la derecha, una sala de estar. Al fondo, había una cocina amplia con comedor.

—Aquí estaremos mejor —dijo cuando llegamos—. Más alejados de la calle. ¿Quiere ese café? Me encanta el café. Es uno de mis defectos. Soy adicto a la cafeína. Siéntese, mejor no se quede de pie.

Intentó parecer gracioso, pero su cara no era de chiste. No le salía. Una sombra le oscurecía la frente y los labios finos se estiraban en un rictus rígido. Sin dejar de mirarle, me senté en la

silla que me señaló, frente a una mesa antigua de madera oscura algo descolorida.

—Sí, un café, pero corto, con mucha leche. —Me miró mal. Mi gusto debió parecerle un sacrilegio para el café.

Lo tenía ya hecho en una cafetera italiana de esas que lo hacen espeso, oscuro y amargo, al fuego. Sacó un par de tazas de porcelana blanca de un armario con la puerta descolgada. Se movía de forma metódica, con gestos estrictos y precisos que había repetido mil veces, concentrado en los pequeños detalles de lo cotidiano.

—¿Azúcar? Yo no tomo, pero sí tengo.

—No, gracias.

Sirvió el café y deslizó una taza sobre la mesa hasta mi mano buena.

—¿Me va a platicar qué le pasó? —me miró a los ojos tras sentarse frente a mí.

—Salí en coche de Monterrey y antes de llegar a General Bravo, nos... —Me tocaba escupir una mentira a medias.

—¿Iba con alguien más? —me interrumpió.

—No. Me asaltaron unos tipos en un coche negro. Ya vio que llevaba escuadra. Me defendí. Llegué al pueblo y me escondí para que no me encontraran y me desmayé.

—Y la herida, ¿cómo fue? —dijo tras tomar un sorbo.

—En Sinaloa, hace días.

El sacerdote suspiró y se recostó en la silla. No apartaba los ojos de mí.

—Padre —me incliné sobre la mesa—, no le miento, pero no puedo contarle más. Necesito salir de México ya, como sea, caminaré si es preciso.

Sacó un papel del bolsillo del pantalón. Un recorte de periódico. Lo desdobló sobre la mesa y lo colocó para que pudiera leerlo. Estaba impresa una foto mía, horrible, de hace años, de cuando me detuvieron en Las Rosas. El pie de página rezaba:

«Se busca. Peligrosa asesina. Lola Suárez, ex compañera del narco Andrés «el Águila» Cifuentes, finado recientemente en la prisión de Altamira en extrañas circunstancias. Es sospechosa de atentar con un artefacto en el carro de un funcionario de la Procuraduría General, que acabó con la vida de este y de su hija de once años».

Levanté la vista del papel y miré al par de ojos que me interrogaban con insistencia.

—Yo no fui. No maté a Andrés ni al tipo ese. Estaba en Sinaloa. Recogí el cadáver de Andrés y lo llevé a su hogar en avión. Estaba a dos mil kilómetros de distancia.

El padre Manuel no hablaba. Permanecía en silencio con la frente fruncida.

—No he matado a ese funcionario. ¡Mierda! —Di una palmada sobre la mesa y temblaron las tazas—. ¿Va a llamar a la policía?

Había perdido otra vez.

—¡No! —Levantó las manos para frenar la intención de marcharme—. No se vaya, por favor... No se lo impediré, pero escúcheme. Necesito que haga algo por mí a cambio de mi silencio.

—¿Me quiere chantajear, padre?

—Ya conoce a Ana. —Se mordió el labio e hizo una pausa—. Es una niña. Dice que tiene una amiga en Houston que la ayudará, pero creo que hay algo oscuro. Esa amiga le ha prestado el dinero para viajar y para pagar a un coyote que la cruce. Me temo que le harán devolver el dinero de la peor manera. Huele a narcotráfico o a prostitución.

—¿Qué quiere que haga? —suspiré.

—Primero, quiero que cruce la frontera con usted.

—¡Me busca medio país! No es seguro.

—¿Sabe lo de esos diablos que hay? Le devolveré su escuadra. Creo que con usted estará mejor que si va sola —dijo el sacerdote, convencido quizás de que yo tendría el favor de los sicarios o de que estaba en el mismo bando.

—Fueron ellos los que me dispararon en Sinaloa. Me siguen por todo el país. ¡Me quieren muerta!

—No creo que Ana vaya más segura sola. Y segundo —miró la taza de café que había vuelto a sus manos—, no quiero que la lleve a Houston. ¿Dónde va usted después? ¿Dónde vive en los Estados Unidos? —preguntó.

—En Miami.

—Llévesela. Cuide de ella. Me lo debe. Seguro que usted tiene servicio, contrátela. Téngala en su casa. Allí nadie se atreverá a molestarla.

—Me está sobrevalorando.

Aquellos ojos ya no taladraban. Se les había colado un velo de tristeza y se añadieron trazas de desesperación.

—La he podido retener quince días, pero se impacienta. Se va a ir en cualquier momento. Si su amiga la encontrara... —dijo mientras inclinaba la cabeza sobre la taza de café.

—Está harto de verlos pasar, ¿verdad?

Observaba el café, sin mirarme.

—Cruzan cada año quinientos mil migrantes esa maldita frontera y mueren miles en el trayecto y los que sobreviven, muchos, encuentran prostitución o esclavitud. Las tasas de suicidio casi igualan las de las muertes violentas. —Hizo una pausa y apretó los labios—. ¿Usted conocía los negocios del Águila?

—Sí.

Se hizo el silencio.

Cuando estaba con Andrés, desde Altar o Nogales, se obligaba a los migrantes a transportar fardos de marihuana por el desierto a cambio de no robarles, no matarlos o de un poco de agua y unas botas para el camino. Doscientos o trescientos kilómetros de muerte.

—¿Me promete que ayudará a Ana a cambio de mi silencio y de no denunciarla?

—Le prometo que haré lo que pueda.

* * *

CAPÍTULO 13

1 de septiembre de 2017. Canisbay (Escocia).

Lola se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Retiró la cortina y contempló la lluvia que caía incansable. No iba a parar en toda la noche.

—Siempre me ha fascinado ver correr el agua por la calle —explicaba sin dejar de mirar afuera—. Lo lava todo y arrastra la suciedad a su paso: palitos, hojas o trozos de papel. Mira esa hoja. El agua la empuja calle abajo. Luchó por quedarse debajo del árbol que la sostenía, pero ha sido en vano. Tiene frío y no sabe adónde va. No se preocupa, porque no ha elegido el camino, alguien lo hizo por ella y no podrá evitar el fin que le espera.

Se giró y miró a James con tristeza. Él bajó la cabeza.

Apartó la mesa de salón donde seguía el vaso con tequila y se sentó en el suelo, sobre la alfombra, con la espalda apoyada en el sofá. En frente, la chimenea devoraba los leños con paciencia.

—Las cosas más pequeñas y los momentos más breves son los importantes. Tú y yo sabemos lo corta que es la vida y lo poco que cuesta acabarla.

»Un instante eres un joven, yo qué sé, pescador, que ayuda a su padre en un puerto de Indonesia y una bala te rompe la aorta y en treinta segundos ya no eres nada, un trozo de carne y huesos tirado en el suelo. ¿Y cuánto le ha costado al tirador? Apenas nada. Apenas ha movido el dedo índice para apretar el gatillo. Nada.

»La mayoría de la gente no tiene ni idea de lo que de verdad importa. Adoran al dinero como a un dios, pero casi nunca es la solución a sus problemas. A mí nunca me ha servido para salvar a las personas que quiero. Solo me sirve para conseguir cosas que me gustan, juguetes: el coche, la cabaña del lago...

—¿Y yo? —interrumpió él arrastrando las palabras entre los dientes.

—No creo que seas algo que pueda conseguir con dinero.

La pregunta le dolió.

—A veces me pregunto si tratas de comprarme —susurró sin apartar la vista del fuego.

—No he pretendido hacerte sentir mal. No me gusta verte preocupado porque no puedas pagar el recibo de la luz o enfadado cuando se te rompe el coche. Si puedo comprar tu sonrisa, lo haré. Y si pudiera comprar tu felicidad para el resto de tu vida, pondría todo mi dinero encima de la mesa ahora mismo, aunque mañana tuviera que marcharme y no volver a verte nunca más.

* * *

Llegué aquí perdida y tardé en encontrar tu cara amable en medio de la oscuridad. Hoy eres un amigo, más que un amante. No he pretendido nunca pagarte por ello. No es mi manera de ser.

Me arrepiento de cómo te he tratado. Te he mentido todo el tiempo. Si hubieras sabido quien soy, ¿hubieras estado a mi lado?

Me he empeñado en creer que éramos almas gemelas, unidas por una liga invisible, como en los cuentos de hadas. Pero supongo que lo que nos une es una enfermiza necesidad de no estar solos, sino acompañados de alguien al que no le molesten nuestras manías y desórdenes.

Cuando encontré tu sonrisa, pensé: «vaya, tal vez pueda haber alguien que me comprenda».

La atracción vino después.

¿Qué motivos podrías tener para sonreírme? ¿Eras feliz? ¿Cómo? Venías en un coche viejo, con los vaqueros gastados y camisetas descoloridas, pero sonreías. Puede que tenga una estupenda mujer en su casa que le espera y un par de niños rubios. Después vi la cicatriz en tu clavícula. Te habían disparado. ¿Por qué sonreías?

Una tarde que llovía, llamaste a la puerta y, al abrir, me encontré con un personaje oscuro, alto y grande. Llevabas el chubasquero negro con la capucha puesta. Dejaste las bolsas de la compra en el suelo del porche sin decir nada y te marchabas. No sabías lo importante que eras para mí. Por primera vez, no me miraste.

—¿Quieres un té?

—¿Por qué no? Ya no tengo nada más que hacer esta tarde. Estoy empapado...

—No importa. Quítate las botas y te traigo una toalla. ¿Vives en Canisbay?

—Sí —dijiste.

Luego te quitaste el chubasquero y lo sacudiste en el porche, antes de cerrar la puerta.

—Tengo té verde y té con menta. ¿O prefieres café?

—No, un té estará bien. Hoy hace frío.

—No me gusta mucho el té. No sé si te gustará el que tengo.

—No importa —dijiste. Y casi fue lo único, porque de ahí en adelante fue «sí», «no», «a veces»...

Estábamos solos dentro de una cabaña en medio de la nada, mientras la lluvia nos defendía del mundo exterior. Tú, abatido y ausente en el sofá. Vi en ti el reflejo de mi pasado. ¿Qué ensombrecía tu sonrisa hasta tal punto?

Desde entonces, empecé a llamarte más, hasta atasqué el fregadero adrede para llamarte con una excusa. ¡Vaya tonta!

Como no conseguía que me contaras nada, pedí tu expediente militar a la OII. Mea culpa... Es que no hablabas...

* * *

—Tampoco tú hablabas —le reprochó James.

—*Touché*. El trabajo me ha acostumbrado a saber cosas de la gente antes de conocerla, mientras que en la vida normal, debe ser al contrario. Lo siento.

Lola apuró el tequila, suspiró y regresó el vaso vacío a la mesa.

* * *

El padre Manuel y yo acordamos que, al día siguiente, Ana y yo partiríamos hacia Reinos en autobús. Quedamos en que alguien de su confianza avisara a Carlos en persona y nos recogiese en McAllen al otro lado de la frontera. No me pareció seguro llamar a casa por teléfono. Tendrían intervenidas las líneas.

Cuando volvimos al refugio, Ana ya se había acostado. Era tarde, pero aún entraban migrantes al patio a registrarse y persistían las filas frente a las mesas de los voluntarios, que se iban turnando.

El sacerdote me trataba con distancia. Yo representaba todo lo que él censuraba. A sus ojos, era una narcotraficante, asesina, esclavista y proxeneta, pero también la esperanza de Ana. Había vencido todos sus escrúpulos para salvar a una sola persona y las contradicciones le envenenaban

el alma.

Al día siguiente, el padre Manuel tocó a la puerta de mi habitación con los nudillos.

Antibióticos y calmantes hicieron efecto y el brazo solo me dolía al intentar moverlo.

—Buenos días. El camión sale en una hora. Avisé a Ana y está de acuerdo. ¿Puedo entrar?

—Pase. Ya me levanto.

Entró y cerró la puerta tras de sí después de mirar el pasillo, por si alguien le veía. Traía un bulto entre las manos que me entregó: la Glock envuelta en un trapo blanco.

—¿Sabe que esto no va a servir de nada? —le dije cuando abrí el paquete.

Se encogió de hombros.

Le pedí que me quitase el vendaje y no se opuso. Necesitaba el brazo libre, como fuera. Me senté en la silla, en el centro de la habitación. Respiré hondo y miré al frente.

No le importó sacrificar el brazo o causarme daño para salvar a Ana. Ni pestañeó cuando gemía de dolor mientras me manipulaba el hombro y me liberaba de la venda. La retiró con los mismos movimientos mecánicos y austeros con los que había preparado el café la noche anterior.

Colocó un apósito pequeño en la herida, que estaba menos enrojecida e inflamada. El peso del brazo me tiraba del hombro y me destrozaba, pero no quedaba otra que aguantar unas horas más.

—Vaya a un hospital en cuanto pueda. Esto no se va a curar solo —me advirtió.

Ana se demoró con el desayuno. No paraba de hablar. Era un remolino de ideas que iban y venían. Yo no pude comer nada. Tenía el estómago anudado.

La estación de autobuses estaba repleta de gente que gritaba y lloraba. ¿Por qué?

—Es por el plagio. Hace ya cuatro días y no encuentran a los pasajeros —me explicó.

No me importó aquella gente. Nada se interpondría en mi objetivo. Me molestaba tener que hacer de niñera de Ana en esas circunstancias, pero me caía bien y no era demasiado pesada. No sé si el padre Manuel le habría dicho algo sobre mí.

—Compremos los billetes. No te retrases —le dije. Ana miraba atenta la gente que lloraba o que estaba parada en silencio, angustiados por la pérdida.

Un grupo se apiñaba en un mostrador. Preguntaban por su familiar, amigo o conocido desaparecido. «Vaya a preguntar a la policía», decía un empleado descarado y desagradable. Pero la policía les decía que los andaban buscando y que no les podían dar información sobre la evolución de las investigaciones. ¡Mentira! Esos inútiles no sabían ni por dónde empezar. No estaban haciendo nada. «Verán cómo les encontramos», les dijeron. Me consta que el gobierno estaba al tanto de lo que pasaba en la frontera y de la existencia del ejército de demonios, pero no sabían qué hacer. Aumentaron el número de militares, sin resultado, y unos pocos helicópteros sobrevolaban la zona sin ver lo que tenían delante.

Al mejor cazador se le va la liebre, decía Andrés. Ahora me tocaba ser la liebre otra vez. Tenía que escapar de los sicarios y de la policía una vez más. Había vuelto a la clandestinidad, a la huida y al escondite que tanto había practicado años atrás. Solo que antes, nunca había estado sola. Estaban Andrés o Héctor y muchos más hombres armados y preparados para defendernos hasta la muerte. Andrés decía: «Teto, al volante». Y allí íbamos los tres huyendo de cualquier cosa.

Compramos los pasajes y fuimos a la dársena. No había demasiada gente. Éramos unos veinticinco pasajeros en silencio, en una espera tensa. Ana y yo, las únicas mujeres del grupo. Cuando llegó el autobús, algunos cargaron su equipaje en la maleta, pero nadie alzó la voz por encima de un susurro. Caras largas y miradas de preocupación que me contagiaron la congoja.

«Ana, no te separes de mí, pase lo que pase», le dije. Me miró de reojo mientras subía la escalerilla. El miedo lo envolvía todo en una gasa gris. «Al mediodía estaremos comiendo en McAllen», le dije.

Durante el viaje, le conté los planes del padre Manuel. No le gustaron mucho al principio, pero fui franca con ella y no le oculté las sospechas que teníamos sobre su amiga y las condiciones de su préstamo. Concluimos que se vendría conmigo a Miami y que cuando estuviera repuesta de la herida, le acompañaría a Houston para comprobar nuestras sospechas.

Cuando llevábamos una hora de camino, el camión frenó. Me levanté y corrí por el pasillo hasta la parte delantera, temiendo lo peor. Otro camión se había cruzado en la calzada y nos impedía la marcha. Un grupo de hombres con uniformes militares nos rodeó. Volví al asiento y preparé el arma, aunque solo tenía cuatro putas balas.

Uno de los militares golpeó la puerta con un aká. El conductor la abrió sin moverse del asiento.

«¿Qué pasa? ¿Qué sucede?». Los viajeros se revolvían en sus asientos, pero no se atrevían a levantarse.

Eran los sicarios. Me buscaban. Estaba convencida.

—¡Ya se los cargó la chingada! —dijo el tipo mientras subía la escalerilla.

Luego, el chófer habló por megafonía:

—Pasajeros, hay una emergencia, bajen todos.

La gente era consciente de lo que pasaba. Agarré la Glock con fuerza dentro del bolsillo del anorak y me puse en pie.

—Vamos, Ana.

Cuando bajé conté doce hombres con armas largas. No vi salida, Dios mío. Solo había desierto a nuestro alrededor. El autobús estaba bloqueado. No podría maniobrar para dar la vuelta ni continuar ni rodear el camión.

Nos colocaron frente al autobús, con las manos en alto y las piernas abiertas. Empezaron a cachear a los pasajeros. El corazón se me aceleró. Estaba dispuesta a disparar cuando llegasen a nosotras. Tal vez podría quitarle el arma al primero que se me acercara para el cacheo.

Al llegar a nuestra altura, pasaron despacio por detrás de nosotras, muy cerca, demasiado cerca. Los oí jadear. Miraba la chapa azul del autobús para evitar sus miradas y recé para que no tocaran a Ana, que temblaba a mi lado. Olían a meado rancio, a pólvora quemada y a alcohol agrio. Uno se acercó a Ana. Aspiró fuerte en su nuca, como el que hace un esfuerzo por olfatear algo sutil que hubiera en el aire, pero de forma grosera y torpe. Ana gimió. Las lágrimas le caían por las mejillas. Los huevones no nos tocaron. Pasaron de largo. No pensaron que dos mujeres pudieran ser un peligro.

—Respira, Ana, tranquila.

A los hombres se los llevaron en furgonetas. Desaparecieron para siempre. A cuatro ancianos y a nosotras nos guiaron hasta una pick-up negra.

—¡Súbase, perra! —me dijo uno señalando con el arma la caja trasera, donde ya había subido otro de ellos y esperaba sentado.

A mi espalda, sonó un disparo. Ana gritó. Luego otro disparo y otro y otro. Ana lloraba. Habían matado a los ancianos. Estábamos solas y quedaban aún seis sicarios. No pude hacer nada por ellos. ¿Qué, sino esperar una mínima oportunidad para las dos?

Habían puesto a los pobres viejos de rodillas, con las manos en la nuca y mirando al suelo. Les dispararon en la cabeza. Fue una ejecución cobarde y ruin.

Después, dos de ellos rociaron de gasolina el autobús y le prendieron fuego.

¡Hijos de puta! Hablaban con dificultad entre sí en algún tipo de lengua indígena, casi seguro que del sur, y se movían con torpeza. Arrastraban los pies por el polvo, como si no pudieran con el peso de las botas. Andaban borrachos o drogados. Al verlos de cerca, me sentí fuerte para reducirlos, a pesar del hombro. Haría el esfuerzo. Olvidaría el dolor por un instante. Las armas largas no son útiles en las distancias cortas. Esa sería mi ventaja. Además, no llevaban escuadras o no las vi. Eran una panda de payasos.

Desde allí, no parecían los mismos soldados adiestrados que me había descrito Héctor. Parecían despojos de un ejército derrotado.

Ana subió a empujones a la caja de la pick-up y detrás, dos soldados más, encañonándola. Arrancó el motor, pero en lugar de seguir la carretera, continuó por un camino de tierra durante varios kilómetros. Solo había desierto. Ninguna edificación. Tierra seca y arbustos.

Paramos en algún lugar improvisado. Les daba igual el lugar mientras estuviera alejado de la carretera. Ana seguía temblando. La oí llorar bajito, en un susurro apenas, con las lágrimas ensuciándole el rostro al mezclarse con el polvo que levantaban las ruedas.

Nos bajaron a golpes hasta que caímos al suelo. Me lastimé el hombro y me quedé encogida.

—Ahora vas a aprender, puta —dijo uno mientras se bajaba los pantalones.

Había perdido de vista a Ana. Me revolví y la encontré a mi lado, de rodillas. Lloraba histérica fuera de control.

—Queremos divertirnos —dijo otro mientras bajaba del carro con torpeza.

Me incorporé lo suficiente para quedarme de rodillas y abracé a Ana para susurrarle:

—Tranquila. Te necesito atenta. Haz lo que te diga.

Eran cuatro con el conductor, solo cuatro. Se colocaron alrededor de nosotras dispuestos a acometer una hazaña memorable para un currículum a la altura. Saqué la Glock del bolsillo y les encañoné. Disparé al que se había bajado los pantalones. Un tiro entre las cejas que le dejó seco. La sangre me salpicó la ropa. El disparo atronó el desierto. Las risas enmudecieron.

—¡Qué pedo! ¿No? ¿Quieren divertirse ahora? —les dije mientras me levantaba—. Vamos a divertirnos, sí. Al primero que se mueva lo mato. Ana, levántate y quédate detrás de mí, por favor.

Caminé a su alrededor hasta que me coloqué a su espalda.

—Tiren las armas, los machetes y desnúdense para mí. Las botas también.

—Está loca —se quejó uno. Le disparé. Por la espalda. Cayó al suelo como un saco de arena. La detonación se perdió muda en el aire.

—¡De rodillas, mamones! ¡Las manos en la nuca! —grité furiosa.

Me perseguían desde hacía días y me encuentran y ni siquiera se enteran de quién soy.

El brazo no me daba tregua. Caminé alrededor de ellos como un animal alrededor de su presa. Sudaban al sol, ridículos, desnudos, de rodillas, con las manos en la nuca.

—¿Quién son ahora los putos? —grité.

Me paré delante de uno y le solté una patada en los muslos que le hizo encogerse de dolor.

—¿Quién? —susurré—. ¿Qué son? ¿Tzeltales? ¿Tzotziles? ¿Mayas?

No dijeron nada. Ahora eran ellos los que temblaban de miedo. Se les habían pasado la borrachera y la cruda de golpe. Ninguna pena. No eran personas, sino escoria responsable de mi desgracia.

—Ana, carga las armas y la ropa en la camioneta.

Por lo menos, tenía un coche con el que seguir hasta Reinosá. Me encaré con el otro.

—¿Dónde se llevaron a los hombres? ¿Quién les ordenó el plagio?

Silencio.

—No me obliguen a cortarles las pelotas —me giré y me dirigí a Ana—. Tráeme un machete

de esos.

La chica me miró aterrada, sin poder creer lo que estaba sucediendo, pero corrió a la camioneta y sacó un machete del montón.

La amenaza surtió efecto. No hubiera sido capaz de torturarles, pero valió.

Cuando me vieron empuñar el arma, me contaron que llevaban a los hombres a una casa segura a un par de kilómetros más adelante, que allí los matarían y quemarían los cadáveres en un horno que habían fabricado para ello.

—¿Por qué los van a matar? —les pregunté incrédula.

—Los gringos no quieren que pasen más migrantes. Nos pagan para que los matemos —dijo.

—¡Ana! Nos vamos. ¡Sube! Ustedes tumbense en el suelo bocabajo. Miren la tierra y no levanten la cabeza. Las manos en la nuca.

Allí los dejé, tiritando. No hacía frío. Aquello no es Escocia.

* * *

—¿Por qué los desnudaste? ¿Por qué no los mataste? —preguntó James extrañado.

—A veces pierdo el control, pero no me gusta matar a sangre fría —contestó bajando la mirada—. Iban a violarnos. Se merecían la humillación y el miedo. Fue mi venganza íntima —dijo con media sonrisa—. Un hombre vestido, aunque le encañone un arma, es un hombre, pero desnudo, es el animal más débil sobre la faz de la tierra.

Lola agarró la botella de tequila. Cuando la levantó, temblaba. La sujetó con las dos manos y echó un par de dedos de licor en el vaso.

—No soy ninguna víctima. A veces, me siento así, pero sé que no lo soy. Soy igual que tú: víctima y verdugo. Ambos hemos apretado el gatillo.

James arrugó el entrecejo y la miró. Lola tomó un sorbo. Tenía la boca seca de tanto hablar.

Se quedaron en silencio con la mirada fija en las llamas que brincaban en la chimenea.

CAPÍTULO 14

1 de septiembre de 2017. Canisbay (Escocia).

—Perdóname. No podías imaginar lo que escondía cuando me conociste —dijo Lola mientras estiraba las piernas—. ¿Recuerdas el día que te pedí que me llevaras a un fisioterapeuta o a un masajista? «Yo soy paramédico, ¿qué necesitas?», dijiste. La maldita espalda me mataba. Las cicatrices me estaban volviendo loca. Picaban y escocía... Pero, ¿cómo iba a dejar que las vieses? Te harían huir.

—Ya había visto las marcas de ligaduras en las muñecas y tenía curiosidad —dijo James.

—Nunca preguntaste.

—¿Me lo hubieras explicado?

—No.

* * *

La picazón me embotaba los sentidos. Había pasado todo el día arrugada en el sofá.

—Estuve seis meses de prácticas en un hospital. No me desmayo con la sangre —bromeaste.

—No hay sangre —dije seria sin mirarte siquiera.

—Hoy es domingo. No hay consultas abiertas. Te puedo llevar al hospital de urgencias, si lo prefieres.

—No es tan grave —contesté enfadada. Ni puta gracia tenía la broma.

Y porfiaste hasta que accedí. Fui al baño a por la crema y cuando salí, empecé a temblar. Error. Me exponía demasiado. Estaba cometiendo un error.

—Tengo... —carraspeé—, tengo un problema en la piel, en la espalda, y no me llega. Llevo días sin darme crema.

—¡Ah! Eso sé hacerlo.

Y te adelantaste hacia mí decidido a quitarme el tarro de las manos, sonriendo.

—No... —Temblaba. Si me preguntabas qué me había pasado, te lo tendría que contar.

—Venga, no seas niña. ¿Quieres seguir sufriendo?

Se me cayó el tarro y aprovechaste para arrebatármelo.

—No, por favor, es una mala idea —supliqué.

—¿Tienes lepra o algo así? —Me agarraste por la muñeca y tiraste de mí hacia el sofá—. Venga. Quiero ayudarte. Tumbate y levántate la camiseta.

Seguiste con la broma.

—No puedo —balbuceaba—. Mejor... Metes la mano por debajo, sin mirar. Sí... Mejor.

Me tendí bocabajo y me tapé los ojos con las manos. Esperaba que salieras corriendo.

Te arrodillaste en el suelo, a mi lado, en silencio. Abriste el bote de crema. Levantaste la camiseta un poco y me revolví.

—No miro. Lo prometo —dijiste y tus dedos calientes me tocaron—. ¿Qué es esto? —susurraste.

No podía moverme. Lo juro. Tampoco emitir ni un sonido, nada. Levantaste un poco más la camiseta.

—¿Qué te han hecho? —Suspiraste y tragaste saliva. Y en lugar de marcharte, cogiste más

crema.

Apreté tanto los dientes que me hice sangre. Tenía los músculos agarrotados y se me escapaban las lágrimas. Pero seguiste.

—Vete, por favor. —Te supliqué por fin.

—¿Seguro? Mañana vuelvo.

No quiero que me veas la espalda ni que me toques. Agradecí que me ayudaras y que insistieras, pero me dolió en el alma.

Después lloré y me pregunté si de verdad volverías. Gracias a Dios, regresaste sonriente, como si no hubiera pasado nada. Y sin preguntas.

* * *

—A los pocos días, me llegó tu expediente de la OII. Casi quinientas páginas en las que se explicaban con detalle todas las misiones y con fotos a color. Había una impresionante en la que aparecías con un fusil CheyTac M200 norteamericano.

»Y al final, apenas cinco páginas escuetas de la última intervención con dos fotografías en blanco y negro. Para no sospechar, ¿no?

»Decía que, en esa última misión en Mosul, te equivocaste de objetivo. Cubrías desde apenas doscientos metros la entrada de un grupo de asalto a una casa. Se suponía que viste una sombra y disparaste, resultando muertas una madre de veintitantos y su hija de cuatro. ¿Un francotirador con blancos efectivos a dos mil trescientos metros? ¡Venga ya! Las fotografías tampoco encajaban con el informe.

»No sé qué munición usa el CheyTac, pero no menos de .400. Deben ser balas enormes y dejar un buen boquete. Además, el CheyTac es de cerrojo manual. Entre un disparo y otro, te habrías dado cuenta del error. ¿Cuántas veces apretaste el gatillo antes de darte cuenta? ¿Ocho? ¿Diez? ¡Imposible! Los cadáveres tenían orificios pequeños. No habías visto nunca las fotos, ¿verdad?

—Vi a alguien con un arma. Oí disparos cuando entraron los nuestros y disparé. Después recibí un tiro en el hombro y perdí el conocimiento. Desperté en el hospital y creí lo que me dijeron. —James hablaba mientras se miraba las manos entrelazadas sobre el regazo—. No quise ver las fotos.

—Gran error. Los cuerpos estaban lejos de la ventana, fuera de tu ángulo de tiro, y las numerosas heridas no se correspondían con el calibre del fusil.

—Ahora lo sé. ¡Qué estúpido! —escupió las palabras.

—Te manipularon y acusaron para que no cuestionases su versión. No te sientas culpable. A mí también me ha pasado, a muchos, a millones de personas, cada día.

—Se abrió una investigación y casi me juzgan en un tribunal de guerra —susurró sin levantar la cabeza.

—Para que no indagases... ¿Qué te ofrecieron? ¿Lo dejamos como está si te licencias?

»Cuando lo descubrí sabía que había llegado el momento de contártelo, pero temí perderte. Venías a casa cada día, ya no hacía falta que te llamara. Estábamos bien juntos.

»Entonces pedí el informe completo de esa misión a mi contacto de la CIA. Necesitaba saber qué había pasado en Mosul.

»Un día me invitaste a tomar una cerveza al pub y allí conocí a tu exnovia. ¡Qué mal te trató! Habló con resentimiento y me previno sobre ti. Me contó lo del alcoholismo cuando dejaste el ejército, la adicción a los ansiolíticos, los agujeros de depresión profunda y, cómo no, los

episodios de violencia contra el mundo y contra ella. Me estaba describiendo mi propia vida. Intentaba que me alejara de ti, pero no sabía con quién hablaba, así que consiguió todo lo contrario.

—Lo sabía. Sabía que iba a contarte todo por lo que he pasado sin omitir detalle —dijo James.

—¡Qué gracia! —Lola ladeó media sonrisa—. Me obligas a contarte mi vida y tú preferiste que la tuya me la contara tu ex —James sonrió y Lola prosiguió —¿Qué derecho tenía de hablar así? Y su amiga decía: «oh, sí, fue horrible para Cat». ¿Y tú? ¿No fue lo bastante horrible para ti? ¡Con qué frialdad te insultaban!

—Cuando estaba con Cat todo era muy complicado —dijo James, mientras apoyaba la cabeza entre las manos con los codos clavados en las rodillas.

—No tienes que justificarte.

—Pero nunca le pegué —miró a Lola—. Sí que la asusté, mucho. Quería echarla y lo conseguí. Nada más.

—Cuando salimos del pub, vinimos a tu casa e hicimos el amor por primera vez. ¿Sabes lo que pensé cuando me besaste? «Que se joda Cat. Ella se lo pierde».

James rio a carcajadas, relajado.

Lola sirvió un dedo de tequila, pero no bebió. El vaso se quedó esperando sobre la mesa.

* * *

Me quité la chaqueta y la tiré a la caja de la pick-up. Montamos y pisé el acelerador a fondo. «Huye, Lola, corre, deprisa, a Reinos, sin pensar». Ana ya no pudo soportar más la tensión y rompió a llorar como una niña pequeña, lo que era. No supe qué decirle para calmarla, porque yo misma necesitaba consuelo.

Conduje durante un rato sin encontrar la carretera principal. ¿Estábamos yendo en dirección contraria? Salí al primer camino que encontré a la derecha, pero tampoco di con ella. No me orientaba. Solo teníamos desierto a nuestro alrededor y montañas en la lejanía. Un desierto salpicado de matorrales bajos. Vacío. Inerte.

Calculé que estábamos en algún punto en la frontera entre Tamaulipas y Nuevo León, pero ¿dónde? Las montañas tenían que quedar a nuestra espalda, pero nos habíamos desviado hacia el este y podíamos acabar en Ciudad Río Bravo o más al este aún, en Matamoros, demasiado lejos y Carlos nos esperaba en Reinos. Después de una hora conduciendo, la conclusión era que estábamos perdidas. La herida me ardía y encogí el brazo sobre el pecho. ¿Por qué no llegaba a alcanzar esa puta frontera? Avanzaba por un camino cada vez más deprisa, pero delante de mí, tierra y arena y más tierra y polvo y el cielo azul purísima detrás, como un océano borroso e interminable. Y Ana a mi lado sin dejar de llorar.

Frené en seco, salí y caí de rodillas, temblando. Tocaba la tierra dorada y caliente del camino. Rompí a llorar también. Sin consuelo. La maldita puerta se volvía a cerrar en mis narices.

Ana, al verme así, dejó de llorar y se tranquilizó. Cuando me levanté, me miraba como un cachorro. Los ojos rasgados, negros, brillantes, rebosantes de vida. La cara sucia, llena de barro y el pelo alborotado y polvoriento, blanquecino a trozos.

Apagué el motor para no malgastar gasolina. y nos rodeó el silencio vacío del desierto.

Hurgamos en la caja, por si algo nos podía servir. Aparte de las armas y la ropa que les había quitado a la panda de inútiles, teníamos herramientas y una garrafa de agua. Nada más. Bebimos un poco y nos quitamos los churretones de la cara.

Continuamos el viaje un poco más tranquilas y animadas. Dado que estábamos perdidas, mi objetivo ya no era llegar a Reinos, sino a cualquier sitio que nos ubicara.

«Nos pagan para que los matemos», había dicho el sicario. Aunque repetía y ordenaba los hechos y las palabras, no encontraba un orden que me gustase. Ninguno tenía sentido. ¿Por qué me perseguían? ¿Por el dossier? ¿García también lo quería y por eso andaba con el General? ¿Los gringos que les pagaban eran el director de la DEA y el de Inmigración? ¿Lo harían con el consentimiento del gobierno estadounidense? ¿La OII estaba al corriente? ¿O estaba acaso metida en el asunto?

Si llevaba razón, me matarían en cualquier lado de la frontera. Debía avisar a Carlos, pero no tenía cómo y ya habría llegado a McAllen. «Tranquila, Lola, los objetivos de uno en uno». Lo primero era lo primero: cruzar.

—¡Mire! —gritó Ana y señaló un carro azul que venía de frente.

—Ojalá no pare. Cruza los dedos. —No me fiaba de nadie.

Justo cuando le iba a rebasar, frenó y se cruzó en el camino. Me obligó a frenar también. Agarré la Glock, lista para disparar las dos balas que quedaban.

—Ana, agáchate.

Se abrió la puerta del conductor y salió un hombre.

—¿Willy? Ja, ja, ja. ¡Es Willy! Tremendo hijo de puta.

Increíble. Mi salvador, mi redentor, Jesucristo para mí había llegado. ¡Qué grande Willy! Me había encontrado.

Tiré la Glock en el suelo del coche y corrí hasta él. De la emoción, olvidé el dolor del hombro que se quejó cuando le abracé.

—Calma, calma —dijo—. Llevo dos días buscándote. ¿Dónde te habías metido? —Sonreía.

—Luego te lo cuento. ¡Ana! —grité—. ¡Es un amigo!

Ana vino hasta nosotros alegre, contagiada por el momento.

—Vámonos, Willy. Tenemos que cruzar ya, ¿de acuerdo? Vámonos.

Iba solo, así que me senté de copiloto y Ana detrás. «Corre, Willy». Le conté con pelos y señales todo lo que me había pasado los dos últimos días y escuchó en silencio. De vez en cuando exclamaba: «¡Qué fuerte! ¡Vaya!».

Dijo que nos llevaba a una casa segura de la OII, que allí nos esperaba Cami y algunos compañeros. Todo perfecto.

Entonces sí me vi cerca de mi objetivo. Vería pronto a Ian. Le contaría que, al salir del hotel, entré en el fuego cruzado de la policía y me alcanzaron o que trataron de robarme. Daba igual. Anhelaba verle y tocarle. Necesitaba su abrazo.

Willy cogió otro camino más pedregoso e irregular y a unos cientos de metros se divisó una construcción no muy grande.

Cuando frenó, abrí la puerta y salí. Demasiado deprisa. No me había dado cuenta de que la casa estaba en ruinas, sin ventanas ni puerta y con el tejado hundido en parte. Esperaba ver a Cami, pero allí no había nada. Me volví hacia Willy que había salido detrás de mí.

Me apuntaba con su escuadra. El corazón dejó de latirme. Eché la mano al bolsillo del pantalón y no encontré la Glock. ¡Vaya cagada!

—¿Dónde están los documentos, Lola? —dijo Willy, frío como el hielo, el hombre que media hora antes me abrazaba.

—¿Qué documentos? —me hice la loca.

—*Operación Caronte*.

—¡Oh! Verás. Se quemaron en el autobús. —Willy frunció el ceño—. Los llevaba en la

mochila de Ana —mentí— y los sicarios les prendieron fuego. Deja que nos marchemos.

—No puedo. —Se acercaba a mí despacio sin bajar el arma.

—Deja ir a Ana, entonces. Déjala.

No sabía qué hacer. Aunque corriera, no llegaría al coche antes que él. No me salvaría, ni salvaría a Ana. Tampoco podría desarmarlo, demasiado grande y fuerte para mí. Mientras le suplicaba por la vida de Ana, me golpeó con la culata en la cabeza y caí inconsciente.

Fin. Fue el fin. Mi fin

CAPÍTULO 15

5 de noviembre de 2015. Canisbay (Escocia).

Desperté dentro de la casa, sentada, atada desde los antebrazos a las muñecas con una cuerda enrollada al respaldo de la silla. La herida dolía como si me estuviesen arrancando el brazo. La camisa estaba empapada de sangre otra vez. Grité todo lo fuerte que pude, pero nadie hizo caso.

Anohecía. En la penumbra distinguí una sala amplia, sin muebles, con restos de comida, cascotes y cristales rotos diseminados por el suelo. Olía a putrefacción y a vísceras descompuestas.

—¡Ana! —grité. ¿Y Ana? Dios, mi pobre Ana.

—¿Hey, quiubo? ¿Ya volvió? No ha sido cosa chiche encontrarla, señorita Suárez.

Detrás de mí, una voz desconocida, suave, un susurro, rebotó por las paredes, el crujir de unos pasos que aplastaban los cristales; delante de mí, el mismísimo General. No quise responder. Tuve miedo. El suelo se me hizo blando bajo los pies.

No estaba en una casa segura, sino en una «casa de la muerte». Conocí ese tipo de lugares cuando estaba con Andrés. Willy me había llevado allí para que me mataran. Un lugar apartado en el que nadie pudiera encontrarme. Agaché la cabeza y cerré los ojos poseída de una furia loca. Lloré. Apreté los puños.

—Lo vamos a pasar bien chivo... —susurró el General.

Y ya no le oí. Los pensamientos me atronaban los oídos. No sé lo que dijo. Se paró frente a mí, muy cerca. Recé para que todo acabara pronto.

El tipo era más bajo que yo. Tenía la cabeza y los hombros demasiado grandes y cuadrados para el cuerpo pequeño que los sostenía. Llevaba uniforme de campaña y las botas pulidas. Su voz, apenas un susurro que llenaba la sala. Una voz hermosa y suave que no le iba nada con el aspecto de asesino curtido. Era la voz de un locutor de radio de los programas románticos que dan de madrugada.

—... ahora llegará su amigo, señorita Suárez —pronunció «amigo» arrastrando las sílabas—. A ver qué le cuenta.

Y se marchó pateando los vidrios rotos. Me quedé sola por unos instantes. Fijé la vista en una botella vacía de Jack Daniel's, casi intacta, que estaba a mis pies.

Oí que entraba gente. Les delataba el ruido de los cascotes bajo las botas. Hablaban en susurros. No entendí nada.

—¡Willy! —grité—. ¡Eres un hijo de puta! Me has vendido, cabrón. Lo vas a pagar, te lo juro.

Se hizo el silencio. Luego volvieron a moverse. Uno de ellos era García, hijo. Fue un presentimiento, quizás un olor delicado o una de las voces que susurraban. No lo sé, pero algo reconocí.

—Sé que estás ahí, García. Puto cobarde. ¿Me oyes? Te voy a matar.

Se marcharon. Habían decidido qué hacer conmigo. Llegaba la noche y no había luz eléctrica. Oí los carros arrancar y alejarse por el camino.

Fue la peor noche de mi vida. Eterna. Infinita. A través de una de las ventanas sin cristal podía ver el cielo lleno de estrellas, inmóviles como estatuas. Ya no bailaban para mí. Extrañas y ausentes.

El anorak se había quedado en la pick-up y hacía frío. La cuerda de nylon, muy fina, se me clavaba en la carne. Traté de mover las piernas y en cada gesto, la soga se hincaba más y más, como una cuchilla. El dolor era insoportable.

Yo, Lola Suárez de Tejada, en otro tiempo la mujer más poderosa de México, en una «casa de la muerte», sola, sin nadie que me buscara. Sin nadie que vengara mi muerte. Andrés ya no estaba y los que fueron compañeros en otro tiempo me habían traicionado. Héctor tampoco lo haría. Su mayor preocupación era la supervivencia del cártel y yo le quedaba demasiado lejos.

A mi hermano sería fácil decirle que había desaparecido y que nunca encontraron el cadáver. Un cadáver incinerado o arrojado a la carroña. Uno más. Mi hermano desconoce la vida que he llevado. Es lo opuesto a mí. Trabaja en no sé qué de la Unión Europea, en Bruselas. Tiene una mujer rubia y dos niños pequeños. Un tipo decente.

Eché de menos el panteón de Andrés. No habría lugar más cómodo ni más seguro, cálido en invierno y fresco en verano, mi sitio por derecho. En cambio, iba a morir a miles de kilómetros y sin nadie que se ocupara de mis despojos. Andrés tuvo suerte. Le extrañaba tanto... Con él no me hubiera pasado nada. Tenía todo un ejército para cuidar de mí.

Ian quedó como un sueño vacío e incoherente. Sin sentido. Los anillos que llevaba colgados del cuello me recordaron que no lo vería. Me dolió más que el hombro.

Desde el principio, mi destino era morir a fuego. ¡Hay que joderse!

Ian llamaría a casa y María le diría que había muerto. Llevaría siempre un pequeño luto por lo que pudo haber sido y no fue y seguiría con su vida.

Y Ana, ¿qué habría sido de ella? Sabía que la matarían. La comprometí al decir que el dossier estaba en su mochila. Recé y esperé que lo hubieran hecho rápido, que no la violaran ni la torturaran. Era una niña, por Dios.

La noche fue larga y tuve tiempo de pensar. Hubiera aceptado la muerte a manos de cualquier enemigo, de una bala perdida. Pero no merecía un final así: traicionada por los compañeros a los que había confiado mi vida mil veces.

El día comenzó a clarear. Se acercaba mi hora. La angustia me quemaba el estómago como una bola de lava.

¿Qué harían conmigo esa manada de perros salvajes? Se me ocurrieron las peores formas de tortura. Me concentré en respirar. Inspira, expira, inspira... Desde el diafragma hasta la nariz y la boca y vuelta a empezar.

El sol salió con fuerza. La luz volvió a llenar la estancia de paredes sucias, cascotes y basura. No había sido un sueño. Nunca es un sueño.

* * *

—Estando con Andrés, ¿mandaste a alguien a una «casa de la muerte»? —interrumpió James. Tenía la voz quebrada, rota de contener un nudo en la garganta.

—¿De verdad quieres saberlo? —dijo Lola con tristeza.

James se acomodó en la silla, esperando la verdad.

—A tres.

Él suspiró. No se lo esperaba.

—¡Joder, James! Ya no soy la misma. Vivía en otro mundo, en una realidad paralela y aislada. Eran hombres del negocio que conocían los riesgos. Pusieron precio a nuestras cabezas, así que andábamos todo el tiempo huyendo, no solo de la policía, sino de cualquier sicario que se nos cruzara. No estábamos seguros ni de nuestros propios hombres. Cuestión de morir o matar.

Andrés y yo trazamos un plan para matarlos y lo conseguimos. Nada más. Supervivencia.

Lola se tomó de un trago el tequila que le esperaba sobre la mesa. El líquido la recorrió como un azote. Tenía un regusto amargo y todavía le quedaba por contar lo peor. El peor trago.

James mantuvo la mirada fija en su rostro. Los ojos de Lola se movían nerviosos, buscando algo, tal vez la palabra perdida, la justa, la que describiera con precisión lo que vivió. O buscaban una salida para callar, para no proseguir un relato que la mortificaba.

Estaba seguro de que todo lo que contaba era cierto. Incluso presintió que se guardaba secretos inconfesables, datos humillantes o verdades de las no salen ni queriendo.

* * *

Llegó el sol y yo seguía aterida, con los músculos acalambrados, aterrorizada. Me había mordido los labios reseco y el sabor a óxido se me empastaba en la boca. Oí llegar un coche. Frenó cerca de la puerta y paró el motor.

Resoplé con todas mis fuerzas. Ya quedaba poco.

Oí de nuevo las pisadas a mi espalda. Alguien se agachó por detrás y cortó la cuerda que me estrangulaba los brazos. Me levantaron entre dos. Las piernas no me sujetaban. Cerré los ojos. No quise verlos. Apartaron la silla en la que había pasado la noche y la arrastraron lejos de mí. No decían nada. El crujido de los cascotes bajo sus pies llenaba la sala y rebotaba en las paredes. Me ataron las muñecas por delante del cuerpo. Un golpe en el techo y una especie de tirón sordo me hicieron abrir los ojos. Comprobé con horror que habían echado la cuerda por encima de una viga. La tensaron hasta que levanté los brazos por encima de la cabeza y siguieron tirando hasta que apenas apoyaba las puntas de los pies. La herida del hombro había pasado a segundo plano. Me dolían por igual los dos brazos y la espalda. Me iba a partir en dos. Apreté los puños y la cuerda se estrechó alrededor de las muñecas.

—Buenos días, señorita Suárez. ¿Qué tal amaneció? —dijo el General frente a mí. Estaba de pie, muy chulo, con las manos a la espalda y las piernas separadas. Las pelotas no le cabían en los pantalones—. La hemos retenido porque necesitamos una información que usted tiene, ¿sí? ¿Dónde están los documentos de *Operación Caronte*?

—En el autobús —mascullé.

Quise hablar más alto, pero las palabras me rascaban la garganta.

—Pues va a ser que no —suspiró.

—¿Estuvieron rebuscando en las cenizas? —Me hizo gracia que fueran tan estúpidos. —No sé de qué me habla.

«Acaba ya. Mátame ya». Se me estaban rompiendo todos los huesos.

Caminó hasta que lo perdí de vista. Un estallido agudo sacudió la sala y rebotó en las paredes. El sobresalto me balanceó y me quedé colgada de las muñecas.

Era un putito látigo largo y duro, de cuero trenzado.

—Tiene una oportunidad para conseguir una muerte rápida, señorita Suárez. —El General volvió a chascar el látigo. Me aferré al suelo con las puntas de los pies para no volver a oscilar.

Quise pensar deprisa. Hubiera podido decirle que los tenía Héctor. No. No era justo echarle encima un ejército entero. Era mi carnal, al fin y al cabo. Decir la verdad no hubiera supuesto ninguna diferencia. Les podría contar que nunca los tuve o que los mandé al Tombuctú. Nada de lo que les dijera podría salvarme.

Ante mi silencio, el General me restalló el látigo en la espalda y una sacudida eléctrica me cortó la respiración. No diría ni una palabra.

Oí de nuevo pisadas. Juro que García era uno de ellos. Lo sé. Y no movió ni un músculo por mí. Ni siquiera el tiro que evitara la tortura.

—Sabemos que Andrés los robó y se los entregó a usted —dijo el General.

¡Zas! Los dientes del látigo se me clavaban en la carne y tiraban con fuerza de la piel. Me flojearon las rodillas y me sacudí, pero hacía esfuerzos por no quedar colgada de las muñecas. Hacía mucho calor.

¡Zas! ¡Zas! Me zarandeaba en el aire. No pude sujetarme más.

—¡García! —grité—. ¡Te mataré!

Mis gritos con sabor a hierro rebotaban en las paredes para volverme mezclados con el látigo, una y otra vez.

Tras seis o siete embestidas, el dolor desapareció. Los cortes habían destruido las terminaciones nerviosas de la piel. La espalda me ardía.

El General se paró frente a mí. Sudaba y tenía los ojos enrojecidos, las venas le corrían por el cuello como culebras y tenía salpicaduras de sangre en las mejillas y en la camisa. Se me cayeron varios lagrimones sobre la botella de Jack Daniel's que descansaba en el suelo. Me habían derrotado. Había perdido.

—Volver a casa...

—No puede —dijo jadeando por el esfuerzo.

—Termina... de una... puta vez.

No hizo caso y continuó su faena. La sangre caliente me chorreaba por las piernas hasta que me desangré y quedé inconsciente. Me debieron dar por muerta, porque me descolgaron y enrollaron en una manta vieja. Al día siguiente, me arrojaron desde una camioneta frente a la sede de la ONU en Ciudad de México.

Desperté tres meses después en un hospital de Miami.

CAPÍTULO 16

5 de noviembre de 2015. Algún lugar de Nuevo León (México).

Cuando abrí los ojos, tenía la boca seca y la laringe inflamada. Alguien me sujetaba la mano entre las suyas. Las sábanas suaves me acariciaban el cuerpo desnudo y el olor a jabón desinfectante llenaba el aire.

La luz del Caribe se me clavó en las retinas. Alguien bajó la persiana y la habitación quedó en una penumbra cómoda con la que pude ver por fin a mi alrededor.

—Lola, amor... —Ian me besó. ¡Ian! ¡Era Ian! La pesadilla había terminado.

Tenía el cuerpo acartonado, pero sin dolor. Llevaba vías intravenosas en los dos brazos, junto a moratones de pinchazos antiguos.

Al otro lado de la cama, un médico joven me observaba sonriente.

Apreté la mano de Ian lo que pude. Era él de verdad. No era una alucinación ni un sueño ni un fantasma.

—¿Cuán...? —el aire me rascó la voz y apenas fue un susurro.

—Shhh. Señorita Suárez, no intente hablar aún. Ha pasado tres meses sedada y muchos días intubada. La garganta no está en su mejor momento. Pasará —dijo el doctor—. Es usted todo un éxito. Ha sobrevivido a cuatro intervenciones quirúrgicas y a una infección que casi se la lleva.

—Tranquila, amor, ya habrá tiempo —dijo Ian.

Agarré al médico por la muñeca e intenté hablar de nuevo, pero la voz no me salió. Comencé a toser.

—No se preocupe, Lola. Descanse. —Miró a Ian y me sujetó la mano—. Creo que la arrojaron desde un vehículo en marcha. Algunas fracturas, una hemorragia interna en los grandes vasos que cruzan la pelvis... La operaron en México. Después, la trasladaron a este hospital. Una gran infección casi acaba con su vida. Debió ser la herida del hombro. Las costillas rotas no llegaron a perforar los pulmones, lo cual, en su estado precario, hubiera sido mortal. Una vez que pasó la infección, pudimos operarla. Lleva cuatro sujeciones en la fractura de la pelvis y la cadera, pero los huesos han soldado bien. Ahora tendrá que hacer rehabilitación y, en poco tiempo, ¡como nueva! —dijo orgulloso de su trabajo. Me soltó la mano y abandonó la habitación sonriente.

Me emocioné. ¡Dios! Había sobrevivido a la «casa de la muerte» y al General.

—No, no, amor —me secó las lágrimas con los dedos—, Dios ha querido salvarla para mí. Te quiero —susurró Ian.

El pobre tenía mala cara. Estaba ojeroso y pálido. Cuando nos despedimos, se marchó a Los Ángeles a grabar un disco, pero al pasar los días sin noticias de mí, regresó a Miami. Se encontró conmigo en el hospital, bien grave, así que se pasó los tres meses viajando de Los Ángeles a Miami, aferrado a mi cama cuando se lo permitía el trabajo, viendo que podía morir en cualquier momento. Me traía flores frescas y me dijeron las enfermeras que algunas veces me cantaba bajito. Ian, María y Carlos me cuidaron bien.

Llegó María y llegó el alboroto.

—¡Dios mío! ¡Virgen Santa! Señora, qué bueno verla despierta otra vez. Creí que no lo vería. —Y levantaba los brazos al cielo como el que presencia un milagro.

Aproveché que no podía hablar para parlotear y besarme toda la cara. La tuve que retirar,

con cariño, se excedía con tanto beso y tanto toqueteo. Ian se reía por detrás y hacía muecas para que tuviera paciencia. La mujer había sufrido mucho a mi lado.

Carlos también se asomó por la puerta abierta, pero se quedó parado, sin interrumpir la escena.

Una enfermera entró, alertada por los gritos, aunque no le enfadó la fiesta.

—Bueno, bueno —dijo alegre—. Váyanse un rato y dejen descansar a la señorita. Se debe sentir cansada.

—¿Qué? ¿Cómo se va a sentir cansada si lleva tres meses durmiendo? —dijo María poniendo los brazos en jarras.

Los demás estallaron en una carcajada.

—Vamos, vamos. Solo un rato de tranquilidad —insistió la enfermera.

Ni estaba cansada ni quería tranquilidad, solo salir de allí enseguida e irme a casa.

—Carlos —pude decir mientras los otros andaban entretenidos con la enfermera. Se acercó.

—Señora —susurró—, está segura. Estoy siempre en la puerta.

Asentí. Los demás no debían enterarse de que existía la posibilidad de que intentasen terminar el trabajo. Solo Carlos lo intuyó y fue cuidadoso con mi protección.

María vino al día siguiente bien temprano para ayudarme a desayunar y a asearme. Quise cambiar de pijama, y mover los músculos agarrotados, pero no podía. Estaba tan débil y desvalida como un recién nacido. Tuvimos que llamar a un celador. La humillación fue tremenda. Y luego fue aún peor.

Había perdido mucha masa muscular y caminar sin ayuda era imposible. Los huesos rotos habían soldado, pero no tenía fuerza para sostener mi propio peso, aunque no era mucho.

Conseguí con amenazas que me quitaran las vías de los brazos y la sonda y que me pusieran un pijama mío, no una de esas batas horribles de hospital.

Más tarde, vino Ian. Seguía con mala cara, cansado. Sus ojos arrastraban las noches en vela y la angustia pasada, pero sonreía como un ángel. Aprovechaba cualquier oportunidad para besarme y tocarme. Cuando creía que yo dormía, me sostenía la mano y le oía rezar, muy bajito, en un susurro cadencioso y honesto. Me hacía la dormida...

En los primeros días, no dije nada sobre la espalda ni quería saberlo. Y todos callaban. Era como si llevase un gran agujero negro desde los hombros hasta las caderas. Estaban eufóricos con mi recuperación casi milagrosa.

Lo malo del hospital es que tienes demasiado tiempo para pensar y muy pocas cosas que hacer. Cuando empecé a superar la debilidad y la falta de fuerzas, quise enfrentarme a las cicatrices, como ya hice antes con otras, como un nuevo tatuaje, al que te tienes que acostumbrar.

Ordené a Carlos que me consiguiera una Beretta y un teléfono móvil. Lo de la escuadra no le hizo gracia y me dio largas. El teléfono me lo llevó al día siguiente.

En un momento de soledad en el cuarto de baño, hice una fotografía de la espalda frente al espejo. Borré la foto y lloré desconsolada tirada en el suelo. Me habían destrozado la vida. Pregunté al médico que me visitaba cada mañana por las heridas.

—Vendrán un colega dermatólogo y el psiquiatra ¿de acuerdo? —me dijo nervioso. Salió de la habitación tan rápido que se tropezó con una silla junto a la puerta.

El dermatólogo me explicó que me habían hecho varios injertos, que las lesiones eran similares a las de una enorme quemadura que afectaba a las capas más profundas de la piel y a algunos tejidos musculares. Por eso me mantuvieron sedada tanto tiempo. El dolor hubiera sido atroz. Me alentó sobre la posibilidad de seguir haciendo injertos, aunque, claro, nunca quedaría... Nunca sería igual.

El psiquiatra me habló del trastorno de estrés postraumático. Pero renuncié a toda terapia y no le dije nada a Ian. Temí que me convenciese para seguir algún tratamiento. Que me tratara como a una disminuida o una loca era superior a mí. En otras peores me había visto y no necesité terapias.

—Señora, quería contarle que estuve esperándola en Reinosá —me dijo Carlos.

Le costaba hablar y tragó saliva.

—No hace falta que me expliques. Sé que no pudiste hacer nada.

—La busqué hasta que me llegó la noticia de que el autobús había aparecido vacío y quemado en la carretera. Fui hasta General Bravo. La busqué por el desierto, hasta que me llamó María y me informó que había aparecido en el DF.

—Ya estoy de vuelta. Estaré mucho mejor cuando llegue a casa. No pienso volver a México nunca más. Nada me ata allí. A partir de ahora, solo tranquilidad.

Me contó que, durante mi sedación, el asunto de Ramírez se aclaró y fui exculpada. Quedó en evidencia que Ramírez era un corrupto, que había matado a Andrés «el Águila» Cifuentes en la cárcel de Altamira y lo asesinaron los mismos que le habían hecho el encargo, ya sabes, para borrar las huellas. La muerte de su hija fue un daño colateral. Como siempre.

—En cuanto a su seguridad: tiene dos vigilantes en el pasillo y un coche en la entrada. No necesita la Beretta.

—¿Has contratado seguridad? —me desconcertó. ¿Habrían intentado atacarme?

—Los ha puesto la OII. Quieren hablar con usted cuando esté preparada.

Me quedé sin aire. Empecé a jadear con una respiración superficial que me agarraba el pecho con dolor. El corazón se me alborotó. La OII estaba ahí aún. No me dejarían nunca. Era otra cosa que debía afrontar.

—Pues díles que cuanto antes, que si tengo que hacerlo pues que sea ya y acabamos con esto.

Carlos bajó la cabeza. Salía de la habitación con gesto pensativo cuando se volvió y dijo:

—Héctor ha llamado preguntando por usted cada semana. Llámeme cuando pueda, estaba preocupado. Me dejó este teléfono de contacto.

Me entregó un trozo de papel escrito a mano. Era otro asunto más que debía encarar. Cuando Carlos me dejó sola le llamé.

—Jefa, ¡está viva! La neta... que es dura. ¿Conoce a Ernesto Acosta? Se ha hecho cargo del negocio. Ya controla la producción y poco a poco... Bueno, ahí va.

—Me alegra que estés contento.

—Bueno, la frontera está cada vez peor. No hay manera de cruzar nada...

—Tienes un mapa que está relacionado con los sicarios. Estoy convencida. Cuando me agarraron, me preguntaron por el dossier. Querían recuperarlo a toda costa.

—No sabemos qué hacer con él. No nos sirve de nada.

—¡Qué güey! ¿Cuántos hombres podían depender de Andrés en todo México? ¿300.000? Mándalos que investiguen cada punto marcado en el mapa. Si averiguas qué significan, seguro que podrás anticiparte a sus movimientos. Acabar con ellos. No son fantasmas. Te lo juro: son de carne y hueso.

Sin previo aviso, irrumpieron en la habitación tres agentes de la OII. Entraron como perros rabiosos en busca de respuestas que no estaba dispuesta a dar por las buenas. Por seguridad debía ser más lista que ellos, jugar bien mis cartas y saber cuándo enseñarlas.

—Soy Marta Morales, capitán Marta Morales. Carlos nos avisó de que ya estaba lista para hacer su informe. Dado que García ha desaparecido, yo seré ahora su nuevo contacto.

—¿Qué contacto?! Capitán, no va a haber ningún contacto más. Estoy licenciada. Estoy

fuera. No cuenten conmigo.

—Tiene tiempo para pensar, mientras se recupera. No lo descarte todavía.

La capitán Morales se parecía en cierta manera a García. Llevaba traje de chaqueta oscuro y camisa blanca. Tenía el cabello negro y liso, sujeto en una coleta baja. Y unos bonitos ojos almendrados como los de Ana. Los que venían con ella eran escoltas.

Les conté lo que había pasado, aunque obvié el dossier y tampoco revelé lo que confesó el sicario en el desierto ni la implicación de García. Fingí no saber nada más. Solo era una víctima del ejército de sicarios que aterrorizaba la frontera.

—¿Por qué le mandó García a hablar con Andrés? —me preguntó la capitán.

—Andrés exigió hablar conmigo.

—Ya veo —dijo y ojeaba unos papeles que sujetaba entre los brazos.

—Usted tenía una herida de bala en el hombro, ¿quién le disparó?

—Un policía, en Culiacán.

—Es raro, porque no hay informe sobre los hechos en México.

—Ya sabe, capitán. México es un país algo caótico a veces, donde sucede lo imposible.

—Ya veo —repitió—. ¿Por qué la llevaron hasta la puerta de la sede de Naciones Unidas en Ciudad de México?

—Desconocía ese dato —contesté. Nadie me lo había dicho. Era obvio para mí que detrás estaba la mente retorcida de García.

—Pensamos que tal vez se haya comprometido su coartada y su puesto en la OII. Estamos preocupados. Por el momento, necesitamos que esté siempre localizada. Va a tener vigilancia veinticuatro horas. Dos hombres estarán con usted donde vaya. Trátelos como sus guardaespaldas. Si recuerda algo más o le llega alguna noticia, no dude en llamarme.

No sabía si era de fiar o no, pero si quería mis secretos, iba a tener que demostrar de qué lado estaba. Además, Ian era mi único objetivo. No quería seguir enredada en algo que ya no iba conmigo.

Me esforcé mucho en rehabilitación. Soporté dolor y vergüenza. No podía caminar ni hacer movimientos que había hecho toda la vida. Y al fin, después de tres semanas, me di cuenta de que el proceso no iba a ser rápido ni fácil, así que pedí el alta voluntaria y contraté profesionales para que fueran a casa. Para algo tenía que servir el dinero.

El día que salí del hospital, Carlos trajo el Cherokee, igual que cuando me recogió en el aeropuerto, con la diferencia de que esta vez no íbamos solos. Ian nos acompañaba. Salí por mi propio pie, aunque ayudada por un andador. Carlos caminaba a mi lado con la maleta. Ian, a mi otro lado, pendiente de que no tropezara. Detrás, como un lastre, dos guardaespaldas de la OII.

Cuando llegamos a Indian Creek Island, Ian me ayudó a bajar del coche. Me tomó en brazos sin ningún esfuerzo y me dejó en el suelo.

—Si quieres, te cargo hasta la casa —rio antes de soltarme.

—No hace falta.

—No me costaría llevarte así a todas partes —me susurró al oído.

CAPÍTULO 17

Marzo de 2016. Miami (Florida. Estados Unidos).

Después de todo lo ocurrido, entré en mi casa como si hubiera cruzado la meta de una maratón. El perfume de los *liliums* y la sal de la brisa fueron el mejor bálsamo para mis heridas.

Después de cenar, Ian me ayudó a subir al dormitorio. En la puerta, me besó en los labios. Fue un beso exquisito, casi ceremonioso.

—¿Quieres que te ayude a desvestirte? —susurró como si temiera que alguien más pudiese oírlo.

—No, aún no. No... —La impotencia me quebró la voz.

Su beso fue un recordatorio de las horribles cicatrices que me deformaban. ¿Cómo iba a desnudarme delante de él? ¿Cómo iba a permitir que me tocara siquiera? Acababa de besar un sapo escamoso y verde. Le aparté y le mandé a su cuarto.

Desde el momento en que María le vio desolado junto a la cama del hospital, le dio asilo y le instaló en la habitación más alejada, al final del pasillo. La propiedad que había comprado en Indian Creek era un desastre. No había tenido tiempo de amueblarla ni de disponer nada sobre ella.

—No me hagas esperar mucho o me volveré loco —dijo mientras se apartaba sin soltarme del todo—. Soy feliz de que estés viva.

Me besó la mano, lleno de compasión.

Al día siguiente, se tuvo que marchar temprano para viajar a New Jersey por trabajo. Estaría fuera quince días. Ya no le vi. Aproveché para poner algunas cosas en orden.

Me desperté tarde. Bajo el camisón había un cuerpo famélico, las costillas sobresalientes y las clavículas marcadas. Desnuda, pude verme en el espejo del vestidor. Me odié. Odié mi cuerpo ensamblado con mil y una costuras. Y mi espalda.... Perdería a Ian para siempre.

Revisé mi ropa. No volvería a usar muchas cosas, como el vestido de Armani que me había puesto en la fiesta, los tops de espalda descubierta, de escote barco o de palabra de honor. La mitad de mi armario era inservible.

María me ayudó a guardarla en cajas.

—Señora, ¿qué va a hacer con esto?

—Lo podemos llevar a la iglesia o donarlo.

—¿Me la regala para mi hija? Vive en Houston y seguro que le gusta —sonrió.

—Claro. Llama a un mensajero para que se lo lleven cuanto antes —le dije sin fuerzas.

Carlos me consiguió una Beretta Px4 Storm, sin seguro manual, igual que la que tenía. La dejó encima de la mesa del despacho, en su caja negra.

Abrí el estuche despacio, con la solemnidad que merecía. Prometí que nunca más echaría mano al bolsillo buscando un arma sin encontrarla. Al rellenar el cargador con balas 9x19 mm Parabellum, recuperé parte del alma perdida en el desierto. Me puse una sobaquera y la enfundé en el costado izquierdo. Casi un kilo de tranquilidad.

A veces, sin que nadie me viera, la calentaba entre las manos, la cargaba, la desmontaba, la miraba oscura entre los dedos.

Lo peor de los días siguientes fue dejar los opiáceos. Después de tantos meses de consumo, la dependencia era grande. Pero mientras no los dejara, no podía subir de peso ni ganar masa

muscular.

Temblaba, vomitaba y tenía el cuerpo revuelto. Sudaba, incluso cuando no me movía. María se empeñaba en darme té caliente, como si tuviera fiebre, así que lo llegué a aborrecer. Tenía frío, luego calor, después desesperación sin motivo o quería correr o dormir veinte horas seguidas.

Pronto aparecieron las pesadillas. De forma recurrente, soñaba con la cara de García. Enfadado. Las venas, hinchadas se le salían del cuello. Le brotaban llamas de los ojos y escupía moscas por la boca. El restallar del látigo... Despertaba sobresaltada y asustada con las pulsaciones a cien, como un motor sobrerrevolucionado. Entonces bajaba a la piscina y me bañaba oculta en la penumbra del jardín. Los primeros días, flotaba a duras penas, pero el agua fresca me espabilaba y podía a volver a dormir.

Ian regresó, como había dicho. Lo hizo casi de madrugada y me sorprendió durante un baño nocturno. Richartson y Pablo, los escoltas de la OII, veían la tele en la cocina y todo estaba en silencio. Cruzó el jardín despacio, las manos en los bolsillos, despreocupado y alegre. Los ojos le brillaban de amor. Lo sé.

Llegó hasta el borde donde me agarraba y se inclinó hacia mí.

—¿Te bañas? —le pedí en voz baja.

—Por supuesto —dijo un poco ronco sin perder la sonrisa.

No tardó nada en lanzar la ropa sobre el césped. Se tiró de cabeza sin apenas romper la superficie brillante del agua y nadó hasta mí. Me abrazó y me besó. Primero con un beso de tanteo, rozándome apenas con los labios mientras me amaba con las manos. Luego su lengua se perdió por los pasillos de mi boca y me abrazó fuerte. Me quitó la camiseta, los shorts que me ponía para nadar. La vida se concretaba en su deseo de estallar en mí y en mi deseo de estallar en él. Me perdí en aquella tierra prometida y nos rompimos libres de miedos. Ya se podía parar el mundo.

—Lola, te quiero —me susurró al oído, sujetándome la cara con las manos.

Me solté de su abrazo y nadé hasta la escalerilla.

—¡Exagerado! —exclamé mientras subía. La camiseta y el pantalón se quedaron en el fondo.

—¡Ahá! —rio—. Tú también me quieres, ¿eh?

No sé si lo quería. Sí sé que lo necesitaba.

En aquella época, mi casa parecía una fonda. Ian se trasladó conmigo de forma definitiva. Además de los guardaespaldas, masajistas y entrenadores, aparecieron su secretario, su agente, el profesor de canto, el director musical y otro largo etcétera de empleados que entraban y salían sin cesar.

El ajeteo traía de cabeza a los guardaespaldas y a Carlos, que se afanaba por tener un cuadrante en orden de las visitas programadas y que la gente se empeñaba en desprogramar. Ocupaban mi tiempo y me evitaban pensar en otras cosas.

La OII informó a Ian de que me había secuestrado una banda de delincuentes para pedir un rescate, que se les fue de las manos y me dieron por muerta. Así que, cuando encontró la Beretta, no se extrañó.

La solía dejar en mi mesilla de noche cuando él estaba en casa, pero cuando se iba de viaje, la llevaba siempre conmigo, pegada a mi costado o en la cintura, debajo de la camiseta. No podía vivir sin ella. A veces, aunque Ian estuviera a mi lado, subía a la habitación a comprobar que seguía allí, a tocarla y sostenerla en la mano. Me estaba volviendo loca. No era sano. Corría a buscar mi Beretta. Mi vida había cambiado, pero yo no. Seguía unida a un arma, como me había enseñado Andrés. Si hubiera tenido la Glock en la «casa de la muerte», Willy habría muerto y Ana estaría bien, aunque me hubiera costado la vida.

Ian me propuso amueblar su casa y así ocupar mi tiempo mientras él estuviese fuera. Y al

principio, fue una buena idea. Sin embargo, cuando me enfrenté a los espacios vacíos, a los colores para la pintura, al contratista y todo lo demás, el recuerdo de Las Rosas me atormentaba. Más de una vez tuve la tentación de copiarla habitación por habitación, tal y como estaba el día que la abandoné.

Me costaba imaginar los gustos de Ian y, sin embargo, sabía con exactitud qué hubiera elegido Andrés. «Estas cortinas serían rojas, burdeos, tal vez, y la pared gris». No estaba bien. Dejé el proyecto a medias y contraté un decorador profesional.

—Da lo mismo. Demasiado trabajo. No pasa nada —me consoló Ian, mientras sollozaba en sus brazos abrumada por la culpa.

Intentó cuidar de mí. Me abrazaba cuando tenía pesadillas y me arrullaba hasta que volvía a la calma. Me hacía reír si tenía un día malo. Pero nunca pudo hacerlo bien, porque nunca supo lo que había pasado en México ni quién soy en realidad.

Para inaugurar su recién remodelada mansión, preparó una cena romántica en el jardín.

—No sé cómo decirte esto —dijo después de inspirar hondo.

—Pues como un viejo amigo al que ves después de mucho tiempo —contesté, esperando un chiste.

Sacó un estuche pequeño de terciopelo rojo del bolsillo de la americana y lo abrió. Había cumplido su promesa: contenía un impresionante anillo de diamantes.

—Te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo. ¿Quieres ser mi esposa?

Me ofrecía lo que yo había querido desde el principio.

Se levantó, rodeó la mesa y se arrodilló a mi lado. Me puse el anillo y lo admiré en mi dedo. Una joya magnífica y una punzada de fastidio. ¿Dónde estaría el anillo de Andrés? Deseé tenerlo. Era mío.

—¿Qué pasa? ¿No es lo bastante grande? —dijo al percibir mi disgusto.

—Es perfecto. Claro que quiero casarme contigo —sonreí. Una sonrisa sin pasión y con mucha rabia disimulada.

Cuando estuve recuperada físicamente, Ian se empeñó en que le acompañara en un tour de conciertos que iba a dar por Latinoamérica: Santiago de Chile, Buenos Aires, Bogotá, Lima... Después del fracaso con la decoración, fue lo que se le ocurrió para entretenerme.

Viajar a su lado fue un caos. Estábamos rodeados de gente todo el tiempo. No podía dar un paso sin tropezar con un guardaespaldas, un músico o un periodista.

El primer concierto fue en Buenos Aires. Ian estuvo espléndido. El sonido y las luces quedaron perfectos, como estaba planeado.

Acordamos que antes de que terminara el concierto, Richartson, Pablo y yo le esperaríamos en la puerta trasera y nos marcharíamos juntos esquivando así al público. Todo salió mal.

Mis escoltas eran tipos competentes, compañeros más que guardianes, pero los de Ian eran torpes y descuidados. Parecían modelos publicitarios trajeados más que otra cosa.

Los coches no estaban en la calle como debían. Los de seguridad se habían retrasado y, un instante después, estábamos rodeados de gente. Los fans enloquecidos querían besarlos, tocarlos... Yo qué sé. Nos acorralaron. Mis guardaespaldas me protegieron y me empujaron para avanzar hacia la carretera. Por delante, solo podía ver la chaqueta de Richartson, que abría paso. Pablo me presionaba por detrás para que no me retrasase. A mi alrededor había un montón de brazos y torsos de hombres y mujeres que gritaban y se apelotonaban al borde del aplastamiento. Había que salir de allí como fuese.

—¿Dónde está Ian? —grité.

—¡No lo sé! —contestó Pablo.

«Mierda». Paré y me abrí paso sola hacia donde le habíamos dejado. Pablo tiró de mi chaqueta para impedírmelo. Me zafé de un tirón. Maldijo a mi espalda, pero desistió de detenerme. Agarré, tiré, empujé y continué como una fiera hasta mi objetivo sin saber muy bien adónde dirigía mis pasos.

Cada vez que avanzaba un poco, más gente parecía interponerse en mi camino. Al fin, le vi. Unos fans le zarandeaban y a duras penas se mantenía en pie con expresión de pánico. Sus escoltas habían desaparecido. Richartson y Pablo, me ayudaron a hacer hueco hasta Ian. Seguí agarrando brazos, estirando camisetas y empujando bultos.

Una de las veces que me giré para comprobar si podíamos regresar al local, me pareció ver un brillo metálico. Detrás de mí un tipo bajito y moreno empuñaba una navaja. No lo pensé y le encaré. Iba a sacar mi arma del cinturón, cuando me lanzó un golpe al costado. La navaja chocó contra una costilla, resbaló y se le cayó. Me hizo un corte bastante feo. Al ver la sangre, la multitud se apartó. Gritos. Carreras. Una sirena de policía rompió el barullo de la gente.

Le golpeé con los puños y con las rodillas. Ciega de ira, le lancé directos a la cara y al pecho, hasta que el hombre cayó aturdido. Mis guardaespaldas me agarraron cuando ya sangraba por la nariz y la boca, tirado en el suelo. Cuatro policías corrieron hasta nosotros. Se echaron encima del tipo y lo esposaron.

Por primera vez, Ian pudo ver de cerca la oscuridad que llevo dentro.

Las piernas me flojearon y Pablo me sostuvo en pie. Mientras, Richartson se quitó la chaqueta y la hizo un ovillo para presionar el costado y contener la hemorragia.

Ian se acercó confuso, trastornado y la cara desencajada, aterrorizado.

—¿Estás bien? ¡Sangre! ¡Una ambulancia! —gritó tras volverse hacia los policías, que metían al tipo en un coche patrulla.

Ian tenía que protegerme y no al revés. Iba a ser mi caballero de la brillante armadura, pero había sido yo quien le había salvado de las garras del dragón. Me había llevado un cuchillazo por él y estaba gritando como una nenaza.

No esperamos a la ambulancia. Me metieron en el primer coche que llegó. Ian y los suyos tuvieron que esperar al segundo.

Richartson siguió presionando la herida, mientras me echaba una bronca tremenda: que no debí adelantarme a ellos, que les tenía que haber avisado de que había visto algo, que no tenía que acercarme tanto...

—¡Aaahh! No aprietes tanto, que me matas.

—Aguante.

Ian no les importaba. Debían protegerme a mí y esa noche se lo había puesto muy difícil.

En el hospital, me anestesiaron para coserme el costado. Desperté a las horas y, como en el otro hospital, Ian sentado al lado de la cama, sujetándome la mano.

—Amor, cuánto lo siento. Ha sido mi culpa—. Me besaba la mano, hinchada y con los nudillos enrojecidos.

—La próxima vez te toca a ti salvarme la vida —dije con una pizca de rencor.

CAPÍTULO 18

Agosto de 2016. Miami (Florida. Estados Unidos).

Regresé a Miami sin Ian y no volví a acompañarle en los viajes. A partir de entonces, viví en un estado constante de alerta y excitación. No solo veía a García en sueños, también sentía que me acechaba. Mientras estuviera viva, seguiría queriendo el dossier y creyendo que yo lo tenía. Oía murmullos en el silencio y pisadas en el rumor de las hojas batidas por la brisa. Creía que García me observaba desde la oscuridad de la noche o que me seguía cuando iba a la ciudad. La Beretta se me hizo imprescindible hasta el punto de que estar sin ella era como no llevar pantalones. Sin embargo, disimulé mis paranoias para conseguir un estado de normalidad, tensa pero soportable, que duró un par de meses. Volví con más empeño a mi entrenamiento físico. Me tiraba horas en el gimnasio. Y empecé a beber con asiduidad. Solo así conseguía no pensar demasiado y mantener mis fantasmas a raya.

Ian regresaba entre concierto y concierto y trataba de compensarme, a su manera. Se convertía en mi sombra y me prestaba atenciones casi ridículas. Me traía el desayuno a la cama y se empeñaba en tomarlo en la terraza de mi habitación. Sus intentos de hacerme reír con cualquier excusa eran patéticos y me compraba regalos caros que no necesitaba. Un perrito faldero dando brinquitos a mi alrededor.

Todo empeoró cuando llamó la capitán Morales. Estaba en la cocina preparando un sándwich y el teléfono de la pared sonó. Pensé que querría hablar con los guardaespaldas, así que tapé el micrófono con la mano y me acerqué a la puerta del jardín.

—¡Richartson! ¡Te llama la capitán!

Por el auricular seguí oyendo un murmullo en tono de queja.

—¿Bueno? —dije.

—Es con usted con quien quiero hablar.

—Perdón, la falta de costumbre —contesté divertida.

—Tenemos que hablar con usted. ¿Puede venir a Washington?

Sujeté el teléfono con el hombro mientras extendía la mayonesa en el pan de molde.

—Pues va a ser que no. Ya no me muevo de aquí. —Me puse seria.

—Sabía que diría eso —suspiró.

—Entonces, ¿para qué me pregunta?

Llegó Richartson a la cocina y le hice gestos para que se marchara. No iba con él. Oí resoplar a Morales al otro lado de la línea.

—Ya me dijeron que era usted una mujer difícil... Déjelo. Iremos a verla mañana por la tarde. —Y colgó.

No le di importancia. No quise pensar en quiénes ni para qué. No aceptaría otra misión. No. Nunca más. Había convertido mi casa en mi castillo y a mí misma en la guardiana de la torre. Seguí con mi sándwich y lo olvidé.

Al día siguiente, después de comer, me senté a leer una revista bajo la sombra del cenador, donde tengo una mesa baja y sofás de mimbre con cojines de estampados brillantes. Carlos me anunció que llegaba Morales con un hombre. Palpé mi costado para comprobar que la escuadra seguía allí, bajo la chaqueta de punto.

El hombre que la acompañaba era un cincuentón alto y grandote, demasiado blanco y rubio.

El calor húmedo de Miami no le sentaba bien y llevaba los mofletes enrojecidos y la frente sudorosa, a pesar de lo cual vestía traje de chaqueta completo y corbata.

Morales también vestía traje pantalón azul marino de línea diplomática y camisa blanca bien planchada. La coleta gruesa de cabello negro brillaba al sol. Ambos desentonaban en el paisaje vivo del jardín como cuervos fúnebres.

—Bienvenida, capitán, ¿cómo le va? —Les hice un gesto para que se sentaran, pero no me levanté—. ¿Quieren beber algo? ¿Un café, un refresco?

—¿Tienen zumo? —preguntó el hombre mientras tomaban asiento.

Al verle de cerca, me resultó familiar, reconocible.

—Sí, claro. ¡María! —La llamé. Estaba asomada a la ventana de la cocina.

—Le presento al director de la Agencia de Inmigración Norteamericana, George Crow.

¡Joder! Era uno de los hombres que aparecía en las fotos del dossier y lo tenía delante de mí y en mi propia casa. ¿Qué estaba pasando? No sabía si enfadarme o echarme a reír. Algo no andaba bien.

Por un lado, el hecho de aparecer en el dossier no le hacía culpable ni inocente. Tanto el General como yo estábamos en las fotos y no teníamos ningún vínculo antes de encontrarnos en la «casa de la muerte». Y, por otro lado, recordé las palabras del sicario desnudo y de rodillas en el desierto: «Los gringos no quieren que pasen más migrantes, así que nos pagan para que los matemos». Si Crow era uno de esos gringos, había sido una osadía desvergonzada ir a verme.

—Encantada de conocerle... por fin —susurré.

Le extendí la mano y me la estrechó. Estaba caliente y sudada. Repugnante. En cualquier caso, le escucharía para decidir si era víctima, como yo, o verdugo.

—Igualmente —contestó serio.

—¿A qué se debe la visita? —Les sonreía para que mis pensamientos no me delataran.

—El director Crow se enteró de su viaje... accidentado, digamos, para cruzar la frontera y quería leer su informe. Le dije que nosotros no tenemos nada por escrito y que tendría que hablar con usted cara a cara.

María llegó con una jarra de zumo de piña con hielo y un par de vasos y se retiró. Mientras vertía el líquido, imaginé que les echaba cianuro. Mi propia ocurrencia me pareció hilarante y casi se me escapa una carcajada. Racionalicé la situación. No estoy acostumbrada a recibir visitas. En cualquier caso, la situación no terminaba de gustarme y el instinto me mandaba matarlo allí mismo.

—Gracias —dijo tras agarrar un vaso y darle un buen trago—. En el Gobierno estamos preocupados por lo que está sucediendo en la frontera. El ejército que bloquea el paso entra a veces en territorio estadounidense. Han cruzado la línea y consideramos que pueden ser una amenaza. Necesitamos todos los datos y detalles que pueda darnos. Tenemos que estar preparados antes de que cunda el pánico en la población. De momento, parece que atacan migrantes y traficantes, pero son tan violentos que no sabemos a qué podrían llegar.

Les conté de nuevo mi viaje desde la estación de General Bravo.

—¿Van a intervenir? —reclamé al final.

—¿Quién? —preguntó Crow, como si mis palabras le hubieran sacado de un sueño.

—Su Gobierno. ¿Quién va a ser? —repliqué indignada.

—Solo queremos estar preparados por si llegasen a atentar contra nuestra población o nuestros intereses.

—¿No van a hacer nada?

Crow bebió y se quedó mirando el vaso pensativo. Quizás intuyó mi ocurrencia de echarle

cianuro.

—De momento, no. Sería una injerencia en los asuntos de otro estado.

—Hay que joderse —dije y miré a la capitán para pedirle una explicación—. ¡Está muriendo gente!

Los burócratas de traje y corbata me cabrean. El mundo no se puede ver desde un despacho. Ahí estaba, tan tranquilo, sentado a la sombra del cenador, en mi casa y en mi jardín, con un vaso de zumo en la mano y con la cara roja y sudorosa.

—Hay que joderse —repetí—. Como solo matan migrantes y narcos... Mejor para ustedes, ¿verdad? —Le taladré con la mirada—. Hay otros que les hacen el trabajo sucio. ¡Váyanse de aquí! ¡Largo de mi vista!

El tipo no lo negó ni intentó excusarse de ninguna manera. Se encogió de hombros y dejó el vaso sobre la mesa.

—Entiéndalo —dijo Morales con los dientes apretados—, no siempre se puede actuar. A veces, hay que esperar el mejor momento. —Me regañaba por mi falta de educación más que por las verdades que había descubierto por mi cuenta. ¿Se pensaron que era tonta?

Crow se puso de pie y se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Crucé los brazos y tenté las cachas de la pistola por debajo de la chaqueta. Su gesto activó en mi cerebro algún antiguo resorte. Me preparé para desenfundar, pero sacó un pañuelo y se secó el sudor de la cara.

—Yo aquí he terminado. Vámonos, capitán —dijo.

—Eso. Hasta que no hagan algo, no regresen.

Se marcharon en silencio. Mientras cruzaban el jardín, Morales se volvió para mirarme con el ceño fruncido y los labios arrugados. La había dejado mal con un pez gordo. Me dio igual. No le debo nada a nadie, no; ni siquiera cortesía.

En cuanto entraron en la casa, supe que lo tenía que haber matado. Fuera culpable o inocente, era un capullo sin escrúpulos. Y yo no tenía que haber hablado tanto. Si él o ellos estaban metidos en el asunto, ya sabían todo lo que yo sabía. La había cagado.

La capitán Morales acompañó a Crow a su hotel y después volvió sin avisar. Me sorprendió en el gimnasio, mientras corría en la cinta como una loca, furiosa conmigo misma. La vi caminar cabizbaja por el sendero de la piscina. Seguro que volvía para abroncarme por mi impertinencia. María la hizo pasar hasta el gimnasio.

—No voy a aguantar reproches en mi propia casa —dije sin dejar de correr.

—No vengo a eso —contestó mientras se sentaba en el banco de abdominales—. Creo que tiene razón: ese tío es un gilipollas. Me engañó. Me dijo que intervendrían ya.

—No es trigo limpio —dije bajando de la cinta—. Esconde algo. No venía solo por información.

—No encuentro más que puertas cerradas. Quería hacer algo por los migrantes, acabar con las muertes, pero...

—¿México no ha pedido la intervención de la OII?

—Se la han denegado. No hay motivo para una operación encubierta.

—Y Washington no va a mover ficha, por lo que hemos visto —reflexioné en voz alta.

—Miran para otro lado. Les conviene. ¡Nadie va a hacer nada!

Me senté frente a ella.

—No me pida cosas que no puedo hacer. Otra, en mi lugar, hubiera huido y yo sigo aquí.

—Ya lo sé —dijo mientras enterraba la cara entre las manos.

—Vamos. —Le puse la mano en el hombro—. Quédese a cenar. La invito.

Parecía sincera, aunque aún no sabía si podía confiar en ella después del mazazo de Willy y

García. A pesar de su aspecto de jefa marimacho, era una novata y aún más inocente que yo en cuanto al concepto del bien y del mal que se manejaba por encima de nuestras cabezas. Pronto estaría tan desilusionada y decepcionada como yo.

Ian no estaba aquella noche. Cenamos solas en el comedor que da al jardín. María nos preparó ensalada con picatostes y pescado a la brasa con patatas fritas y, de postre, pudín con frutas y pasas.

Durante la cena me contó que su padre era colombiano. Había emigrado a los Estados Unidos antes de que ella naciera y pasó todo tipo de penalidades: dormir a la intemperie bajo puentes de autopistas, pasar hambre y frío y trabajar mucho. Fregó platos, paseó perros, recogió uva en California, se deslomó en la construcción, hizo lo que fuera para salir adelante. Y lo consiguió. Les recordaba a los hijos aquella época como una lección de vida dolorosa. «Hay que trabajar duro para conseguir lo que quieres». El padre de Morales tuvo la oportunidad de trabajar, otros no llegan a tenerla: dejan la vida por el camino.

Ana no tuvo ninguna oportunidad. La había abandonado. La herida más grande que tenía y que tengo. Ninguna de mis cicatrices es tan grande como la que me dejó Ana.

—No somos dioses. No podemos salvar a todo el mundo.

—Ya, pero no dejo de darle vueltas. Se me tiene que ocurrir algo... —dijo mientras mareaba los picatostes que se habían quedado en el fondo del plato—. Todo es una basura.

—¿Sabes algo de García? —pregunté.

—No. Parece que se le ha tragado la tierra. Tal vez le mataron los sicarios.

—¿Eh? Se pasó al otro lado —dije mirando mi plato de pescado—. García no es inocente.

—¿Cómo lo sabe? No hemos encontrado evidencias de eso.

—Estaba con los sicarios en General Bravo. Lo vi —confesé.

Morales me miró y calló. Se pensaba qué decirme y qué no.

—Verá... Es probable que lo viera con ellos, porque estaba infiltrado.

—¡Eso sí que es una sorpresa! Ahora ya sí que no entiendo nada. —Me entró la risa—. Si no aparece, hay dos opciones: o está muerto o se ha pasado al lado de los malos.

Si García estaba infiltrado, ¿por qué no me ayudó de alguna manera? Estuvo en la «casa de la muerte» mientras me torturaban. Lo sé. Quizás no quiso descubrirse. Quizás lo intentó y por eso estaba muerto. O quizás, se había cambiado de bando...

—¿Usted cree? —Me miraba sorprendida.

—No lo sé.

Recogí los platos de la mesa. Y le di vueltas a la nueva información tan rápido que me mareé.

—¿Quiere una copa? A veces, ayuda a dormir.

—¿Por qué no? Ha sido un día muy largo.

Salimos al jardín y dejamos a María en la cocina, mientras terminaba de recoger y limpiar. Richartson y Pablo hacían la ronda fuera, como cada noche. El resto de la casa estaba en silencio, a oscuras.

—Debe estar bien vivir aquí —dijo la capitán.

—Sí, si te gusta la soledad. De vez en cuando voy a la ciudad solo para ver gente diferente, pero estoy bien aquí. —Llegamos hasta las tumbonas de la piscina y me tendí para mirar el cielo—. Lo que echo de menos son las estrellas. Hay demasiada luz. No se ven. En México se ven todas, miles de millones. En el desierto, el cielo es un espectáculo. Aquí no hay estrellas.

—Si se entera de algo nuevo, ¿me lo contará? —preguntó.

Me giré para mirarla. Estaba sentada con el vaso entre las manos y la camisa medio desabrochada por fuera del pantalón. Los ojos le brillaban también como dos estrellas. Tenía

aspecto de estar cansada.

—Sí, claro —mentí a medias. Le contaría lo que me interesara.

—Tengo que irme ya —se excusó.

—Carlos la llevará donde quiera.

Y me quedé tumbada donde estaba, mirando el cielo negro y opaco, sin nubes, y vacío y triste.

Pasé una noche horrible. Cada vez que el sueño me vencía, García me acechaba. Al tercer sobresalto, bajé a la piscina y me bañé. Esa vez no conseguí la calma esperada. Desistí de dormir y terminé una botella de Jack Daniel's que andaba a medias, hasta que se hizo de día.

Cuando llegó Ian de viaje, muy temprano, todavía estaba borracha, casi inconsciente, con la cabeza apoyada sobre la mesa de la cocina. Me miró con cara de preocupación.

—Lo siento. No podía dormir —masticó las palabras con la lengua gorda y pastosa.

No dijo nada. Recogió mis restos y me llevó a la cama. Se estaba acostumbrando a verme borracha.

Cuando subía la escalera conmigo en brazos, la Beretta se clavó en su costado, igual que en el mío. Ya me había habituado a su tacto. Él no, nunca lo haría.

Me había convertido en un desastre de persona, el despojo asqueroso de Lola Suárez.

CAPÍTULO 19

23 de junio de 2016 Miami (Florida. Estados Unidos).

Después de la visita de la capitán Morales, la ansiedad y las manías fueron a peor.

Obligué a los guardaespaldas a que, al menos uno, estuviese siempre en la misma habitación que yo. Incluso, les hacía vigilar la puerta del baño cuando me duchaba.

Íbamos a un campo de tiro a entrenar. La casa entera estaba impregnada con el olor de la pólvora, la ropa, las cortinas, las paredes. María andaba como loca limpiándolo todo una y otra vez, para acabar en unas horas con el mismo tufo a quemado.

La noche era aún peor: aparecían las pesadillas. Cuando Ian dormía conmigo, trataba de relajarme antes. Me daba un largo baño y tomaba Orfidal, Lexatin, Diazepam... cualquier cosa. Pero tras unas horas de sueño, me despertaba sobresaltada. Aun así, Ian nunca me abandonó. Me abrazaba hasta que se me pasaba o hasta que él creía que se me pasaba, porque lo cierto es que luego no podía dormir más. A veces hacíamos el amor; otras, acababa sola en la cocina con una botella de Jack Daniel's, viendo la tele o escuchando música, siempre con la Beretta bien pegada.

Tengo lagunas de memoria de aquella época. Drogas y alcohol no son buenos compañeros.

Una noche, me desperté. Ian había estado grabando un videoclip en la playa y estaba rendido; ni se enteró. Oí un ruido en el jardín, debajo del balcón. Entraba aire fresco por la puerta abierta. Me levanté en silencio. Saqué la escuadra del cajón de la mesilla y bajé descalza las escaleras. Podía oírme el corazón acelerándose dentro de la cabeza. A oscuras, caminé pegada a la pared. Llegué a la cocina. Carlos estaba viendo la tele sin sonido apenas. Le hice un gesto para que me acompañara fuera. Al verme armada se alertó y empuñó la suya. Salimos al jardín. La luz de la luna se reflejaba en la superficie de la piscina. A nuestra derecha, un arbusto crujió. Las ramas susurraron al frotarse. Algo lo había movido. Apunté y disparé.

Dos golpes secos.

Carlos, detrás de mí, encendió la luz del porche y nos acercamos al seto. Apartó las ramas y vimos en el suelo desangrado al gato del vecino. El animal estaba en un charco de sangre con las tripas fuera.

—Le dio en la madre, señora —dijo Carlos en tono divertido. —Tíralo a la basura —le ordené con firmeza—. ¿Por qué no saltó la alarma?

—Cuando está el señor Evans, desconectamos los sensores de movimiento de ese lado de la valla. Salta cada vez que pasa el gato.

—Vuelve a conectarla. Se acabó —dije mientras me secaba el sudor de las manos en el camisón.

Estaba perdiendo la cabeza.

Los tiros despertaron a todo el mundo. Entré en la cocina. Richartson, Pablo y María me miraban atónitos. Ian bajaba la escalera a zancadas. Quise guardar el arma, que aún me calentaba la mano, pero no tenía dónde.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien? —me miraba preocupado, con el pelo revuelto y los ojos hinchados.

—Oí un ruido y disparé. Era un gato —dije mientras dejaba el arma en la encimera de la isla—. ¡Qué le vamos a hacer! Que no hubiera andado por aquí ese pinche gato viejo y gordo. Viene cuando quiere y se caga en los rosales —suspiré.

Intenté parecer fría para no dar opción a réplica.

—¡Estás loca! —gritó—. ¡No lo puedo creer! Esto no es normal.

Se enfureció. Nunca lo había visto así. Gritaba como un energúmeno. Alzaba los brazos y gesticulaba mirando a los demás que asistían petrificados al teatro de madrugada. Buscaba su aprobación, pero nadie respondió.

—Das miedo. Un día vas a pegarme un tiro a mí o a cualquiera —dijo y me señaló con el índice, como una advertencia cruel.

Dos no discuten si uno no quiere, así que no le contesté; menos aún lo iba a hacer delante de todos. Le miré desafiante sin decir palabra hasta que se dio la vuelta y volvió a la cama. Pasé la noche con Carlos en la cocina y bebimos a la salud *post mortem* del animal.

No era normal sobresaltarse por nada y acribillar a balazos al gato del vecino. Mi cabeza había trazado el dibujo de un sicario asesino o de un García que intentaba rematar su trabajo chustero. En cualquier caso, fue un error.

Pero no podía hablar con Ian con franqueza ni deshacer una mentira que había comenzado en el mismo momento en que le conocí. ¿Cómo decirle que estábamos en peligro y que la responsable era yo?

Desayuné con él medio borracha cuando ya el día se había filtrado por las ventanas. Ni me miró. Intenté agarrar su mano por encima de la mesa, pero la apartó. No levantó la vista de la taza de café.

La muerte de aquel gato fue una revelación. Me levanté de una mala siesta con la intención de arreglarlo como fuera. Ian era lo que más quería en el mundo y era mi eje ahora que no debía estar pendiente de la OII ni tenía que viajar a ningún sitio ni verme con gente que no quisiera. García estaría muerto, como decía Morales, y nada se interponía en el camino de mi felicidad; solo, si acaso, yo misma.

Me duché con agua muy caliente. Me vestí y, en un acto reflejo, fui a sacar la Beretta de la mesilla. Repetí: «García está muerto. García está muerto». Y la escondí detrás de una camiseta azul. Hacer un pastel de chocolate siendo al fin una mujer nueva: ese era mi objetivo ahora. Y pensar en cómo recuperar su confianza.

En la cocina me esperaba un verdadero consejo de guerra. Ian, Carlos y María estaban sentados alrededor de la mesa, con las caras largas y los brazos cruzados. Les sorprendí hablando de mí. Ian se levantó.

—Buenas tardes. Siéntate —saludó muy grave y me señaló una silla vacía.

—Vaya... ¿A qué se debe el aquellarre? —Reí con pocas ganas.

Seguro que había regañado ya a Carlos por seguirme la corriente la noche anterior. Estaba muy serio y cabizbajo, hundido en su sitio.

—Hemos hablado. Estamos preocupados. *So* estás en un punto insoportable... También para mí —continuó Ian.

—Carlos... —supliqué— ¿Qué es esto?

No contestó. Mientras esquivaba mi mirada, María me observaba con tristeza.

—La situación es insostenible. Necesitas ayuda profesional —dijo Ian sosteniéndome la mano sobre la mesa.

—No puedo... —empecé a hablar, pero se me fue la voz. Si todo fuera tan fácil.

—Te ayudaremos en lo que sea. Cualquier cosa por verte bien, para que vuelvas a ser la misma que conocí en Los Cabos. Quiero que vuelva esa Lola, la que me enamoró, segura, confiada —explicó en tono de predicador.

—No sabes lo que me pides. —El cielo se nubló, como si fuera el único capaz de

comprender mis palabras. Me tapé la cara con las manos.

—Carlos conoce un especialista que te puede ayudar.

—Mejor alguien de confianza —susurró Carlos. Se refería a los psicólogos y psiquiatras de la OII.

—¿Cómo he llegado a esto? —suspiré.

—Ha sufrido mucho, señora —dijo María.

Fue como si un caballo me hubiera dado una coz en el estómago. Me estaba volviendo loca. No podía quitarme las manos de la cara. Ian se sentó a mi lado y me rodeó los hombros con su brazo. Me besó en la mejilla.

—Vamos, amor. Todo se arreglará —me susurró.

Empecé la terapia para el trastorno de estrés postraumático con una psicóloga de la OII. Tuve que contarle todo lo que había pasado con pelos y señales. Vuelta a recordar aquel infierno que se extendía y no paraba de ganar terreno. Después de las sesiones quedaba exhausta. Los síntomas se agravaron. Las pesadillas empezaron a ser más devastadoras aún. No solo veía a García, sino a Willy apuntándome con su arma, a Cami, a Andrés, al General, a Ramírez... Los monstruos habían salido de lo más hondo de mi memoria. Andrés, muerto y frío, era la imagen más cruel y dolorosa.

Me recetaron ansiolíticos por el día e hipnóticos por la noche. Disminuyó la ansiedad a costa de dejarme desorientada, así que ya no me atrevía a llevar la Beretta encima ni a hacer otras muchas cosas. Desde la primera semana supe que la terapia no me ayudaría.

—Tiene que expresar cómo se siente por lo que le ha pasado y sin juzgarse y, sobre todo, no crea que eso la hace más débil a los ojos de los demás. No va a perder sus superpoderes —decía la zorra de la psicóloga.

No llegué a contarle toda la verdad. La OII podía haber puesto micrófonos en la consulta, así que no hablé del dossier *Operación Caronte*, tampoco de mis sospechas sobre García ni de los sicarios pagados con dinero norteamericano. Me ceñí a los sufrimientos físicos y dejé al margen la peor herida: la traición de mis compañeros.

Al mes, me había convertido en una piltrafa, una muñeca de trapo. El pastel de chocolate seguía aguardándome.

Otra noche más desperté de una pesadilla gritando enloquecida, sin saber dónde estaba. Temblando y sudando. Desorientada en la oscuridad de la habitación, bajé de la cama y me tiré al suelo frente a la mesilla, saqué la escuadra e intenté colocarle el cargador. «Ana, Ana». Ian intentó sujetarme. Le empujé y se golpeó contra la pared. Me gritaba, pero no entendía nada de lo que decía.

La desesperación me impedía encajar en su sitio el puto cargador. Se me cayó al suelo. Lo recuperé. Temblaba...

—¡Lola! ¡Basta ya! ¿Qué haces?

CLICK. Por fin encajó.

No dijo nada más y corrió fuera de la habitación. Con el chasquido, el cerebro se volvió a conectar y se ajustó de nuevo a la realidad. Dejé de temblar y la angustia empezó a remitir. Me quedé sentada sobre los talones. Respiré hondo. Desmonté el cargador y, muy despacio, volví a colocar el arma en su sitio. Me puse de pie. Carlos apareció empuñando su escuadra.

—Ya —levanté las manos—. Bueno. Ya estoy bien. Ha sido una pesadilla —suspiré.

Encendió la luz, guardó su arma y se marchó.

—No puedo más —acertó a decir Ian—. Tengo miedo de ti. Estás peor por momentos. Me estoy volviendo loco como...

—Como yo —terminé su frase muy tranquila.

Ni siquiera fue capaz de entrar en la habitación. Se quedó parado en la puerta aferrado al marco; el torso desnudo y frágil como una hoja seca parapetada contra un muro.

—No puedo más —repitió. Bajó la cabeza y se pasó la mano por el pelo revuelto.

Al verle desencajado y pálido, tomé la decisión.

—Vete —susurré—. Te libero de tu compromiso de boda. Vete.

Las palabras salieron de mí con una náusea amarga. Le tenía delante sin verlo. Las lágrimas me cegaban.

—No quise decir eso —dijo turbado o ¿aliviado, tal vez?

—¡Vete! —le empujé. Me abrazó—. Vete de mi casa. Corre y no mires atrás.

Me solté, bajé las escaleras corriendo y me encerré en el despacho. Ian nunca había entrado allí. No hubiera podido explicarle por qué había fotos de gente extraña colgadas en las paredes. Era mi museo privado del horror, los restos de una vida pasada que no había tenido fuerzas para arrancar y guardar fuera de la vista. La habitación de Barba Azul. Ian debía pensar que era un armario o algo así.

Corrió tras de mí, fue a la cocina, vagó por el pasillo y me llamó a gritos. Oí revuelo, todos estaban despiertos y hurgaban por las habitaciones. Llamé por teléfono a mi fiel guardaespaldas.

—Estoy en el despacho. No busquéis como patanes. Dile a Ian que puede irse ahora o mañana. No quiero verle más. Dile que se vaya.

Fue una ruptura extraña. Si lo hubiera visto en ese momento, habría cambiado de idea.

María le convenció para que se marchara. Le dijo que sería un arrebatado pasajero y que nos vendría bien un tiempo de descanso, pero en realidad fue para siempre. Ian es otro de mis fracasos.

Dejé la terapia y la medicación y me encerré en la botella. Durante el día dormía y por la noche deambulaba por las habitaciones vacías. Nunca terminé de amueblar la casa. Cada habitación me producía un desconsuelo más grande que la anterior. El reflejo de mi vida incompleta y defectuosa. No encontré nada en ella ni en mí que me gustase, un hilo del que tirar para izarme. Lloraba y bebía hasta que me quedaba inconsciente en cualquier rincón. Me despertaba y seguía bebiendo hasta el rincón siguiente.

Carlos y María intentaron persuadirme de que volviese a la medicación y a la terapia. Pobres. Les mandé a la mierda.

Muerta. Quería estar muerta. Quitarme la vida a base de alcohol. Hacer enmudecer mi puto cerebro, detener el vaivén de recuerdos oscuros y destructivos.

Al cabo, resultó ser un ejercicio de exorcismo. Lo tenía que haber hecho cuando volví del hospital, pero Ian se encargó de aturdir el duelo que debía haber pasado en aquel momento.

* * *

—Creo que tú también has pasado por algún momento así —dijo Lola.

Se levantó y miró a la calle a través del hueco estrecho que dejaban las cortinas de la ventana.

—¿Ha dejado de llover? —preguntó James para eludir el tema.

—Sí.

Permanecieron unos instantes en silencio, uno mirando por la ventana y el otro observando el fuego hipnotizante.

—Hace varios días que me llegó el informe completo de tu última misión en Mosul —interrumpió Lola sentándose en el sofá—. Me pareció extraño, pero no imposible, que lo tuviera

la CIA. Conseguirlo me ha costado pedir favores y comprar un par de silencios. Lamento haber tardado tanto en dártelo: necesitaba revisarlo primero. Su contenido era tan escandaloso y tan diferente al informe de la OTAN, que era justo que lo conocieras.

* * *

La operación resultó ser una farsa planeada por la CIA para ocultar la verdad. Iba a darte el informe «fantasma», cuando entraste en la cabaña con una sonrisa de oreja a oreja directo a besarme. Me quemaba entre las manos como una patata caliente.

—Ven —te dije señalando el portátil abierto sobre la mesa—. Quiero que veas una cosa.

Te sentaste preocupado frente a la pantalla y yo, a tu lado. Te agarré la mano. Leíste Mosul y te cambió el color. Sin decir nada, me interrogaste con la mirada.

—Es importante. Es el informe de la CIA de tu misión en Mosul. Luego te explicaré lo que quieras, pero tienes que verlo, porque no dice lo mismo que te contaron.

Te levantaste de un salto y saliste fuera de la cabaña. La había cagado. Me acometió el pánico y salí a pedirte perdón. Estabas de pie, apoyado en la barandilla mirando el horizonte vacío.

—¿Es grave? —preguntaste sin mirarme. No te entendí.

—¿El qué?

—Lo que dice. ¿Soy un asesino? —dijiste.

—No mataste a nadie aquel día.

Frunciste el ceño, molesto y sorprendido.

—Estuve allí y sé lo que pasó. Disparé.

—¿Cinco veces?

Entraste y te sentaste de nuevo. No quise acompañarte esa vez. Pasaste más de dos horas frente a la pantalla, atento a cada palabra.

* * *

—Cuando llegamos a Irak, llevaban en guerra más de un año —dijo James con la cabeza gacha—. En junio del 2014, el Estado Islámico de Irak y Levante había ocupado la parte noreste de Irak y toda la frontera occidental con Siria y Jordania. Era una guerra civil.

»Hacia un año que Abu Bakr al-Baghdadi, líder del EI, desde la mezquita Al Nuri en Mosul, había proclamado un califato en suelo iraquí y sirio. Después, extendieron la ocupación a Nigeria, Yemen, Libia, Egipto y otros lugares. Fue entonces cuando Estados Unidos promovió una coalición internacional para combatirlos. Nos mandaron allí.

—Norman Allen, agente de la CIA, estuvo en Mosul desde el primer momento, refugiado por los yazidíes —aclaró Lola— y pasaba información al ejército iraquí y a la coalición.

—Los yihadistas llamaban a los yazidíes «adoradores del demonio». El Estado Islámico había secuestrado a sus mujeres y matado a la mitad de los hombres. Mosul era una matanza continua —recordaba James.

—Y al agente Norman Allen no se le ocurrió otra cosa que prometer a los yazidíes que el gobierno norteamericano encontraría a las mujeres, a cambio de protección personal. Tras ocho meses de asedio, la 16.^a División del ejército iraquí, la flor y nata, hombres formados y seleccionados por los norteamericanos, entró en la ciudad.

—Era un caos —dijo James—. Los yihadistas huyeron a Tal Afar y dejaron atrás a sus

mujeres e hijos, más de mil. Los ciudadanos de Mosul que habían huido comenzaron a volver. Había explosivos y trampas en cada esquina, incluso dentro de las casas que quedaron en pie tras los bombardeos.

—Y la 16.^a División —continuó Lola— fue como una plaga bíblica, fusilaba civiles y arrasaba con lo poco que quedaba en pie. Cometieron todas las atrocidades que les vinieron en gana... Odio las guerras.

»Y nuestro agente Allen, ya libre para moverse por la ciudad, buscó por todas partes. Mientras, los yazidíes, para obligarle a cumplir su promesa, consiguieron secuestrar al mismísimo Abu Bakr al-Baghdadi. Iban a usarlo como moneda de cambio.

»Todos buscaban al califa y declaraban haberlo matado: los americanos, los rusos, los iraquíes... En realidad, lo retenían los yazidíes. Se rieron del mundo. Me caen bien. Y el secretario de Defensa de Estados Unidos declaraba que hasta que no tuvieran pruebas, asumirían que seguía vivo, cuando sabía de sobra que al-Baghdadi estaba secuestrado.

»El gobierno norteamericano fue presa del pánico. Querían a al-Baghdadi, pero no conocían el paradero de las mujeres yazidíes para intercambiarlas por el califa.

»Mientras en el Pentágono decidían qué hacer, Allen buscaba supervivientes. Se lo tomó como algo personal. Las mujeres y las niñas empezaron a aparecer en fosas comunes. Pero lo ocultó.

»Un día, descubre una joven de ojos azules y una niña en una casa al norte de la ciudad. Cuenta a los yazidíes su descubrimiento y regresa a por ellas, pero la 16.^a División las ha matado. ¡Qué desastre! Ahora tendría que encubrir la forma en que habían muerto. El enfado de los yazidíes podría malograr las negociaciones para la entrega de al-Baghdadi. Fueron Allen y la CIA los que montaron el teatro con los SAS, el cuerpo de élite del Ejército Británico. Te utilizaron como chivo expiatorio para desviar la atención y lo vendieron como un accidente, como un lamentable error, evitando la responsabilidad de iraquíes y estadounidenses.

»El Pentágono pidió ayuda al gobierno de Su Majestad y este decidió prestar un cabeza de turco: tú mismo. Hasta el comandante Pulford estaba al corriente.

»A pesar de todos los esfuerzos, los yazidíes nunca entregaron a al-Baghdadi y sigue escondido, puede que en Afganistán. Las mujeres yazidíes están muertas o esclavizadas en Siria. Y tú, en medio de todo. Podría haber sido cualquiera.

—Si me lo hubieran contado, habría sido distinto. No me habrían destrozado la vida.

—Después de dos horas retorciéndote en la silla delante del ordenador, leyendo cómo se tramó y se ejecutó el engaño y cómo participaste sin saberlo, te giraste hacia mí y en lugar de preguntarme cómo había conseguido un informe fantasma de la CIA, me preguntaste por qué te había investigado. ¿Qué pregunta era esa? Solo quería saber cosas de ti que no me contabas.

—Tú no sabías nada de mí ni yo de ti. Estábamos bien.

—Estabas confuso y mirabas a todas partes como si no reconocieras las cosas a tu alrededor. Me miraste a la cara y vi odio. «Ahora, merezco saber qué te pasó, quién eres, qué son tus cicatrices, por qué guardas un arma, qué haces en Canisbay», dijiste.

»¿Qué decir? ¿Por dónde empezar? ¿Qué te contaría y qué no? Balbuceé algo y fui a abrazarte, pero me apartaste y te fuiste.

»Ahora estoy aquí para contestar a tus preguntas. Y todavía queda lo peor.

* * *

CAPÍTULO 20

26 de octubre de 2016 Miami (Florida. Estados Unidos).

Un mes después de que echara a Ian, mis despojos y yo habíamos llorado y sufrido por todo lo que podíamos haber hecho y por lo que no.

Una mañana, sentada en una tumbona del jardín, con unas gafas oscuras y una cobija sobre las piernas, el sol, templado y hospitalario, me reconfortaba. Me recordó el sol del Mediterráneo, cuando veraneábamos en Ibiza y mi padre alquilaba un catamarán pequeño. Mi madre lucía un perfecto bronceado en contraste con el biquini blanco. Mi hermano trasteaba con las velas de un lado a otro. Y mi padre y yo, al timón, acelerando hasta ver qué velocidad máxima podía alcanzar. Era el mismo sol benévolo y despreocupado.

Sonó el teléfono en la cocina. Carlos se acercó con el inalámbrico en la mano.

—Señora, es Héctor y quiere hablar con usted. Ya le dije que estaba ocupada, pero...

Agarré el teléfono con fastidio y Carlos se marchó. ¿Qué querría Héctor? ¿Que volviera? No tenía fuerzas para regresar a México ni siquiera de visita.

—Le llamo para decirle que hemos avanzado con el mapa, que...

En ese instante, un disparo atronó. Salté del asiento y se me cayó el teléfono. La alarma empezó a chillar con un grito intermitente. Mi alerta se expandió, como la del gato que huele un ratón. Al poco, un tiro más procedente del lago, de la zona del embarcadero.

—¡Todos dentro! ¡Vamos! —grité.

Miré alrededor. Estaba sola. Me palpé el costado, pero no tenía la Beretta. ¡Mierda! Corrí a buscarla. Richartson y Pablo salían por la puerta de la cocina con las escuadras en la mano. Sonó otro disparo. Subí las escaleras atropellándome.

Agarré el arma y encajé el cargador. Las manos me hormigueaban. Reconocí viejas sensaciones, tan familiares como el olor del café recién hecho, como cuando encuentras algo que creías perdido hacía tiempo.

Al bajar, Carlos me sujetó para que no saliera al jardín.

—¿Qué haces? —pregunté sorprendida.

—No salga. Nos quedamos dentro. No sabemos cuántos son. Nos defenderemos mejor aquí.

—¿Y María?

—No está en la casa. La he avisado para que no regrese mientras no le diga. Ya hemos llamado a Morales.

Oímos más disparos y fuimos a la cocina para observar el jardín por las ventanas. Nos agachamos tras los muebles bajos al ver movimiento en el exterior. Carlos se asomaba para mirar a través del cristal de la puerta y yo me quedé detrás, sentada en el suelo.

—¿Cuántos son? —pregunté.

—No veo a nadie.

Y siguieron atronando disparos. Seguidos. Armas automáticas.

—Cabrones. Van a destrozar el jardín —dije.

O me duraba la borrachera o era la resaca, pero estaba tranquila. Carlos me miró con cara de padre. No le gustó la broma. Estaba sucediendo lo que había temido y sin embargo, me dio la risa floja.

—Esto es mejor que lo del gato, ¿eh? Déjeme ver, hombre —le pedí.

Me arrastré por el suelo. Vi a Richartson cruzar agazapado, por delante de la piscina, hacia la izquierda.

—Se están acercando.

La alarma cesó y oímos las ráfagas muy próximas. Apareció un hombre vestido de negro, con el rostro tapado y un fusil en las manos detrás de la caseta de las duchas. Era alto y fuerte. Corría hacia nosotros. Me apoyé bien, tendida en el suelo, y disparé. El cristal de la puerta saltó en millones de cachitos sobre mí. Le di. Cayó al suelo.

Oímos otra ráfaga desde algún lugar a la derecha del jardín. Carlos se levantó para observar por la ventana y una nueva descarga hizo estallar más cristales sobre su cabeza. Se agachó de nuevo.

Golpearon la puerta de entrada, la que da al campo de golf, opuesta a la cocina. Nos habían rodeado. Al comprobar que estaba bien cerrada, lo dejaron. Prefirieron entrar por la ventana del salón, que a los pocos segundos saltó también en incontables pedazos.

—¡Carlos, preparado! Ya llegan.

Avanzamos y nos quedamos agazapados detrás de la isla de la cocina. Oímos los pasos del tipo acercarse sin ninguna cautela, como el retumbar de un tambor. Antes de entrar, tiró una bomba de humo. Después, disparó sobre nuestras cabezas en ráfagas horizontales. Me estaba ahogando. Carlos se incorporó y disparó. Las ráfagas cesaron. Oí al tipo caer al suelo, con un golpe seco. Tosíamos y nos picaban los ojos. Era urgente salir. Repté hasta la puerta rota y me clavé los cristales en los brazos, pero con la adrenalina por las nubes, apenas lo noté.

Conseguí salir. Tosía y apenas podía ver. Me agaché otra vez, mientras recuperaba el resuello más despacio de lo que hubiera querido. Carlos salió también, gracias a Dios.

—Hay que llegar al coche, pero está al otro lado —dijo Carlos, en medio de un ataque de tos.

—Pues vamos. ¿Derecha o izquierda? Richartson fue por la izquierda. Vamos detrás.

Nos acercamos agachados, pegados a la fachada. Se asomó desde la esquina, pero una nueva ráfaga le hizo retroceder. Aquello no había terminado. Se volvió y me hizo una señal con la mano. Había dos.

El lateral de la casa es un pasillo de unos seis o siete metros de ancho bordeado de setos por la parte exterior. No había nada donde protegerse, así que íbamos a tener que disparar.

Me asomé también y los vi. Uno a la derecha, pegado al seto, y otro a la izquierda, junto a la pared. Avanzaban hacia nosotros.

—Tú, el de la izquierda —le dije.

Sonó una sirena, cada vez más cerca. Era el coche de la seguridad de la isla. Ni lo pensamos. Aprovechamos la sorpresa para avanzar. Carlos de pie y yo, agachada detrás de sus piernas, disparamos a la vez. Los abatimos y continuamos por el pasillo, arrimados a la pared. De cuando en cuando, miraba hacia atrás, pero no venía nadie.

Al final del muro, encontramos a Richartson tendido, inmóvil. Tenía un disparo en el cuello y los ojos muy abiertos. Hijos de puta. Ese hombre me caía bien. Era un encanto; servicial, dispuesto, íntegro de los pies a la cabeza. Había convivido con él durante meses y al verle caído, se me paró la risa y se me fueron de golpe la borrachera y la resaca.

—¡Qué puta mierda!

Carlos no dijo nada.

El coche de la seguridad frenó de golpe frente a nosotros. Dos guardas privados salieron con las armas en la mano.

—Tenemos otro hombre nuestro por ahí detrás. No sé cuántos quedan —les informó Carlos.

Mientras hablaban, no dejé de mirar atónita el cuerpo de Richartson. Era imposible que estuviera muerto en el jardín de mi propia casa. Lo más espeluznante era el escenario. Miré alrededor sin poder encajar el cadáver, como si fuera una pieza de un puzle fuera de su lugar. ¡Era mi casa! Habían atacado mi hogar, mi sanctasanctórum. ¿Y si en vez de Richartson hubieran sido María o Carlos?

Apareció Pablo corriendo desde la piscina.

—Han huido en una lancha rápida. Dos —jadeó al llegar donde estábamos.

—No sabemos si queda alguno. Hay que comprobarlo todo —dije mientras caminaba hacia la casa.

Carlos y el resto lo revisaron todo: diez sicarios muertos y dos huidos.

Subí a mi habitación a ponerme la sobaquera para llevar el arma bien pegada al costado. Decidí tomar de nuevo las riendas. Había dejado que García o un ejército de sicarios o quien fuese se metieran en mi cabeza. ¿Qué narices había hecho todo ese tiempo? No solo durante el último mes de borrachera y llanto, sino desde mi vuelta del hospital. No perdería mi hogar ni mi familia por una negligencia. Tenía que agarrar el toro por los cuernos y ser yo misma, la de antes de conocer a Ian, la de antes de querer cocinar pastel de chocolate. Hay cosas que no pueden cambiar. Yo no puedo.

Cuando bajé las escaleras, oí voces masculinas que no reconocí y la voz de Morales, mezclada en el murmullo. Me pusieron de mal humor. La OII había llegado demasiado tarde para Richartson. Entré en la habitación y aplaudí. Se hizo el silencio.

—¡Bravo! Han llegado ustedes a tiempo para el café. Joder, Morales, tardan un poco más y ya los enterré en el jardín.

Se hizo el silencio y todos se volvieron a mirarme. Morales iba a decir algo, pero no me quedé a escucharla. La dejé ahí de pie, con su traje chaqueta y su camisa blanca. Salí fuera a ver a los que habían intentado matarme. Los hombres de la OII se ocupaban de los cadáveres. Los estaban embolsando para el traslado. En el callejón, me acerqué al que había abatido yo misma y vi que no era latinoamericano, era güero, gringo, rubito, de ojos azules. Todos ellos lo eran. Iban bien equipados, con chalecos, cascos y fusiles M16.

Morales se acercó a mí cuando miraba cómo cerraban la bolsa con fusil incluido.

—¡Vaya putada! —dije con sorna—. Estos son de los nuestros.

—No sabemos...

—¡Una mierda! ¡Nadie lleva M16! Solo el ejército y los cuerpos de intervención de la policía norteamericanos. Tal vez R15, pero no M16, ¡nunca!, ¡nadie! —le escupí en la cara. Se ponía roja por momentos.

Continué hacia Richartson. Amigo, caído en combate, leal compañero. Me rompí al verle dentro de una bolsa negra. «Hermano de armas, adiós». Y yo misma cerré la cremallera. Observé cómo lo cargaban en una camilla con ruedas y lo empujaban hasta una furgoneta negra.

Regresé a la cocina un poco más descorazonada y furiosa y ya solo quedaba Morales sentada a la mesa, delante de una taza de café. Los cristales rotos rechinaban bajo mis zapatillas. Agarré una silla y la arrastré despacio. Me senté en frente de la capitán y puse las manos entrelazadas sobre la mesa. Había un silencio pastoso y turbio que lo llenaba todo.

—Han venido a por mí —le miré a los ojos. Morales sujetaba la taza con las dos manos y observaba el interior—. Sus amigos de Washington quieren verme muerta. Han vuelto para terminar el trabajo.

Levantó la vista del café.

Me levanté y fui al armario donde guardaba el güisqui. Moría por un trago. Quedaban tres

botellas enteras, hermosas, doradas. Saqué un vaso del lavavajillas con la intención de llenarlo hasta el borde, pero cuando iba a dejarlo en la encimera, vi que estaba llena de cristales rotos, igual que el suelo. Puse el vaso en el fregadero y miré la ventana y me miré los brazos llenos de sangre seca. Parecía que hubieran pasado mil años, pero apenas había sido una hora. Restregones de sangre oscura ensuciaban el piso con mi propia sangre.

Me acerqué al escobero. Agarré un cepillo. Apreté los dientes y me puse a barrer. No quería que María viera la sangre cuando regresara.

—No entiendo por qué han atacado. Tuvo que averiguar algo o ver algo... —susurró pensativa y mirándose de soslayo—. En los últimos meses he investigado por mi cuenta sobre lo que le sucedió y descubrí algunas cosas, aunque no consigo encontrar la conexión. Creo... —dudó un instante— que el ejército de sicarios está financiado con dinero norteamericano y que este ataque ha sido la prueba de ello.

—He estado alejada todo este tiempo. He tratado de olvidar... y han vuelto.

—Está todo enmarañado. Pero no me cabe duda de que esto tiene que ver con lo que le pasó en México —divagaba en voz alta.

Seguí barriendo cristales. Intentaba disimular la importancia que tenían sus sospechas para mí.

—Usted tiene amigos que nos pueden ayudar desde el otro lado, ya ve que no puedo contar con nadie —continuó—. A sus amigos les interesa desbloquear la frontera. Tal vez...

—Ya no tengo amigos. Estoy sola.

Le mentí. Aún no confiaba en ella del todo y su propuesta me incomodó, pero en realidad, no dejaba de pensar en llamar a Héctor y continuar la conversación que se interrumpió con los disparos.

—Tengo todas las puertas cerradas y, después de lo que ha pasado, creo que es mejor no insistir —dijo Morales abatida.

—¿Han encontrado a García? —pregunté.

—No. ¿Por qué pregunta tanto por él?

—Fuimos compañeros muchos años, ¿no? Creo que es normal que quiera saber de él.

—¿Sabe qué? Creo que usted sabe dónde está.

—Ojalá.

Acabé de barrer y solo me quedaba limpiar la sangre, la mía y la del tipo que había echado el bote de humo.

—Hay una cosa que no encaja en la historia de García y a la que no paro de dar vueltas: ¿por qué te pidió que fueras a hablar con Andrés? No tiene sentido. ¿Para qué?

Morales especulaba en la dirección correcta y yo buscaba la lejía dentro de los muebles.

—¿Dónde la habrá puesto María? —Trasteaba en los armarios sin siquiera mirarla.

—¿Qué le contó Andrés? —continuó.

—Nada. Fue una triste despedida y me pidió que le sacara de la cárcel como fuese. Nada más.

—Creo que ahí está la clave. No debería contarle esto, pero visto lo visto... Ya le dije que García trabajaba infiltrado. Era una operación tan secreta que ni siquiera yo he tenido acceso a la información completa. Sé que empezó en El Salvador, con la fuga del General, el mismo que lidera el ejército fantasma. García debía investigarlo y, a medida que profundizó en el asunto, se fue complicando, hasta que acabó infiltrado. Se llamó *Operación Caronte*. ¿Ha oído alguna vez ese nombre?

—¿García investigó la fuga del General? —Encontré la lejía y me volví hacia ella con la

botella en la mano—. No, nunca he oído ese nombre.

—Tal vez podría preguntar por ahí, en México, a sus contactos —insistía.

Solté la lejía encima de la mesa con un golpe, delante de Morales, a propósito.

—Mire, usted no entiende nada. Si le pides ayuda a la mafia, estarás en deuda con ella toda la vida, ¿entiende? —La tipa era imbécil o qué—. Si quieres algo de ellos, les tienes que dar algo a cambio. ¿Qué está dispuesta a darles? O mejor, ¿qué puede usted darles? Nada. No tenemos nada que ofrecerles. ¿Dinero? ¿Impunidad? ¿Ayuda de algún género? No. Pues no podemos pedir si no podemos dar, ¿lo entiende? —resoplé.

Me acordé del trago de alcohol que había dejado pendiente. Llegué al fregadero y agarré el vaso. Lo llené. Me lo acerqué a los labios, pero lo pensé con frialdad. No podía permitirme seguir borracha. Debía estar alerta. Vacíé el vaso en el desagüe y continué con las botellas ante la mirada atónita de Morales.

—Tal vez podríamos ofrecerles nuestro apoyo para desmantelar el ejército ese —prosiguió.

—¿Qué apoyo? No me haga reír. Usted y yo. Eso es apoyo moral, nada más —contesté—. Piense otro plan.

Eché agua en un balde y un poco de lejía. Morales guardó silencio. No sé si buscaba ideas alternativas o la había dejado sin palabras. Agarré una bayeta y me arrodillé en el suelo.

No pensaba en otra cosa que en llamar a Héctor. No me dejarían en paz, a pesar de haber demostrado durante meses que lo que pasaba al otro lado de la frontera no me importaba lo más mínimo. García, Willy, los gringos y quien fuera habían llegado demasiado lejos: habían entrado en mi casa. Esa era una línea que nunca debieron cruzar.

Si lo que querían era el dossier o matarme, era lo de menos porque me jodía igual. Debía ser muy importante para ellos, porque fue toda una osadía. Yo había pagado mi error con la vida de Richartson. Fui egoísta y dejé el asunto a medias. Debí haber vuelto con Héctor y haber cerrado el tema definitivamente hasta enterrar a los responsables a veinte metros bajo tierra.

Morales se despidió con la promesa de buscar una solución. Al fin, me dejó sola.

Carlos había salido a la ciudad para recoger a María. La mujer había llamado como cinco veces para saber si estábamos bien. El aviso de que no volviera la aterró. Carlos entró solo en la cocina.

—¿Y María? —pregunté.

—Entramos por la puerta de servicio. Está en su cuarto.

—¿Le contaste lo que ha pasado?

—Todo no —dijo bajando la cabeza.

—Gracias, hermano —dije irónica—. Me dejó la parte fácil.

Se encogió de hombros y no contestó. Fue un fastidio tener que explicar a María que su casa no era el rincón seguro que todos creíamos, pero no me enfadé. Carlos no es un hombre hablador.

Cuando llegué a su cuarto, María rezaba de rodillas con la luz apagada. Entré despacio y le hablé bajito. Al encender la luz, vi lágrimas en sus ojos. Me senté en el suelo junto a ella.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia... —susurraba. No me miró.

—Quiero que te quedes aquí un par de horas mientras lo limpiamos todo, ¿de acuerdo?

—¿Están todos bien? —preguntó y siguió sin mirarme.

—No. Richartson ha muerto.

Se tapó los ojos con las manos.

—María, te prometo que esto no volverá a pasar. Jamás. No lo voy a permitir —la abracé.

Estuve un rato agarrada a ella con el alma rota.

—Te voy a traer una tila, ¿quieres algo más?

Carlos me ayudó a terminar de limpiar la sangre y María pudo salir del cuarto una hora después. Se espantó por los destrozos, cristales, pisadas y tazas sucias. Le prohibí salir fuera hasta que el jardinero no hubiera limpiado todo y recogido los casquillos. Hice instalar una alarma más en el embarcadero. No volverían a sorprendernos por esa parte. Por la tarde, se colocaron los cristales nuevos en las ventanas y la puerta de la cocina y un albañil tapó los agujeros de los balazos que quedaron en las paredes. Solo faltaba pintar.

Pero ya no era el refugio ni la paz del guerrero que encontraba a la vuelta de cada viaje. Algo más que el yeso de las paredes se había roto. Los muros habían sido violados y arrastrados para hacerme daño, para que pasara miedo; ese miedo que se mete bajo la piel, que te hace vivir pegada a una pistola y tres guardaespaldas. Si allí no estaba segura, no lo estaría en ningún lugar del mundo.

Además, me faltaba Richartson. Su recuerdo fue el acicate para continuar con mi plan. Intenté localizar a Héctor durante todo el día, pero no lo conseguí. No es fácil encontrar a alguien sin teléfono a tantos kilómetros de distancia. Después de mucho preguntar, le llegó el mensaje y llamó al día siguiente.

Le pedí una copia del dossier completo con fotos y todo. Me la haría llegar con un hombre. Nada de correo ni fax ni otro medio. La documentación iría de mano a mano sin más intermediarios que un hombre de confianza.

Héctor me contó que habían avanzado con el descifrado del mapa. Durante semanas estuvieron enviando hombres a cada sitio marcado y, poco a poco, vieron cómo se movían los sicarios. Si bien no tenían un patrón predefinido y saltaban de guarida en guarida según soprase el viento, identificaron sus cuarteles, sus lugares de descanso, de avituallamiento, de muerte, sus cementerios y crematorios. Descubrieron que había cuatro grupos que se coordinaban para no coincidir en sus crueles ataques. Tenían por consigna que solo podía haber un asalto por día, de tal forma que pareciese que había un solo ejército que se movía por la frontera como se mueve un fantasma. Su objetivo era impedir que los migrantes pasaran la frontera, pero también infundir tanto terror que dejaran de intentarlo.

Héctor dijo que se estaban preparando, que los tres cárteles habían firmado una alianza y colaboraban para deshacerse de los sicarios y volver a la normalidad. Luego lucharían por lo que fuese, pero, de momento, trabajarían juntos.

Sus planes eran atacar sin piedad. Seguirían la misma gue-rra de guerrillas que practicaban los sicarios. Los irían diezmando poco a poco hasta que desaparecieran por completo.

Sin embargo, el plan fallaba en lo básico: la financiación. Mientras les llegase el dinero de Estados Unidos, podrían matarlos igual que si fueran chinches y al día siguiente habría el mismo número que el día anterior.

Me alegró que al final alguien hiciera algo. Le pedí a Héctor que me dejara ir. Estaba convencida de que Willy y García aún se escondían en México.

Estaba enloquecida y sabía que aquello no era necesario, pero ya no tenía otra cosa que hacer ni otro lugar al que ir. Ya no me esperaba nadie en Miami ni en Los Ángeles. Lo único que me quedaba por delante era encontrar a los desgraciados que me habían jodido la vida. Ir con Héctor era volver atrás para tomar perspectiva.

Esa noche no pude con la pena y me refugié en el alcohol. No me quedaba más güisqui, pero sí media botella de mezcal en un cajón del despacho y me la bebí. Le di mil vueltas a todo lo que había pasado. Y lo peor es que empecé a odiar a Ian. Le aborrecí con cada célula del cuerpo. Después de echarle, no volvió nunca, ni siquiera llamó por teléfono para preguntar. Era una rata cobarde, que no llegó nunca a la altura de mis expectativas. Demostró que ni era el hombre ni el

amigo ni el consejero ni el protector ni el amante ni el compañero que yo necesitaba.

Ahora sé que fue culpa mía, porque no le di la oportunidad de elegir si quería o no estar a mi lado. Ian no sabía nada. Habíamos estado jugando a algo de lo que solo yo conocía las reglas.

Hubo un momento de la noche en que decidí, borracha y todo, ir a buscarle. Conduje el Cherokee haciendo eses por la calle hasta la puerta de su casa. Tuve suerte de que el trayecto fuera corto y de que nadie se cruzase conmigo.

Me jodió encontrarla vacía. Creo que no pernoctó allí ni una sola vez desde que se reformó. Salí del coche y grité, le insulté, tiré piedras a los cristales de las ventanas, me cansé y me senté a llorar. Ian no tenía ningún derecho a dejarme tirada de esa manera. Saqué la escuadra y vacié el cargador contra las ventanas. Las destruí. Me recogieron los agentes de seguridad de la isla y me devolvieron a casa.

Al día siguiente temprano, apareció el mensajero de Héctor. Era un tipo elegante, vestido como un señor, con traje de buen corte y corbata. Carlos le abrió y le pidió el paquete, pero insistió en que lo debía entregar en mano.

Esperaba que fuese una fotocopia, pero no. Héctor me había mandado el original.

Al sostenerlo entre las manos, recordé mis mismas manos que sujetaban la misma carpeta en Las Rosas por primera vez. La carpeta ahora era diferente. Estaba sucia y hasta pude distinguir huellas de mi propia sangre en la portada. Las manos también habían cambiado. Faltaba el anillo de diamantes de Andrés y las vi más viejas y más blancas. Tal vez ya no eran las manos que merecían llevar un anillo de diamantes hecho por encargo de un narco muerto.

Carlos miró el dossier con curiosidad, pero no preguntó.

CAPÍTULO 21

27 de octubre de 2016 Miami (Florida. Estados Unidos).

No pude abrir el dossier inmediatamente. Desayuné en el porche como de costumbre, con la carpeta cerrada al lado de las magdalenas. Un observador silencioso apostado sobre el mantel blanquísimo.

El nuevo guardaespaldas que mandó Morales era demasiado joven. Paseaba de un lado a otro del jardín, intentando llamar mi atención. Pero en ese momento, el dossier me absorbía. Ni me apetecía hablar del tiempo ni charlar sobre cosas banales. Desayuné sola, en silencio, sin perder de vista los papeles que vigilaba con el rabillo del ojo, como si fueran a desmaterializarse en el momento menos pensado.

La pobre María recogió la mesa, ojerosa y temblona, casi antes de que hubiera terminado el café. Temí que quisiera despedirse. Si me abandonaba, sería otro fracaso que anotar en la lista. Le pagaría unas buenas vacaciones donde quisiera. Necesitaba cambiar de aires.

Agarré el dossier y me encerré en el despacho con mis demonios, pero tampoco lo abrí. Lo coloqué encima de la mesa en un sitio donde podía verlo desde cualquier parte de la habitación.

El despacho es un lugar especial. La única sala que encontré amueblada. Es una habitación anacrónica que no va con mi carácter y que bien podría ser el gabinete de un abogado del siglo XIX. Los muebles clásicos de estilo inglés de madera de nogal huelen a barniz y a insecticida antitermitas, que María se empeña en utilizar porque dice que sería una pena que se lo comieran los bichos y la humedad de Miami.

A la derecha, el escritorio y el sillón de cuero negro gobiernan el espacio y, detrás, una librería ocupa toda la pared. Enfrente de la mesa, dos sillas de confidente tapizadas en capitoné burdeos. Dos cortinas pesadas a juego con las sillas ocultan el ventanal orientado al jardín.

En la pared opuesta, colgaban las fotografías de las personas secuestradas que habían sido objeto de mis misiones en la OII, recuerdos obsoletos que se encontraban a cien mil kilómetros de distancia de mi actual situación. Observarlas junto a la carpeta de la *Operación Caronte* me dio náuseas.

Descolgué las fotografías. Las saqué de los marcos y las amontoné una a una encima de la mesa. Las metí en un cajón y eché los marcos a la papelera.

Me senté en el sillón y observé la pared que había quedado desnuda. Solo entonces, estuve preparada para abrir la carpeta. Esparcí las fotografías del dossier sobre la mesa, desdoblé el mapa y aparté los documentos financieros. Quedó una simple carpeta sucia de cartón marrón, vacía. Ya no tendría más sombras dentro.

Héctor había escrito en el mapa. Los puntos y las estrellas, ahora, significaban cosas como «camas», «armas», «muerte», «horno». Lo clavé con chinchetas en medio de la pared. Las fotos de la fuga del General las coloqué a la izquierda. Ubiqué las fotos del director de la DEA y del director de Inmigración a la derecha y las mías en la parte superior. Pasé la mañana sentada frente a la pared, mirando las imágenes expuestas lúbricamente a mis ojos.

Carlos me avisó de que la comida estaba lista, pero no quería salir de allí ni tenía hambre. Presentía que si abandonaba aquel cuarto, la documentación desaparecería y las fotos del cajón volverían a sus marcos y a su lugar. Al rato, Carlos me trajo una taza de caldo y un sándwich por orden de María. Le invité a entrar para que viera el motivo del sufrimiento de los últimos meses.

Le expliqué y escuchó en silencio sin dejar de mirar la pared. Al final, aunque no le pregunté, me recomendó que se lo enseñara a Morales.

—¿Es de fiar? —le dije.

—Creo que sí, pero si no, se delatará de algún modo. Sabrá de una vez de qué lado está.

—Entonces, la llamo.

Morales no tardó ni una hora en aparecer, sola, como le pedí. La recibí sentada en el despacho, como un general en su gabinete de guerra.

Miró el mapa con curiosidad. Le llamaba la atención como un faro en medio de la noche tal cantidad de anotaciones de colores brillantes: rojo, verde, azul... Y el río Bravo partiendo el papel por la mitad, sinuoso y espléndido.

—¿Es lo que parece? —preguntó señalándolo.

—Depende.

—¿Es el mapa de los movimientos y refugios del ejército fantasma?

—Correcto.

Supuso una liberación poder enseñárselo. No estaba loca. Mis temores y paranoias tenían un fundamento explicable, al fin.

—¿Quién lo ha hecho? ¿Quién se lo ha dado? —preguntó excitada.

—Andrés.

—Pero... ¿Lo tuvo desde el principio? —Sonrió.

—No. Se quedó en Sinaloa. ¡Y deje de preguntar tanto! —Me cansaba el interrogatorio.

—Con esto, el ejército mexicano podría actuar, podría detenerlos de una vez —se acercó al mapa como si fuera miope.

—Quiero enseñarle algo más —dije y le acerqué la carpeta con los documentos legales—. ¿Ve lo que pone en la carátula? *Operación Caronte*. Creo que toda la carpeta, incluido el mapa, eran de García y que Andrés se la robó. García es la clave para entender todo el conjunto, pero no sé cómo encaja en el rompecabezas.

—Si esta carpeta era de García, no debería existir —dijo sorprendida.

—Por eso se la robaron, porque existía. Fue descuidado.

Morales se sentó frente a mí y empezó a ojear los documentos. Igual que a mí, los nombres de las empresas, los lugares, las personas, no le decían nada, así que volvió a mirar el mapa con avaricia.

—Olvídese por ahora del mapa. Necesito que investigue esas empresas. Necesitamos conocer los socios, las actividades, todo, hasta que podamos saber de dónde sale el dinero y la relación con los sicarios. Tiene que haber alguna manera de cortarles el grifo.

—Déjeme el mapa también —me pidió cuando cerró la carpeta. —Se lo haré llegar al gobierno mexicano.

—¿Qué obsesión! Es usted una tocapelotas. Céntrese en lo que le doy —la reprendí con fastidio.

—¿Y las fotos? ¿Qué son?

—No lo sé, pero mire: la fuga del General, sus amigos de Washington y mías. Creo que García fue el fotógrafo.

—¿Por qué García tendría fotos suyas dentro de este dossier?

—Ojalá lo supiera —susurré.

—Pero, el mapa...

—Si quiero, puedo darle el mapa al propio presidente mexicano. —Se estaba poniendo pesada—. ¿Quiere verlo? ¿Ahora mismo? Puedo llamarle. Estará desayunando a esta hora.

—No entiendo por qué no quiere ofrecerles ayuda. Son los únicos que podrían hacer algo — insistió.

En un alarde de prepotencia y poder, saqué una agenda negra del primer cajón del escritorio y busqué el número del presidente, su número privado, el que tiene para su mujer y sus hijos. Descolgué el teléfono de sobremesa y lo puse en modo manos libres, para que la capitán pudiera oírlo. Dio un tono, dos tonos, tres tonos y sonó la voz del propio Federico Alarcón.

—¿Bueno?

Morales abrió mucho los ojos incrédula.

—Señor, soy Lola Suárez, perdone que lo moleste a estas horas...

—Usted nunca molesta. Estoy por desayunar, pero no importa. Siempre es un gusto platicar con usted.

—No le robaré mucho tiempo. Iré al grano, señor. Tengo en mi poder un documento que le puede interesar, un mapa con todas las casas seguras y rutas de los sicarios que le están arruinando el norte del país. He pensado que tal vez lo puedan utilizar ustedes para lanzar una ofensiva en los estados fronterizos y terminar de una vez con ellos.

—¡Qué bueno! —Parecía entusiasmado—. Hágamelo llegar, veremos qué podemos hacer. Puede ser una información muy relevante para...

—Señor, quiero advertirle que los cárteles están hartos y van a comenzar ya una ofensiva por su cuenta. Se les debe adelantar. Perdone que le hable así, presidente, pero pretendo aconsejarle de la mejor manera que sé.

—Bueno... Entiendo su buena intención, Lola, pero, aunque México es un país rico, también tenemos muchas necesidades y en este momento, la ofensiva que me propone... Este... como le digo, carecemos de presupuesto. En la frontera hemos tenido que improvisar campos de refugiados para los migrantes, costosísimos. Movilizar al ejército para esa ofensiva en este momento sería inviable.

Miré a Morales, que parecía decepcionada.

—Si los narcos les hacen el trabajo, la pérdida de legitimidad del gobierno y de las instituciones será irreparable por mucho tiempo, señor.

—Hemos pedido ayuda a los Estados Unidos, porque entendemos que es un problema que también les concierne, pero ni siquiera hemos recibido respuesta —se quejó.

—Lo sé, señor. De todas formas, le haré llegar el documento y ruego que se replantee su postura y haga un esfuerzo por México.

—Bien sabe que mi cometido es cuidar por el bienestar de México y de los mexicanos.

—No lo dudo, señor. Espero no haberle interrumpido demasiado. Muchas gracias por su atención.

—Gracias a usted, Lola. Siempre es un gusto escucharla. Y a ver cuándo viene un día y almorzamos juntos. Rebeca estará encantada de volver a verla.

Después de colgar, Federico Alarcón estaría sentado frente a su desayuno pensando: «Chingadamadre... A ver si me dejan comer ya de una vez».

Morales había pasado de la decepción a la sorpresa y al enfado. Se quedó con la boca abierta y el ceño fruncido.

—¡Es increíble! ¿No va a hacer nada tampoco? —exclamó.

—Sí, lo hará, pero demasiado lento y demasiado tarde. Las cosas de palacio van despacio. Confía demasiado en los políticos.

Me levanté del sillón y paseé por la sala.

—Como ha oído, los cárteles van a atacar más pronto que tarde y tengo la intención de

regresar a México y estar en primera línea. Le informaré de los avances. Pero la ofensiva no servirá de nada si no podemos cortar la financiación. —Le puse el dossier en las manos—. Usted debe averiguar de dónde sale el dinero y pararlo como sea. Probablemente, las empresas le conduzcan hasta los personajes de las fotografías: el director de la DEA y el de Inmigración. No se pare ahí. Llegue al presidente de los Estados Unidos, si es necesario.

Le sujeté las manos y le miré a los ojos. Traté de infundirle valor, porque sabía que la enviaba a un terreno más peligroso que al que me dirigía yo. Si no actuaba con sigilo, saltarían las alarmas y la descubrirían y solo Dios sabía qué cargos y qué personas estarían relacionadas con el asunto. Si me habían atacado en mi propia casa, los implicados no tendrían ningún pudor en matar a Morales, incluso a plena luz del día frente a la Casa Blanca.

—¿Estará implicada la CIA? —preguntó.

—Me habría enterado. Esto es algo demasiado burdo.

—Por fin tenemos algo que hacer —dijo ilusionada.

Cuando se puso de pie, le temblaba el dossier entre las manos. Tuve la certeza de que Morales era una novata, pero no había nadie más que se pudiera ocupar.

—Todo saldrá bien. Si quiere, puede quedarse a dormir aquí. Está Carlos y puede contar con él para lo que sea. Estará más segura que en su casa. Venga. Vamos a tomar un café. Deje aquí el dossier, de momento.

Salimos del despacho y cerré la puerta con llave.

Aquella tarde hice todos los preparativos. Avisé a Héctor, que aún no sabía nada de mis planes, hice la maleta y tragué saliva... muchas veces.

Las batallas perdidas son las que no se luchan, así que yo había pasado meses perdiendo la mía. Evitar la guerra, atrincherarme en la ignorancia y eludir investigar quién me quería muerta o por qué me había llevado a perder justo lo que quería conservar. Y no hice jamás pastel de chocolate. Demasiado tarde para mí. Pero no podía seguir quieta esperando noticias. Era la responsable o, más bien, la culpable de la situación. Me sentí en la obligación de hacer lo posible por devolver la normalidad a los narcos, los migrantes, el gobierno mexicano y a mí misma. A falta de otra expectativa, me conformaba con volver a lo que tenía antes de que muriera Andrés.

¿Qué haría si encontraba vivos a Willy y García? Dudé de si sería capaz de matarlos o de dar la orden para que lo hiciera otro. Pero tampoco podría dormir tranquila si los dejaba con vida. Debían morir.

Encontré mil argumentos para acabar con ellos sin que fuera una venganza ruin, pero todos me dejaban un regusto amargo. Lo haría por Ana, por los migrantes, por el padre Manuel, por México entero, por la humanidad... Alguien debía borrar del mapa a semejante gentuza. Un montón de excusas filantrópicas para que no fuera solo un acto de venganza. No sería un ojo por ojo.

Pero sí.

Andrés castigaba la traición con la muerte y puso en práctica su convicción una y otra vez exhibiendo una brutalidad que entonces me repugnaba. Ahora sé que soy más parecida a él de lo pensado.

Hubiera dado cualquier cosa por que hubiera estado a mi lado. Sabría mejor que nadie qué hacer y me habría evitado cualquier peligro. Incluso hubiera actuado antes de que yo se lo pidiera. Pero ya no estaba e Ian había huido aterrado, así que tenía que ser yo la que regresara a México a terminar el asunto con la suficiente sangre fría.

Al día siguiente, la mañana llegó más clara y limpia que nunca. La luz, filtrada por las cortinas, llenó la habitación como un bálsamo encargado ex profeso para mí. Al fin, terminaba la oscuridad y podría entrar en acción.

Agradecí el desayuno en el porche. Me reconfortó mantener la rutina, a pesar del revuelo de los últimos días.

El nuevo guardaespaldas se acercó por sorpresa antes de que hubiera podido tomar el primer sorbo de café.

—Me gustaría hablar con usted un momento.

—¿Sí? Aproveche ahora, porque me marcho en unos minutos —contesté sin mirarle con la taza en la mano. Esperaba la charla insustancial de las presentaciones.

—Quería decirle que mi hermano la tenía en gran estima y que...

—¿Hermano? —Levanté la vista para mirarle directo a los ojos.

—Soy hermano de Daniel Richartson. Me llamo David. Me tragué las lágrimas. No era el momento de sentimentalismos.

—Pediré su relevo, David —afirmé—. Su hermano no tenía que haber muerto y menos aquí. Ahora mismo no puedo garantizar que no nos vuelvan a atacar y no podría llevar sobre la conciencia la muerte de otro hermano.

—No, por favor. Es lo más cerca que puedo estar de saber quiénes lo han hecho y por qué.

—El ataque no tuvo nada que ver con Daniel ni con lo que hacía en esta casa. La única culpable soy yo. No terminé en su momento algo que había empezado tiempo atrás. Lo único que puedo decirle por ahora es que vuelo a México. Por desgracia, ha habido demasiadas muertes y a nadie le pesan más que a mí.

Llamaron a la puerta, Morales se unió al desayuno. La encontré ojerosa, aunque sonriente y algo ilusionada por el avance que había supuesto el dossier de García. No recuerdo bien si comió. Yo ya estaba más en México que en el jardín. Se sentó a la mesa enfrente de mí y luego hice venir a Carlos para darle instrucciones, como otras veces. Él sabía qué debía hacer si me pasaba algo. Sabía dónde estaban las pólizas de seguro y el testamento, cómo localizar a mi hermano y otras cosas que le repetía antes de cada misión. También le dejé al cuidado de Morales, que confirmó que se quedaría en casa.

Después me despedí de María y le juré que esa vez sí que sería la última. Le propuse que se tomara unas vacaciones, que se las pagaría, que eligiese un destino, pero insistió en posponerlas hasta mi vuelta.

Carlos y Morales me acompañaron al aeropuerto. No me gustan las despedidas lacrimosas. Le entregué a Morales la llave del despacho que había guardado en el bolsillo para que no se me olvidara.

El vuelo duró unas cinco horas hasta El Paso, con escala en Atlanta. Esta vez, resolvería la situación como fuese. Si me volvían a agarrar, la tortura sería aún peor como castigo por haber sobrevivido. Pero ahora, no me pillarían desprevenida.

Volví a ponerme los pantalones de tía dura. Tenía que tratar con la mafia mano a mano, hombres fríos, carentes de escrúpulos razonables y muy machistas. La única manera de ganarme su respeto era ser más fría que ellos y más bestia que todos juntos.

En Ciudad Juárez me esperaban Héctor y Ernesto Acosta, el nuevo jefe del cártel. Era de Badiraguato, leal a Andrés, y ya se había ganado la confianza de muchos jefes de plaza y el respeto de otros a costa de la sangre que consideró necesaria. No podía llamarse todavía «jefe de jefes», pero la tregua impuesta por las circunstancias le había dejado un poco de descanso para reponer fuerzas y obtener las plazas que faltaban del antiguo territorio de Andrés.

Cuando se abrió la puerta del avión, me puse las gafas de sol y bajé con paso firme las escaleras hasta la pista. Alquilé un coche en el mismo aeropuerto y crucé la frontera con el pasaporte diplomático, que había recuperado por gracia de la OII. Eludí la fila de coches que

aguardaban para pasar el control aduanero. En menos de una hora había llegado al punto de encuentro acordado con Héctor en Ciudad Juárez: un restaurante económico llamado Mariscos del Mar en la avenida de los Aztecas.

Lucía la fachada de amarillo y azul, destacando sobre el resto de casas. Pasé despacio y pude escuchar la música dentro del local, demasiado alta: Alejandro Fernández lo daba todo con una norteña. El lugar estaba abarrotado de gente y había muchos carros aparcados en el exterior.

Héctor me salió al paso y le confundí en un primer momento con un parquero que se atravesaba para pedirme dinero. Me hizo señas para que parara y se subió en el asiento del copiloto. Me alegré de ver una cara amiga.

—Jefa, continúe un par de cuadras —dijo jadeante por la carrera—. Tengo otro carro ahí delante, por si la siguieron.

Hacía casi un año que había visto a Héctor por última vez y le encontré mucho más mayor, más maduro, como si hubiera envejecido diez años. ¿También me vería más vieja?

Oscurecía. El cielo perdía el azul por momentos.

Héctor ni me miró. Atento a la calle, continuó en silencio. Me hizo parar en un taller de coches, donde dos hombres nos esperaban en la puerta. No eran mecánicos. Saludaron a Héctor con un gesto parco de la mano y nos dejaron pasar. Dentro había muchos coches viejos y oxidados, con grandes golpes y algunos con disparos por toda la carrocería.

Héctor bajó deprisa y se dirigió a un Ford gris que había en un lateral.

Mientras sacaba mi bolsa del maletero, encendió el motor y me abrió desde dentro. Eché la maleta en los asientos traseros y casi sin tiempo de que yo cerrara la puerta, pisó el acelerador.

—¿Qué prisas son estas? —le dije contrariada.

—Está anocheciendo y no es seguro que andemos por la carretera. Hace quince días que empezamos a atacarlos y ha resultado como remover un avispero. Andan en grupos de cuatro o cinco como locos. Asaltan, roban y matan como perros salvajes. No quiero encontrarme con ellos. Hoy no. Quiero llegar al rancho lo antes posible.

Héctor conducía hacia el sur como una mala bestia. Llevaba el ceño fruncido y la vista puesta en el horizonte. Íbamos a ciento cincuenta, ciento ochenta kilómetros por hora, y el coche rebotaba por el asfalto imperfecto. Tras dejar la ciudad, tomó un camino durante unos kilómetros hasta que llegamos al rancho. En la puerta había dos hombres con armas largas. Se acercaron con el dedo puesto en el gatillo, pero al ver a Héctor, se apartaron y nos dejaron continuar.

Llegamos de noche cerrada, pero a salvo. Avanzábamos por un camino con carros aparcados a ambos lados, de los que muchos eran todoterrenos grandes de ruedas anchas. Una gran casa nos esperaba al final.

—¿Me invitas a cenar, Héctor? —pregunté al verle sonreír tranquilo.

—Seguro que hay asado —me miró divertido.

—Ja, ja, ja.

CAPÍTULO 22

28 de octubre de 2016. Ciudad Juárez (Chihuahua, México).

—Le hemos preparado una pieza en la planta de arriba. Esto no es Las Rosas, pero no está tan mal. Nos lo ha prestado Fernando López y nos vale de momento. En la casa nos quedamos Ernesto, algunos jefes y los más cercanos. Los hombres duermen en unos barracones para jornaleros en la parte de atrás. Hacen guardias constantes de cuatro horas, por turnos... Y no hay mucho más que contar —seguía hablando Héctor, mientras caminábamos.

—Os veo bien organizados. ¿También está Fernando? —El jefe de Ciudad Juárez nunca me gustó.

—No. —Me miró y sonrió—. Está en una hacienda, al este.

Me daban escalofríos solo de recordarlo. Era un asesino miserable y sin gota de conciencia que se jactaba de matar con sus propias manos a sus enemigos y casi a cualquiera que le llevase la contraria.

A Andrés también le repugnaba, pero era el jefe de una plaza importante, por lo que era mejor tenerle cerca y reírle las gestas. ¡Maldita la gracia! Procurábamos no verle si no era necesario. Cada tres o cuatro meses, llamaba a Andrés y le lloraba porque le iba mal el negocio y no ganaba suficiente. El gordo cabrón lo tenía bien montado. Pasaba nuestra droga por la frontera de cualquier forma que le resultara barata o gratis y a nosotros nos sangraba por el porte. Pero era efectivo, así que mirábamos para otro lado.

Al final, Andrés trabajaba para pasar grandes cantidades y prescindir de tipos así.

La frontera es un territorio difícil que los mexicanos han convertido en un verdadero infierno en la tierra.

Por lo que vi después, Ernesto no era mejor que Andrés en ese asunto. Fernando funcionaba y, por suerte para Ernesto, estuvo de su lado desde el principio, así que no puso reparos a sus métodos. Tener a Fernando de enemigo hubiera sido peligroso para él. Hay cosas que no cambian.

Ya dentro de la casa, el eco de nuestros pasos sonaba duro al rebotar en las paredes. Cruzamos un hall enorme y vacío, apenas iluminado por la luz que salía por la puerta entreabierta del salón. Un profundo olor a polvo evidenciaba que no se había habitado durante años.

Estaba a punto de dar un salto mortal hacia atrás en el tiempo. Me paré a coger aire.

Héctor se adelantó y abrió por completo la pesada puerta de roble. Hizo una reverencia estrafalaria para indicarme que entrara. Estaba disfrutando.

—Nos están esperando —susurró.

Cuando crucé el umbral, un montón de hombres de pie me miraba en silencio. El humo de tabaco difuminaba algunas caras, a pesar de que el comedor estaba bien iluminado. Al fondo, colgado de la pared, un mapa idéntico al que había dejado en el despacho presidía la sala.

—Buenas noches, señores.

Las palabras rasgaron el aire como si una navaja lo hubiera hecho con el telón de un escenario.

Tres segundos sin respuesta y pude reconocer algunas caras: un par de jefes y algunos guardaespaldas antiguos.

—¿Pensaban divertirse sin mí? —dije sonriendo.

Sonaron risas por fin y algunos se acercaron. Vicente Flores, el jefe de Delicias, fue el

primero en saludarme. Era un tipo afable y menudo, que conocía desde hacía más de diez años, al principio de todo.

—Bienvenida, señora.

—Muchas gracias. Siempre es un gusto estar entre amigos —contesté.

—Quería darle el pésame por Andrés. En su momento no pude... —confesó compungido.

—No se preocupe. Ya hace mucho de eso.

—Hoy hace un año —rugió una voz de barítono al fondo del salón, desde un lugar que no pude ver.

—¿Hoy? —La luz de Andrés me guiaba un año después de desaparecer. Era una señal—. ¡Pues brindemos por el Águila, señores! ¡Estoy seca!

Se formó un grupo animado a mi alrededor. Algunos se presentaron y otros me preguntaron cómo estaba o cómo me iba.

Después de un rato, Héctor me apartó y me llevó junto a una ventana al final de la sala. Apoyado contra la pared, el tipo que había gritado antes le pegó un trago al vaso que sostenía y me miró de arriba a abajo. Era el mismísimo Ernesto Acosta, nuevo jefe del cártel de Sinaloa, Sonora y Chihuahua, un tipo alto, demasiado para ser mexicano, moreno y de ojos color miel. Me estrechó la mano y me sostuvo la mirada desafiante, con una expresión altiva que me repelió.

—Bienvenida. Espero que esté cómoda entre nosotros —arrastró la última palabra. Señaló con malicia que era la única mujer del grupo.

—¿Por qué no? —Le sonreí—. Con amigos no puedo estar mal.

No quise entrar en una guerra estúpida. En ese instante, Héctor me entregó un vaso de vino y un plato de plástico con un pedazo de carne asada.

—No crea que vengo a quitarle nada —continué—. He venido a buscar a dos hombres que quiero ver muertos. Cuando los encuentre, prometo volver a mis asuntos y ustedes podrán volver a los suyos, cualesquiera que sean.

Le di un trago al vino y me espantó su aspereza. Arrugué la nariz y dejé el vaso y el plato en el quicio de la ventana. Se me había quitado el hambre.

—Y ahora, me voy a descansar. Ha sido un día muy ajetreado. Un viaje largo.

El resto de la reunión transcurría entre conversaciones y risas. Había un extraño ambiente de fiesta y camaradería.

Héctor me condujo a una pieza de la primera planta, un cuarto amplio con una cama *king size* bien dispuesta. Se habían afanado en adecentar el cuarto. Por la ventana, abierta para que saliera el olor a cerrado, se colaba el frío de la noche. Héctor se disculpó por todo. ¡Pobre!

No me molesté en deshacer la maleta. A los tipos de abajo no les preocupaba lo más mínimo si llevaba la camisa arrugada. Me desnudé y caí rendida. Las sábanas, de algodón áspero y duro, olían a jabón y estaban congeladas, pero no impidieron que durmiera doce horas seguidas sin pesadillas. Hacía mucho que no me pasaba.

Bien entrada la mañana, cuando el sol ya se colaba deslumbrante por la ventana sin cortinas, alguien llamó a la puerta. Desperté sobresaltada.

—¿Qué hora es? —Me pesaba el cuerpo como si se hubiera quedado pegado al colchón.

—Jefa, soy Héctor. Vístase. Salimos de excursión.

Me enfundé los mismos pantalones y botas del día anterior.

Hacía rato que los hombres habían salido de cacería a una propiedad cercana sorprendiendo a una docena de sicarios que dormían dentro.

Recorrimos unos diez kilómetros por un camino próximo al rancho y llegamos a una casa antigua de una sola planta, de color celeste en sus buenos tiempos y ahora llena de desconchones

descoloridos. La fachada tenía disparos desde todos los ángulos posibles. Habían gastado cientos de balas innecesariamente. Nos esperaban a la entrada del edificio empuñando los akás.

—¡Qué han hecho! —espeté a uno que salía—. ¿No hay nadie con vida?

—Queda una mujer —contestó y escupió al suelo, mientras se apartaba de la entrada.

Entré corriendo. Héctor, detrás. Estaba oscuro y el sol descarnado dejaba un rastro polvoriento en todo lo que tocaba. Olía a yeso y a muerte, a sangre fresca y salada. En el pasillo, tropecé con un cadáver y paré hasta que los ojos se me acostumbraron a la penumbra. Era un sicario vestido de militar. Seguí caminando despacio y, habitación tras habitación, fui encontrando más muertos, sangre que lo manchaba todo y paredes baleadas y desconchadas. Las moscas habían invadido la casa y hecho de ella su territorio. En la última pieza, dos hombres sujetaban a una mujer por los brazos. Sollozaba.

—Muchachos... ¡No! No me matéis. Tengo dinero. Os puedo pagar bien. Sáquenme de aquí, por lo que más quieran —gemía.

Una voz familiar. Por un instante, pensé que los oídos me estaban engañando. Se me revolviéron las tripas al reconocer a Cami.

Me miró de frente. Primero, se sorprendió y después vi la súplica en su rostro.

Vestía como los sicarios muertos, con la ropa sucia y llena de sangre. Tenía el pelo revuelto y lleno de polvo. Le corrían surcos de lágrimas entre la mugre de las mejillas.

—¡Lola! ¡Sácame de aquí! Diles que me suelten —gritó mientras forcejeaba con sus captores.

Ni me inmuté. No la ayudaría. Le hice entender que no tendría compasión con ella. Se le saltaron las lágrimas.

—Han matado a Willy —se le quebró la voz y miró a su izquierda.

Un bulto retorcido yacía en una postura estrafalaria con cinco o seis tiros en el cuerpo, los ojos entrecerrados y la boca abierta.

—Joder. ¿Sabes lo que me hizo ese cabrón? —susurré.

Salí del cuarto. No podía permitir que Cami me viese llorar.

—¡Lola! ¡No te vayas! —gritaba a mi espalda.

Salí de la casa. El hedor a muerte me asfixiaba. A pesar de todo lo que había hecho, Willy era mi amigo. De alguna manera retorcida y masoquista, me dolió ver su cadáver. Apoyé las manos en las rodillas y me incliné hacia delante. Inspiré varias veces para no vomitar.

—¿Qué hacemos, jefa? Usted manda —preguntó Héctor.

—Hay que atarla, las muñecas a la espalda y también los tobillos, que no se pueda poner de pie. Me tiene que platicar unas cuantas cosas —le ordené sin dejar de mirarme los pies.

Quizás García también andaba cerca y Cami me lo tendría que decir.

—Si quiere, lo puedo hacer yo —se ofreció Héctor a interrogarla. Me vio demasiado débil para hacer lo que debía.

—Bueno. Ya... ¿Qué cojones te pasa? —dije mientras me incorporaba y le encaré.

—Nada. —Se apartó y levantó los brazos—. Si el Águila estuviera aquí...

—Pero no está. ¡Ellos le mataron! ¿No me crees capaz de interrogar a esa zorra? He cambiado mucho.

Era un animal rabioso.

—Él no le hubiera permitido entrar ahí —replicó.

—Él no hubiera permitido que llegásemos a este punto. Si no le hubieran apresado, seguiría vivo y yo... Yo... —La furia me golpeaba las sienes—. ¿Por qué no estaba el coche de huida cuando salió del túnel? ¿Eh?

Héctor miraba al suelo inmóvil con la cabeza gacha.

—Se lo llevó la grúa. Lo dejaron mal estacionado.

Se frotó los ojos con la manga de la camisa, pero no levantó la cabeza, como un chiquillo que confesaba un pecado que le pesara desde hacía mucho tiempo. ¿Por qué no se lo había preguntado antes? Los dos lo echábamos de menos. Lo abracé.

—Necesito que confíes en mí, igual que en Andrés —le pedí.

Después de calmarnos, entramos de nuevo. Héctor avanzó a grandes zancadas hasta donde seguía Cami lamentándose. Permanecí en el pasillo apoyada en la pared sin asomarme siquiera. La oí llorar, gimotear, suplicar por su vida mientras la ataban. Como nadie respondía, al final la oí maldecir e insultar. «Putas», dijo uno, y le soltó una sonora bofetada. Héctor y los hombres salieron del cuarto sin mirar atrás. Sus pasos lentos dejaron un eco rotundo en el pasillo. Me había quedado sola con Cami y un montón de cadáveres acribillados que todavía sangraban y rezumaban muerte. Cuando dejé de gemir, entré en la habitación.

Una luz brutal cruzaba el aire y hacía brillar las motas de polvo que flotaban, como pequeños diamantes. Willy me miraba inerte tirado en el piso con el gesto arrugado. Era doloroso. Era lo que yo había querido.

Cami, atada y de rodillas, mantenía la cabeza gacha. Miraba algún punto indeterminado. Me senté alejada de ella en un colchón sucio que había en el suelo y apoyé la espalda en la pared para no flaquear.

—Buenos días, amiga —dije. No se inmutó.

El pelo le caía sobre el pecho y apenas me permitía verle la cara.

—Solo quiero saber una cosa. Necesito que me digas dónde está García.

Siguió en silencio, sin moverse.

—Ayúdame —le rogué.

—¿Me vas a sacar de esta? —susurró.

—¿Dónde está García? —Me puse seria. No íbamos bien.

—Mátame ya si lo vas a hacer. No sé nada de él desde hace meses, desde que te capturaron.

—¡No! —grité. Me levanté de un salto y avancé hasta a ella—. ¡Willy me entregó!

Empezó a temblar. Encogió los hombros y se inclinó hacia delante, pero no dijo nada.

Le agarré la cara y le obligué a mirar a su compañero.

—¡Mírale! —me agaché para susurrarle al oído con los dientes apretados—. Me habéis traicionado y ni siquiera sé por qué. —Le aparté el pelo para verle los ojos—. Yo nunca lo hubiera hecho. ¡Jamás!

Sus ojos estaban líquidos y oscuros, pero no había ni una pizca de arrepentimiento.

La solté y me alejé con asco. Le di la espalda. Apoyé la frente en la pared, luego las manos. Tenía ganas de golpearla, de destrozarle la cabeza, de morderla hasta la muerte.

—¡Oh, Cami! —suspiré con rabia.

El yeso frío calmaba la quemazón que me reventaba dentro de la cabeza.

—Fue por dinero. No nos quedó otra —explicó.

—¡Oh, Cami!

—Willy tenía deudas. Sabes que consumía mucho, que gastaba mucho... Se metió en un negocio con unos colombianos y salió mal.

Sus palabras me estaban destrozando. ¿Acaso no podían haberme pedido ayuda? El maldito orgullo... No quise oír más. Nada era excusa para vender a una compañera.

Me giré y apoyé la espalda en la pared.

—¿Dónde está García? —pregunté de nuevo, con toda la calma que pude.

—Willy y yo no sabíamos que te querían matar.

Le di una bofetada fuerte y sonora que le partió el labio y empezó a sangrar.

—Se aprovecharon de nosotros —Empezó a llorar—. ¡Pobre Willy!

—¿Dónde está García? —repetí mientras me rascaba la palma de la mano.

—No lo sé. Nos encargó lo de la bomba del carro de Ramírez. Nos pagó por adelantado y no pregunté. El día después de tu captura, por la noche, llegó a Monterrey. Nos dijo que habías muerto y que todo había terminado. Se despidió de nosotros y no he vuelto a saber nada.

Ya no reconocí a mi amiga Cami.

—Estaría contento el cabrón —dije.

—¿Qué? No. Le vi triste, cansado, frío, como es él... Sácame de aquí.

—No puedo.

Me marché sin mirar atrás y empezó a gritar: «Lola, sácame. Perdóname, Lola». Si me hubiera girado para mirarla, la hubiera matado.

Nunca supe si García les había engañado o si Cami mintió para salvar su vida, pero me había dado otra pieza del puzle: García preparó el asesinato de Ramírez y me inculpó. No tuve ninguna duda de que organizó también el de Andrés. Todo empezaba a encajar. Nos quería muertos a los dos, pero ¿por qué?

Andrés había investigado el bloqueo de la frontera y descubrió la conexión con García. Le robó el dossier, que no debía existir, pero lo arrestaron antes de que pudiera utilizarlo. Sabía cuál era mi relación con la *Operación Caronte* y me avisó del peligro. En su afán por borrar las pruebas, García asesina a Andrés y lo intenta conmigo. Pero, las pruebas, ¿de qué? Y lo más importante para mí: ¿cómo estaba relacionada con la *Operación Caronte* si no conocía su existencia antes de que me entregara la carpeta? Andrés se llevó las respuestas a la tumba.

Héctor y dos hombres seguían apostados en la puerta. El resto se había marchado. Me miraron esperando una reacción.

—Mátenla y quémenlo todo —les ordené. No me tembló la voz.

Entré en el coche, al asiento del copiloto y esperé. Héctor dio las instrucciones y nos marchamos. No oí ningún disparo ni olí la carne quemada. Nos fuimos antes.

En el rancho, los jefes almorzaban en el salón, de nuevo en un ambiente festivo, fuera de lugar. Llegaba de matar a mi amiga y ellos comían y bebían como si nada. Fuera, se libraba una feroz guerra de la que dependía su supervivencia, pero ni siquiera vi un gesto de preocupación.

Agarré la puerta del salón y di un portazo. Cayó como una bomba sobre el cerco. Se volvieron alarmados y alguno hasta echó mano a la escuadra.

—Bueno, amigos —dije alzando la voz—, ¿esto es un campamento de los *boy scout* o qué? No entiendo cómo están de fiesta cuando ahí fuera se decide su futuro.

Vicente Flores fue el que se atrevió a hablar; supongo que por la confianza de años que tenía conmigo.

—Lola, vamos para un mes que estamos acá. Cada día, matamos sicarios de esos por aquí y allá y parecen cucarachas, porque no se terminan nunca. Desde Matamoros a Tijuana hay grupos como el nuestro y están igual. Estamos cansados. Hemos desatendido nuestros negocios y nuestras familias. ¿Qué nos queda?

Me acerqué al mapa de la pared, en el que Héctor había añadido los lugares en los que estaban reunidos los nuestros y hasta el número de hombres armados que había en cada uno. Medía metro y medio de largo y abarcaba los 3.142 kilómetros de frontera con Estados Unidos.

—Voy a mostrarles un plan para acabar con esto. —Conseguí despertar su interés—. ¿Recuerdan cuando Bush levantó el muro? Lo hizo solo en algunos tramos. Un tercio del total. Aquí, aquí y aquí. En las zonas pobladas —dije señalándolas en el mapa—. Su intención fue

empujar a los migrantes y los narcos al desierto: Arizona, Sonora... Vamos a hacer lo mismo. Vamos a empujar a los sicarios al norte, al desierto. Se los vamos a devolver a los gringos. Lo vamos a quemar todo. —Se oyeron murmullos por la sala—. No todo: sus casas, sus refugios... Pero en un orden concreto. Hay que coordinar los ataques para empujarlos al desierto o a la muerte. Que elijan. Que elijan morir en el desierto, de sed, o bajo nuestro fuego. ¿Qué les parece?

—A estas alturas, aceptamos cualquier cosa —dijo Vicente.

Algunos asintieron y otros callaron.

—Por lo pronto, si quieren y me lo permiten, asumo el mando y ustedes pueden regresar a sus hogares, a atender sus negocios y sus familias. Poco pueden hacer aquí. Héctor y yo nos podemos comunicar con el resto de puestos y transmitir estos planes. Si la Marina se enterase de quiénes están hoy aquí, sería el fin del cártel por muchos años. Váyanse a sus plazas.

—Yo me quedo —dijo Ernesto.

Ni le miré. Se quedaba para ponerse la medalla de la victoria y cobrar simpatizantes. Si el plan salía bien, se ganaría una leyenda y hasta le harían narcocorridos. Tal vez, se apropiaría de la idea y relegaría mi nombre al olvido. No importaba. Mi objetivo era otro: encontrar a García. Había que conectar todos los grupos para que actuaran como un gran puño que se cerrara sobre los sicarios y con García dentro.

—Con tanto fuego, ¿no alertaremos a la Marina? —dijo alguien.

—Eso déjenmelo a mí. Hablaré con el presidente. Si no quisieron intervenir antes, ahora tendrán que quedarse quietos.

—¡Bien dicho! Que dejen las cosas peligrosas para los hombres —dijo otro, y las carcajadas estallaron en la sala.

—O para las mujeres —siguió otro el chiste.

—Ahora sí, señores, vamos a comer.

Quedaron aliviados por poder regresar con su gente y abandonar la vida austera que se habían impuesto.

—Esos muchachos gastan muchas balas, ¿no? Se les queda el dedo pegado al gatillo —le comenté en privado a Héctor.

—Supongo que creen que si disparan mucho, disparan primero. Pasan miedo.

—Se van a matar entre ellos. ¿Y si les compro chalecos?

—Pues no sé si sirva.

—Por lo menos, se sentirán más seguros, más confiados, ¿verdad? Es que asusta al ritmo que disparan. ¿Viste cómo dejaron las paredes esta mañana?

—Piensan que los sicarios son fantasmas, espíritus que protege el mismísimo diablo. Se han inventado muchos cuentos de viejas, hasta que son una maldición que nos manda Dios.

—Bueno, yo les compro los chalecos y diremos que los bendijo el mismísimo Jesús Malverde, a ver si les vale.

—Ja, ja, ja.

Le encargué los chalecos a Morales. Era más rápido que los consiguiera en Estados Unidos y cruzara la frontera por carretera.

Antes de terminar el almuerzo, algunos jefes impacientes ya se habían marchado, otros se despidieron durante la tarde y, al final del día, solo quedamos Ernesto, Héctor y yo.

A partir de ese momento, Ernesto cambió su actitud hacia mí. Al alejar a los jefes, le había convencido de que no pretendía ganarme sus apoyos para hacerme con el cártel y empezó a creer en mi desinterés por quitarle el negocio. A pesar de la transformación, traté de evitar quedarme a solas con él. No acababa de inspirarme confianza.

* * *

CAPÍTULO 23

29 de octubre de 2016. Ciudad Juárez (Chihuahua, México).

—¿Por qué tú? —la interrumpió James, intrigado por la historia.

—¿Qué? —Lola salió de la ensoñación que le traían los recuerdos.

—¿Por qué un grupo de peces gordos deja en manos de una mujer el control de un operativo semejante?

—No les quedó más remedio. Era la única en quien confiarían los otros jefes. Si Vicente, Ernesto o Fernando se hubieran puesto al frente, los demás jefes hubieran desconfiado y hubieran pensado que era una estratagema para robarles territorio o para perjudicarles. Yo no tenía ningún interés extra, más que acabar con el ejército fantasma y encontrar a García. Era como Suiza: un país neutral.

* * *

Gastamos la tarde en contactar con todos los centros operativos y establecer un sistema de comunicación efectivo. Usamos teléfonos de prepago que conectábamos cada hora y mensajes públicos en Facebook, con apariencia convencional: «Se perdió mi perrito. Zona: General Cepeda. NL». «Amén». «Ya apareció. Gracias por la ayuda».

En todas partes existía la misma situación caótica. Los ejércitos de sicarios se habían dividido y andaban desparramados. Sembraban el terror como una plaga de langostas. Los ataques no eran ya tan espectaculares, pero la inseguridad y el miedo cundían entre la población y los migrantes. Si antes solo atacaban al que intentaba cruzar la frontera, ahora asaltaban a cualquiera. Entraban en poblaciones y campos de refugiados para conseguir víveres. Mataban sin miramiento a todos los que se cruzaban en su camino, aunque no fuera necesario. Peor que animales rabiosos. Un ejército agonizante dispuesto a morir matando.

Gracias a Dios, el plan convenció al resto de jefes, así que al día siguiente, empezaron a destruir los refugios que estaban más al sur. El gran cinturón de fuego se convertía en una verdadera luz de esperanza.

Muchas de las guaridas habían sido abandonadas, pero se quemaron todas. Cuando los sicarios regresaban y las encontraban inservibles, se veían obligados a seguir desplazándose. Estaban haciendo exactamente lo que queríamos: avanzar hacia el norte.

A la semana, habíamos eliminado más de la mitad de los refugios. En las zonas más cercanas a la frontera, se incrementaron los ataques y se concentraron los grupos de malditos demonios. Ernesto y yo decidimos cesar las cacerías en esas zonas para no espantarlos. Debían creer que estaban seguros, aunque, en realidad, nuestro puño les empujaba suavemente. Pronto los echamos de Baja California al este y luego, de Tamaulipas al oeste. El presidente Alarcón me llamó para preguntar qué pasaba.

—¡Pero hacen demasiado ruido! —se quejó—. Vamos a tener que intervenir, y no me hago responsable de lo que pueda pasar... Algunos militares han entendido que es una oportunidad de oro para darle un buen golpe al narcotráfico.

—Presidente, si el ejército decide buscar narcos en lugar de asesinos, echaran por tierra lo que hemos ganado en los últimos días y entonces, sí que perderá el control de la frontera. Ahora

mismo, debe entender que son un mal menor.

—No se trata de lo que yo piense. Entienda que recibo muchas presiones. Si al menos pudiera justificar y mostrar que el gobierno está haciendo algo, que no estamos de brazos cruzados...

—¡Hubiera empezado por ahí! Ya pensaba que se estaba volviendo loco —le bromeé—. Voy a prepararle un par de cosillas para que sus hombres estén entretenidos y puedan hacerse unas fotos. ¿OK?

—Podría ser una solución...

—Pues claro. Para la prensa y para el mundo, usted quedará como el héroe que acabó con el terror en la frontera. —Seguí la chufla, pero no se enteró.

—¿Usted cree? —preguntó incrédulo.

—¡Pues claro! Póngame en contacto con alguien de confianza de la Policía, la Marina o quien quiera y les daré instrucciones precisas. Pero le advierto que si se salen de lo convenido, habrá una matanza. —Me puse seria—. No puedo responder por todos los implicados. Compréndalo.

—Por supuesto —dijo interesándose. Le había cambiado el tono de voz—. ¿Cuándo la he fallado?

—Nunca, presidente, por eso le aviso de que este no es el momento de hacerlo.

Al día siguiente, dejamos que la Marina atacara uno de los refugios en el que había media docena de sicarios exhaustos. Fue portada de todos los noticieros. Cada pocos días, les dejábamos hacerse unas fotos. Un pago minúsculo por la impunidad.

El rancho era el centro de comunicaciones y coordinación de una verdadera guerra. Fueron días intensos: los tres estábamos ocupados en seguir los movimientos de todos los grupos, anotar los avances y programar los ataques del día siguiente. Mientras, evitaba quedarme a solas con Ernesto, me pegaba a Héctor como una lapa o huía sin esconder mi incomodidad.

El sueño largo y reparador de la primera noche no se repitió y volví al insomnio habitual. Las pesadillas se intensificaron ante la inminencia de dar con García. En cuanto cerraba los ojos, el restallar del látigo me sacudía todo el cuerpo y un eco lejano, pero real, me golpeaba las tripas. Entonces, salía fuera de la casa a mirar las estrellas, mis estrellas. La primera vez, asusté a los hombres que hacían guardia y casi me pegan un tiro; pero al poco, se acostumbraron. Convinimos que no pasearía, que me quedaría sentada cerca de la puerta y les avisaría con una linterna pequeña cuando oyese que se acercaban. Cincuenta hombres armados cuidaban de nosotros, de mí, aunque seguía sin separarme de la Beretta.

Pasé horas sentada a la puerta mirando las estrellas. Contemplaba fascinada el paisaje irreal que se extendía ante mí. La luz de la luna sumergía todas las cosas en una bruma azulada que las hacía irreales.

Una noche, la puerta de la casa se abrió. Por instinto, eché la mano al costado para sacar el arma y me puse en pie. Salió Ernesto y se quedó parado al ver mi gesto.

—¿Siempre la lleva encima? —dijo tras el sobresalto.

—Sí —contesté con fastidio.

—¿No descansa nunca?

—No puedo —susurré y le di la espalda.

El silencio y las sombras no invitaban a elevar la voz.

—Lo siento. Ya me contó Héctor lo que le pasó.

—Héctor es una vieja chismosa —me quejé sin volverme.

Avanzó hasta que se colocó a mi lado y rozó su brazo con el mío.

—Hace una buena noche —dijo.

Me retiré molesta. Quería evitar a toda costa el contacto.

—Le dejo disfrutarla —contesté a lo obvio y sin ninguna intención de compartirla con él—. Adiós.

—Espere —me sujetó la muñeca—, solo quería platicar un rato.

—No me toque. —Me zafé.

Me soltó extrañado.

—Perdón —contestó—. Tampoco puedo descansar.

A la luz de la Luna, le brillaban los ojos como los de un felino.

—Avisé a los guardias de que está por aquí cuando pasen o se puede ganar un balazo. Buenas noches.

Me metí en la casa y le dejé con la palabra en la boca. Desde mi cuarto, le oí subir las escaleras poco después.

Por la mañana, Héctor y yo desayunamos en el salón frente al mapa. Se había llenado de cruces de rotulador rojo, una por cada guarida quemada. Héctor parloteaba y recordaba cuando Andrés se empeñó en comprar un león de porcelana tan carísimo como horrible de feo. Quería ponerlo a los pies de la escalera en Las Rosas. Discutimos medio en broma, medio en serio y, al final, aprovechó la noche para ponerlo donde quiso. Al día siguiente, cuando lo vi, lo saqué al jardín. Lo hundi en la fuente mientras Andrés, aún en pijama, me miraba expectante desde la puerta.

—¿En esta casa solo se hace lo que tú mandes? —gritó divertido a mi espalda.

—¡Por supuesto! —contesté enfadada.

—Esta casa es mía —me dijo cuando pasé a su lado y me agarró el brazo para que le mirara a los ojos.

—El león o yo —le susurré.

—Entonces, se puede quedar donde está —contestó con la boca pegada a mi oreja.

Y ahí se quedó para siempre. Héctor y yo reímos con nostalgia.

Ernesto nos interrumpió. Entró en el salón haciéndose el distraído. Agarré mi taza de café con leche y me marché. Desde el hall oí a Héctor decirle que la plaza iba a ser dura de ganar. No contestó; al menos, no con palabras.

Mi empeño en esquivarle, dejaba a Héctor en una situación incómoda: tenía que elegir entre dos amos.

Esa noche, cuando bajaba las escaleras camino de mi abrigo celeste, se abrió la puerta del cuarto de Ernesto. «¡No lo hagas! Vete a la cocina, por favor», pensé. Bajó las escaleras detrás de mí. Demasiado tarde para volver sin cruzármelo. No me había dado tiempo a sentarme cuando me alcanzó.

—Buenas noches —suspiró Ernesto, estirándose como un gato.

Le miré y se me escapó una carcajada. La huida había sido ridícula.

—Es testarudo, ¿no?

—Un poco. —Sonreía—. ¿Hacemos las paces? —Me tendió la mano.

—¡Bah! —Se la estreché—. Creo que no merece la pena tratar de evitarle más tiempo.

Nos quedamos de pie, mirando la luna enorme y brillante que hacía palidecer las estrellas. Apenas se podían ver un puñado.

—Quería saber por qué ha venido. ¿Qué hace aquí? —dijo rompiendo el silencio. No se andaba con rodeos.

—¡Uf! —Demasiado largo de explicar y, además, seguro que Héctor ya se lo habría cotilleado—. Busco al asesino que me traicionó. Ayer me preguntó si siempre iba armada, pues

digamos que lo seguiré estando hasta que lo vea muerto.

—Pudo confiarnos eso a nosotros. No era necesario que viniera. —Guardó silencio unos segundos con la vista puesta en el cielo—. Yo creo que... En realidad, nos añora.

—Le prometo que no. —Reí—. Tal vez, eche de menos a Andrés. Algunas veces.

Volvimos a guardar silencio.

—No echo de menos el cártel —subrayé para que quedara claro.

—Lástima —dijo sin dejar de mirar el cielo—. Usted y yo podríamos hacer grandes cosas juntos.

—Y muy malas, también.

—No se trata de dinero... —reflexionaba en voz alta.

—No.

—Se trata de poder —afirmó entrecerrando los ojos.

—El único poder que quiero ahora es sobre mi propia vida. Agradezco su oferta, pero pasó mi momento.

Por la mañana recuperé el pulso de lo inmediato y actualizamos el mapa. Las cruces rojas habían llegado a Ciudad Juárez. Había llegado el momento de atacar. Preparamos dos ofensivas paralelas al atardecer. Teníamos hombres suficientes para dividirnos.

Rayando el mediodía, llamó Morales. Estaba en El Paso con David Richartson y sesenta chalecos antibalas. Quiso traerlos en persona porque, según ella, tenía que decirme cosas que «no se podían contar por teléfono». Héctor le dio instrucciones para llegar al Wallmark de Ciudad Juárez, donde fuimos a recogerlos

Cuando los vi apoyados en la furgoneta en el aparcamiento del supermercado, fue como recordar algo muy lejano. Apenas llevaba tres semanas en el rancho y parecía que había pasado una vida entera. Miraba una foto en blanco y negro. Morales había abandonado su traje y vestía con vaqueros y una blusa floreada. David estaba despeinado y el flequillo casi rubio le cubría los ojos. Me alegré tanto de verlos...

Héctor paró el coche a pocos metros de ellos y me faltó tiempo para salir y tirarme en los brazos de Morales. La estreché como si no la hubiera visto en años y le di dos besos. También abracé a David, que me siguió pareciendo demasiado joven.

Tras las presentaciones, emprendimos el regreso al rancho. Héctor y David fueron en nuestro coche por delante y Morales, conduciendo, y yo en la furgoneta, detrás. La idea era hablar sin testigos curiosos.

Me contó que todo estaba bien en casa. María se había repuesto del susto y Carlos había porfiado por venir en lugar de David, aunque al final cedió. Sabía que no se lo hubiera permitido y le hubiera mandado de vuelta sin bajarse siquiera del carro.

Informé a Morales de nuestra táctica de tierra quemada y los buenos resultados que estábamos teniendo. Coahuila y Sonora estaban casi limpios y los asesinos se concentraban en Chihuahua, donde estábamos. Esa misma noche, empezaríamos la última fase. No les quedaría otra que saltar la frontera o morir.

Morales no se animaba a decirme a lo que había venido, así que le pregunté:

—Podías haber enviado a David y Pablo. ¿Cómo es que vienes tú?

—La documentación que me diste... —suspiró—. Resulta que las empresas son empresas fantasmas que desvían los fondos del Departamento de Inmigración y Antidrogas. Tienen concedidos contratos por servicios de limpieza de edificios, material de oficina y cosas así, que nunca se llegan a prestar, pero lo cobran. El dinero pasa a otras empresas en México y aquí, una

parte desaparece en metálico...

—Para pagar a los sicarios y comprar armas, coches... —le interrumpí

—Y otra parte —siguió— ha ido a una cuenta bancaria en Bahamas.

—¿De García!

—No. Tuya.

—¿No tengo cuentas en Bahamas! —La miré horrorizada—. ¿Sospechas de mí?

—He localizado, por ahora, tres cuentas a tu nombre en Bahamas y dos en Panamá.

Y lo recordé. Eran de Andrés. Las teníamos para guardar parte del dinero. Ganábamos tanto que no dábamos abasto a lavarlos y, mucho menos, a gastarlos. Además, el lavado era caro. Para obtener mil dólares limpios, había que gastar otros mil. Y tampoco hacía falta lavarlos todo, porque a los proveedores y a los hombres se les pagaba en negro. Aun así y aunque a Andrés no le gustó la idea, decidimos llevarlo a un banco que aceptara dinero en metálico sin preguntar: Bahamas, Panamá, Dominica, Curazao, Granada.

Le tuve que explicar a Morales que el dinero no era mío, que era de Andrés y que nunca lo quise ni lo utilicé.

—Las cuentas no han tenido movimiento desde que prestas servicio en la OII, hasta hace dos años, cuando comenzó la *Operación Caronte*. Creo que el rescate de la cárcel del General ya se pagó con dinero norteamericano.

—García tenía acceso a mi documentación. Él me daba un duplicado si perdía el pasaporte o las credenciales. Ha sido él, seguro —farfullaba nerviosa.

—Seguí investigando. Una mujer sacaba el dinero. Tengo las fotos en el portátil, dentro del bolso.

Me temblaban las manos al recoger el bolso del suelo. Encendí el ordenador y vi las fotos. ¡Cami! Se hacía pasar por mí y manejaba el dinero a su antojo. Me había robado la documentación o se la había dado García. No tenía motivos para desconfiar de ella ni de Willy. Nunca tomé precauciones. No tenía por qué. ¡Zorra!

—No he encontrado ni rastro de García en la documentación del dossier —dijo muy seria Morales—. No ha aparecido su nombre en ninguna empresa ni en los bancos ni apoderados. He hablado con abogados y albaceas y nadie le conoce ni sabe quién es. Tal vez no tenga nada que ver y solo investigaba, como le encomendó la OII.

—No. Yo sé que estaba allí y que está detrás de todo. —¡Qué rabia!—. Me inculpó en la muerte de Alejandro Ramírez que había ordenado él mismo y me ha involucrado en lo de los sicarios usando mis cuentas. ¡¿No lo ves aún?!—

—Me gustaría que pensaras en la posibilidad de que sea inocente. Puede que siga por ahí solo o secuestrado. Aunque lo más probable es que esté muerto y, entonces, será una víctima con menos suerte que tú. Si aparece vivo, prométeme que no te vas a precipitar. Tal vez sea inocente.

—Si aparece vivo, lo mataré con mis propias manos. En cuanto a la información, ¿la has compartido con alguien?

Morales suspiró. Ninguna iba a cambiar de opinión.

—No sé a quién dársela que no pueda estar implicado de alguna manera.

—Bien. Necesito que vayas a Langley, Virginia.

—¿La CIA? —exclamó Morales y se le crispó la cara.

—No, la CIA no. Quiero que vayas a ver a un amigo que trabaja en la CIA y que estará encantado de informar a algunos congresistas.

Me miró con los ojos fuera de las cuencas justo cuando nos cruzamos con una camioneta roja que venía de frente. Tuve que sujetar el volante para evitar el choque.

—¡Por Dios, Morales! ¡Mira la carretera!

—¿Por qué no has contactado antes con tu amigo? ¿En Miami? —Miraba la carretera, luego a mí, luego a la carretera...

—A mi amigo hay que llevarle pruebas, no sospechas. No puede investigar por su cuenta. Luego te daré su teléfono. Tienes que llamarle desde Langley, en persona. La CIA controla las llamadas que llegan desde fuera, pero no las que se hacen desde la misma ciudad. Queda con él donde te diga y dale toda la documentación que tengas. Todo.

Al llegar al rancho, Ernesto nos esperaba con buenas noticias y una botella de tequila reposado en la mano.

Habían encontrado al General en el cañón de Santa Elena y ya estaba muerto e incinerado. Los sicarios no tenían jefe. Era cuestión de tiempo que desaparecieran. Los autores nos enviaron fotografías del cadáver como confirmación. También las mandaron a la prensa.

Esa noche hubo fiesta en todos los centros operativos y algunos decidieron disolverse para volver a sus ocupaciones habituales. Quedaban pocos días para que la pesadilla terminase.

Los traficantes reiniciaron el tránsito por las rutas liberadas. Los servicios de autobús que se habían suspendido recuperaron los antiguos pasajeros y horarios. Los centros de migrantes comenzaron a vaciarse, aunque algunos no optaron por seguir hacia el norte, sino por volver a sus casas. Habían vivido demasiados horrores.

Todos estaban alegres, menos yo. Las palabras de Morales me habían destrozado. La posibilidad de que García fuese inocente contradecía mi certeza: era la mano negra que había detrás de todo. ¿Y si Morales tenía razón? ¿Y si Cami y Willy eran los únicos implicados?

No era una idea descabellada. Willy era un mercenario fácil de localizar, con muchos recursos y con problemas económicos, pero demasiado necio. Sin embargo, Cami era astuta e interesada. Cuando García perdió el dossier, trataron de recuperarlo a toda costa, aunque supusiera matar a Andrés, Ramírez, su hija, yo misma... Qué más daba. Cami era capaz.

La teoría de Morales era una posibilidad que solo despejaría García en persona, si no le habían matado también.

Preparamos una cena frugal acompañada de tequila y de un vino tan malo que no me atreví a repetir. Después de comer, con la cabeza revuelta por la nueva información, salí a tomar el aire sola. El sol bajaba por el horizonte demasiado deprisa. Quedaba poco para que partiéramos de cacería con los hombres, según el plan previsto. Al rato, salió Ernesto con una botella de tequila a medias y dos vasos:

—Está aquí... ¿Está triste porque esto se acaba? —insistía testarudo en mi reclutamiento.

—Ni mucho menos. —Sonreí mustia.

Sirvió el tequila en los vasos que sostenía con una mano y me lo ofreció.

—Ya salió un cargamento para cruzar por Baja California. Estoy de celebración —dijo y bebió.

—No tome mucho. Recuerde que salimos en media hora. Tiene que estar despejado por lo que pueda pasar.

—¡Ah, es verdad, que usted nunca descansa! Ya puede relajarse.

—Todavía no —me bebí de un trago el tequila. Bajó caliente por la garganta, suave, familiar. Hacía un mes que no bebía. —Vamos a prepararnos.

Héctor asomó por la puerta e interrumpió.

—Jefa, al sur de Loma Blanca han encontrado una lechería abandonada. Fernando López dice que García podría estar allí.

Había llegado el momento.

Héctor y Ernesto siguieron con el plan original. Héctor atacó un refugio que resultó vacío. La ofensiva se quedó en un poco de gasolina y un mechero. Ernesto encontró media docena de sicarios cansados y alcoholizados, que no supusieron ningún problema y regresó pronto. Y yo fui sola a Loma Blanca.

Pedí a Héctor que no dijera nada a Morales ni a David, porque no me hubieran dejado ir sola. Habrían venido conmigo, una para proteger a García y el otro para vengar a su hermano. Demasiadas injerencias.

Conduje casi una hora como una loca, con la cara caliente, enfebrecida. García pagaría cada latigazo, cada día que pasé en el hospital, cada día que no dormí, cada beso que no di a Ian y cada botella que bebí. No era inocente. Si estaba en la lechería, era culpable. Si no, ¿cómo había sobrevivido el último año? ¿Por qué no había dado señales de vida?

Llegué, según me habían indicado, por un camino de tierra y deslicé el coche cuesta abajo y con los faros apagados durante medio kilómetro. La luna todavía era bastante grande y la noche, clara. Lo suficiente al menos para ver los cuatro todoterrenos de los hombres de Fernando aparcados a la derecha del camino. Paré al lado. Me puse el chaleco en silencio y comprobé que llevaba el arma cargada.

Unos metros delante de los coches, se levantaba una tapia de bloques de cemento no muy alta con una alambrada que debía tener más de dos metros. Sentados en el suelo y pegados al muro, una docena de hombres armados me esperaban para entrar.

El que resultó ser el jefe me hizo una señal con la mano para que me agachara. Me senté a su lado y me habló muy bajito con la boca pegada a mi oreja.

—La esperábamos. No sabemos cuántos hay. Solo hay luz arriba. —Me entregó una linterna—. Entramos ya. Su amigo está en la planta baja. Uno vigila la puerta.

Ya habían abierto un buen agujero en la alambrada metálica. El jefe hizo una señal para entrar. Se miraron para ver quién lo hacía primero. No me lo pensé. Me adelanté a todos. Atravesé la alambrada. No podía permitir que mataran a García sin darme la menor oportunidad de mirarle a los ojos.

Después de saltar, me tumbé bocabajo. Cerca de treinta metros me separaban de la puerta de la lechería: una nave grande y gris con muchas ventanas, rotas o sin cristal. Desde la valla hasta el edificio había crecido mucha broza, para mi suerte. Me ocultaba de la vista del guardia apostado en la puerta.

La tierra estaba fría, helada, debajo de mí. La tierra de una tumba. Todos los muertos se me vinieron encima: Andrés, Ramírez, su hija, la pobre Ana y los viejos del autobús, todos los que habían caído cruzando la maldita frontera. Un peso que debía llevar sobre los hombros en ese preciso instante y un lastre que me aplastó contra la tierra.

CAPÍTULO 24

30 de noviembre de 2016. Loma Blanca (Chihuahua, México).

Detrás de mí, oí el rozar de otro cuerpo con la alambrada. Un ligero golpe en la tierra me liberó y me trajo al presente. Uno de los hombres había saltado y me azuzó para que avanzara reptando. Aún debían entrar once más. Fui deslizándome por la tierra los treinta metros que me separaban del edificio, despacio, como una serpiente, sin detenerme. Al llegar a la pared lateral, me incorporé fuera de la vista del guardia que custodiaba la puerta. Calculé la distancia y posición. Si disparaba, alertaría a los de dentro. Le tenía a diez metros, quince tal vez. Sacó un cigarrillo y se arrimó a la pared para encenderlo resguardándose de la brisa, de espaldas a mí. Mi oportunidad.

No podía esperar a que llegasen los demás. Empuñé la escuadra y corrí hacia él. Caí sobre su cuerpo con el impulso de la carrera y lo golpeé en la nuca con la culata. Cayó inconsciente, como un saco de arena mojada. Le quité una pistola pequeña y un subfusil y los lancé lejos, entre la broza. Si despertaba, mejor que estuviera desarmado.

Uno de los hombres se paró a mi lado y me ofreció un puñal largo y fino que brilló con el reflejo de la luna. Me miró a los ojos y sin decir nada, me lo puso en la mano y se marchó. Eran ellos o nosotros. Hundí la hoja en el cuello del guardia y seccioné la yugular. Tiré con fuerza para no errar el corte. De oreja a oreja. Nunca dejará de asustarme lo fácil que es matar. Me colgué el puñal en la trabilla del pantalón y entré en la lechería detrás de ellos.

La nave era un solar diáfano y oscuro que olía a excrementos de vaca y leche agria, a pesar de que debía llevar abandonado varios años. El suelo estaba alfombrado de cartones, maderas y escombros que hacían difícil caminar. Encendieron las linternas. Los haces de luz bailaban por todas partes. En el extremo de la sala había una escalera hacia el piso superior.

Llevaba la Beretta preparada en el bolsillo y sobre todo, la determinación de encontrar a García. ¿Quién podía detenerme? Sin decir nada, aproveché la oscuridad y el desorden y decidí subir las escaleras, sola, mientras los demás terminaban de examinar el lugar.

No llegaba ningún sonido de la planta de arriba. Nada. Ni pisadas ni un susurro siquiera. Sospeché que nos habían descubierto y que nos estaban esperando. Agarré un trozo grande de cartón y lo lancé escaleras arriba. Supuse que dispararían al ver el movimiento repentino, pero el cartón cayó sin un ruido de más. No me paré a hacer comprobaciones. Subí peldaño a peldaño con miedo, pegada a la pared. Subí hasta arriba del todo, apretando la Beretta en la mano. «Calma», me dije. No había nadie a la vista.

De frente, salía un pasillo largo y estrecho con puertas cerradas a cada lado. Eran antiguas oficinas. No sabía en cuál encontraría a mi objetivo. Opté por entrar en la primera de la izquierda. El orden no importaba. En cuanto disparase una vez, todos saldrían.

Me acerqué a la puerta elegida y apoyé la espalda a la pared. Con la mano derecha sujetaba el arma y con la izquierda giré el pomo todo lo despacio que pude.

Apareció uno de los hombres en la escalera. Extendí el brazo para señalarle que no avanzase y que no hiciera ruido. Luego apareció otro detrás. Me hicieron caso a medias y se adelantaron por el pasillo hasta que me rebasaron en silencio y se pegaron a la pared detrás de mí, lejos de las puertas. Me ardía la cara como fuego, como si en lugar de una puerta hubiera tenido junto a mí una chimenea encendida. Giré el pomo, saltó el resbalón y empujé. Nada se movió. Me asomé. No

había nadie. Tan solo una mesa y una silla de oficina gris y mucho polvo.

Uno agarró el pomo de la siguiente. Me aparté del ángulo de tiro. Lo giró y empujó.

—¿Pero qué...? —dijo alguien desde dentro.

Me asomé y disparé. Un hombre buscaba algo entre un montón de ropa, tal vez un arma. No era García. Tres puertas más se abrieron tras la detonación y se armó la mundial. Las balas volaron en todas direcciones. Me eché al suelo y esperé. Solo veía piernas. No tenía ningún objetivo a tiro.

Si García estaba en alguno de los cuartos, no se salvaría.

En medio minuto, dispararon más de mil balas, lo juro. Cuando consideraron que habían terminado y pararon, tenía los oídos atronados y la pólvora me quemaba la garganta.

—¿Están todos bien? —pregunté mientras me levantaba.

—¡Sí!

—Sí —contestaron.

—Me alegro —dije.

—Bueno. ¿Ya acabaron? —La voz del jefe irrumpió en escena. Lo había presenciado todo detrás de nosotros. Se acercó cabreado.

—¿Es una loca? ¡Saltó el muro! ¡Subió sola! ¿Quería morir o qué?

—Tenía prisa. Siento mucho haberle asustado. Le diré a Fernando que lo hicieron muy bien, que son excelentes. Ahora quiero ver algo. Perdón —le aparté con el brazo y guardé el arma, ya fría, en el bolsillo.

Inspeccioné los cadáveres uno a uno. Siete en total. Ninguno era García. ¡Maldita suerte! La guerra se estaba acabando y no lo encontraba. ¿Iba a desaparecer como un fantasma? ¿O tendría razón Morales y yacía bajo tierra?

El olor de la pólvora y de la sangre fresca me dieron náuseas y acabé vomitando en medio del pasillo. El estómago se contraía una y otra vez. Alguien me observaba desde la escalera. Me incorporé y lo miré desafiante. No quería que los hombres de Fernando me vieran mostrar debilidad.

—¿Qué? —pregunté.

Era un muchacho, un niño que estrenaba la hombría. Me sonrió y dijo:

—Es usted muy valiente.

—No lo soy —rectifiqué—. Soy una estúpida temeraria a la que no le importa morir. ¿A ti te importa morir? Suelta el arma y huye lejos.

Se volvió y descendió las escaleras deprisa. No creo que me hiciera caso.

Cuando bajé, habían aparcado los coches dentro del solar, frente a la fachada de la lechería, con las luces encendidas para alumbrar el interior. El resplandor iluminaba las paredes y el suelo. Caminar entre cartones, latas y maderas podridas me transportaba a una pesadilla en la que solo había ruinas, paredes sucias y restos de otra realidad. Los hombres se afanaban en echar gasolina.

Iba a salir al fresco de la noche para sacudirme el olor a muerte, pero oí algo: un sonido leve, corto, un susurro magnético que hizo que me detuviese para mirar atrás.

Lo volví a escuchar. Fue un gruñido infantil o animal, un suspiro.

—¡Quietos! —grité—. Hay algo vivo aquí. ¡Silencio!

Alguien susurró algo al fondo de la sala. Murmuró que estaba loca o algo así.

—Ssshhh —chisté.

—Será un gato o un perro —dijo otro.

—Ssshhh.

Otra vez. Era un lamento interior y opaco.

Se miraban unos a otros y se sonreían y alzaban los hombros.

—Debajo de la escalera —señalé.

Salté por encima de los escombros. Retiré cartones y papeles acumulados. Si la teoría de Morales era cierta, podría ser García, tal vez moribundo, y yo me habría equivocado. Por un instante fui cruel. Quise verle herido, arruinado, para terminar la búsqueda. Supondría un alivio. Mis captores y torturadores ya habrían muerto y podría volver a casa. Quedaban los de Washington, pero eliminarlos sería cuestión de tiempo. Podría ir yo misma a Langley a llevar la información.

Por fin, debajo de un cartón, encontré la gabardina de García. No es una prenda común en Ciudad Juárez. Era un trapo sucio, manchado de sangre seca y roto. Pero la reconocí.

Otro gemido salió del montón de escombros. Los hombres que se habían acercado curiosos también lo oyeron y me ayudaron a sacar el resto de basura.

Y ahí estaba.

—No... —gemí y caí de rodillas sin voz.

Era Ana. Era mi pobre Ana. Era apenas un bulto pequeñito en el suelo, tapado con harapos sucios.

—Ana, Ana —le agarré la cara y le retiré el pelo enmarañado que le caía sobre los ojos—. Dios mío, Ana.

Tenía la cara deformada por los golpes, un ojo hinchado, la nariz aplastada, los labios resecos y mordidos.

No fue bueno encontrarla. Tenían que haberla matado sin más. Willy debió haberla matado sin más. Se me rompió el corazón. Ya no me quedaron fuerzas para luchar. Había perdido. Mi guerra había terminado. ¿Qué podía hacer contra ellos?

Ana no reaccionó al verme ni al oír su nombre. Aunque tenía los ojos muy abiertos, no me veía. No hizo ningún gesto de alegría ni de pena.

Intentamos incorporarla para que caminase hasta el coche, pero empezó a chillar como una loca. Tenía demasiadas heridas. ¡La habían tenido secuestrada durante un año! ¿Qué clase de demonios eran capaces de hacer algo así? El peor de los hombres que conozco la hubiera pegado un tiro por compasión mucho tiempo atrás.

La cargaron con mucho cuidado, diría que casi con veneración. Me sorprendió la humanidad que mostraron. Ana era la encarnación de todo el daño que nos habían hecho durante tanto tiempo. La metieron en el asiento trasero del coche y la arrojé con una manta.

Antes de partir, devolví el puñal al que me lo había prestado. Ya no lo iba a necesitar. Me deseó, compungido, que la muchacha se recuperase.

Agarré la gabardina beis de García y la eché al maletero. Tal vez nos daría alguna pista.

Me despedí con un gesto de la mano y me marché a toda velocidad. Después, le prendieron fuego a la nave.

Lloré durante todo el trayecto hasta el hospital. Apenas podía ver la carretera que se tornaba acuosa con las lágrimas, pero llegué. Me costó dar una explicación de lo que le había pasado a la paciente, porque no lo sabía. Tampoco tenía ganas de inventar una excusa ni de contar la verdad. Esperé en una sala abarrotada de gentes demasiado tiempo. Oía a sudor y a vómito. Me senté en un rincón y me resigné.

Cada cierto tiempo, una enfermera entraba y llamaba a los familiares de fulanito o de menganito. Los hacían pasar y no volvían a salir. Luego llegaban más gentes, caras nuevas, frescas, así que la sala no se vaciaba nunca.

Al fin, la enfermera me hizo pasar a un despacho donde un médico jovencísimo me esperaba

sentado y miraba unos papeles que tenía sobre la mesa.

La enfermera cerró la puerta al salir.

—Siéntese, por favor —dijo sin levantar la cabeza.

—¿Es usted familiar de Ana?

—No. Su familia está en Guatemala.

—Comprendo.

—¿La conoce, entonces?

—Sí, pero de unos pocos días.

—Ya... —dijo y anotó unos garabatos.

—¿Sabe qué le sucedió?

—No.

—¿Dónde la encontró?

—En un campo.

Alzó la cabeza por fin, me miró y se asustó.

—¿Qué le pasó?! —exclamó.

—Ya le dije que no sé qué le pasó. Encontré así a Ana.

—No. A usted. Tiene la cara llena de cortes.

Al reptar por los rastros me había arañado, pero no era consciente. Me miré las manos por debajo de la mesa, llenas de sangre del guardia que había degollado. El pantalón, la camisa... Por todas partes.

—No se preocupe por mí, doctor. Estoy bien.

El médico lo ignoró y volvió a mirar los papeles como si mi aspecto no fuera tan extraordinario.

—Su amiga está en estado de shock. No reacciona a ningún estímulo y creemos que es debido al extremo sufrimiento que ha debido pasar, al menos en los últimos doce meses. Tiene fracturas mal curadas, al menos diez, en tobillos, costillas, coxis, brazo, pómulo, mandíbula, etc. Tiene contusiones, laceraciones, cortes, quemaduras... en distinta fase de cicatrización. A su amiga la han torturado durante al menos un año.

Cuando el médico verbalizó lo que yo ya sabía, se me hizo un nudo en la garganta. Me clavé los dedos en las rodillas.

—Su vida no corre peligro inminente. Vamos a operarla de urgencia de una fractura abierta de cúbito, que es reciente y si no lo hacemos ya, podría morir por una infección. Poco a poco y con algunas intervenciones quirúrgicas más, su cuerpo se recuperará, pero su mente... —Suspiró—. Me temo que lo que ha pasado esa pobre muchacha le ha superado y tardará mucho tiempo en salir del shock, si lo consigue.

—Me la llevo a Miami —dije y agarré un puñado de clínex de una caja que había en la mesa.

—Comprenderá que, con este diagnóstico, tenga que informar a las autoridades.

—Haga lo que tenga que hacer, doctor. Me hago responsable de ella y hablaré con quien haga falta.

Menos mal que los policías que llegaron estaban al tanto de la guerra que se libraba y no tuve que dar demasiados detalles. Les expliqué lo fundamental y fue suficiente.

Cuando recuperé el teléfono móvil, tenía quince llamadas perdidas de Héctor y Morales. Me había olvidado de ellos por completo. Como no contestaba, llamaron a Fernando López, que les puso al corriente de lo sucedido. Hablé con Héctor y le pedí dos guardias en la puerta de Ana, de día y de noche. Si la habían mantenido con vida durante un año entero, tal vez quisieran recuperarla y no iba a permitir que me la arrebatasen de nuevo. Insistió en mandarme un chófer

para regresar al rancho, pero le mandé a la mierda. Quería estar sola un rato más. Héctor debía ser menos protector conmigo. No merecía que se preocupara tanto por mí.

Cuando llegué era casi de día y ya no quedaban estrellas en el cielo. Tenía la misma sensación en los huesos que cuando eché a Ian. Otro fracaso pegajoso y crudo que me atropellaba.

Al abrir la puerta del salón. Morales, David, Ernesto y Héctor estaban desayunando y se quedaron pasmados al verme entrar. Los vi parados, como suspendidos en el tiempo. Me miraban interrogantes. Tardaron unos segundos en reaccionar.

—Creo que deberías curarte un poco antes de desayunar —me dijo Ernesto con la mirada clavada en mí—. Tienes sangre seca —señalaba su propia cara con un dedo.

—Voy. Solo quería que supieran que ya llegué.

Salí y cerré la puerta. Debía tener un aspecto horrible, pero por mal que estuviera, no merecía estar mejor que Ana. ¿Cómo había consentido que le pasara algo así? ¿Por qué no la busqué? Fui tan egoísta al procurar mi propia felicidad con Ian... Fui egoísta cuando la llevé conmigo en el autobús y fui egoísta al dejarla abandonada y al olvidarla y al no buscarla. Debí haber hecho algo. ¡Algo!

Llegué al baño del piso superior y llené la bañera hasta arriba con agua muy caliente. Cuando me quité los pantalones, me vi las piernas rectas y torneadas, tan distintas a las de Ana, escuálidas y deformes. Tampoco tenía las manos hinchadas ni rotas. Ana era tan joven... Apagué la luz, me metí en el agua y lloré hasta quedarme fría.

Los arañazos de la cara eran superficiales. Apenas se me notan ya. Sin embargo, llevo cicatrices profundas, de las que no se ven.

Cuanto más luchaba, más daño sufrían los de alrededor. No lo podía permitir. ¿Quién sería la siguiente víctima? ¿Héctor, María, Carlos...? Son pocos los que están conmigo, por eso los necesito a todos. Vivos.

Salí de la bañera, me vestí e hice los preparativos para marcharnos. En cuarenta y ocho horas conseguí un avión medicalizado directo a Miami desde Juárez.

Entonces, cruzar la frontera fue fácil. Ana era un caso humanitario. Fue sencillo arreglar la documentación, aunque tuve que contactar con el padre Manuel y pedirle los datos de la familia de Ana en Guatemala. Quedó consternado cuando le conté lo sucedido. Le volví a prometer que cuidaría de ella y que haría lo imposible por que se recuperara.

Ana hizo el viaje sedada. No pudo saber que al fin había cruzado. Estuve a su lado en el avión, en la ambulancia y en el hospital. Pasé muchas horas pegada a su cama. Y siguió en estado de shock. El cerebro se le había desconectado de la realidad y los médicos no sabían si podría encontrar el camino de regreso. Fueron días muy duros.

Tuve que hablar con la madre. Me encerré en el despacho y, con el mapa de Héctor colgado aún de la pared, la llamé. No fui capaz de contarle todo. Ella pensaba que su hija había muerto. Le expliqué que estaba viva, pero peor que muerta, en realidad. Le conté que había sido secuestrada y torturada, que no hablaba, que no se movía, que no reaccionaba. Lo único que la alivió algo fue saber que podría verla, que les pagaría el viaje a ella y a su hijo y que podrían quedarse con Ana en los Estados Unidos. No tuve fuerzas para decirle que yo era la culpable. La mujer, entre sollozos, agradeció mi generosidad. Colgué el teléfono con un puño en la garganta.

Y el mapa frente a mí, obsoleto, me recordaba mi descalabro. Había sido capaz de idear una estrategia para acelerar el fin de los sicarios, pero no había sido capaz de proteger a mi gente.

La presencia de Pablo y David en casa me recordaba que todavía no estábamos a salvo, aunque yo ya no tenía fuerzas para continuar. ¿Qué debía hacer? ¿Por dónde seguir? Mi única esperanza era Jared Martin, mi contacto en la CIA. Morales ya se había entrevistado con él en

Langley, pero los resultados tardarían en llegar y tampoco estaba segura de que fueran los esperados. ¿Y si la existencia de los sicarios beneficiaba a tanta gente que decidían no terminar el asunto sino todo lo contrario? En ese caso, estaba perdida. Reclutarían a otro mercenario tarado, como el General o peor, y todo habría sido en vano.

Delante de la cama de Ana, me sentía una impostora, un fraude. En la OII me había dedicado a rescatar personas. Era un pilar fuerte, un recurso casi infalible. Si había una oportunidad, por pequeña que fuera, podía salvarlos. A veces fracasaba y entonces, me engañaba pensando que nadie habría podido hacerlo. ¡Qué ilusa!

Fue entonces cuando se me ocurrió huir. Mis amigos estarían mejor si me alejaba. Iría a Nueva Zelanda o Escocia. Necesitaba una vida tranquila y dejar de jugar a los superhéroes.

A los pocos días de estar en casa, bajé de noche a la cocina para prepararme un cacao caliente. Todos estaban durmiendo o a sus tareas y la cocina estaba a oscuras. Encendí la luz y vi algo brillar sobre la encimera de la isla. Desde el primer instante supe lo que era: los anillos, los dos, el de Ian y el de Andrés.

El teléfono sonó como una bofetada caliente. David apareció por la puerta del jardín.

—Alguien ha entrado. —Le señalé los anillos—. Puede que siga aquí. Compruébalo.

Corrió hacia el jardín. El teléfono sonaba insistente. Descolgué.

—Buenas noches —dijo García.

Se me tensaron los músculos, como si fuera a explotar a una señal inminente.

—¿Te ha gustado el regalo que te he dejado?

—Gracias por devolvérmelos —dije. Los insultos se me atropellaban, pero me callé.

—Me refería al regalo de Lomas Blancas. —Su voz sonaba fría y desafiante.

—¿Cómo...? —dudé. Las piernas se me aflojaron. Me apoyé en la pared. Parecía que hubiera tocado un cable de alta tensión.

—Yo te la guardé. —Se rio—. Les pedí a los chicos que la cuidaran, pero me temo que no supieron tratar a una dama.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Juro que te encontraré!

Colgó. David, Pablo y Carlos, que andaba en pijama, entraron en la cocina con el arma en la mano.

—No hay nadie —dijo Carlos.

—¿Seguro que ha entrado alguien? —preguntó Pablo incrédulo.

—Ha entrado García y dejó eso. —Señalé el regalito—. Son míos. Los llevaba cuando me secuestraron.

—¿García? —dijo David.

—¡Acabo de hablar con él! ¿Por qué no ha saltado la alarma? —grité.

—El señor Evans tiene un gato nuevo y... —se excusó Carlos.

—Vuelve a conectarla.

Los tres se miraron serios. Pensaban, como Morales, que García estaba muerto, pero estaba muy vivo. Era una amenaza real y acababa de dar la cara. Siempre supe que me odiaba, desde el día que le conocí en la sala de interrogatorios. Ninguno sabía esa parte de la historia. Sabían que éramos compañeros, que García era mi contacto con la OII y mi soporte vital, pero no sabían que era un torturador sádico. No le conocían como yo.

Tenía que haberlo matado aquel día en Madrid. El corazón no me engañaba. Fui una estúpida al no hacerle caso.

Cuando bajé por la mañana, los anillos seguían sobre la encimera, prueba de que no había sido un mal sueño. Me puse el de brillantes en la mano izquierda y pedí a Carlos que dejara el

otro en el buzón de la casa de Ian. Había llegado el momento de largarme.

CAPÍTULO 25

15 de diciembre de 2016. Miami (Florida. Estados Unidos).

Después de desayunar en el porche, María recogió la mesa como siempre, pero andaba nerviosa. A veces cerraba los ojos y suspiraba. Les había pedido a los chicos que no le contaran nada, pero esa mujer tiene un radar y acaba por enterarse de todo.

—A ver, María, ¿qué le pasa?

—Nada... —suspiró.

—Creo que ha llegado el momento de que se vaya de vacaciones. Elija destino, que esta misma tarde va a tomar un avión. Vaya a hacer las maletas. —Le agarré las manos y la miré a los ojos—. Necesito que descanse unos días y vuelva tranquila. Verla así me mata.

—Pero... Ahora... Podría necesitarme.

—Pues sí, pero no nerviosa y llorona. ¿Dónde podría ir a descansar? ¿Quiere ir a Punta Cana de fiesta, a tumbarse en la playa y tomar mojitos? ¿Eh? —La hice sonreír.

—¡No! ¡Por Dios! Pero... podría ir a Chicago a pasar unos días con mi hermana que no la veo desde el año pasado.

—¿Ve? Así mucho mejor. —La abracé—. Hay que tomarse unas vacaciones de vez en cuando. Ahora mismo le compro el billete de avión para esta tarde. Pase allí el tiempo que quiera o hasta que su hermana la eche por pesada —bromeé.

Después de comprar el pasaje, llegó Morales y la recibí en el mismo cenador que lo había hecho la primera vez que vino a verme con Crow. Pablo le había enviado un mensaje con lo sucedido. El asunto la desconcertó. No entendía los motivos de García para desaparecer durante más de un año y entrar en mi casa a hurtadillas para dejarme los anillos. Y Ana. Tampoco podía creer que García fuera el responsable del sufrimiento que había pasado la pobre niña.

Morales trajo los resultados de los análisis de la gabardina. Ningún resto biológico de García. Nada. La sangre era de Ana. Había restos de semen, sudor, excrementos de animal, tierra, pero ni rastro de García.

—Nunca estuvo en Lomas Blancas. Fue un señuelo. Un chiste malo —dije—. Creo que siempre ha estado aquí, en Estados Unidos. Si se hubiera movido, le habríamos encontrado. Mira, Morales, García me odia desde el principio, desde que me conoció, por algún motivo que no llego a entender. Creo que se tomó *Operación Caronte* como una oportunidad para hacerme daño. El dossier físico lo fabricó adrede para implicarme. Por puro odio. Era su objetivo mucho antes de que detuvieran a Andrés y antes de empujarme a Altamira.

—Ya no sé qué pensar —dijo triste ante las evidencias que contradecían su opinión.

Morales estaba desconcertada por no saber qué hacer y arrepentida de no haberme creído cuando la previne. Había vuelto a su atuendo habitual de traje chaqueta y pelo recogido, pero ya no tenía la seriedad del principio. Vi a otra impostora como yo y, además, novata. Jugaba a arreglar el mundo sin tener ni puta idea de por dónde empezar.

Le conté la historia del anillo, cómo me abandonó Andrés y cómo conocí a García en el interrogatorio.

—¿Por qué los puso juntos la OII? —preguntó.

—Supongo que a los poderosos les gusta jugar a ser Dios. Quizás quisieron ver cuál de los dos mataba al otro primero.

—Pues parece una broma de mal gusto —dijo mirando al suelo.

—Lo es —contesté.

—¡Ah! Su amigo de la CIA me ha enviado un mensaje: «Atenta a la prensa». He revisado las noticias y... mire. —Sacó su *smartphone* y me lo ofreció.

«Muere en accidente de coche el director de la DEA. Ha sido una triste semana para la Administración del gobierno, dado que hace tan solo cuatro días, moría también el director de Inmigración de un for-tuito ataque cardíaco cuando (...)».

—¡Qué efectividad! —Sonreí—. Muerto el perro, se aca-bó la rabia. Parece que no habrá un nuevo Watergate. Su-pongo que el asunto les ha parecido tan sucio que, de salir a la luz, hubiera terminado en el Tribunal de La Haya.

—Parece una purga al estilo soviético —rio Morales.

—El peligro no son las personas, sino la información que poseen. Matarlas es la única forma de hacer que desaparezca para siempre. Me temo que nunca sabremos si estos dos eran los últimos responsables de la trama o si había alguien más por encima de ellos.

—¿Por encima de ellos?

—Pues claro. ¿Usted qué cree?

Morales me miró pensativa.

—Nunca lo sabremos.

—Cambiando de tema: me marchó —le dije esquivando su mirada.

—¿Se va de vacaciones?

—No creo que regrese a Miami en mucho tiempo.

—¿Estaremos en contacto? No sé qué dirán en la OII. —No se sorprendió demasiado.

—Me importa bien poco. En el estado en el que estoy, no les sirvo. —Arrugué la boca—. Los chicos se pueden ir hoy mismo. No los voy a necesitar más.

—Está bien —susurró resignada.

Esa misma mañana, llegaron en avión la madre y el her-mano de Ana y me pareció lo correcto ir yo en persona a recogerlos y que me acompañara Carlos. Me obligué a dar la cara. Me puse un vestido gris, discreto, y fuimos al aeropuer-to. Hicimos el viaje en silencio. Todo era tan solemne y tris-te que parecía que íbamos a un funeral.

Cuando Carlos paró el coche en el aparcamiento, se vol-vió hacia mí y me preguntó:

—¿Se lo contará?

—No sé si voy a poder.

Se me saltaban las lágrimas, pero me contuve.

—A cualquier madre le gustaría saber qué le ha sucedido a su hija —dijo.

—Eres un poco capullo, ¿no? —le sonreí.

Esto es lo que pasa cuando dos beben juntos, que se aca-ban conociendo demasiado. Carlos recurrió a un punto de dolor: mi madre. Me hubiera gustado que estuviera viva para contarle... tantas cosas. A Ana también, pero no podía, así que me tocaba a mí.

Lo primero que hicimos fue llevarlos al hospital. Me hizo pedazos ver a aquella mujer menuda y débil llorar y gritar agarrada a su hija. Carlos se llevó al niño para que no viera a su madre deshecha y abrazada a su hermana en estado vege-tal. La escena podría ser traumática para un niño que debía empezar una nueva vida en un país extraño.

Mientras, cerré la puerta de la habitación y me senté de-trás de ella en una silla que había pegada a la pared. Imaginé que estaba yo sola y que le hablaba a mi propia madre; en realidad, la

historia de Ana también era la mía. Lo más serena que pude, le conté cómo llegué al albergue de migrantes y cómo se le ocurrió al padre Manuel que Ana fuese conmigo en el autobús. Ingenuo. Le conté todo lo que concernía a su hija: que fue víctima de un sádico sin escrúpulos que en realidad, quería hacerme daño a mí y que Ana fue el medio; que creí que estaba muerta y no regresé nunca a buscarla; que ni se me ocurrió contactar con su familia para decírselo y que había pagado con creces mi egoísmo.

No sé si lo entendió o ni siquiera me escuchó. No lo sé. Les alojé en un hotel cerca del hospital y les dejamos con su dolor. No fui tan valiente como para recibirlos en casa. Se me pasó por la cabeza, pero no pude.

Hoy en día, Ana sigue igual. La han operado muchas veces y su cuerpo está más o menos recompuesto, pero esa mente sigue muy lejos del mundo. Está en un sanatorio que eligió su madre, en New Jersey. Les compré una propiedad cerca y me consta que van a visitarla al menos dos veces por semana. Pago los gastos de los tres. Qué menos. El hermano es un buen estudiante y dice que quiere ser policía. En cualquier caso, creo que será un gran hombre cuando crezca. Gracias a Dios, no me guardan ningún rencor y achacan su desgracia a la mala suerte. Aunque puede ser que lo digan porque lo pago todo. No sé. Ojalá pudiera borrar con dinero los errores que he cometido.

Después de comer, Carlos y yo llevamos a María al aeropuerto. Fue un alivio verla subir al avión. Me daban escalofríos solo de imaginar que García pudiera volver en cualquier momento y hacerle algo.

Cuando regresamos, Pablo y David ya se habían marchado. Estaba anocheciendo y la casa me pareció vacía y lúgubre. Solo quedábamos Carlos y yo. «Una noche más», pensé mientras subía las escaleras hacia el dormitorio. Al día siguiente alquilaría un barco con tripulación y viajaría por el Caribe sin fecha de retorno. Cuando me cansara de navegar, iría a Europa o a Australia. Ya lo decidiría.

A doscientas millas de la costa, cuando me rodease el mar infinito en todas direcciones, estaría a salvo de García. Allí no podría encontrarme ni podría acercarse. Podría recuperar el sueño, descansar sabiéndome a salvo, salir de la tormenta que me azotaba la cabeza y tal vez, encontrar el camino correcto.

Pasé la noche en vela. Ni siquiera pude desnudarme para ponerme el pijama. Estaba al borde de la locura y cualquier detalle relacionado con dormir o irme a la cama me aterraba. Tampoco intenté tumbarme y cerrar los ojos. Los monstruos que me acechaban y el terror paralizante que me sobrevenía eran insoportables.

Esquivé la cama blanca sin tocarla y me senté en una silla en el balcón. No apagué la luz. Miraba el anillo de la rosa que brillaba entre mis dedos y los reflejos que lo salpicaban como luciérnagas transparentes. Era un objeto de otro tiempo y de otro mundo.

Cuando el cielo empezó a clarear, bajé a la cocina y encontré a Carlos despierto. Llevaba puesta la misma ropa del día anterior y desayunaba café con bizcochos. La tele encendida. Tampoco había dormido.

—¿Ha pasado aquí toda la noche? ¡Ah!, pero para qué pregunto... Andamos como locos.

Se limpió la boca con una servilleta y encogió los hombros.

—¿Le gustaría tomarse unas vacaciones como María?

Alzó una ceja.

—¿Es verdad que se marcha? ¿Regresa a Sinaloa?

—Uf. No —dije mientras sacaba una taza del armario—. ¡No joda! ¿Volver a toda esa mierda? —Eché café y mucha leche y la metí en el microondas—. De momento, me voy de crucero. Después, ya veremos. Venga, ¿dónde le apetecería irse? —Le sonreí.

—No me lo trago... —susurró—. Tengo una casita en los Everglades. Podría ir unos días, si usted se va.

—¡Qué bueno! ¿Y tiene una lancha para navegar por el pantano? —le pregunté divertida. No conocía esa faceta de Carlos.

Se levantó con la taza en la mano y no dijo más. El camino que tomaba la conversación le incomodaba.

—Me voy a... duchar y... —masculló. Metió la taza en el lavavajillas.

—Aproveche para dormir un poco. Mientras, haré las maletas. Esta tarde iré al puerto a ver si encuentro un barco bonito.

Oímos un maullido corto y agudo y el nuevo gato del vecino cruzó el jardín como una exhalación. Se chocó contra una silla del porche y desapareció por el lateral de la casa.

—¿Por qué le gustarán tanto los gatos al señor Evans? Son animales impredecibles, asustadizos y destructivos —dije.

—Perdón. Se me olvidó conectar la alarma. Voy a echar un vistazo.

Sacó su escuadra del bolsillo y le quitó el seguro. Avanzó hacia la puerta del jardín, pero alguien le cortó el paso.

Saqué la Beretta de la sobaquera y me levanté de la silla como si me hubiera quemado el trasero. Apunté a la puerta. —¿Qué mier...? —No me dio tiempo de acabar.

Carlos retrocedió, de espaldas. Sin darse la vuelta, levantó los brazos. El intruso le apuntaba con una Desert Eagle enorme y brillante. Es lo primero que vi. El tipo entró en la cocina al tiempo que Carlos caminaba hacia atrás.

Al ver el arma, juro que me dio la risa. ¿Quién sino García podía llevar un arma tan estrafalaria?

—¿Calibre .50? Ya sabes lo que dicen del arma: que el tamaño es inversamente proporcional al del... Ja, ja, ja.

—¡Cállate! —gritó.

—¿Hoy también vas a perder la compostura, García? ¡Qué mal aspecto tienes!

Iba despeinado y con barba de varios días. Los ojos enrojecidos delataban la falta de descanso. Se paró en la puerta y Carlos continuó retrocediendo hasta rodear la isla y colocarse a mi lado. No dejé de apuntarle. El cabrón me iba a dar el gusto de vengarme antes de partir.

—Ya no hay motivo para mantenerla, ¿no? —dijo e inclinó la cabeza para rascarse la cara con el hombro.

—¡Ah! Me olvidaba que se te había caído la máscara.

—Soltad las armas. Tiradlas al suelo. ¡Ahora! —nos ordenó.

—Ni lo pienso —dije seria sin dejar de apuntarle—. ¿Piensas que me vas a matar así, tan fácil? ¿Soltamos las armas, nos pegas dos tiros y ya?

Le enfadé. Se le iban a salir los ojos de las cuencas. Agarraba la escuadra con las dos manos, los músculos tensos. Acomodé el peso sobre ambas piernas y rocé el pie de Carlos para avisarle de que iba a disparar. Se sorprendió y me miró. García se dio cuenta de la treta y disparó primero. Capullo. No supo a cuál de los dos apuntar y no acertó a ninguno. Carlos y yo nos agachamos detrás de la isla de la cocina. Le expliqué con gestos y susurros que debía salir de la casa por la puerta principal que quedaba detrás de nosotros, rodearla, entrar por el jardín y sorprenderlo por la espalda.

—¿Qué haces, pedazo de bruto? Mira qué agujero has hecho en la pared... No se puede ir por ahí con semejante calibre, hombre —dije en alto.

Carlos, agachado, corrió hacia la puerta, mientras me incorporaba y disparaba en dirección

a García. No le di. Se agachó. Me volví a agazapar detrás de los muebles.

García disparó en dirección a Carlos que ya había desaparecido.

—Carlos, ¿está bien? —pregunté.

—Sí —gritó.

—Pues corra. ¡Vamos!

Me asomé por un costado y comprobé que García no se había movido de la puerta de la cocina.

—No dispares el cacharro ese aquí dentro. Me vas a des-trozar la cocina. —Había que mantenerlo entretenido, que no pensara en Carlos.

—Siempre tan impertinente. No se te bajan los humos ni siquiera ahora. ¡Sal de ahí! —bramó.

—Ven tú, el que no fue capaz de sacarme una palabra ni con torturas, el que no fue capaz de culparme de genocidio porque se dejó robar un dossier, el que no fue capaz de matarme ni atada en una «casa de la muerte»... Jode, ¿eh?

Nada de miedo. Había llegado el final de la película.

Seguía agachada. Le oí dar un par de pasos y parar. Apenas nos separaban tres o cuatro metros. Arrastró los pies. Se giró hacia el jardín. Se había dado cuenta de que Carlos corría por el porche. Grité:

—¡Eh! ¡Gilipollas! ¡Eh! Quiero que me digas una cosa antes de matarte: ¿por qué me odias tanto?

—¿Eh? —Se giró hacia mí.

Luego escuché un golpe seco y un peso al caer.

—Ya está —jadeó Carlos por la carrera.

Salí del escondite para ver a García inconsciente en el suelo. Entonces lo vi claro. Había llegado el momento. Enfundé la Beretta.

—No está... Ayúdeme. Este cerdo me tiene que platicar un par de cosas.

Lo sentamos en una silla. Le atamos las muñecas a la espalda y los tobillos a las patas con abrazaderas de plástico. Apartamos la mesa, donde poco antes había desayunado Carlos, y lo colocamos en medio.

—¿Es necesario? —preguntó Carlos después.

—Para mí, sí.

Salí un momento al jardín. Necesitaba aire. Había amanecido y el sol ya estaba en lo alto. Me caldeaba la piel y me inundó de un sosiego nuevo. La situación había cambiado por sorpresa, pero me acostumbré enseguida.

Recalenté el café que había dejado en el microondas. Lo bebí despacio, de pie, delante de un García derrotado, inconsciente y con la barbilla vencida sobre el pecho. El hombre que había sido capaz de torturarme de todas las formas posibles. ¡Qué asco!

Cuando terminé el café, metí la taza en el lavavajillas. Llené medio vaso de agua y se lo tiré a la cara.

—¡Despierta ya! Se nos va a hacer de noche. —El desprecio de mis palabras tuvo que taladrarle los huesos si aún quedaba algo de humanidad ahí.

Sacudió la cabeza y parpadeó. Estaba sereno. Acerqué una silla y me senté frente a él. Carlos se quedó de pie más alejado, observando. Le clavé ojos y se me aceleró el pulso.

Quería que diera su versión, que corroborara mis suposiciones, que llenara las lagunas que quedaban. Que explicara por qué se había esforzado tanto en arruinarme la vida y, sobre todo, quería... Quería hacerle daño, tanto como pudiera.

—Te ha debido llevar años, ¿verdad?

No contestó. Me miraba con ojos de pez.

—Y ahora, ¿qué? ¿Vamos a tomar un café con pastas? —dijo mientras se le dibujaba media sonrisa.

—Hay que ser gilipollas... Cuenta en qué mierda andas metido. Venga, ¿desde cuándo has estado planeando matar-me?

Silencio.

—Desde siempre. —Su mirada se llenó de rencor.

—¿Qué pasó? Me torturaste durante días y ¿me odias porque no hablé? ¡Venga ya! Y luego me aguantas seis años...

Volvió a sacar una sonrisa estúpida y me cabreó.

—Esperé la ocasión para vengarme —susurró apretando los dientes.

—¿Seis años?

—He esperado seis años a que te mataran o a que falla-ras, pero salías de todas, con esa perfecta pose de niña bien... Y entonces, se presentó la oportunidad de hacerlo yo mismo.

—*Operación Caronte.*

—Esos hijos de puta de Washington planeaban una ma-sacre. Tenían el dinero, pero no sabían cómo. Así que saca-mos al General de la cárcel y formamos un ejército de sub-normales furiosos y descerebrados a sus órdenes. Querían controlar una frontera permeable, pero no tenían los recursos legales para... —tosió— para frenar la entrada de escoria. —Hablaba despacio. Esperaba alguna reacción por mi parte—. La OII me mandó investigar un movimiento de dinero ex-traño y me infiltré. Me hice amigo. Tuve muchas ocasiones para dismantelar la organización, pero no me dejaron. Solo querían información, porque la OII no puede intervenir...

—... sin la solicitud del país interesado y la aprobación del Consejo por mayoría —repetí las palabras tantas veces traídas como excusa para cualquier cosa.

Me levanté y retiré la silla. No aguantaba sentada.

—Si lo hubiera desarticulado, habría demostrado mi ca-pacidad para trabajar como agente de campo. Habría solici-tado un puesto, pero no me dejaron intervenir. —La sonrisa se le esfumaba. Ahora tenía el ceño fruncido—. Entonces, planeé... reclutar al General, darle forma a sus intenciones y acabar contigo de una jodida vez. Ya no podía esperar otra oportunidad.

—¿Y yo qué culpa tengo? Ni siquiera sabía que quisieras ser agente de campo. —Nada me fastidia más que los queji-cas.

—Durante seis meses estuve fabricando las pruebas que te inculparan, recopilé la documentación...

—Y Andrés te la robó.

—Ja, ja, ja —se carcajeó en mi cara—. Me la dejé robar por Andrés. Sabía que te llamaría para avisarte. Lo que pasa es que el imbécil se dejó detener y lo encarcelaron. Aunque eso no cambió mucho el plan.

Le descargué un puñetazo en la cara con tanta fuerza y mala leche como fui capaz. Cayó al suelo con silla y todo. Carlos me ayudó a levantarlo. Me dolía la mano, pero me dolía más el amor propio. García sangraba por la nariz.

—¿Sabes que fui yo el que te puso las esposas en Las Ro-sas?

—Qué bonito —dije sarcástica.

—Por tu culpa no pude atrapar a Andrés en esa ocasión. Por tu culpa no me dieron el puesto de agente de campo. Te lo dieron a ti. —Se sorbió la sangre de la nariz.

—Eso se lo tendrás que agradecer a Andrés.

—Ya lo hice.

Le descargué más rabia en forma de puñetazo contra la mandíbula. Volvió a caer y lo volvimos a levantar. Carlos sacó una bolsa de hielo del congelador para la mano, que se empezaba a hinchar. Me miró con cara de reproche.

—No se quejó cuando tuvo la muerte de frente. No suplicó por su vida —dijo García con voz nasal.

—¿Qué esperabas? Él sí era un hombre de verdad —escupí las palabras. Me iba a explotar la cabeza.

—¡Mandé un ejército entero a matarte y te escapaste! ¡La Policía entera de un país! —gritó desesperado.

—Eres idiota. ¿Por qué no lo hiciste en Madrid? —dije con desprecio mientras me acomodaba el hielo.

—Me hubiera cerrado las puertas de la OII para siempre, pero si caías sin mi implicación, me darían tu puesto.

—Idiota del todo.

—Y al fin caíste en General Bravo. ¡Cuánto disfruté!

Le descargué un nuevo golpe en la cara con el codo. No cayó al suelo esa vez.

—Y la chica que iba contigo... —susurró.

Cogí un cuchillo del cajón de los cubiertos y me cegué. Lo empuñé con fuerza y se lo clavé en el muslo despacio, poco a poco, removiendo cada centímetro de carne. No quería matarlo tan pronto. Aún no. Se inclinó hacia delante y empezó a temblar. El cabrón se estaba riendo.

La sangre caía al suelo formando un pequeño charco. Carlos me quitó el cuchillo de la mano y lo dejó sobre la encimera.

—Basta ya —susurró, medio súplica, medio mandato.

—Ahora... —jadeó García—. Ya sabes lo que he sentido durante seis putos años. ¡Qué lástima no haber podido ver tu cara cuando la encontraste! A Ana... Así se llama, ¿no?

A mi lado, Carlos empuñó su arma y le apuntó a la cabeza.

Agarré el cuchillo y se lo hincó en la otra pierna con un golpe seco. Gritó.

—¡No dispaes! ¡Todavía no! —grité. Las lágrimas me empañaban la vista y me caían por las mejillas.

—Ahora... ¿qué? —siguió García—. ¿Frustrada? ¿Dolida? ¿Rabiosa? —murmuró entre dientes con la vista clavada en el suelo. Levantó la cabeza y me miró con una mezcla de asco y desprecio—. Ahora ya eres igual que yo —y empezó a reír y gimotear a partes iguales.

Le hundí la hoja en el cuello y seccioné la tráquea. De oreja a oreja, como me había enseñado Andrés para no fallar.

Me quedé inmóvil con las manos llenas de sangre, observando la agonía de mi excompañero. Y lo entendí: yo soy igual que García. Ese era el último mensaje. Soy una asesina, sádica, torturadora y vengativa. Igual que él.

Carlos me quitó el arma y me empujó al jardín para apartarme del cadáver. Había intuido desde el minuto uno que García todavía me haría daño de alguna manera, pero no le hice caso.

Se ocupó de todo. Me acercó un par de pastillas y un vaso de agua mientras me lavaba las manos en el fregadero. Me acompañó a mi cuarto. Llamó a Morales para que se llevaran el cuerpo y limpiaran la cocina. Le explicó lo que había sucedido. Me evitó tener que hacerlo yo.

Todo quedó limpio y ordenado, excepto el agujero en la pared del calibre .50 de la Desert Eagle.

—Voy a reformar la cocina antes de que vuelva María.

—Es buena idea —contestó Carlos.

Le dejó ocupado con las obras que duraron dos semanas y yo me fui de crucero por el Caribe, tal y como lo había planeado. Fue un viaje de placer a medias. Recorrí los paraísos fiscales donde Andrés había colocado dinero y desfilé por los bancos en los que había estado con él. Conseguí cinco millones de dólares y se los mandé al padre Manuel.

Al regresar a casa, las palabras de García aún retumbaban en las paredes. ¿Soy como él? Decidí poner tierra de por medio. Los kilómetros y el tiempo suelen ser un bálsamo efectivo para el alma.

Y por eso estoy en Canishbay.

* * *

Lola se acercó a la ventana y apartó la cortina unos centímetros. Su coche seguía frente a la puerta, esperándola.

—Ya está amaneciendo. Me voy a casa, haré las maletas y me marcharé.

—¿Dónde vas a ir? —James se levantó y se le acercó.

—No sé. ¿Sudáfrica? —Se volvió para sonreírle.

—Pero si ni siquiera vas a salir de esta calle. El camino está embarrado.

—No te preocupes.

Lola recogió las zapatillas que aguardaban secas junto a la chimenea y se sentó en el sofá. Mientras se las calzaba, James la observaba de pie.

—Quédate a dormir —dijo con la voz ahogada—. No soy Ian. No me das miedo.

Era ese momento o nunca. James, por fin se sentó a su lado, muy cerca.

Lola guardó silencio sin mirarle. Las zapatillas se habían quedado acartonadas y le apretaban. James le ofreció una mano.

—¿Vamos?

Ella la aceptó y él la guio hasta el dormitorio. Le dejó una camiseta para que no durmiera desnuda. Hacía mucho frío aun debajo del edredón. Se metieron juntos en la cama, cada uno a un lado, y James apagó la luz.

Lola no se atrevió a abrazarle. James dudaba si hacerlo.

—¿De verdad crees que eres igual que García? —preguntó James mirando el techo oscuro.

—No. Yo jamás he traicionado a nadie.

James la abrazó. Los dos lo necesitaban. Silencio.

—¿Ken te devolvió el medio millón de dólares? —Seguía dándole vueltas a la historia.

—En cuanto se enteró de que estaba vivita y coleando en Miami. —Sonrió y le acarició la mano que apoyaba en su cadera.

—Y... ¿cómo una niña rica acaba siendo la novia de un capo del narcotráfico mexicano? —El telón había caído de una vez y tenía un montón de preguntas.

—¡Uf! Esa es una historia muy larga y ahora tengo mucho sueño. Mañana te lo cuento todo. ¡Duérmete, anda!

AGRADECIMIENTOS

Tengo que agradecer muchas cosas a muchas personas. Esta novela, aunque empezó como un trabajo solitario, es el fruto de muchos empujones y collejazos. Mucha gente, aun sin saberlo, han contribuido a que sea una realidad.

Primero, a Alejandro Quintana, que desde su Academia Oficio de Escritor, lleva guiando mis pasos desde hace años, porque “escribir es mucho más que juntar palabras” (<https://oficiodeescritor.com>).

Gracias a Gabriella Campbell (<https://www.gabriellaliteraria.com>), Ana González Duque (<https://escritoremprendedor.com>), Ana Bólox (<https://anabolox.com>) y tantos otros escritores españoles comprometidos con hacer de esto una profesión y que nos abren puertas y nos iluminan el camino.

Tengo que agradecer a Marian Ruiz (<https://marianruiz.com>) la corrección de estilo, su paciencia con una novata leísta incorregible y su mano izquierda. Mil y mil y un millón de gracias. Cualquier error que contenga la novela, juro que es exclusivamente culpa mía.

También debo pedir perdón a Abel Amutxategi (<https://www.comoescribirunlibro.com>). Le tocó leer el primer borrador de mierda y me temo que le torturé con 10.000 palabras de más y mucho drama. Gracias por tu informe de lectura. Me sirvió de gasolina.

Queridos lectores cero, Marta y Cris, gracias, por sufrirme, por quererme y por colaborar.

Agradezco a mis padres, Julia y Juan, que me enseñaron que si insistes durante el tiempo suficiente, puedes conseguir lo que quieras, digan lo que digan.

A mi hermano Raúl, que quiso estudiar cine y me inspiró para escribir un guion que ha acabado en novela. También es un seguidor de sueños.

A mi hermano Jesús, porque ser fiel a uno mismo, cuesta, pero se puede.

Gracias a mi marido, Juanma, el primer lector. Gracias por la paciencia.

Eskerrik asko.